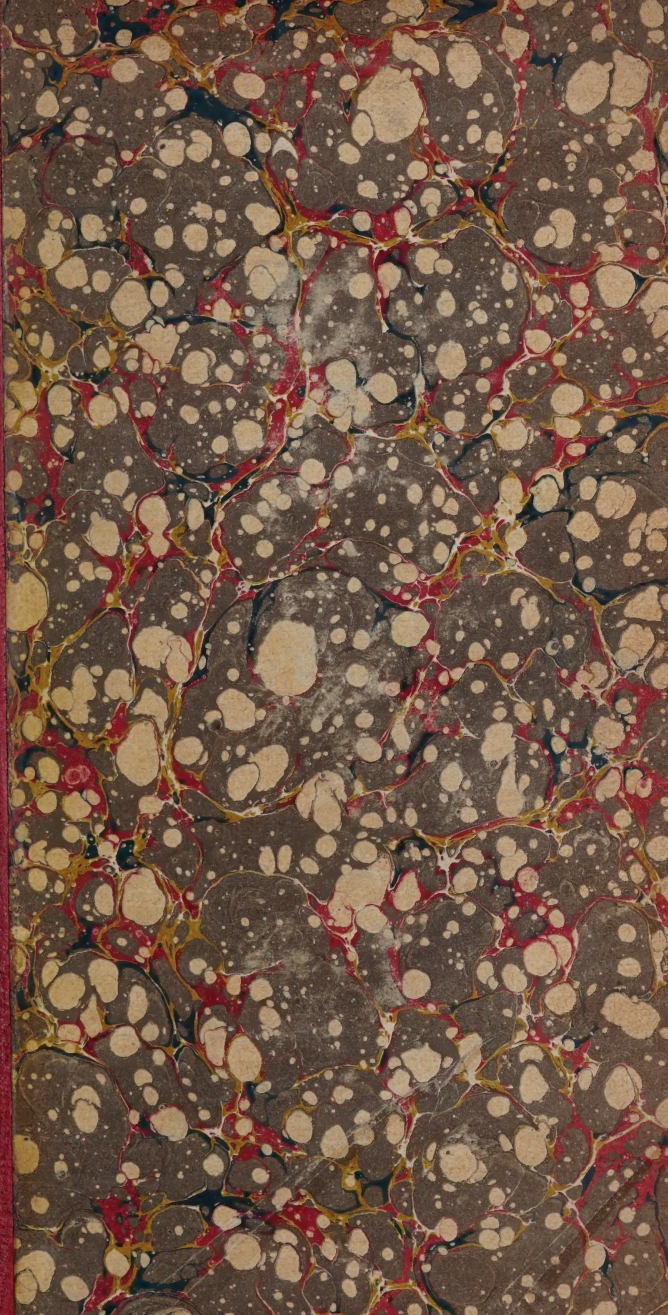


Accessions 116.180

Shelf No. D.160.97

BEQUEATHED BY

George Ticknor.

Recd. Apr. 26th 1871.

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
Boston Public Library

https://archive.org/details/lagrimasnovelade00caba_0

LAGRIMAS,

NOVELA DE COSTUMBRES

CONTEMPORANEAS.

POR

FERNAN CABALLERO.

MADRID: 1858.

LIBRERIA
NACIONAL Y ESTRANJERA
de EDUARDO GAUTIER
Calle S.ta Francisco 23
CADIZ.

OBRAS COMPLETAS

DE

FERNAN CABALLERO.

LÁGRIMAS,

NOVELA

DE COSTUMBRES CONTEMPORANEAS,

POR

FERNAN CABALLERO.

MADRID: 1858.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE DON FRANCISCO DE P. MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.

D.160
.97

116180

S.J.

PRÓLOGO.

¿Con que he de escribir un prólogo para Lágrimas.

—Lo que se ofrece se debe.

Es verdad; pero no me siento con fuerzas para hablar de Lagrimas.

—¿No le agrada á Vd. mi novela?

La creo una joya de filigrana y oro, un estudio acabado del corazon, un cuadro admirable de la vida social; lo mas bello, lo mas perfecto, lo mas delicado que ha salido de la pluma de usted.

—Muchas gracias.

¡Qué coincidencia! La coleccion empieza con La Gaviota, y nos presenta la muger grosera, abandonada á sus instintos, no corregidos por la Religion, ni modificados por la sociedad, ni suavizados por la buena educacion; y concluye con Lagrimas tipo de la mujer modesta y humilde, nacida para sentir y para llorar..... Villamar es el pueblecito que conocen los lectores en el primer tomo, y vuelven á Villamar en el último encontrando aun á muchos de los antiguos amigos que recuerdan al instante, y á quienes saludan con placer.

—Falta el bueno de Stein.

Es cierto; pero alli nos lleva Vd. á la pobre Lagrimas, esa hija de los trópicos, esa violeta que exhala siempre su perfume aunque la pise la mas grosera planta. ¿Quién no ha encontrado á su paso por el mundo á esos sugetos que Vd. nos pinta al daguerreotipo? ¿Quién no ha visto al grosero ricachon D. Roque la Piedra, y al avaro quejumbroso D. Jeremías? El buen sentido habla por boca de la Alcaldesa, á D. Perfecto Cívico lo

encontramos en cada lugaron y su hijo ¡ójala fuese un ente ideal y no abundase tanto en nuestro pais!.... Lo que sí va escaseando es la finura, la cortesía el buen tono de la Marquesa de Alocaz y de sus amables tertulianos.

—De modo que Vd. va á escribir el prólogo.....

Yo haria mejor un juicio crítico en que demostrase la índole, el carácter, el mérito de sus escritos; en que hiciese ver el raro acierto con que Vd. describe, con que Vd. narra, con que Vd. presenta las personas y las cosas; el fin moral, la sensibilidad, la ternura de su corazon; y sobre todo el gran servicio que está Vd. prestando á la actual sociedad descreida pintando con tan vivos colores los portentos de la fé, las maravillas de la virtud..... Pero un prólogo.....

—Los han hecho otros buenos amigos...

Los buenos amigos de Vd. se complacen, ó mejor dicho nos complacemos en el buen éxito de sus obras y aplaudimos sus triunfos literarios. ¿Pero necesitaron de estos prólogos para hacerse tan populares en España? ¿Para haber sido tra-

ducidas en Francia? Y por cierto que son muy raras las obras que alcanzan este honor, mas apreciable puesto que las novelas de Vd., sus cuadros de costumbres tienen un tinte local que se perderá necesariamente en otros paises. Yo comprendo las obras de Vd. de otro modo. ¿Quiere Vd. pasar por literato?...

—(1) Dios me libre: no señor. ¡Yo literato! «No soy la rosa; pero, como dice Bulwer estuve á su lado y me impregné de su olor. No soy erudito, soy solamente culto. En cuanto escribo no hay arte, ni saber, ni estudio, es instintivo: tal vez espreso, como Vd. habrá notado un pensamiento de culta esfera sin cuidar del lenguaje. Procuro, sí, poetizar la verdad, ennoblecer nuestra pobre naturaleza. Los prólogos son ofrenda de la amistad, engarce de brillantes que rodea un mal retrato:» los agradezco de todo corazon.

Lo creo así, y ademas son muy bellos. Pero un autor se debe al público, y este no quiere

(1) Todo lo que va entre comas es copiado á la letra de las cartas que me escribió FERNAN CABALLERO. Suyo el honor.

leer lo que nosotros escribimos; quiere leer lo que Vd. escribe. Las novelas de Vd....

—Perdone Vd.: yo las llamo novelas, cuadros, relaciones; «pero no me he propuesto escribir novelas. He tratado de dar una idea verdadera, exacta, genuina de España y de su sociedad; describir la vida interior de nuestro pueblo, sus creencias, sus sentimientos, sus dichos agudos. La parte que podria llamarse novela solo sirve de marco á este vasto cuadro que me he propuesto bosquejar.»

Y que dibuja Vd. á grandes rasgos, con una verdad, con una profundidad de miras, con una intencion filosófica.....

—«Mr. de Lavigne, el traductor francés de mis cuadros populares me escribió: no traduzco vuestras novelas por la invencion sino por la intencion..... Mi intencion supera mucho á la de hacer novelas..... Es la rehabilitacion de cuanto con grosera y atrevida planta ha hollado el nunca bien ponderado siglo XIX. Rehabilitacion de lo santo, de lo religioso, de las prácticas religiosas y su alto y tierno significado; de las costum-

bres españolas puras y rancias; del carácter y modo de sentir nacional, de los lazos de la sociedad y de la familia, del freno en todo, y sobre todo en esas ridículas pasiones que se afectan sin sentirse (porque afortunadamente una gran pasion es rara); las virtudes modestas como la de LAGRIMAS preferibles á las que se pavonean y se ostentan.»

Pero Vd., FERNAN, pinta *en beau:* busca Vd. lo bueno, nos presenta Vd. la sociedad tal vez mejor que es... y nunca un dicho satírico, nada que hiera y se destaque de la dulce armonía del cuadro.

—«Estoy persuadido que todas las mas hermosas sátiras, género tan universal y en que han sobresalido tantos ingenios superiores, no han servido de nada; ni han hecho germinar ningun buen sentimiento, y sí solo el malhadado desprecio del hombre hácia el hombre. Muy al contrario las referencias de lo bueno y de lo noble despiertan en nosotros sentimientos análogos, los ponen en circulacion, los inoculan....»

Por eso las novelas de Vd. son dechados de

moral, en tiempo en que otros novelistas se encargan de la destruccion de la sociedad degradando la familia. Por eso mereció Vd. que la autoridad eclesiástica aprobase sus escritos que miramos como escuela práctica de virtud, y que mas bien que buenos libros deben ser considerados como buenas acciones.

—Vd. me alaba demasiado.

No, Fernan: nadie ha pintado con tanto acierto la vidá íntima, las escenas del hogar doméstico, las costumbres populares. Nadie ha comprendido tan bien como Vd. el mérito de acciones que pasan desapercibidas, la razon de ciertas prácticas, la filosofía de ciertos dichos vulgares. Cuando nos pinta Vd. una escena terrible; ¡qué mas terrible que sus descripciones!.... La paz doméstica, la felicidad conyugal tienen en su pluma un intérprete digno. ¡Y cómo describe Vd. la dulzura, el candor de los niños, sus juegos y sus gracias infantiles! En medio de estas escenas viene á sorprendernos un pensamiento de alta esfera, lleno de filosofía, de profunda moral y del puro espíritu del Evangelio. Y ese pen-

samiento es tan natural y se deduce tan lógicamente, y estaba tan cerca de nosotros, y nosotros ¡ciegos! no lo veíamos..... Pero Vd. lo descubrió con su vista de águila y del caos brotó la luz y de la piedra árida saltó un raudal.....

—Como se conoce que es Vd. mi amigo. ¿Y era Vd. el que no queria escribir un prólogo? ¿Qué mas prólogo que este?

Pues bien..... imprímalo Vd.

ANTONIO CAVANILLES.

LAGRIMAS.

CAPITULO I.

OCTUBRE, 1837.

Hélas, sur mon froid monument,
L' eau du ciel tomb tristement,
Mais de vos yeux pas une larme.

CASIMIRO DE LAVIGNE.

Su alma era como el cristal, la empañaba un soplo, la traspasaba un rayo de sol, un choque la hubiese quebrado: almas de ángeles que tienen su mayor mérito en ignorar lo que valen; que no lloran sobre él, sino sobre el dolor, que es herencia comun.

EL AUTOR.

«¡Dios! ¡ten piedad de nosotros!» Talera el grito que con débil y exhausta voz repetia una infeliz mujer, que yacia moribunda en el ahogado camarote de una fragata, que en el golfo de las Yeguas corria una horrorosa tempestad.

Era de ver cuál el barco, que en el Océano parecia lo que un grano de arena en los desiertos de Africa, era el juguete de las olas. Ya empujaban su costado y lo doblaban á punto que parecia que rendido en la lucha, caia de una vez para no volver á levantarse; ya le abrian un abismo en que se hundia precipitado por su propio peso; ya pasaban por cima de él olas espumosas, como una garra con blancas uñas que alargase la mar para asir su presa: ya reventaban azotando sus costados, pareciendo decirle en sus bramidos; ¿no eres peña, y resistes? El barco luchaba cediendo, pero sin desmayar; imágen de la perseverancia que padece sin desalentarse.... y camina!

Habíanse recogido todas las velas, y los masteleros con sus vergas, y las innumerables cuerdas que de ellos pendian, se alzaban como mujeres, que con el cabello suelto y los brazos abiertos, pidiesen al cielo misericordia. Pasaban y repasaban por éste negras nubes, frunciendo el ceño, respondiendo con truenos al mar, que rugiendo se empinaba como para desafiarlas ó arrebatar al cielo sus estrellas. Sobre cubierta se notaba un asombroso fenómeno: el horizonte, que es en el mar la senda, la esperanza, la libertad.... habia desaparecido. El barco estaba preso entre sombrías murallas de agua de una altura espantosa, que unas á otras se lo arrojaban como un volante.

—¡Dios tenga misericordia de nosotros! repetia

la infeliz—y nadie respondia á esa ténue y angustiada voz. Nadie respondia, porque en aquel estrecho camarote solo se hallaba una negra, que con el miedo y las ánsias del maréo, se habia dejado caer en el suelo, en el que yacia como una masa inerte, y una niña de seis años, que dormia acostada á los pies de la cama de su Madre.

—¡Jesus! decia la infeliz: ¡morir así! sin un sacerdote que auxilie y anime mi espíritu, que traiga á la muerte como una libertadora amiga bajo sus auspicios.... sin un médico que alivie en algo mis padecimientos. ¡Oh! el reo á quien ajustician es más feliz que yo! Hácenle dulces sus últimos pasos á la muerte; arrulla su último sueño una inmensa simpatía! Dios mio! sola..... sola! ni una mirada de compasion, ni un adios! ¡Y esta hija mia que va á perecer al lado del cadáver de su Madre, en este seguro naufragio! ¡Duerme, ángel mio, duerme!... tú que no sabes aun lo que es el peligro, la angustia, la horfandad, la agonía, la muerte, ninguno de los horrores de la vida! ¡MADRE MIA DE LAS LAGRIMAS, cuyo nombre lleva, salvadla de este naufragio..... amparadla en su horfandad!

Espantosa se dejó oir en este momento lo voz del trueno; una fuerte sacudida que recibió el barco, hizo crugir sus entrañas, como si hiciese un jadeante esfuerzo para no sucumbir. Silbó la ráfaga entre las cuerdas y jarcias, cual si cada una de estas fuese una serpiente.

—Roque, Roque, gimió la infeliz, ¡que me muero!

Entró entonces en el camarote un hombre alto, seco, de estructura huesuda; tenia la fisonomía vulgar, el sello ordinario é inequivocable que parece la naturaleza crear á propósito para el hombre soez enriquecido. En su cara descarnada eran salientes y angulosas sus quijadas, y su frente, que sombreaba á la par de unas cejas espesas, unos ojos redondos y pardos, desviados como dos enemigos. Su boca grande apretaba entre sus labios delgados, por un constante hábito, un *puro*, cuyo continuado uso habia tostado los bordes de unos dientes cortos y anchos. Su tez era de ese moreno subido, sucio y bilioso que imprime el sol de los trópicos con los males físicos que origina á los europeos, y que inocula la fiebre del oro con el ánsia y desasosiego que trae consigo.

—¿Qué quieres, mujer? dijo al entrar, ¿crees que con este temporal nadie pueda atender á nada? Calla, con mil de á caballo! Si quieres algo ¿porqué no llamas á este animal? añadió dando un puntapié á la negra, que no se movió.

—¡Es que me estoy muriendo, Roque!

—No serás la sola; que creo vamos á perecer todos, por vida de!... ¡maldito sea!...

—¡Calla, calla, Roque! no eches maldiciones á dos pasos de la muerte; pero oye mis últimas palabras. Roque, siempre fuiste áspero y duro para conmigo; me sacaste de mi pais y me embarcaste

contra mi voluntad, y tan enferma ya, que los médicos te anunciaron que no resistiría la travesía: todo te lo perdono, Roque!... si me prometes amar, cuidar y hacer la vida dulce á mi pobre niña, á tu hija, si Dios os salva!

—¡Droga con la tonta esta! repuso D. Roque, y los momentos que busca para echarme un sermon sin paño, y recomendarme á mi propia hija!

—Es que son los últimos de que puedo disponer, Roque, pues me estoy muriendo!

—Sí, como siempre! Pero si tú puedes disponer de ellos, yo no, que el capitan me está llamando, porque todos tenemos que dar á la bomba.

Diciendo esto subió D. Roque dando trancadas por la escalera.

Su infellz mujer le oyó alejarse; vió á la negra que seguia inerte; miró á su hija que seguia durmiendo; que la inocencia, cual la santidad de un Dios hombre, duerme tranquila entre las borrascas. Quiso la moribunda solevantarse para exhalar su alma en un beso y una bendicion sobre la cabeza de su hija, pero no pudo, y el pequeño movimiento que hizo le produjo un vahido con grandes congojas, en que con redoblada fuerza sonaban en sus oidos los horribles mugidos de la mar y los agudos bramidos del viento.

—¡Madre mia de las Lágrimas!—murmuró en un momento de despejo que siguió é hizo intérvalo en su agonía:—Madre mia, todo mi consuelo y refu-

gio! tú serás la Mediadora de tu devota para con el Todopoderoso, que por tí se unió á nosotros. A Dios rogamos, y en tus manos clementes ponemos las oraciones. Señor, salvad á mi hija y tened piedad de mí! Todo cuanto he sufrido, lo perdono; y ofrezco cuanto perdono y cuanto padezco... por la salvacion de mi hija y la de mi alma!

De allí á un momento se sintió tal balance, que la niña despertó, y oyó entre sueños á su Madre que murmuraba:

Abrázome con los clavos
Y me reclino en la Cruz,
Para que siempre me ampares,
Dulce Redentor Jesus.

La niña, á quien desde que pudo articular sonidos, su Madre habia enseñado esa santa oracion, repitió entre sueños:

Para que siempre me ampares,
Dulce Redentor Jesus.

Y ambas se durmieron; pero la una... para no volver á despertar!

A ambas amparó Jesus segun se lo habia pedido, pues algunas horas despues la tempestad habia calmado un poco. Bajaron el capitan y pasajeros á la cámara, para tomar algun alimento, pues habia veinte y cuatro horas que nadie habia pensado en alimentarse. Encendieron y llevaron luces

á los camarotes. En el que ocupaba la señora, hallaron á la negra que seguia inerte, á la niña que seguia dormida; y más inerte que aquella, y más dormida que esta, á la señora, que era un cadáver frio ya, como cuanto la rodeaba.

—¡Dios nos asista! gritó el camarero al entrar con el farol, la señora ha muerto!

—¿Que ha muerto? exclamó el capitan arrojándose al camarote, palideciendo aquel rostro de valiente marino que el huracan dejaba impasible, que el peligro no alteraba, ante aquel suave, silencioso y abandonado cadáver.

—Más ha muerto de miedo y de aprension que otra cosa, dijo D. Roque que habia seguido al capitan. ¡Viajar con mujeres!... A esto se expone uno. Poco me ha hecho pasar en gracia de Dios en la travesía con sus melindres y sus quejumbres: y ahora corona la obra. Si se le metió en la cabeza que no habia de pisar la tierra de España!

Esta fué la oracion fúnebre que hizo á la pobre mártir, aquel que al fuego lento de durezas y despotismo, la mató; porque ese hombre al casarse con ella, suave criolla habanera, dulce, flexible y criada con mimo, como las cañas de su ingenio, la miró y contó solo como un gravámen ó censo anejo á los cien mil duros que la dió en dote su Padre, un rico mercader de la Habana.

Al oir el ruido que hicieron los que entraron, la niña se habia despertado, y se sentó sobre la ca-

ma; la negra se habia puesto en pié y ambas fijaban sus ojos en el pálido cadáver, la una con el asombro de la estupidez, la otra con el espanto de la falta de comprension. De repente la negra se puso á gemir y á gritar:

—¡Mi ama! ¡Ay, mi ama, mi ama!

—Calla, bestia, le dijo D. Roque, ¿no hay estruendo bastante con el de la tempestad? Si te vuelvo á oir, á fé de Roque que te haga callar. Capitan, añadió, ya esto no tiene remedio, ni aquí hay nada que hacer; bajemos al entrepuente para ver si se han mojado mis cajones de cigarros. ¡Quinientos cajones! que representan un capital de quinientos mil reales. ¡Droga! Si se han averiado, hice un viaje á China!

Colgó el camarero el farol en el techo del camarote, y todos salieron, ménos la negra y la niña que se sentaron sobre una cama frente á aquella en que yacía el cadáver. La negra, despues de llorar con muchas lágrimas, como lloran los niños, y como se lloran las primeras penas de la vida, se quedó dormida como aquellos. Pero la niña derecha é inmóvil con sus grandes ojos negros desmesuradamente abiertos, los fijaba sin pestañear en el cadáver de su Madre, el que por efecto de las vueltas que daba el farol, movido por los balances del barco, tan pronto aparecia plenamente alumbrado, y como salir de las sombras é ir al encuentro de su hija; tan pronto ocultarse en ellas, como en lo pasado, como

en el olvido, como en el misterio.—¡Madre! ¡madre! decia de cuando en cuando la niña con queda y temerosa voz... y su madre no respondia.—No me responde, pensaba la niña, y no duerme!!!

Esto pensaba porque el cadáver, mecido por los violentos balances del barco, tan pronto se volvia hácia su hija como para mirarla con sus apagados ojos que nadie habia cerrado, tan pronto iba á pegar violentamente contra las tablas del opuesto lado. Era este un horrible cuadro de muerte y abandono en una lúgubre noche de tempestad, en que era juguete de las olas el cadáver de aquella desgraciada, á quien su triste destino negaba hasta el tranquilo y santo rincon de tierra en el que descansân los muertos, que consagran las oraciones y custodian el respeto y los recuerdos.

La niña no se daba cuenta de lo que pasaba; no sabia lo que era muerte, ni lo que era peligro; y no obstante, un instintivo horror le hacia asombrarse de cuanto la rodeaba y estremecerse de los gemidos del viento, de los bufidos del mar, y del hosco silencio que guardaba su Madre. Así, sin idéas para definir, ni voces para expresar lo que por ella pasaba, como suele suceder á los niños á quienes Dios dió en compensacion madres que los adivinan, la pobre niña fué absorbiendo en su alma una sensacion de horror y de angustia que habian de impregnarla para siempre en su tinte lúgubre y de su impresion tétrica. Sonaban en su alma como vagos

y confusos recuerdos, las palabras que habia oido á su Madre cuando se habia embarcado.

Habia dicho la infeliz al acostarse en aquel lecho:—¡Sí, sí! este será mi féretro; aquí yaceré triste y abandonada, sin un cirio que dé decoro al cadáver y sufragio al alma! A Dios, pues, para siempre, mi suave pais, verde y rico como la esperanza! te dejo por la exhausta y caduca Europa, caida en infancia, cubierta de ruinas y llena de recuerdos, que son las ruinas del corazon. ¡A Dios mis árboles altos y frondosos, que no taló aun la mano de los hombres! ¡A Dios mis puros rios, cuyos cristales no enturbian ni esclavizan aun las construcciones de la invadiente industria! A Dios mis espesos manglos, que creceis fuertes y serenos en la amargura de las aguas del mar!... no he podido imitaros... y sucumbo en la amargura en que vejeta mi existencia.

Esto recordaba la niña como si oyese á lo lejos los sonidos apagados de un solemne *requiem*, que melancólicamente decia algo grave y triste que ella no comprendia. Pero al dia siguiente liaron y cosieron á su Madre en una sábana, ataron á sus pies una bala de cañon... y su Madre no despertaba!... Y la subieron á cubierta, y la callada niña siguió á su Madre, sin que nadie pensase en impedirlo, y entónces, delante de la callada niña, su Madre fué... echada al mar. Pero en ese instante la angustia y el horror que presagiaban y no compren-

dian, comprendieron.—La niña dió un grito desesperado, y se abalanzó á tirarse al mar tras de su Madre.

El capitan tuvo la suerte de poder asirla por el vestido, y la bajó á la cámara, presa de una espantosa alferecía.

—¡Estamos bien, dijo D. Roque, se acaba con la una, y se empieza con la otra!

La niña seguia muy enferma cuando llegaron á Cádiz, donde pensaba fijarse su padre D. Roque la Piedra. Los facultativos consultados, declararon que siendo el temperamento de Cádiz notoriamente conocido como nocivo á afecciones de pecho, se debia alejar de allí á la niña, que con una constitucion débil, un sistema nervioso fuertemente atacado, y un principio de asma, estaba en el mayor peligro de volverse ética.

Parecia natural que con este motivo, D. Roque, dueño y árbitro de sus acciones, hubiese pensado en otro punto para establecerse.

—Pero no fué así. Cádiz convenia á sus miras de especulacion, y por tanto se contentó con escribir á otro *americano* (voz genérica aplicada en Andalucía á los que vienen de allá cuando no son hijos de la provincia) establecido en Sevilla, que era compradre y compinche suyo, para que viniese á Cádiz y se llevase á su hija á Sevilla, en donde entraria en un convento para ser allí criada bajo el cuidado é inmediata inspeccion del dicho su compadre y compinche.

CAPITULO II.

NOVIEMBRE, 1837.

Preciso es, aunque no agradable, hacer una pequeña biografía de los dos compadres que van á salir á luz en esta historia, porque es necesario tener algunos ancedentes de las gentes con las que se va á entrar en contacto. Tanto mas necesario es esto, cuanto que es probable que al presentarse á la vista del lector un viejecito pobre, triste y lloron, con todas las señales de la miseria, claras y patentes en su exígua persona, quisiera darle una limosna, que no dejaria de tomar; lo que seria un pecado mortal.

Era D. Jeremías Tembleque, el compadre que aguardaba D. Roque, primitivamente un basurero. Hallóse un dia en el elemento que manejaba un bolsillo lleno de oro. Un momento despues le alcanzó la criada que habia vertido el inmundo canasto en

que iba el bolsillo; llorando y fuera de sí, le preguntó si habia hallado un bolsillo que echaba de ménos su amo. El honrado Jeremías afirmó con la mayor buena fé que no lo habia visto, y con la complacencia y bondad de una buena alma, registró escrupulosamente todo el oloroso contenido del carro. Por la tarde salía despedida é infamada de la casa la infeliz criada, y á la mañana siguiente caminaba el buen Jeremías hácia Gibraltar, donde tanto lloró y gimió miserias, que un capitan de buque mercante se lo llevó de valde á la Habana, pasando así del *refugium peccatorum Gibraltar* al *consolatrix afflictorum Habana* sin cambiar una sola de sus monedas de oro. Allí puso un tendajo de bebida, en el que además de ésta, se hallaban naipes sucios y tabaco húmedo.

En este santuario se formaron los primeros lazos de estrecha amistad entre el dueño del establecimiento y un gastador de un regimiento, jugador y pendenciero llamado Roque la Piedra. De esto habia veinticinco años. Tenia entonces Roque veinticuatro años y Jeremías treinta y cinco. Desde aquella época habia sido el primero á los ojos del segundo, el guapo hermosote y jaqueton gastador en el que todo admiraba Jeremías menos el nombre (1). D. Roque por su lado siempre miró en Jeremías el miserable y servil tabernero.

(1) Gastador, de la clase á que pertenecia en el cuerpo.

Andando el tiempo, habian hecho ambos fortuna, cada uno á su manera; el uno á toque de tambor, venciendo obstáculos á empujones; empezando por baratero, acabando por obligar á un medio paisano suyo, rico mercader, á que le diese su hija en matrimonio y se asociase á su negocio. El otro, sin salir de su aire doliente, labró su suerte suplicando y gimiendo á una rica mulata, que por su lado tenia empresas tan honoríficas como las suyas, que le admitiese como humilde consorte. Se casaron, y nunca se vió un casamiento mas feliz. La mulata reventaba de orgullo de ser la mujer de un blanco de purísima sangre española; el consorte, por su lado, no cabia de gozo en su apergaminado pellejo; por causa que su mulata que era generosa, garbosa, despilfarrada, dejaba rodar las onzas que ganaba, las que caian en las garras de su marido, apenas les echaba sus tristes ojos encima. De ahí pasaban á encierro hermético y secuestro perpétuo.

La mulata murió con el mismo *¿qué se me dá á mí?* en que habia vivido. Jeremías oscureció aun más su triste figura; le hizo un buen entierro á su morena mitad, esa querida ave doméstica que ponia huevos de oro; conservó en un medallon de plata una de sus pasas, vendió cuanto tenia, cargó con todo el dinero y se vino á España, dejando abandonados unos niños que tenia su mujer ántes de haberse casado con él.

Estos dos entes malignos y despreciables á quie-

nes nadie decente en la Habana miraba siquiera á la cara, fuéron recibidos en Europa como *bellos y apreciables* sujetos, mediante á que traian dinero.

Europa, Europa! Hija mia, te ha dado por el dinero, como á buena vieja, y te vas volviendo todo lo sin gracia de un avaro: te aviso para que te enmiendes, que eso no le pega á una noble matrona como tú. ¿Qué dirá el Asia? El Gánges no querrá mezclar sus aguas con las de tus rios, y hará bien.

Don Jeremías habia llegado á Cádiz cuatro años ántes que su amigo. Cuando se vió este triste carcelero de sus doblones sin la renta fija que le proporcionaba su consorte, y sin el apoyo y consejo que le suministraba su compadre D. Roque, no supo qué hacerse. Encontrábase como una nave á quien faltasen á un tiempo las velas y el timon. No se atrevia á emplear sus capitales, y aguardaba siempre mejor ocasion, sucediéndole lo que á aquel otro con un corte de pantalon, que no se hacía nunca esperando la última moda.

En Cádiz le propuso un corredor comprar casas, pero como era cosa muy factible que las olas se tragasen á aquella temeraria ciudad, que como una gaviota se ha plantado sobre una peña rodeada de mar, D. Jeremías declaró aventurada la empresa. Sentándole mal el agua de algibe, se puso sus zapatos de paño, y acompañado de un negro y de un baul pelado, que era todo su equipaje, se fué al Puerto de Santa María.

Allí le ofrecieron comprar vinos y criarlos para la extraccion, especulacion muy lucrativa. Bien pensado el negocio, D. Jeremías discurrió que el vino podria volverse vinagre, y sentándole mal las aguas delgadas del Puerto, se puso sus zapatos de paño, cargó con su negro y su baul, y se fué á Jerez.

Allí le ofrecieron comprar una magnífica viña del pago en que se cria la uva que dá el vino que beben el Emperador de Rusia, el de Austria y la Reina de Inglaterra. D. Jeremías se halló seducido por la viña que criaba tales vinos, casi tanto como por su mulata.

El negocio marchaba arrastrando tras sí á nuestro D. Jeremías como un vapor que remolcase á un ponton. Las onzas, conmovidas por un alegre presentimiento, se habian puesto á dar desaforadas voces de *¡viva la libertad!* creyendo las bonachonas que en saliendo del poder de D. Jeremías iban á campar por su respeto como las estrellas del cielo. Pero ántes de concluir el trato, fué D. Jeremías á ver la viña. Era por enero; todas las cepas estaban podadas, y tenian el triste y árido aspecto que tienen las viñas en aquella estacion. La cara de Don Jeremías, á la cual la idéa de abastecer de vinos la mesa de los Emperadores habia animado inusitadamente, se tornó al ver las cepas, triste, mústia y encogida como ellas.

—¡Jesus! exclamó, estas cepas tan chicas son retoños, y están secas.

Le explicaron que tenian ese aspecto por estar podadas segun la costumbre del pais, y que eso mismo las haria meter con más fuerza en la primavera.

—¿Y si no meten? dijo D. Jeremías echando á correr como el que huye de una mala tentacion.

Sentándole mal las aguas gordas de Jerez, y desesperado por el mal éxito que tuvo una mina en que se habia interesado, se puso D. Jeremías sus zapatos de paño, cargó con su negro y su baul, y se fué á Sevilla.

En Sevilla le hallamos establecido en una de las callejuelas de los *Venerables*, no por simpatía hácia el nombre, sino por ser allí las casas más baratas. Encontró una alhaja en su género.

Era un palacio, de que podia hacerse dueño por la módica suma de cuatro reales diarios, lo que en el mes de febrero le proporcionaba el ahorro de ocho reales. Cabian en él, sin estar muy apretados, Don Jeremías, su negro y su baul. Era este palacio, no de orígen árabe, sino, al parecer, anterior. Los ladrillos del pavimento, á imitacion del hombre, polvo fuéron y polvo se volvian, formando asi un suelo escabroso como el de una sierra. Las puertas aseguraban á unos blancos remiendos que les habia incrustado el carpintero sobre lo apolillado, que en sus buenos tiempos habian sido pintadas y revestidas de un uniforme azul como un General: los remiendos las miraban de soslayo con los ne-

gros ojos con que los habia gratificado el carpintero, y por respeto á sus años, no les decian que mentian. Los cristales de pequeñas dimensiones que tenian los postigos, decian á las rejas con añejas reminiscencias que habian sido claros, puros y limpios: el hierro, que tiene buena memoria, les aseguraba que recordaba sus perdidos encantos. El porton algo paralítico, condenaba el uso de las cancelas, como una innovacion impúdica. En la cocina habia hornilla y media; pero D. Jeremías se hizo cargo de que le sobraba la entera. En esta vaina, digna del acero que iba á guarecer, se instaló D. Jeremías con su negro y su baul.

Pero faltaban los muebles; aquí fuéron los apuros, cálculos y cavilaciones. ¿Qué habia de hacer? Se fué D. Jeremías á pensarlo á las Delicias de Arjona.

¡Arjona! ¡bienhechor de Sevilla! tú que has dejado tan profundas huellas de tu celo é ilustracion, que no borrará, y antes sancionará el tiempo; diestro innovador y digno gobernante! vayan estos cuatro renglones á probarte que si los árboles que plantaste coronando á Sevilla con una fresca guirnalda siguen floreciendo, no se han ajado tampoco en los corazones los agradecidos recuerdos con que á su vez coronan tu memoria.

¡Cuántas cavilaciones han abrigado aquellas perfumadas sombras! ¡Cuántas almas tiernas y elevadas habrán poetizado con los ruiseñores por aque-

llos senderos, en que el árbol cobija al arbusto, el arbusto á la flor, y la flor al césped! ¡Pero cuántas veces tambien le han profanado la langosta y el hormigon! ¿No podrian irse los Jeremías, las langostas y los hormigones á dar su paseo al Pernéo? ¡Qué inoportuna pretension en tiempos de igualdad y comunes derechos!

Volvamos á mi héroe. Nos ha dado por las digresiones: en otro capítulo dirémos el porqué; que por ahora tenemos que referir el resultado de las cavilaciones del más caviloso de los cavilosos.

Fué este el irse al dia siguiente á las callejuelas de Regina. Si eres tan desgraciado, lector, que nunca hayas estado en Sevilla, te compadecemos en primer lugar; y en segundo te dirémos, que las callejuelas de Regina son un respetable club, un distinguido casino, un ilustre licéo de baratilleros. Cuanto allí se muestra á la vista del público, merece llevar la cruz de San Hermenegildo. Allí atrae el *barato* con su dulcísima voz, y convida á pasar adelante la curiosidad con su picante estímulo. Los baratillos han sido tantas veces descritos, se ha gastado tanto chiste en sus descripciones, que nos abstenemos, mal que nos pese, de cansar tu atencion describiéndolos: solo dirémos con dolor de nuestro corazon, que hasta los baratillos van perdiendo en el siglo de las luces y de los adelantos, su fisonomía y su color local. Cada baratillero tiene un pintor de brocha gorda, con un furioso arco iris me-

tido en sus pucheros, el que con una celeridad digna de nuestros tiempos, va poniendo grotescas caretas á los más respetables veteranos. Tiene otro pintor de brocha no ménos gorda, que de un cuadro regular, pero mal tratado, hace un cuadro de tal expresion, tan descompuesto, y subido de color, que parece un borracho saliendo de la taberna. Tiene además un apestosísimo barniz que distribuye á modo de palo de ciego, de manera que, si se entrase con hachones en aquellas cuevas de hijos abandonados, relumbraria y brillaria todo como cuevas de estalactitas.

Lo mismo ha! eis hecho vosotros, ilustrados novadores; habeis fabricado ese atroz barniz de pesáda ilustracion, que sobre todo se extiende como un brillo facticio, como una mentira. Ahora que veis tanta deformidad, lo ilorais. ¡Amigo, como ha de ser!

Tú te metístes
Fraile mosten,
Tú lo quisistes
Tú te lo tén.

Las cosas bien hechas, bien pulidas, sacan ellas mismas su brillo, pero lo facticio, ¡qué horror!

D. Jeremías gastó mucho tiempo, mucha parola, muchas negociaciones, pero muy poco dinero, en adquirir para su palacio el siguiente régio ajuar.

Una docena de sillas maltratadas por la suerte

y esperando ya la muerte, pero de un verde apio, el mas fresco de los que cria la primavera.

Un sofá, cuyos cojines de un coco ó percal que habia sido negro y se volvia blanco, como le sucede á los caballos tordos, estaban rellenos de hojas de maiz, lo que proporcionaba la ventaja al que se sentaba en él, de recordarle el campestre susurro que forman en las huertas movidas por la brisa. Pero como D. Jeremías en su vida habia leido un idilio, cuando su persona hacía el oficio de la brisa al sentarse sobre su sofá, se le llevaba Barrabás.

Item mas: una mesa de escribir, con una pierna postiza, un poco mas corta que las otras tres y un tintero de peltre, con los petrificados restos de una tinta del siglo pasado; un velon de hoja de lata bastante bien conservado, una copilla de candela elegante por la sencillez de la materia y de la hechura, fabricada en Medina; platos *desborcellados* con moderacion; fuentes lañadas con gusto, tino y solidez; un juego de café que se componia de las siguientes piezas: dos platillos y un pocillo, una cafetera sin asa y un azucarero sin tapadera. Don Jeremías quedó tan satisfecho de dichas compras y tan afecto á las callejuelas de Regina, que dió un mojicon á su negro porque habia comprado de primera mano una olla de Medina.

CAPITULO III.

DICIEMBRE, 1837.

Es tal el brillo que dá el dinero hoy en dia, la consideracion, el aprecio, el respeto, y la admiracion que inspira, la ilusion que lo rodéa, la atraccion que ejerce, lo que deslumbra y hechiza, que es preciso ser ciego para no ver renovada la idolatría del becerro de oro. Al ver un Nabab, no hay cabeza que no se incline humildemente; y no son las menos agachadas las de los que pregonan con mas furor que es contra la dignidad inclinarla ante la mitra y el cetro.

Este servilísimo homenaje tributado hoy dia al dinero, es tanto mas extraño, cuanto que no lo disculpan siquiera los beneficios y ayudas que deberian emanar de la riqueza, no solo porque es ley

evangélica, sino porque es una obligacion de la razon, y hasta de provecho mútuo. Un rico de los modernos, es la última persona de la sociedad á la que debe acudir un necesitado: puesto que el rico moderno mira al que no lo es, no solo con el mas soberano desprecio, sino con el terror que miraria á un lazarino. Desde que le vé llegar con el sombrero en la mano y la sonrisa en los labios se hace irremisiblemente esta prudente reflexion: este soldado del ejército de Job, viene con las insolentes y hostiles miras de dar un ataque á mi bolsillo: ¡guarda Pablo! En seguida, su cara, que por lo regular no está tan bien dotada por la naturaleza como lo está su bolsillo por la fortuna, adquiere un aire análogo y el colorido local de una fortaleza. Suele bastar la actitud imponente, el *puedo y no quiero* que levanta cual estandarte la fortaleza, para rechazar al necesitado. Cuando no, arroja un proyectil rechazador que mientras más hiere mas satisfecho deja al que lo lanzó: el que pide es un enemigo, y debe quedar destruido para siempre.

Un proyectil así se llama en francés, *une rebutade*, en inglés, *to cut*, (cortar, ajar.) El diccionario define esto diciendo es un compuesto de repulsa y desden. La noble lengua española no tiene semejante voz. Pero quizás la práctica la adoptará, con anuencia de la Academia que permite que nuevas necesidades creen nuevas palabras, así como la vida material ha adoptado la de *confortable*, la socie-

dad la de *coqueta*, la literatura la de *spleen*, con lo que, si bien no hemos puesto una pica en Flandes, hemos dado un paso agigantado en la civilizacion européa. Vivimos en la dulce ilusion de tener un lector en las Batuecas, al que mentalmente nos dirigirémos mas de una vez; una de ellas es ahora, para decirle que bien puede ser el hombre mas instruido y sábio, tener ideas y sentimientos elevados: si no sabe estas y otras palabras, puede estar seguro de que se le condenará por esos ilustrados de tres al cuarto que creen está la cultura en semejantes superficialidades, á imitar á Sócrates, en exclamar: *sé que nada sé.*

Esta ha sido una digresion larga cual abril y mayo: pero como dice *El Heraldo* que son nuestras novelas *de cortas dimensiones*, no teniendo nosotros bastante imaginacion para crear eventos, ni menos aun el poder necesario para decirles despues de creados, *¡creced y multiplicaos!* no nos queda mas recurso que acudir á las digresiones, para atenuar en cuanto esté en poder de nuestra pluma la dicha objecion. Nos ha dado este consejo nuestra cocinera, con la que solemos consultar, á ejemplo del gran Moliére, á quien salió la cosa bien. Fundó aquella apreciable mujer su consejo en un ejemplo que nos hizo fuerza, y fué este; que cuando le sale una salsa escasa, la alarga echándole agua de la tinaja. ¡De la tinaja!!! si siquiera hubiese dicho la materialota de la fuente? No podemos civilizarla; tam-

poco en honor de la verdad, ponemos empeño en ello, no sea que se quiera meter á repostera, y no tengamos quien haga el caldo.

No sabemos, lector, si hallarás que abusamos en esto de tu paciencia, porque el autor y el lector están incomunicados, lo más incomunicados posible; harto lo sentimos, pues quisiéramos complacerte. Recibe, pues, la intencion.

Volvamos á nuestro asunto. Hay otra cosa que contribuye á poner á los ricos en el pináculo social. Esta tiene algun mérito, porque es un resto de pudor, que haciendo á la generalidad avergonzarse de la vil materia del ídolo que ensalzan, pone el elogio en sus labios para adorarlo con él.

Este subterfugio ha enriquecido el caudal de sinónimos que ya teníamos, y deberán añadirse en una nueva edicion á los de Huerta. Son estos los siguientes:

Cien mil duros—significa—*un buen sugeto.*

Trescientos mil—significa—*sugeto muy apreciable.*

Quinientos mil—significa—*un bello sugeto.*

Un millon—significa—*un excelente sugeto.*

Cuando se pasa al *ísimo, bellísimo, excelentísimo*, tente por sabido, bellísimo lector de las Batuecas, (pues para nosotros lo eres, aunque no tengas un cuarto en tu faltriquera,) que el sugeto así calificado entre las gentes de dinero tiene, mas de un millon, para servir.... á su dueño.

Encontráronse un dia, poco despues de la llegada de D. Roque la Piedra á Cádiz, en la calle Nueva, dos señores. Era el uno alto, grueso, colorado, gastaba gafas de oro, y la echaba de importante y eleganton; era corredor, y se llamaba D. Trifon Rubicundo. El otro, que acababa de desembarcar del Trajano en que venia de Sevilla en la cámara de proa, era D. Jeremías Tembleque, el compinche y compadre que D. Roque habia mandado comparecer á su presencia.

Era éste calificado en la categoría de los sinónimos mencionados entre *bueno* y *apreciable* sugeto, porque no habian podido averiguar ni los mas listos hurones, cuanto pesaba su caja. Era un hombrecito flaco, encogido, enfermizo, con una cara angustiada, arrugada y amarilla como un limon seco. Vestia un gaban de un color extraordinario é incalificable, bastante claro, para que no se le notase al cabo de sus años las canas que suelen aparecer á los vestidos de paño por las costuras. Llevaba un sombrero gris y verde por debajo del ala, zapatos de paño dos veces mayores que sus pies: un chaleco insolente de féo, el cual, en la multitud de pliegues que formaba en el hueco que dejaba la ausencia del abdómen, ocultaba la impertinencia de la tela del forro que queria sacar las narices.

—¡Hola..... D. Jeremías! ¿tanto bueno por acá? dijo el corredor al recien llegado. ¿Viene Vd. á ver á su amigo D. Roque la Piedra? *¡bello sugeto* por cierto!

Es de advertir que D. Trifon Rubicundo habia ido á ofrecer sus servicios al *bello sugeto* que le habia recibido con la mas acabada grosería. Hay existencias en el mundo, que partirian un corazon humano, como un puñal, si por fortuna no consolase la idéa de que cada cual siente á su manera.

—Si, si, amigo D. Trifon, respondió el recien llegado, vengo á ver á ese compadre mio, que es un guapo chico que sabe mas que Merlin, y trae sus riñones bien cubiertos; no como yo. D. Trifon: yo no he tenido la suerte que él. La enfermedad de mi mujer ántes de venirme, ¡pobrecita! (¡qué mujer, D. Trifon! ¡cinco juntas de médicos tuve; seis hubiese tenido con tal que no se me hubiese muerto!) un entierro que fué sonado, mi enorme pérdida en el banco de Nueva-York, (nueva Sierra Morena!) ¡Malditos yankees, mas ladrones que Geta! Desde que llegué aquí.... pérdidas. En Jerez, (infames jerezanos), me metieron en una mina, no en la mina, sino en ser accionista.....

—¿Y cómo fué Vd. tan inadvertido? Si fuese para las de Almería, esas sí; para esas tengo acciones que ofrecer á Vd., una ganga; son de un sugeto que marcha á Filipinas, y así...

—Si me habla Vd. de minas, echo á correr. Don Trifon, mi enemigo, ¿no estoy diciendo á Vd. que perdí diez mil reales? Me metí en ella, porque lo hizo D. Judas Tadeo Barbo; un *bellísimo sugeto* que sabe donde escarba, y quise escarbar donde él;

porque ese *ha servido*, añadió haciendo una horrorosa mueca á guisa de chusca sonrisa; pero me salió mal la cuenta, perdí diez mil reales, que me han quitado diez años de vida. De nada me he arrepentido nunca como de haberme metido en la *Positiva*, asi se llamaba la mina que ha sido la segunda parte del banco de Nueva-York. ¡Pues qué! ¿no hay más sino hacer un hoyo en el suelo, sacar tierra, y nada más que tierra? D. Trifon... tierra! ¿y hacerle á uno pagar dinero? ¡Clama al cielo, D. Trifon! lo pagarán el dia del juicio. Así no quiero minas, ni regaladas; ni en el Potosí, ¿está usted?

—¿Qué son para Vd. diez mil reales, D. Jeremías? Una miseria, una bicoca, un grano de anís.

D. Jeremías se puso á dar vueltas á derecha é izquierda, y á dar con su baston en el suelo repitiendo:

—¡Diez mil reales miseria! ¡bicoca! ¡grano de anís! ¿Ha perdido Vd. la chaveta, D. Trifon de todos los diablos? ¿Dónde entierra Vd., D. Magnífico? ¡No digo yo que esta gente de Cádiz escupe por el colmillo! ¡Andaluces por fin, andaluces!

—No se nos venga Vd. aquí achicando, D. Jeremías. Vamos, vamos, que el amor y el dinero no pueden estar ocultos, y aquellas letritas sobre los hermanos Castañeda y compañía...

—Calle Vd., calle V., me está Vd. comprometiendo, D. Trifon de todos los demonios, cotorra mercantil. ¿Lo ve Vd.? ¿lo ve Vd.?

Esto decia señalando á un chiquillo, que por

ganar cuatro cuartos se empeñaba en llevarle un horroroso pañuelo de algodon á cuadros, atado por los cuatro picos, en el que traia D. Jeremías todo su equipaje.

—Te he dicho que te largues, holgazan, gritaba el avaro. ¿Crees acaso, garrapata, nigua, sanguijuela, que estoy tan mal con mi dinero que te habia de pagar por llevar este lío que no pesa nada? Que te largues te digo, ó si no...

D. Jeremías levantó el palo; el chiquillo echó á correr sacándole la lengua.

—¿Sabe V., preguntó el corredor, si su amigo de Vd., el señor D. Roque, que ha tenido en este pueblo hospitalario la acogida que se merece *tan apreciable* sugeto, piensa establecerse aquí?

—¡Jesus! ¡Jesus! nada sé; contestó D. Jeremías despavorido; tanto le asombró la idéa, de poder comprometerse en la respuesta que diese.

—Es que en ese caso tendria que proponerle un excelente negocio; puede que tambien acomodase á usted, D. Jeremías.

—A mí no, no, no, y no! amigo mio, si es cosa de dinero que desembolsar, no tengo un real disponible, ni un cuarto, ni un maravedí.

—Son pagarés á descontar á un año de plazo y á 12 por 100.

Los tristes ojos de D. Jeremías se pusieron á bailar el fandango.

—¿Con hipoteca? exclamó, ¿con garantías?

—¡Ah! no, señor: esto no se acostumbra aquí en Cádiz, donde el giro marcha libre y confiado sobre su hase honorífica, el crédito: basta la firma, que inspira mas confianza que la hipoteca.

—Pues entonces á otra puerta, amigo Trifon: la confianza no me inspira ninguna, el crédito no me acredita nada, la firma es un papel mojado aunque sea la de *Rotschild*, que puede quebrar como el banco de Nueva-York. Ademas le he dicho á usted, continuó en su tono lloron; vacía la caja, amigo, como bolsa de Marqués; la enfermedad de mi mujer; la *Positiva* en que tanto se metió y nada se sacó, esa sepultura funesta de mis diez mil reales; esa *bicoca,* ese *grano de anís* como Vd. dice: ¡caramba con Vd!... y sobre todo esa quiebra del banco de Nueva-York, me tienen en seco. ¡Malditos Norte-americanos! bien dicen los ingleses, que su Adan y Eva salieron de las cárceles de Lóndres. ¡Pícaros! Ea, D. Trifon, pasarlo bien, que no he almorzado, porque en el vapor llevan por todo un sentido.

D. Jeremías, que sabia que su compadre no le ofreceria de almorzar, entró en un mal café ó medio bodegon, y pidió una taza de caldo, que parecia agua de fregado, en el que migó un poco de pan. Despues de concluir su almuerzo, pasó el viajero á casa de su amigo.

—Con que, dijo D. Jeremías á D. Roque, despues de darle la bien venida; con que, compadre,

¿se establece Vd. aquí? Por mí, harto me pesa de haberme venido de allá; echo cada dia más de ménos á mi Pepa, á mi mujer. Vd., compadre, ¿perdió la suya en la travesía?

—Si, creo que se murió aquella testaruda que no queria venir á España, por salirse con la suya y darme ese chasco, respondió D. Roque.

—¡Qué chasco, compadre! ya que lo hizo, bueno es que fuese en la mar; así le ahorró á Vd. los gastos del entierro, que no son flojos, compadre, no son flojos: las cuentas las conservo. La caja...

—¿No le fué á Vd. bien aquí? dijo interrumpiendo las lamentaciones de Jeremías, D. Roque.

—No, compadre; vivir en Cádiz cuesta un sentido.

—¿Y en el Puerto?

—No se hace nada, nada, sino pasear en la Victoria, que parece un palacio encantado.

—¿Y en Jerez?

—¡No me hable Vd. de Jerez! un hato de bribones, compadre!... me armaron una con una mina *Positiva*; hágase Vd. cargo que jamás hubo nada de menos positivo: ¡me sacaron diez mil reales! Por tener el gusto de hacerme perder, mire Vd. si son malos, perdieron ellos tambien. Diez mil reales que jamás volveré á ver.

—Ya, pero...

—¡Qué pero, ni qué camuesa! ¡digo á Vd. que no los volveré á ver nunca más!

—¿Pero en lo demas?

—Los tengo que contar con los muertos, lo mismo que á mi mujer.

—Me han dicho que hay giro...

—Lo mismo que si los hubiese echado por la ventana.

—Me han asegurado que aquel viñedo...

—Ningunas, ni las más remotas esperanzas; ¿cómo? ¡si la mina está abandonada!

—¿Y valen mucho las viñas?

—He visto la gran boca por donde se tragó esa *positiva* ladrona, mis diez mil reales!

—Es, dijo D. Roque, que pensaba comprar una viña á uno que está ahorcado.

—¡Jesus, Jesus, compadre! exclamó D. Jeremías, se pierde Vd. miserablemente: Vd. no sabe lo que son los jerezanos! ya saben á su casa; *han servido*, como Vd., compadre; no venden sino las viñas secas. A mí me la quisieron pegar, pero la jugarreta de la mina *Positiva* me abrió los ojos tamaños, añadió haciendo una C con el dedo pulgar y el índice. ¡Mas de esto ha resultado que me vé Vd. el más desgraciado de los hombres!

La cara de D. Jeremías se puso aun más compungida.

—Pues ¿qué le sucede á Vd., compadre? preguntó D. Roque.

—¡Que no sé qué hacer con mi dinero! exclamó D. Jeremías en tono desesperado y levantando sus manos por cima de su cabeza.

—Vamos, vamos, no se apure Vd., respondió Don Roque, ya veremos dónde colocarlo.

—Y cuatro años de intereses perdidos por haberlo tenido parado, ¿quién me los resarce?

—Su culpa es; á nadie tiene Vd. que quejarse, ¿por qué es Vd. tan encojido y medroso? Amigo, el que no se arriesga, no pasa la mar. Finque Vd.; que las fincas están baratas.

—¡Fincar!... ¡fincas! exclamó el avaro horrorizado, que con las terribles contribuciones no dan, bien compradas, esto es, en la tercera parte de su valor, un cinco por ciento!... ¿me quiere Vd. arruinar?

—Póngalo Vd. á premio con hipoteca.

—Para que me obliguen á quedarme con la hipoteca, para que haya pleitos; añadió estremecido el avaro; ¿me quiere Vd. asesinar?

—Pues póngalo Vd. en un banco.

—¿En un banco? Vamos, compadre, veo que usted quiere burlarse de mí. ¿No sabe Vd. lo que he perdido en el banco de Nueva-York? yankees del demonio, asaz peores que los indios bravos, que los negros cimarrones, y que los piratas malayos...

—¿Quiere Vd. comparar los bancos de allá con los de Europa, compadre? No sea Vd. pusilánime en su vida. Yo he puesto cien mil duros en el banco de Francia; ponga Vd. los sesenta y tantos mil que debe Vd. tener por mi cuenta aquí parados. Cuando vengan los otros sesenta que le quedan

á Vd. que cobrar allá, podrá darles otro destino.

—Chiton, chiton, sopló D. Jeremías asustado, poniendo un dedo sobre su boca: nadie le pregunta á Vd. lo que tengo; las paredes tienen oidos, y Vd. un vocejon que parece de sochantre, compadre.

—No hay en la casa, sino la negra y la niña; dijo D. Roque.

—La negra y la niña, repuso D. Jeremías acercándose á la puerta por ver si alguien los estaba escuchando, tienen sus bocas para repetir lo que oyen, como cada hijo de vecino.

—Haga Vd. lo que le digo, hombre de Dios, prosiguió D. Roque; y sinó, vá Vd. á tener ese dinero para mientras viva.

D. Jeremías se puso á temblar, como si le hubiese entrado el frio de una terciana; pero no rechazó del todo la idéa. La iba cogiendo y soltando como un gato una sardina puesta sobre unas parrillas. Al cabo de tres dias y tres noches de combates y angustias, en las que ni comió ni durmió, se decidió por fin á seguir el consejo de su amigo, y al cuarto partió llevándose á la pobre niña, su ahijada, de la que no se ocupó *el apreciable sugeto* en todo él viaje.

La niña iba convulsa y hecha un mar de lágrimas, no por separarse de su Padre, delante del cual temblaba: sinó por dejar á la negra estúpida y amilanada, que al fin era el único ser que desde

la muerte de su Madre no la repulsaba, y por el espantoso horror que le inspiraba la mar.

Cuando ancló el vapor en Sanlúcar para recibir pasajeros, estaba la infeliz niña tendida en un camarote, más muerta que viva. Su mal, aumentado con las ánsias del maréo y con su miedo, la habian puesto en un estado que daba compasion. Allí se embarcó una señora jóven y hermosa con un caballero de edad y una niña de ocho años. Esta se puso á escudriñarlo todo.

—Quiero ver este camarote, dijo, empujando la puerta del en que estaba Lágrimas.

—No, Reina, le dijo su Madre, está cerrado y tendrá dueño.

—Pues quiero verlo... quiero...

—Niña, dijo el caballero anciano, no siempre en el mundo se puede hacer lo que se quiere.

La niña, por respuesta, daba vueltas al pestillo, hasta que consiguió abrirlo.

—¡Qué picarilla! dijo la Madre; en metiéndosele algo en la cabeza, no para hasta salirse con ello.

—¡Dios quiera que no le pese á Vd. algun dia lo que ahora le hace gracia, Marquesa! repuso el caballero.

—¡Madre, Madre! gritó su hija: mirad, mirad á esta pobre niña... está mala y sola; pobrecita, pobrecita!

La Marquesa acudió al camarote, y halló á su hija que abrazaba y besaba á la pobre Lágrimas, que parecia un cadáver.

—¡Pobre niña! dijo la Marquesa. ¿Con quién vienes?

—Con mi padrino, respondió en voz casi ininteligible la niña.

—Que es un pícaro infame que te deja así mala y sola, dijo Reina.

—Reina, Reina, eso es muy feo, y no se dice, dijo su Madre.

Pero la niña habia desaparecido, y pronto volvió con un plato de bizcochos: un criado le seguia con una bandeja de café.

—Toma, toma bizcochos y café, pobrecita mia, que es bueno para el maréo, dijo Reina. ¡Buen padrino tienes! Si le veo arriba, le doy un empujon para que se caiga al rio.

—Reina ¿no podias haberme avisado, y no ir tú por el café? dijo el caballero.

—¡Qué avisar! repuso esta; hubiese Vd. echado dos dias, D. Domingo.

—Qué corazon tiene esta hija mia! dijo la Marquesa de Alocaz, cubriendo de apasionados cariños á su hija.

CAPITULO IV.

ENERO, 1838.

Algun tiempo después estaban sentadas debajo del emparrado del jardin de un convento unas cuantas niñas chicas. Nada podia verse mas gracioso que lo eran sus posiciones, movimientos y ademanes. ¡Con cuanta razon se ha dicho que todo lo que lleva el sello de la gracia elegante y ascética, es una copia perfeccionada de la gracia de la infancia! ¿Consistirá esto en que esa gracia que nos encanta, sea el celestial reflejo de la inocencia?

Todas estaban muy ocupadas; unas hacian un jardin con un arte que hubiese envidiado Le Notre... Figuraba en él una ramita de box, un naranjo; una clavellina, una palma; en el centro un medio cascaron de huevo, figuraba la fuente de

alabastro, en la que unos pedacitos de hojas de geranio encarnado, representaban los peces; á su alrededor los dedales, rellenos de ramitas de tomillo, figuraban macetas. Otras niñas hechas cocineras, se afanaban en meter en una ollita tamaña como una nuez, unas cuantas coliflores figuradas por jaramagos. Otras vestian un niño de barro con toda la delicadeza necesaria para no dejarlo falto de piernas ó de brazos. Otras, gravemente sentadas en visita, tenian en sus manos una hoja de parra á manera de abanico.

Solo una niña delgada y pálida, estaba sentada en una sillita baja y no se movia.

—¿Nunca quieres jugar, Lágrimas? dijo una de las otras. ¿Te duele un pié?

—No, respondió la niña.

Pues ¿porqué no quieres jugar?

—Estoy cansada!

—¿De qué?

—No sé.

—Yo tambien estoy cansada, dijo la cocinera, abandonando la olla á su triste suerte, como lo hacen otras de muchos más años.

—Yo tambien, yo tambien, repitieron las demás con aquella inconstancia propia de la edad en que nada interesa, ni aun los juegos.

—¿Vamos á contar cuentos?

—Sí, sí, cuenta tú, Maalena.

—Habia vez y vez una hormiguita...

—Ese no, ese no, que lo sabemos.

—Pues no sé otro, ea.

—Ay, mira, mira, un bicho. ¡Qué feo es!

—No es feo, es una chinita de humedad; en tocándola, se pone redonda como una bola, mira.

—¿Y porqué hace eso?

—Para esconderse.

—La voy á matar.

—Jesus, no, no, que si lo vé Lágrimas va á llorar, y nos vá á reñir la Madre Socorro por *mor de tí*.

—Pues yo haré que no llore; yo sé como.

—¿Tú? no es.

—Si es.

—¿Pues cómo?

—Con una copla que yo sé, y se le canta á los niños para que callen.

—Cántala...., anda.

La niña se puso á cantar en la mas sencilla de las tonadas, puesto que no salió de una sola y misma nota:

Isabelita no llores
Que se marchitan las flores,
No llores Isabelita
Que las flores se marchitan.

—Maalena, dijo una regordetilla de carita rosada y bobilla; cuéntanos la historia del niño perdido, que es mas bonita, anda!

Maalena se sentó sobre una regadera y empezó la historia del niño perdido.

Madre, á la puerta está un niño,
Mas hermoso que el sol bello,
Y dice que tiene frio
Porque viene medio en cueros.
Pues dile que entre; se calentará.
¡Ay! que en este pueblo ya no hay caridad!
Entró el niño y se sentó;
Hizo que se calentara,
Y preguntó la patrona
¿De qué tierra? ¿de qué patria?
Responde: señora, soy de lejas tierras.
Mi Padre es del cielo; Madre es de la tierra.
Estando el niño cenando,
Las lágrimas se le caen,
—Dime niño, ¿porqué lloras?
—Porque he perdido á mi Madre.
Mi Madre de pena no sabrá que hacer
Aunque la consuele mi Padre José.
—Hazle la camita al niño
En la alcoba con primor.
—Que no se haga, señora;
Que mi cama es un rincon.
Mi cama es el suelo en el que nací,
Y hasta que me muera ha de ser así.
Apenas rompia el alba
El niño se levantó,
Y le dijo á la patrona
Que se quedase con Dios;
Que él se iba al templo por que era su casa;
Donde irémos todos á darle las gracias.

Cuando hubo concluido Maalena, se volvieron las niñas á la niña pálida y le dijeron.

—Lágrimas, cuéntanos el cuento de la Flor del Lililá, que lo cuentas tú mas bien!

—Estoy cansada, respondió la niña pálida.

—Anda, cuenta, no seas premiosa y con su cante y todo. Si lo cuentas, te voy por lechuguino al huerto para tu canario.

Con esta promesa, la niña que parecia tan caida, se animó, y contó como sigue su cuento·

CUENTO DE LA FLOR DEL LILILA.

Habíase un Rey que tenia tres hijos, dos muy malos y uno muy bueno. Todos los dias venia á palacio una pobrecita á pedir limosna, y los dos grandes ni le daban, ni le decian siquiera *perdone Vd. por Dios*, sino que se fuese. Pero el mas chico, aunque no tenia dinero, porque se lo quitaban los grandes, le daba á la pobrecita su pan despues de besarlo. Dióle al Rey una enfermedad en los ojos y cegó; y los médicos dijeron que no habia sino una cosa que lo pudiese poner bueno, y era esa cosa la flor del Lililá. Pero era el caso que nadie sabia donde estaba la flor del Lililá.

Los hijos dijeron que iban á buscarla, y que no se habian de volver sin ella, aunque tuviesen que ir hasta donde se levanta y hasta donde se acuesta el sol. Salió el mayor, y se encontró con la pobrecita que pedia, que era la Virgen, y le preguntó si le podria guiar, ó dar norte, para poder hallar la

flor del Lililá. Y como la Vírgen no niega un buen consejo á nadie, sea malo ó sea santo el que se lo pida, le respondió—Ves por aquel camino derechito derechito que te señalo, y llegarás; pero te advierto que hallarás á muchos niños blancos que son los niños buenos, y muchos niños negros que son los malos; estos querrán jugar contigo, entretenerte y sacarte de la buena senda; no les hagas caso, sino á los blancos, que te acompañarán y mostrarán siempre la buena senda. El niño siguió su camino, pero en lugar de hacer lo que le habia dicho la buena pobrecita, se puso á jugar con los niños negros que le extraviaron; y lo mismo en todo y por todo que sucedió al mayor, sucedió al segundo. Pero no así al chico, que como era bueno, hizo todo lo que le dijo la pobrecita, y así fué que los niños blancos le acompañaron hasta llegar á un jardin muy hermoso donde estaba la flor del Lililá, que era blanca, resplandecia y olia á gloria.

Cortó el niño la flor, y se puso en camino para llevársela á su Padre. Pero á poco encontró á sus hermanos con los niños negros, que les dijeron matasen á su hermano para llevarles ellos á su Padre la flor; y así lo hicieron los pícaros, y despues de matado enterraron á su hermanito para que nadie lo viese.

En el sitio en que fué enterrado el niño, nació un cañaveral, y un pastorcito que apacentaba por allí sus ovejitas, cortó una caña é hizo una flauta,

y cuando se puso á tocarla, salió de ella una vóz muy triste que cantaba.

La niña se puso á cantar con una voz débil, pura y dulce como un suspiro sobre una sencilla, pero melodiosa y espresiva tonada:

No me toques, pastorcito,
Que tendré que divulgar,
Que me han muerto mis hermanos
Por la flor del Lililá.

Al pastorcillo le pareció el canto de la flauta una cosa tan rara y tan bonita, que se la llevó al Rey; mas apénas la tenia en las manos el Rey, cuando se oyó el canto mucho mas triste todavía, que cantaba:

No me toques, Padre mio,
Que tendré que divulgar
Que me han muerto mis hermanos,
Por la flor del Lililá.

Cuando el Padre conoció la voz de su hijo el mas chico, se puso á llorar y á arrancarse los cabellos y mandó traer sus hijos mayores á su presencia. Estos, al oir el canto de la flauta, cayeron de rodillas, deshechos en lágrimas y confesaron su delito. Entonces el Rey los condenó á morir. Pero de la flauta salió una voz, sin que nadie la tocase, que mas suave que nunca cantó:

No los mates, Padre mio,
Y ten con ellos piedad,
Que los tengo perdonado;...
¡Que es tan dulce perdonar!

Concluido que hubo la niña su cuento, las demás se esparcieron formando nuevos juegos, pero casi todas talareaban en sus infantiles voces, que aun no podian como la de Lágrimas ceñirse á una melodía, en notas vagas, y sin precision, que no tenian aun el freno de la voluntad, así como los pensamientos de entre duerme y vela, que lo han perdido, la cancion del cuento de Lágrimas, mientras esta con su voz aun mas dulce y triste, seguia cantando:

Que les tengo perdonado...
¡Que es tan dulce perdonar!

Puso la niña su mano en su mejilla y cual si ella misma se hubiese arrullado con su canto, se quedó dormida.

—¡Angelito! dijo al verla la Madre Socorro; la pobre niña no ha pegado los ojos en toda la noche. ¡Me dá una lástima! ¿La sacarémos adelante, Madre abadesa?

—Con la ayuda de Dios, hermana, contestó ésta. Hablad quedo, niñas mias, añadió dirigiéndose á las otras niñas, para no despertar á la pobrecita que no duerme de noche.

Las niñas se alejaron, se internaron en el jardin y empezaron á hablar de quedo, pero con esa graciosa falta de tino de la infancia, tan en extremo de quedo, que no se oian unas á otras.

—¿A que no adivinais? dijo Maalena, que era la mayor, matrona, ya de siete años.

—¿El qué?

—Una adivina.

—¡A que sí!

—Pues... ¿qué es un platito de avellanas que de dia se recoge y de noche se derrama?

Todas se pusieron á meditar por casi medio minuto.

—Nosotras ; exclamó la gordiflona dando un salto que la levantó dedo y medio del suelo.

—Al revés me las vestí, dijo la matrona. Eres mas tonta que Pipí, Josefita.

—Pues dilo tú, ya que lo sabes.

—Las estrellas, torpe.

—¡Qué no! Las estrellas no son avellanas.

—¿Pues que son? mari-sabidilla

—Las lágrimas de María que se llevaron los ángeles al cielo; por eso son tantas que nadie las puede contar.

Las niñas se pusieron á mirar al cielo, en el que surcaban volantes nubarrones, cubriendo y descubriendo á su paso alternativamente la luna.

—¡Ay! dijo la regordetita, ¿no ves como se entra y se sale la luna en el cielo? ¿que le habrá dado?

—La estará llamando Padre Dios, contestó su vecina.

—Yo no oigo á su mercé...

—Tampoco lo ves en la Misa, y está, dijo la matrona; si lo viéramos con estos ojos y lo oyéramos con estas orejas, añadió tirándole un tiron de las suyas á la gordifloncilla, ¿qué gracia habría en creer? como dice la Madre Socorro.

La dueña de la oreja dió un chillido. La niña dormida se estremeció, y despertó sobresaltada; sus ojos negros estaban desmesuradamente abiertos y exclamó azorada:

—¡La mar! ¡la mar! ¡el tiburon! ¡el tiburon! ¡Madre! ¡Madre!

La monja tomó á la niña en sus brazos.

—Vamos, vamos, niña mia, le dijo. Sosiégate, es un sueño, una pesadilla. Tu Madre está en el cielo con Dios, con los ángeles, con los santos, rogando por tí. Tú estás aquí con nosotras que, te queremos tanto: á tu lado está el Angel de tu guarda; la mar y sus tiburones están muy lejos: no hay aquí sino la fuente de agua tan dulce y los pececillos colorados: míralos, míralos como corren!

CAPÍTULO V.

Ya que hemos ido á buscar la filiacion de parte de los personajes que van á figurar en los eventos, (por cierto sencillos y cuotidianos), que vamos á referir, preciso nos será hacer lo mismo con los demás que vamos á poner en escena. Hacemos esto con tanta más razon, cuanto que más que eventos, pintamos sucesos; más que héroes de novela, trazamos retratos verídicos de la vida real.

Hay séres eminentemente felices y envidiablemente dichosos. Son estos los que con una excelente salud, una situacion mediana, en la que nada ahorran, pero en la que tienen su pan asegurado, alejando así esperanzas doradas y temores negros, en un círculo limitado de objetos y de idéas, sin conocer un libro ni de vista, sino el catecismo,

tienen la existencia exterior arreglada como un reloj, y la interior tranquila como una balsa de aceite.

El siglo de las luces no es de este parecer; peor para él! No quiere existencias modestas y tranquilas: esto es contra la dignidad de las luces y el *decorum* de la ilustracion.

Así inocula á toda prisa este siglo la *noble ambicion* en todos, no como la vacuna para preservar de un mal al inoculado, sino para ponerle apto á padecer una feroz epidemia. La aplicacion de esta verdad podrá hacerse en el relato que ahora empezamos. Llevando á nuestros lectores á Villamar, puertecito de mar el más desconocido de España, en el que D. Perfecto Cívico, herrador y albéitar, tenia dignamente y con satisfaccion de todos, la vara de alcalde en sus robustas manos.

Siendo este buen señor veterinario de un Regimiento, conoció en Galicia una gallega que valia y tenia su peso en plata, que no era poco.

Cívico, que era buen mozote, fué bien acogido cuando se presentó de pretendiente, con condicion de retirarse del servicio, y de sentar sus reales y su banco de herrador en su pueblo. Apénas casado, murió su suegro; Cívico realizó la herencia, se trajo ésta en buenas letras de cambio, y á su mujer en un charanguero á Cádiz, desde donde pasaron en amor y compaña á Villamar. El orígen de este caudal heredado era el siguiente.

El abuelo de la novia tuvo dos hijos, Tiburcio y Bartolo; al primero, que era fuerte y robusto, le puso su padre á arar. Al segundo, que era flaco y endeble, le envió á América como género de pacotilla. Despues de muchos años, recibieron carta de Bartolo, en que le decia á su familia que no le habia ido mal, y que habia hecho dinero.

En esta carta se firmaba el que la escribia, Bartolomé. Su hermano Tiburcio, que atribuyó el *me* añadido al Bartolo, al orgullo que le daban sus riquezas y sus viajes, se picó, y le contestó con arrogancia:

Si *pur* que fuíste á las Indias,
Te firmas Bartulumé,
Yu sin salir de Jalicia
Firmume Tiburciumé.

Murió Bartolomé, y heredó Tiburcio*mé* el caudalito que su hija Tiburcia*mé* llevó en dote al enamorado albéitar.

Este enlace fué feliz, porque ambos, él, á pesar de su nécia fachenda echándola de ilustrado, y ella, á pesar de su génio tosco y mandon, eran dos buenas y honradas criaturas.

D. Perfecto, sobre todo desde que habia cojido en sus manos la vara que nadie en el pueblo queria tener en las suyas, ostentaba un tono sentencioso y doctoral, y enmendaba la plana al Gobierno con un conocimiento de causa, una ciencia infusa pas-

mosa. Tiburcia, aunque franca y jovial, no se dejaba intimidar con *tonos ni aires;* no entendia de chicas y llevaba en su casa la voz, por la sencilla razon de que de ella *eran las cuartas*. Solo un choque habian tenido los consortes. Tiburcia no queria, y en honor de la verdad no podia nombrar á su marido veterinario, y no habia santo que la sacase de la voz *albéitar*. Y desesperaba á D. Perfecto Cívico ver atajarse el progreso en la boca de su propia mitad.

—Tiburcia, le decia á su mujer, el que ejerce el *arte* de la veterinaria se llama *veterinario*.

—Vaite á odemo, respondia Tiburcia con su acento gallego, en mi tierra el que cura las bestias se llama albéitar, y á mucha hunra, es verdad. (1)

Pero llegó el dia en que esta paz doméstica vino á perturbarse de una manera más séria.

Tenia D. Perfecto fundadas todas sus esperanzas para el futuro engrandecimiento de su estirpe, puestas todas las miras de *su noble ambicion*, las ilusiones de sus *dorados sueños*, en su primogénito, que llevaba el nombre de familia Tiburcio, y este habia llegado á la edad prefijada por su Padre para llevarle á estudiar á Sevilla.

No daremos cuenta de los altercados que tuvieron en esta ocasion la mitad ilustrada y la mitad

(1) La alcaldesa no habla gallego, sino el castellano agallegado de las gentes del pueblo.

no ilustrada de este matrimonio, porque sería un nunca acabar.

—¡A estudiare! exclamaba con su buen sentido gallego Tiburcia, estu es, á *jastare* buenus cuartus y que se haga un hulgazan. Que aprenda á herrare é á curar mulas como su Padre, é ganará bien su vida; es verdad. ¡Estudiare! ¿te tienta ó demo? ¡A estudiare! ¡Te figuras tú, humbre, que Tiburciño es fillo de algun Marqués! ¡Nun lu he de cunsentir: es verdad!

Don Perfecto por primera vez en su vida se las calzó. Era el que su hijo subiese á altas regiones, y figurase el *sueño dorado* de toda su vida: y antes le hubiesen arrancado la vara de alcalde y el corazon, que estas dulces ilusiones y estas brillantes fantasmagorías.

Así fué todo su conato hacerlas reverberar en la imaginacion algo obtusa de su hijo, y despertar en él la *noble ambicion* de que él mismo estaba poseido. Era esto difícil, porque *Tiburciño*, como le llamaba su Madre, malditas las ganas que tenia de estudiar, ni ménos de salir de Villamar, donde á pesar de no tener mas que diez y siete años, tenia ya su novia. Era esta Micaela, ó Quela, como la llamaban siempre, hija del tio Juan Lopez, el rico compadre del alcalde. Los padres habian visto con gusto este principio de noviaje, por convenirse mútuamente las circunstancias de los muchachos. Así el tio Juan Lopez hizo algunas prudentes re-

flexiones al alcalde, pero no hubo tu tia. Tiburcia gruñó, rabió, lloró, gritó; no hubo emboque: partió el inflexible alcalde llevándose á su hijo que era un varal desgavilado, que llevaba muy mal gesto, é iba montado en una mula tan flaca como él.

El niño, que era de Villamar, que tiene tanta fama por ser la tierra clásica de las calabazas vegetales, las llevó muy sendas metafóricas, en los diferentes exámenes que sufrió en su carrera de estudiante haragan: lo que prolongó mucho el tiempo de universidad. Cuáles no serían las lamentaciones, imprecaciones y reconvenciones que salian como de un fecundo manantial, de la boca de la *señá* Tiburcia, cada vez que un trimestre vencido forzaba á la económica gallega á aflojar los apretados cordones de su bolsillo, eso queda en lo incalculable, como las estrellas, los granos de arena del desierto, y las gotas de agua de la mar.

Pero todo lo sufria estóicamente el señor Perfecto Cívico, con tal que su hijo entrase en la senda que conduce al ministerio. Estaba tan entusiasmado, que todo lo sacrificaba á fomentar la árdua empresa. Cada torozon que curaba, se convertia en el Derecho real, y las herraduras puestas, en un Destut Tracy, desesperando con esto á Tiburcia, que exclamaba desconsolada:

—Este hombre es un mal Padre; un ladre de sus utros fillos, que non van á vere un cuartu de la herencia de mi tiu Bartulumé. Ven acá, humbre

de Dios, ¿si tudus lus albaitares mandan á fillos suyos á estudiare, quién curará las bestias?

—Los hijos de Marqueses, contestaba pomposamente el alcalde, como lo dice el periódico titulado *La Víspera del dia del juicio.*

Diciendo esto se envolvia el alcalde en su capa burda como en una toga, y abandonaba el mezquino y oscuro hogar doméstico.

En las primeras vacaciones que el estudiante vino á pasar á su casa, se le notó muy *cuellisacado*, muy perezoso, muy desastrado, con un falsete recio y destemplado, y unas ganas de comer que horrorizaron á su Madre.

En estas primeras visitas, no tuvo Quela motivos para quejarse de la inconstancia ni frialdad de su novio; pero en cambio no le gustó oirle celebrar con entusiasmo á las muchachas de la fábrica de tabacos y ponerlas por modelo de gracia campechana. Tampoco le gustó el tufo á vino, inseparable compañero del estudiante lugareño. No obstante, siempre apegada y fiel, vió con gusto á los Padres concertar sus bodas.

Más adelante Tiburcio fué escaseando sus visitas, y multiplicando sus pedidos de dinero. Más adelante aun, vino el estudiante por pocos dias, con aire jaque y ostentando una superioridad y un predominio que le hicieron insoportable á todos, ménos á su Padre, que en esto vió vislumbrarse al hombre superior.

Llévanos esto sencillamente á hacer una reflexion general en punto á educacion, y es que existe una cosa funesta en nuestros dias en que tanto se charla sobre educacion como sobre todo. ¡Epoca de charla si la hubo! La charla priva, la charla reina, la charla aturde, y la charla va haciendo de las idéas un nudo gordiano. Pedimos á Dios que envie una mudez general á guisa de espada de Alejandro. Esta cosa funesta es el exagerado cuidado que se pone en la parte intelectual de la educacion, es decir, en el saber, y el poco que se da á la parte moral, es decir, al sentimiento. Ver cómo se rellena la cabeza, y se deja vacío el corazon. ¡Esto aturde!... ¡Así sale ello!

Son los sentimientos la parte suave y femenina de nuestra naturaleza: el entendimiento es la parte dura, áspera y masculina: ahora bien, tened presente para vuestro gobierno, que en aquellas partes donde la primera está avasallada y desatentida y prepondera la segunda, son pueblos bárbaros, duros, toscos y crueles. Irrita el ver cómo los chicuelos del dia, especies de vocingleros papagayos, que tanto saben *de memoria*, ostentan su superioridad en todas materias sobre sus mayores, que aprendieron en el gran libro de la experiencia; y cómo gentes de valer, y aun sus propios Padres, les aguantan por faltarles á su recto juicio y sanas razones, acaso la insufrible fraseología, la maceadora locuacidad, y la sofística ar-

gumentacion moderna; argumentacion inatacable, porque ni tiene bases ni reconoce aquellas en que se fundan los argumentos de sus contrarios. Si ponemos algun dia un colegio, cata aquí nuestro programa, lector, por si quieres confiarnos algun hijo.

Catedra primera; en que se inculcará:

Que el hombre sin Religion es una fiera rebelde, ingrata y estúpida, que emplea sus facultades en perjuicio propio y ageno. Que la Religion no es una fabulita ni un sistemita que cada cual se fabrica en el pequeñísimo taller de sus idéas; sino una revelacion divina: no puede ser ni comprenderse de otra suerte. Que nuestra flaqueza puede apartarnos de sus mandamientos, pero que no puede sin apostasía el entendimiento apartarnos de sus principios, y que una apostasía, por pequeña que sea, es un mal mucho mayor que una flaqueza aunque grande.

Segunda catedra; en que se inculcará:

Que la bondad es el suave óleo que debe ungir todos los ejes sobre los que giran nuestras acciones y relaciones con todo el mundo, y hasta con los animales, pobres seres desvalidos que tiraniza el hombre.

Tercera catedra; en que se probará:

Que el respeto á nuestros superiores, á nuestros semejantes, á nuestros inferiores, al poder y á la desgracia, no es, segun se ve hoy dia, un

mytho, un sentimiento apócrifo, ó una fósil y antediluviana curiosidad, sino que existe, y es una flor aristocrática del corazon y el sello de una educacion fina y distinguida.

Cuarta catedra; se enseñará:

Que la modestia, esa gemela *señora* de su hermana *santa*, la humildad, es el sello del verdadero mérito; el estigma que le imprime la superioridad.

Quinta catedra; se enseña la caridad:

Débese ejercer, no por mayor y en teorías; pero al pormenor y en práctica. Débese emplear, no como arma contra los ricos, sino como auxilio para los pobres. Débese ensalzar en los otros más que todas las demas virtudes; más que el saber, el talento y que cuanto hay, pues es la que más nos asemeja á Dios. Despues que salga de nuestra escuela, querido lector, podrás enseñar á tu hijo la gimnástica, el *avant deux*, el francés, el latin, el griego, y aunque sea el sanscrito. Con ninguna de estas cosas es incompatible nuestro COLEGIO DE PRIMEROS SENTIMIENTOS.

Con el mencionado detestable y chavacano aire de superioridad, miraba Tiburcio, ese lechuguino de arrabal, á su novia la linda Quela. Y no obstante, Quela era una de esas criaturas privilegiadas que nacen en todas las esferas, no para salir de ellas, sino para embellecerlas, porque Dios dispensa sus gracias con igualdad en todas. San Isi-

dro fué labrador y Neron Emperador, sin que esto haya contravenido á las leyes morales y físicas que rigen el mundo.

Criada Quela en la *Amiga* de señá Rosita, de quien fué la preferida, desde niña su bonita figura, su docilidad, su aplicacion é índole dulce, la hicieron apta á que germinase cuanta buena semilla se sembró en su corazon. Si por un lado el carácter un poco áspero de su Padre la hacian encogida, por otro los mimos de su Madre la hacian confiada. Era suave como un dia de calma; caritativa como una santa; alegre, ajuiciada, y se apegaba á las personas á quienes queria, como un suave jazmin que perfuma con sus flores lo que estrecha con sus ramas.

CAPITULO VI

ABRIL, 1842.

¡Cuán vasta es la esfera de los sentimientos del hombre! Solo ella puede darnos una idea de la inmensidad. Sin ir á buscar su variedad y sus contrastes entre los diferentes individuos de la especie humana, entre los cuales los hallaríamos, en algunos, dignos de ser abrigados en pechos de ángeles, en otros análogos á los de los réprobos, podemos hallar este horizonte sin límites en nosotros mismos.

Pero ¿qué es lo que hoy cubre de nubes este horizonte, y qué poder es el que las disipará mañana, y lo hará resplandecer á los rayos de un brillante sol? La imaginacion. Bien. ¿Mas quién le dá ese poder? ¿Quién es quien á ella misma le po-

ne hoy una corona de rosas, y le pondrá mañana una de ciprés? El corazon. Bien. ¿Y cuál es el astro que influye en las mareas del corazon? ¿qué lo hace sonreir hoy y mañana suspirar? Es el soplo que despiden al agitarse las alas de un ángel desterrado á la tierra, por haberla creido mejor de lo que es, y que se esfuerza en vano en lanzarse al éter y volver al cielo, cada vez que la lástima, el horror, ó la indignacion destrozan su pecho. ¿A qué, pues, han escrito tantos poetas magníficas estrofas para pintar esta melancolía, este mal estar que no es en los seres superiores, sino el ánsia por la santidad, que es el ideal del alma? Ved por qué en el cristiano esta tristeza es humilde, y llora; y por qué en el escéptico es amarga y blasfema. En el primero lleva al pie del altar; en el segundo al suicidio.

¿A qué esta elevada digresion? ¿porqué en una novela, que deberia tener un carácter decidido sentimental ó jocoso, hacernos pasar de repente á los extremos opuestos en estos dos ramos? Contestarémos: que no escribimos novelas, sino cuadros de la vida humana, tal cual es, tal cual la veis vos delante de vuestros ojos. Ahora, pues, el mundo es como la cabeza de Jano, con dos fases, de las cuales, una es la de Demócrito y otra la de Heráclito, que pasan ante vos, alternativamente riendo ó llorando. Acaso si escribiéseis la historia de vuestras propias impresiones, ¿no irian igualmente

alternados y formando contraste los capítulos que escribíéseis bajo las impresiones diversas que recibís? Despues de estas reflexiones esplicativas y vindicatorias, prosigamos.

Jugaban en el convento de monjas de que ya se ha hecho mencion, las niñas que en él vimos, tan chicas, pero que encontramos muy crecidas, por que han pasado desde entónces cuatro años.

El antiguo personal se ha aumentado con otra niña de doce años, llamada Reina, hija de la Marquesa de Alocaz, la que habiendo tenido que hacer un viaje á Madrid, ha dejado á su hija en el convento donde ella misma habia sido criada. Educar á las niñas en los conventos no se estila hoy dia; la Madre que pensase en eso, seria tenida por una Madre muy tirana y anticonstitucional. Quitar á las niñas el lucir las *capotas* y las *écharpes* en el paseo, levantando las narices, mirando á todo el mundo á la cara con una insolencia de manolas; quitar á estas *inocentitas* el dar su opinion y emitir su voto sobre la ópera y el prendido de la señora tal ó cual, es contravenir á los *sagrados derechos* de las niñas. Impedir á monitas de ocho años, el ser seguidas en el paseo por miquitos de diez, y recibir esquelitas escritas con palotes, sobre un papel que lleva gravemente las iniciales del que la escribió, y sobre las cuales se ve una corona en lugar de una chichonera, seria una flagrante reaccion hácia el obscurantismo. Enseñar á las niñas á

coser una camisa en lugar de bordar un chocante y chillon paisage chinesco, ó el pais de las monas en tapicería para un cuadro que lastimará la vista de cuantos lo miren; hacerles leer buenos libros y el Año Cristiano, en lugar del periódico de modas; hacerlas llevar la casa y cuidar de su aséo, en lugar de tocar el piano ocho horas al dia; todo esto seria pecado de *lesa elegancia*; ¿á qué semejante educacion *amillavesca* cuando todos somos ricos, ó esperamos serlo, y cuando por noticias fidedignas recibidas por telégrafos eléctricos, se sabe que va á llegar un surtido completo de novios californianos para dichas princesas?

Así es, que solo á la casualidad que obligó á su Madre á ir á Madrid, era debido el que Reina estuviese en el convento. Las otras niñas eran de gentes humildes, la mayor parte huérfanas, que ó bien sus parientes, ó algunas personas caritativas, ó bien las mismas monjas mantenian en el convento. Estaban regando macetas. Reina estaba parada delante de una niña pálida, que sin moverse se mantenia en pie apoyada contra un árbol. Era aquella la misma niña que ya vimos en el vapor, interesarse tan calorosamente por Lágrimas.

—Vamos, ven á correr, le decia reteniendo á duras penas sus piececillos inquietos que parecian tener alas como los de Mercurio; ¡á que no me coges!

—¡Estoy cansada! dijo la niña pálida.

—Déjala, Reina, dijeron dos niñas que pasaban en este instante cerca de las otras, llevando entre las dos una maceta de alhelíes, como Santa Justa y Santa Rufina la Giralda, déjala. Si no le gusta correr!... nada le gusta; ni correr, ni jugar, ni hablar, ni comer, ni dormir; nada le gusta sino no hacer nada! Oye, Lágrimas, son en tu tierra todas tan pánfilas?

La niña pálida al oir esta salida hostil, se echó á llorar.

—¡Eh! ¡ya la hemos hecho buena! dijo una de las agresoras, esa es como la fuente del patio; no hay sino tocar á la llave; sea por el lado que sea, allá va el agua. Si Madre Socorro la ve llorar, ya estamos frescas! ¡Jesus! ¡no llores, mujer, por María Santísima! ¿Qué te hemos hecho? Lágrimas... ¡y qué bien te viene el nombre, y qué guitarra tan mal templada eres!

—Y yo ¿en qué os ofendo que me quereis tan mal? dijo la niña sin cesar de llorar.

A las otras les dió tal coraje ver que no dejaba de llorar, que alternativamente se pusieron á decirle:

—Fuente de lágrimas.

—Valle de lágrimas.

—Mar de lágrimas.

—Chubasco de lágrimas.

—Lloras, para que nos riñan; comadre llorona; pero no tengas cuidado, que conforme te coja las

vueltas, le vacío el agua al bebedero de tu canario.

Al oir esta amenaza, Lágrimas se dejó caer en el suelo, su respiracion se agitó con hueco sonido; sus ojos se abrieron desmesuradamente y como desatentados, y apoyó sus manecitas sobre su pecho.

—¡Jesus nos valga! dijeron las niñas de la maceta asustadas, le da la palpitacion, la suspension, la quisicosa; si viene la Madre Socorro nos podemos encomendar á Dios.

Diciendo esto, habian soltado la maceta, y habian echado á correr, desapareciendo en el extremo opuesto del jardin.

Reina, que tenia dos años más que Lágrimas, era alta, bien formada, y llevaba erguida una cabeza en cuyas perfectas líneas se desarrollaba ya una singular belleza, y en cuya frente altiva y ademanes sueltos, se descubria la niña rica, mimada y criada sin sujecion. Bajó ella sus ojos hácia la otra niña que estaba caida en el suelo, y si bien no hubiese hallado un observador en aquella mirada, lo celestial y dulce de la compasion simpática, en cambio hubiese notado en ella la noble expresion de la voluntad enérgica, de la decision activa de proteger lo justo contra lo injusto, lo débil contra lo fuerte.

Sin aturrullarse, sin inmutarse, habia Reina aflojado las cintas del vestido de su compañera, y

la sostenia dándole friegas en los brazos como lo habia visto practicar en semejantes ocasiones á las monjas, cuando llegó la Madre Socorro.

—¿Qué es lo que le ha causado esto? preguntó apurada la buena religiosa.

Ambas niñas callaron: Lágrimas, porque entre sus angélicas cualidades, era la más espontánea é inherente á su ser, la de perdonar, ó por mejor decir, en aquella suave criatura que se habia criado entre padeceres físicos y sentimientos religiosos, no existia perdon, porque no existia la ofensa; las pocas veces que sufria algun pequeño vejámen, como habia sucedido aquella mañana, este la heria, pero no la ofendia; conseguíase afligirla, pero no irritarla.

Por lo que toca á Reina, tenia la nobleza que impide delatar, cuando se tiene la seguridad de impedir el mal por sí.

Lágrimas habia vuelto en sí de aquella crísis, y aseguraba á la Madre Socorro que se hallaba bien.

—¿Quién ha puesto aquí esta maceta? preguntó esta, viendo la giralda de alhelíes, que las Santas Justa y Rufina habian dejado plantada en medio de un camino, sin que chistasen los alhelíes de miedo de volver á sufrir las bárbaras sacudidas de que ya habian sido víctimas en manos de sus inhábiles portadoras.

Reina se lo dijo, y la Madre llamó á las nombradas.

Llegaron estas, siendo vivas imágenes de la confusion, de los remordimientos, y del desaliento.

—¿Dónde llevábais esa maceta? preguntó la religiosa.

Al oir esta pregunta, que no tenia conexion con su mal comportamiento con Lágrimas, un cambio repentino como en una comedia de mágia, se efectuó en la cara y talante de las llamadas á juicio; huyeron las tinieblas, brilló el sol, y contestaron horondas:

—Aquí, cerca de la fuente.

—¿Y porqué?

—Porque tenemos para regarla que acarrear el agua de tan léjos... y con el calor nos fatigamos.

—Estas macetas, prosiguió la monja, ¿las criáis para poner en el altar de la Señora el dia del Dulce Nombre?

—Si, señora.

—Pues para que en ese dia estén en toda su flor, necesitan del sol que tienen alli donde están, y no estar como estarian al lado de la fuente á la sombra de los árboles; pero aunque eso no fuese, no querais nunca cercenar pasos en cosa que fuere del servicio de Dios; aunque os parezcan perdidos, no lo son, y sino oid un ejemplo:

Tenia un ermitaño su ermita en un valle cerca de un monte sobre el que habia un hospital. Hubo una gran epidemia, y el hospital se llenó tanto de enfermos, que no habia manos que bastasen para

asistirlos, por lo cual acudieron al ermitaño para que fuese á prestarles auxilio; el buen ermitaño se apresuró en acudir, y todas las mañanas, apénas echaba el sol sus luces, tomaba su báculo y trepaba la pendiente cuesta para tomar su puesto en la enfermería.

¿No seria mejor, se dijo un dia en que el calor lo fatigaba mucho al subir aquella cuesta tan empinada, que labrase yo mi ermita aquí arriba?

Oyó entonces una voz que contaba detrás de él, uno, dos, tres, cuatro... Se volvió, pero no vió á nadie. ¡Que no hubiese yo discurrido esto antes! Siguió pensando: ¡qué de fatigas y cansancio me hubiese ahorrado! Oyó entonces de nuevo la voz que seguia contando á sus espaldas. Volvió atónito la cara, pero como la vez primera, á nadie vió. Cerca de la cumbre ya, tendió la vista para buscar un sitio á propósito en que situarse, cuando de nuevo oyó la voz que siempre contaba. Volvióse asombrado y vió un ángel. «Soy el Angel de tu guarda,» le dijo, «y cuento tus pasos.»

Así veis, hijas mias, prosiguió la Madre Socorro, que nada de lo que se hace con buena intencion hay perdido para el cielo, y que para ser meritoria una accion no es preciso lleve consigo una utilidad inmediata (1).

(1) Véase lo mas ascético de las doctrinas religiosas comprendido y sencillamente expresado al alcance del pueblo y de los niños. ¡Quién no se admira! ¡Quién no se enternece!

Tomó la Madre á la pobre niña, que se extremeció con sacudidas nerviosas, por el brazo, y se la llevó.

—Oid, dijo Reina con el aire de su nombre, á las niñas que cargaban con la maceta viajera para volvérsela á llevar: la de Vds. que se meta para nada con Lágrimas, ó con su canario, de avenírselas ha conmigo; no os digo mas, y basta. Tened entendido, que de tanta cosa como me traen de mi casa, hasta no ver que os enmendais, á ninguna doy ni un *ciento en boca*. ¡Ya lo sabeis, largaos!

Reina hizo un ademan magestuoso con el brazo, y las portamacetas se alejaron carilargas con el precepto de abstinencia decretado por Reina, llevándose el tiesto, en el que los alhelíes iban bamboleándose, como mareados ó borrachos.

—Estaba tan aliviadita, decia la Abadesa á la Madre Socorro, al verla preparar un calmante para Lágrimas que se habia acostado; pero no se puede nunca cantar victoria en un mal que ni los mismos médicos pueden definir; si unos dicen que es asma, otros que es hipocondría; otros piensan podrá declararse una aneurisma, y otros que es todo nervioso.

—Sea lo que sea, repuso la Madre Socorro con tristeza; lo creo incurable y D. Agustin Lopez del Baño, que es el mejor si no el mas alegre de los médicos de Sevilla, bien lo dá á entender cuando dice hablando de ella, viva la gallina y viva con su pepita.

Mientras las buenas religiosas discutian sobre el mal de Lágrimas, Reina que las habia seguido, se habia sentado á la cabecera de la cama en que estaba acostada la pobre niña, y le decia:

—Pero ¿porqué lloras por todo, criatura?

—¡Porque todo es tan triste!...

—Yo lo hallo todo muy alegre, repuso Reina.

—¿Y tambien que mi canario se muriese de sed? preguntó acongojada Lágrimas.

—No te apures, tonta, respondió Reina; ya les dije á esas pollas de inmundos corrales cuantas son cinco. No se volverán á meter conmigo ni con tu canario; yo te lo aseguro, mas miedo me tienen que al cancon. Pero vamos á ver: dime ¿es un motivo para que hasta mala te pongas, el solo temor de que pudiese morirse tu canario?

—Si, Reina, si. ¡Oh!... ¡si tú supieses lo que es la muerte!... dijo con angustia la niña acostada.

—Lo mismo que el sueño, dijo Reina.

—¡Oh! no, no: es terrible, es horrible! ¿Has visto algun muerto, Reina?

—¡Jesus! mas de mil: y si son niños y llevan flores, ¡me hacen una gracia! si me dejasen, los besaria.

—¡Vírgen Santa! exclamó extremecida la niña acostada.

—Acaso, prosiguió la otra, ¿has visto tú alguno muy feo, muy feo?

—No... no he visto muerta mas que á mi Ma-

dre; y esa no era fea, que era bonita;—¡pero la muerte la trastornó tanto!—¡fijábame con sus ojos tan parados, y no me miraba! ¡y sus labios se habian puesto blancos, y nada me decian... como si fuesen mármol! ¡Y se puso del color de la cera, y cual ésta parecía no poder doblarse sin quebrarse! ¿Qué pasaria por mí al verla así, Reina, yo que tanto la queria, que no me atrevia á acercarme á ella? Yo me decia: ¿porqué Madre no me llama? no es porque duerma, pues que tiene los ojos abiertos.

—¿Pero estabas sola con ella? preguntó Reina; cuando hay un muerto, hay muchas gentes, y Padres y médicos.

—No habia nadie, Reina, sino la negra que dormia, porque era esto en un barco en medio del mar, Reina. ¡Oh! de todo me acuerdo: sonaba el viento tan horrible, como los aullidos del perro que barruntan la muerte, y la mar rujia como si pidiese algo que no le quisiesen dar, y el barco estaba tan inquieto, y se sacudia como si quisiese arrojar algo fuera de su seno, y mi Madre se volvia á un lado y á otro como si quisiese irse y quedarse;... y el mar pedia algo, Reina, y el barco queria echarle lo que pedia, porque al dia siguiente, añadió la niña con creciente horror y respiracion agitada, al dia siguiente agarraron unos hombres á mi Madre como á un fardo, y á presencia de mi Padre, Reina... ¡de mi Padre!... que no

lo impidió, lo arrojaron á la mar, como cosa que nada valía; y en la mar, Reina, se la han comido los tiburones!...

—¡Madre Socorro! ¡Madre Socorro! gritó Reina; acuda Vd. que á Lágrimas le ha dado la alferecía!

CAPITULO VII.

JUNIO, 1843.

Un autor aleman decia, en una época muy anterior á la presente, con candidez alemana: ¡Santa libertad! Ya que tu culto tiende á mejorar al hombre ¿no podias escoger mejor tus sacerdotes?

La libertad, no hizo maldito el caso de la reconvencion de su apasionado. El incidente pasó desapercibido.

A idéntico desaire nos vamos á exponer, al hacer una deprecacion análoga. Pero á bien que un desaire no rompe hueso.

¡Admirable civilizacion! Elevado anhelo á lo mejor, tú, tan fecunda en dar á luz grandes cosas en los siglos pasados, ¿por qué has dado en abortar? Tus abortos son espantosos, civilizacion, mi

amiga! Sentimos no poderlos conservar en espíritu de vino como se hace con los del reino animal, para asombro de los siglos futuros. Civilizacion, civilizacion, mi amiga, ponte una bizma; que sinó, estamos mal.

Decimos esto al tropezar en nuestra relacion con uno de estos abortos. Es este el pseudo *ilustrado*. El pseudo ilustrado es la parodia del verdadero ilustrado, la caricatura del hombre culto. Tiene por *especialidad* el agarrar el rábano por las hojas; es una *notabilidad* en su aptitud á no dar jamás golpe en bola, y el tipo del *quiero y no puedo*. Divídese la categoría de estos *pseudos*, en dos. La una es de los que les dá por lo extranjero; la otra de los que les dá por lo español. Aunque no aparece en nuestro relato ninguno de los primeros, como nuestro lector de las Batuecas puede por dicha suya no haber conocido á ninguno, nos es forzoso hacer una pequeña fisiología de estos seres interesantes, que se pasean en zancos mirándonos de arriba abajo como mira Napoleon á los franceses desde su columna de la plaza de Vendome.

El pseudo extranjerado, sobre todo, si ha estado en Lóndres, París ó Portvendres: cuanto vé critica, lanzando el terrible anatema de *cosas de España!* Esta sentencia condenatoria, este tremendo *ultimatum*, no tiene réplica ni contradiccion, porque efectivamente cosas de España no son cosas de Portugal; esto es un axioma, un aforismo, y lo que

es aun mas, una verdad de Pero-Grullo. Padece el pobre de *spleen* y de melancolía.

El *pseudo* estrangerado adora lo *confortable* sin disfrutarlo nunca, porque lo *confortable* es una especie de reconcentrado bienestar personal, de mezquina sensualidad, un pálido placer de viejos y débiles, que no le pega á la expansiva juventud, al temple varonil, ni á los españoles, la nacion ménos material de Europa, y que ménos conoce la molicie. Pero el pseudo la adora por *tono*, asi como todo lo *esbelto*, las mujeres coquetas, las capotas y el champagne. Le conforta el té y le dá náuseas el chocolate: la *ropa vieja* le hastía; el gazpacho le indigna. El pseudo, desde *que leyó las rimas festivas de Alcázar*, en las que celebra las berengenas con queso, declaró la poesía antigua chavacana. En un rato de *loisir* ú ócio refundirá la letrilla, y en lugar de:

Tres cosas me tienen preso
De amores el corazon;
La bella Inés, el jamon,
Y berengenas con queso.

Pondrá:

Tiénenme preso á porfia
Tres cosas el corazon,
El beefstek, el rigodon,
Y el talle *esbelto de Lia.*

Si no sabes, lector de las Batuecas que beefstek

es carne asada sobre la parrilla, eres calificado por el *pseudo* en la categoría de los vegetales, y tu pueblo entre los antros ó cuevas negras y oscuras, en las que no ha penetrado el mas mínimo reflejo de las luces del siglo.

Vamos ahora al pseudo que lo echa de español. Este bicho de luz se cria por todas partes. En la universidad de Sevilla se desarrolla á las mil maravillas, si: en esa universidad de la que tantos jóvenes brillantes salen y han salido. Pero los pseudos forman la zúpia de aquel buen criadero de vinos generosos. Tiene el pseudo éste varias voces que adapta por parecerle mas propias, y más finas quizás, que las que están en uso y sanciona el diccionario de la Academia. A todo lo extranjero denomina *estranjis:* á los franceses *franchutes*, á los ingleses *inglisman*, á los alemanes *tudescos*, á los rusos *moscovitas*. Estas dos últimas denominaciones las cree, en la inocencia de sus alcances, denigrativas! El pseudo declara y sostiene que todo es mejor en España que en otras partes, inclusos los géneros nacionales, y está vestido, si la echa de elegante, de pies á cabeza de géneros extranjeros, incluso el bastoncito, el paraguas y el reloj.

El pseudo jura no manchar la túnica virginal de su patriotismo saliendo de España. Desde entónces los postes inamovibles y los marmolejos envalentonados, han formado una junta patriótica en que han declarado follon y traidor á la patria, á

todo el que se ausente dos pasos de la frontera. El pseudo, que la echa de español, hace un uso inmoderado de la denominacion de *hija mia*, con la que gratifica á una señora la primera vez que la vé, aunque tenga ella treinta y él veinte años.

El *hija mia*, aunque no desciende de Calderon ni Lope, es español rancio, (¡y tan rancio!!) asi es que esa denominacion tan bonita y cariñosa en boca de la amistad y en la intimidad, como chavacana y de mal tono cuando estas no la autorizan, ha reemplazado al *Don*, esa apelacion tan digna y noble que llevaron los reyes y que tan castizo y caballeroso suena. Asi sucede que se va desterrando sin formarle causa, y sin que se pueda atinar qué delito ha cometido. Podríase inferir que fuese esto por modestia, si se tiene presente aquella rima

Es el Don de aquel hidalgo,
Como el Don del algodon,
Que no puede tener *Don*
Sin tener antes el *algo*.

Pero nada menos que eso, querido lector, ¿florecen en las Batuecas aun violetas? Por acá no, mi amigo, todas se han secado. Valen hoy dia lo que en otro tiempo los tulipanes en Holanda. Flora está de luto por la pérdida de su querida vasalla; no la consuela la camelia, esa flor nueva sin perfume.

No es por modestia; al contrario: ¿sabes su de-

lito? Es que se lo apropiaron un ama de llaves y un mayordomo. Desde entonces el siglo de la igualdad le torció el hocico. Veo que me vas á hacer una objecion.

Nada puedo contestarte á ella ni darte mas respuesta que: *¡anomalías, anomalías!* de las que tenemos una cosecha incómoda por lo abundante, como las que suele haber de cereales en Castilla; así, pues, el *Don* quedó para el algodon; la seda no lo quiere. El *pseudo* que la echa por lo español, lo ha reemplazado con el marcial *hijo mio*, ó *hija mia*: el que la dá por lo extranjero, por el *señor* molondro. Para ambos no existe más Don que el del caballero de la Mancha y un rio en Rusia. En lo demás, muerto, enterrado el *Don*: asesinado por un feroz mayordomo y una sanguinaria ama de llaves! Concluirémos diciéndote, que un pseudo ilustrado español, *rancio*, *neto*, está haciendo una apoteósis de España, en cuya gloria brilla á guisa de génio el toro *Señorito* con las astas doradas.

Este ilustre pseudo ilustrado español, era Tiburcio como viste y calza, en el momento en que le volvemos á ver en la palestra. Habian corrido los años como perdigones, con la gracia que les es propia, de redoblar su agilidad cuando se desea que anden despacio; veíalos Tiburcio inexorables á sus ruegos, pasar uno tras otro como las paletas de las ruedas de un vapor, y por consiguiente llegar la época de cubrir su cabeza del bonete de

doctor. Causábale esto horror, no porque le sentase mal á la cara, como de cierto habia de suceder, sino porque con sus estudios se acababa su estado en Sevilla, pais clásico de las mollares, de las cigarreras, de las veladas, del buen pan y de las aceitunas, puesto que Sevilla, la salada andaluza, para todos tiene.

Como no hay plazo que no se cumpla, cumplióse el de los estudios de Tiburcio, que por fin se recibió de abogado, lo que no quiere decir que por eso lo fuese, sino que podia ensayarse. Su padre buscó como con un candil un pleito en Villamar para que lo defendiese su hijo; pero en Villamar, ese pueblo feliz, no halló ninguno. Estuvo por ponerle uno á su amigo y compadre el tio Juan Lopez sobre la posesion de un lentisco que habia nacido y crecido en la linde de dos manchones de sus respectivas pertenencias, pero la prudente gallega con cuatro gritos se lo quitó de la cabeza. Así fué que á Tiburcio no le quedó otro arbitrio que el de volver á *vejetar* á su pueblo que odiaba y despreciaba, pueblo que tanto habia amado Stein, el médico aleman que pasó en él tantos años. De estos contrarios sentimientos queda probada una gran verdad, y es, que la manera de mirar las cosas las hace buenas ó malas, y que nosotros mismos las doramos ó ennegrecemos á nuestro albedrío. La filosofía dá conformidad en las situaciones en que nos pone la suerte contra nuestro gra-

do. Si el rincon de tierra que nos destina es estéril, la filosofía dejará secar las pocas plantas que tiene, haciéndolo más estéril, y se contentará estóicamente con la arena. Pero hay en nosotros otro sentimiento muy superior á la resignacion de la filosofía, que nace del contento interior, de la paz del alma, y de la bondad del corazon: esta no solo cultivará las plantas que dé su rincon de tierra, sino que las mejorará con el cultivo y sembrará nuevas con buenas semillas que conserva, ó que le den los ángeles, cuyo oficio divino es esparcirlas. ¡Dichoso aquel que se llega á convencer que la verdadera superioridad moral, no consiste en *deprimir*, sino en *realzar*, y que no es el *desprecio* un sentimiento análogo ni simpático á un alma elevada: sino que lo es el aprecio! Asi, apreciando su suerte, no se creerá superior á ella, ni vivirá descontento.

Llegó Tiburcio á Villamar, muy mal templado con su bonete de doctor en la cabeza, y gran cosecha de calabazas y calabacines, muy escondidos en los grandes bolsillos de su gaban.

Ni Jacob al volver á ver á su hijo José Ministro de hacienda, pudo experimentar los sentimientos de orgullo paternal que abrigó el pecho del alcalde de Villamar al ver á todo un doctor en su primogénito. En cuanto á su madre, al verle altísimo, delgadísimo y palidísimo, le dijo:

—Si viviese tu abuelo te mandaba á las Indias

cumo á mi tiu Bartulo; pues no sirves para utra cusa; es verdad.

El dia de su llegada fué uno de los más sonados en los fastos de Villamar, á causa del convite dado por D. Perfecto en esta ocasion. Este convite merece no solo una *mencion honorable*, sino una descripcion gráfica.

Fueron convidadas todas las *notabilidades* de Villamar. Villamar tambien tiene notabilidades: hasta los gatos quieren zapatos. Además, las *notabilidades* se han generalizado prodigiosamente, es especie que se dá bien en todas partes, y cunde mucho. Es un dolor que no se pueda comer; serviria para reemplazar las patatas atacadas de un cólera subterráneo.

La mesa del convite era pequeña, y los platos que la habian de componer diformes, por lo cual cada uno fué servido solo y uno despues de otro, eomo los estudiantes en los exámenes.

Habia seis cubiertos de plata para las *notabilidades* de primera clase, incluso el amo de la casa; los demás los tenian de peltre. La ropa de mesa gallega, blanca como la nieve, ostentaba unas horrorosas listas encarnadas que hacian á la vista el efecto que hace en el oido en el silencio del desierto, un destemplado grito de chacal. El sexo femenino estaba excluido del banquete; no por restos de celosas costumbres árabes, sino porque el bello sexo en tales dias tiene, en Villamar y en

pueblos mas conocidos que este, que estar en la cocina atendiendo á todo.

Alli, pues, se veia á la señá Tiburcia, colorada como un salmonete, con su delantal y sus mangas remangadas, mandando la maniobra, ayudada por una docena de vecinas, media de comadres, y tres ó cuatro amigas, que se regalaban con los restos de la mesa principal.

Estaba de un humor de perros; el tal convite la habia acabado de desesperar, y la habia montado de tal suerte contra el bonete de doctor, que era su vista para ella lo mismo que la vista de una coroza.—¡Bunete! decia soplando furiosamente una hornilla; —y ¿á qué le sirve á ese fillo miu el bunete? é non le estaria mejur el sumbrero calañez? E decir que me cuesta dus talejas de pesos duros! es verdad.

Vióse primero la mesa cubierta por una enorme cazuela nuevecita, en que venia una sopa de pan, espesa como un budin, y sustanciosa como una jaletina, cubierta de yerba buena y de tomate. Siguió á esta, en una fuente como una plazuela, la olla, que mejor que podrida, denominarémos revuelta, en la que las gallinas y perdices, á fuerza de cocer, andaban unas mancas, otras cojas y otras despechugadas; se abrazaban las calabazas con los chorizos, se enternecia al verlos la carne, y se derretia el tocino; los garbanzos reventaban de gordos, y las flexibles habichuelas se entremetian por todas partes.

Siguió á este lastre, una fuente de Triana con honores de batea, en la cual en un cubo de salsa de encebollado, se bañaban suavemente como turcos, los mal cortados pedazos de seis conejos. A estos siguió una pepitoria de ocho pollos. El alcalde, que no habia querido ser menos que García del Castañar; habia prefijado estrictamente ese número á su desolada mitad, diciendo perentoriamente, para ocho convidados, ocho pollos.

Tiburcia, que no perdia de vista la economía, habia pasado revista á su corral, y como un sargento á los quintos, habia apartado los inútiles, ya por chicos, ya por viejos, y les habia ido torciendo el pescuezo con coraje, repitiendo á cada ejecucion.—¡Malditu bunete! ¡llévelo o demo!— De esta fusion de todas edades desde el parvulillo hasta el caduco en una misma cazuela, resultó que habia pedazo de gallo venerable que rechazaba los dientes como un chino, y pedazo de pollito infantil que se deshacia en la boca como un merengue.

Para igualarlos en cuanto fuera posible, Tiburcia los revistió de un uniforme amarillo como un regimiento de caballería, valiéndose para esto de un subido tinte de azafran.

Este condimento, que ha omitido de mencionar el famoso Careme, que en punto á arte culinario es el *Tu autem* europeo, y que omite igualmente Brillat Savarin en su fisiología del paladar, es para las cocineras del jaez de Tiburcia la capa del justo.

Amigos de averiguarlo todo, hemos preguntado á estas tintoreras la razon de esta profusion del detestable condimento, y nos han respondido textualmente: *que pone las salsas bonitas*. Si la ciencia de nuestras cocineras no fuese la cosa más inamovible de España; si no viesen ellas pasar los siglos, inmutables como las pirámides de Egipto, podríamos temer ver algun dia el añil ó la grana reemplazar este amarillo, caro al corazon de nuestras guisanderas. Pero no, no temais, no sucederá. A la flor de los campos de Murcia sonríe un largo porvenir. Progreso, muy señor mio, despues de saludarte cortesmente, te suplicamos dés un empujon á las cocineras.

Volvamos al banquete, en que vemos seis perdices desmoronadas en pimentilla, á las que siguen tres libras de pescadilla frita y un cabrito cochifrito, y por último, un pavo matado aquella misma mañana, por lo cual seis horas de cochura en el horno no lo han podido enternecer. Jamás se vió semejante caricatura de pavo asado. Estaba negro, casi tanto como el medio pollito del cuento de la tia María. Sus alones, que no se habian doblado hácia la espalda se abrian como si quisiesen bailar el bolero; sus patas que no habian sido sujetas una con otra, se desviaban con tal animadversion, que señalaba una al Poniente y otra al Levante: y por último, el pescuezo que no habia sido cortado, largo, delgado y negro, sobresalia del borde del pla-

to, como si buscase por el suelo su cortada cabeza.

Pero la parte brillante del banquete fueron los postres: á una fuente de arroz con leche pura y exquisita, siguieron otros cuatro de masa frita. Eran estas los rechonchos pestiños amasados con vino duro; las rosas, cuya ligera masa casi toda se compone de huevo. Las hojuelas salpicadas de gragéa abigarrada, cual si sobre ella hubiese caido una menuda lluvia de color, y las robustas torrijas. Dos tazones de cristal, uno con dulce de huevo y otro con dulce de tomate elaborado por las hábiles manos de Rosa Mística, la maestra de amiga, ostentaban con orgullo al través del cristal sus brillantes colores amarillo y rojo, ni mas ni ménos que lo hace la bandera de España. La palma, no obstante, se la llevó el plato de dulce que para esta ocasion hicieron las monjas de Santa Ana. Con la mayor oportunidad habian confeccionado las buenas madres, con mazapan un bonete de doctor, cuyas puntas estaban ribeteadas de tiras de panecillos de oro; una gran borla hecha de huevo hilado, pendia graciosamente y con toda propiedad por los cuatro lados. Esta dulcísima y directa alegoría á la causa de la festividad, entusiasmó tanto á D. Perfecto, que les valió á las monjas una cuartilla de garbanzos extra del importe del plato de dulce, que les envió á escondidas de su mujer.

Por lo que toca á ésta, cuando vió llegar el plato que le recordaba la causa de todas sus penas do-

mésticas, el atraso de su casa, lo mal medrado de su *fillu*, el perjuicio que por su causa debian sufrir los menores, y por último, la *razzia* hecha en aquella ocasion en su corral y despensa, exclamó con rabia:

—¡Utru bunete! ¡como si non hubiese bastante con el que vino de Sevilla, y cuesta dos talejas, es verdad! En la supa me lu he de hallare; asin se le siente este á esus cumilones en la boca del *estógamu* comu á mí el *otru*.

CAPITULO VIII.

OCTUBRE, 1845.

Era por cierto Tiburcio un ente desgraciado en Villamar. Sacado de la esfera en que tan feliz hubiese sido, veíase superior á su círculo y á su posicion, sin medios, méritos, relaciones, ni carácter á propósito para adquirir otra.

Por desgracia el amor propio, monstruo que enjendra el tratar siempre con inferiores en alcances, y el vuelo que toma así el espíritu de superioridad, que ya no se pára ni modera, le hicieron creer que todo se lo merecia, y que era por consiguiente *una víctima de la fatalidad*, viendo que tantos que *valian ménos que él* hacian carrera, mientras su mala suerte lo tenia, nuevo Prometéo, atado en Villamar, ese Cáucaso suyo, en donde su Madre hacia el papel de

buitré, devorándole á cada paso con sus sandeces, si no las entrañas, las ilusiones y esperanzas.

Tenia Tiburcio pretensiones á todo y aptitud para nada. No tenia alcances; se los habia negado la naturaleza, como á tí y á nos, lector (no los alcances) sino un ojo en la frente. En punto á saber, solo y á duras penas aprendió lo estricto necesario, no para ser un Salomon, un Licurgo, ó un Alfonso el Sábio, pero sí un doctor y encasquetarse el bonete que costó dos talegas á su Padre, y que su Madre hubiese dado por dos cuartos. A pesar de esto, el modesto jóven no reconocia superioridad en nadie, y cuando llega este triste caso para los jóvenes, puédeselos contar como paralíticos morales, ó como apopléticos, esto es, ahogados en su propia sangre.

La clase de enormidades que su amor propio hace creer á ciertas gentes, no es creible ni viéndolo palpable á nuestros ojos; pero ello es que la cosa existe. Así era que Tiburcio lo daba de inteligente filarmónico y no tenia oido, ni habia escuchado mas música que, desde la calle, la de la orquesta de Sevilla, donde no hubo ópera que él no favoreciese con su ausencia. Echábala de político, y sabía tanto de historia antigua como de moderna, esto es, poco mas que nada. Presumia de lingüista el estudiante Villamarino sin hacer otro estudio que recalcar ridículamente la *z*, *ll*, y la *s*. Presumia sobre todo de poeta, careciendo absolutamente de

las dotes que forman al poeta y sin cuya reunion no puede ser perfecto; estas son: un corazon caliente, una imaginacion florida y el estudio del gran arte de interpretar las inspiraciones de aquellas en el lenguaje propio de la poesía. Con cuatro frases rimadas sin concepto y sin alma; con algunas vulgaridades plagiadas y campanudas, se creia poeta... ¡se creia poeta con un corazon frio y una imaginacion seca!!!

Nunca se le habia ocurrido ir á visitar al soberbio convento abandonado, que estaba cerca del pueblo; no habia ido á sentir y pensar sobre aquella magestad momia, aquel sol sin rayos ni calor, aquella noble azucena ajada y sin perfume... ¡y se creia poeta! Nunca habia ido á las ruinas del fuerte cercano que cubria la yedra como para consolarlo; no habia meditado sobre aquella torre caida que, como todo lo que fué encumbrado y yace por tierra, despierta tan viva y triste simpatía en el corazon; no habia llorado sobre aquella torre que, cual esforzado guerrero, habia resistido sola y sin auxilio, hasta sucumbir al incesante ataque de un enemigo mas fuerte aun que ella, el tiempo; y la que al caer, como los gladiadores antiguos, habia ocultado su cabeza entre las higueras cual ellos en su manto para ocultar su agonía..., ¡y se creia poeta! Nunca se habia sentado sobre las rocas de la playa á seguir con la vista sus caprichosas posiciones, sus misteriosos antros, en que se precipitan curio-

sas y juguetonas las olas chicas, saliéndose tan luego como los vieron oscuros, á buscar la luz del sol que las dora. Nunca se puso á escuchar el suave murmullo de las olas de verano, que convidan al baño, ni los rugidos de las olas espantosas de invierno, que cuentan naufragios y horrores. Nunca se habia puesto á contemplar la puesta del sol en la mar, magnífico espectáculo, imágen de la muerte! no habia observado en un ocaso sereno este astro, radiante aun al morir como un héroe, ó acostarse entre suaves nubes, como un Padre que se apaga entre los brazos de sus hijos; y sobre todo no habia nunca levantado un corazon lleno de amor y de admiracion hácia el Criador de tantas maravillas, entre las cuales es la mayor el alma hecha á su imágen y bastante feliz para conocerle, sentirle y adorarle. Para él, habian sido la tia María, ese tipo de la caridad cristiana, que vivió en el convento, tan solo una vieja curandera; el fray Gabriel, aquel alma inmaculada, que no pudo abandonar su convento, un lego estúpido; D. Modesto, el honrado comandante del fuerte, un estafermo ridículo!

Tiburcio, pues, á pesar de sus versos amorosos, en que hacian gran papel Vénus y Cupido, tenia además de la imaginacion seca como un esparto, el corazon mas frio é insensible á las bellezas y cualidades delicadamente femeninas de la mujer.

No solo se habia alejado de aquella suave y linda criatura que guardaba en su pecho puro, la ino-

cencia y la constancia, esos dos tesoros que hacen inapreciable su compañera al hombre delicado, sino que la miraba con el desden y hastío con que miraba el lechuguino de arrabal, el encumbrado zoquete, cuanto habia en Villamar.

Así fué que habiendo un dia oido decir á su Madre que era tiempo de pensar en efectuar la contratada boda con la hija del tio Juan Lopez, resuelto como estaba el *futuro ministro* á no casarse con esa *tosca lugareña*, segun la denominaba en sus monólogos, se decidió á zafarse del compromiso, lo que hizo con toda la delicadeza propia de su buena condicion.

Mas referiremos antes la escena que dió lugar á esta brusca determinacion.

Entró un dia en su casa la señá Tiburcia muy sofocada, trayendo entre sus brazos como á un recien nacido, una espuerta de tomates, cuya asa se le habia quedado en la mano enmedio de la calle, vaciándose instantáneamente la espuerta, y disparándose en todas direcciones los tomates como los cohetes del remate de un castillo de fuego. Venia tan soplada y colorada que parecia la Emperatriz de los tomates.

—Desde que muriú el hermano Jabriel, exclamó al entrar en su casa, non se hace una espuerta bien hecha en Villamare; ¡ladres! estas espuertas sun pan para hoy é hambre para mañana; es verdad. Perfeutu, valiérate mas poner un bandu para que se

hiciesen mejor las espuertas que non dar convites; es verdad. Peru ¿qué haces ahí Tiburciño? ¡nada, é siempre nada! el hombre debe trabajare, é la mujer parire, es verdad. Siempre estás con *saudades* (1), y solu, comu la marola en Ferrul. Es tiempo, Perfeutu, de casare á este rapaz: esu le alegrará comu á tudos los muchachus, es verdad. Cunferencié cun la cumadre Belen y piensa cumu yu, que se haja la buda.

—¿Casarme yo? no lo penseis, Madre, dijo Tiburcio con aire de desden.

—¿Qué? ¿qué quiere decir que non te casas cun Quela Lopez, la muchacha mas rica é mas bunita del lugare? ¿te tienta ó demu? exclamó atónita la alcaldesa.

—El hombre es libre, repuso en voz grave y honda Cívico *minor*.

—¿Qué es esu? ¿qué dices, rapaz? exclamó de nuevo su madre, ¿que el humbre es libre cuandu tiene comprumetida su palabra, tiene veinte y cuatro añus; está baju la patria putestad, non gana su pan, é non tiene mas que lu que sus padres le dan? ¡A Perfeutu, Perfeutu! si estu es lu que tú llamas libertad *lévelo ó demo*.

—Pero, Tiburcia,—dijo mediando el Alcalde que veia levantarse una horrorosa tempestad equinoccial, entre las noches que se habian alargado, y los

(1) Bonita palabra, que creemos de orígen portugués, y que usa la gente del pueblo en Galicia, para significar con ella tristeza, recuerdos, ánsias.

dias activos y robustos que no se querian dejar usurpar su preponderancia;—Tiburcia, ningun Padre puede forzar á un hijo á casarse contra su voluntad! Y si Tiburcio no quiere á Quela, si no está enamorado.....

—¡Eh! ¡pamplinas! dijo con su robusta voz la Alcaldesa, tú tampucu estuvistes enamuradu de mí, e nus casamus, e hemus vividu bien e cumu Dios manda, gracias al Señor e á San Antoniu.

—Es que el muchacho tiene miras mas elevadas que yo, objetó D. Perfecto.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! ¿qué quiere decir que tiene miras mas elevadas que tú? preguntó Tiburcia con las manos puestas en la cintura.

—Es, dijo D. Perfecto que se iba ahora asustando por su propia cuenta; es decir, que si acaso quiere seguir otra carrera..... si fuera de aquí..... se le proporciona.....

—¡Utra carrera! preguntó la Alcaldesa; ¿pues qué, quiere ser clérigu?

—Quiere, respondió su marido, dedicarse á la alta política.

—¿E cuanto se jana en ese oficiu? Preguntó la señá Tiburcia.

—Es segun, respondió su marido; podrá ser muchísimo y podrá ser.....

—¿Ser nada? interrumpió la Alcaldesa; pues non en mis dias: quiero pucu e seguro, cumu tú janas siendo albéitar.

—¡Veterinario! exclamó desesperado el Alcalde.

—¡Vaite á o demo! respondió su consorte, que estoy para mí que has de acabare por herrar las bestias con juantes amarillus comu los lleva ese rapaz. ¡E pensar que cada par cuesta medio duriño! es un contra Dios; ¿é á qué te sirven pur el veranu que no hace frio? jastadur sin cunciencia, cun mas fantasía que un Marqués, é mas vientu que un tempural! Malditus juantes, que ellus y el bunete han perdido mi casa y se van trajandu lus cuartus de mi tiu Bartulumé! ¿Y qué provechu se saca? Ese fillo mio non sabe trabajare que es lu que da pan, salud é cuntentu, es verdad...—Es un holgazan é *asin* está siempre con saudades.

—Trabajaré, dijo Tiburcio, cuando me halle en una esfera, en un círculo de accion adecuado á mi saber y análogo á mis miras.

—¿Qué dice, Perfeutu? preguntó la Alcaldesa, que yu non comprendu sus terminachus.

—Dice, mujer, contestó impaciente su marido, que sus estudios le sirven para trabajar, pero no de mano.

—Mas le valiera, é que non tuviese que mirare á la cara á nadie, sinon á las patas de la bestia é que cumu su Padre fuese albei.....

—¡Veterinario! interrumpió el Alcalde; ya te comprendo, mujer, pero eso no puede ser, y debe aprovechar lo que sabe y ha aprendido.

—Pues entonces non queda mas que hacer, opi-

nó su mujer, sino que te plantes en Sevilla, é pidas para tu fillo la plaza del mastro de escuela que está malu, é non la puede servire.

Al oir estas palabras, Tiburcio, no pudiendo contener su indignacion contra la indigna autora de sus dias, se precipitó fuera del cuarto.

—¡Fanfarria! le gritó su Madre; fanfarria é non mas que fanfarria! el bunete, los guantes, é la fanfarria!..... *¡lévelus ó demo!*

CAPITULO IX.

OCTUBRE, 1845.

Aunque respectivamente ricos, el tio Juan Lopez, su mujer y sus hijos trabajaban á la par de sus criados: y así en un patio vasto que toldaba una parra cuyas hojas empezaban á amarillear, cual si el adios de las golondrinas ó los barruntos del invierno las hiciesen palidecer de temor ó de pena, estaban varias muchachas sentadas delante de mesitas bajas que llaman escojedores, escojiendo trigo para enviarlo á la tahona.

Quela, la hija de la casa, estaba en este momento ausente, por haberla llamado su Madre, y vacío el puesto que ocupaba en una de las mesas frente de su amiga Paula.

—Oye, Paula, dijo una de las muchachas, ¿es verdad que el médico es novio de Quela?

—Pues ¿cuántos ha de tener si ya tiene uno? contestó la interrogada; ¿se tienen acaso los novios á pares como las calcetas?

—¿Qué, tiene novio? ¿pues quién es?

—Berlinga, el hijo del tio Urdax.

Al Alcalde le habia quedado este nombre desde que intentó ponérselo al camino de la Viacrucis, y al hijo le habian puesto el primero.

—¡Pues qué! ¿eso no se habia acabado? pues si no le habla ya, ni ella sale á la reja!

—¡Y qué! parece que á los que la echan de usías no les place tomar sereno. Su Padre, de ella, el tio Lopez, y la Madre de él, la tia Urdaxa, los quieren casar, por aquello de que el dinero llama el dinero.

—Y Quela, dijo otra, ¿se habia de casar con ese Berlinga, que lo echa de más y mejor, mas feo que una noche de truenos, y tan ágrio que parece que suda vinagre? quita allá; á mi abuela la tuerta con eso.

—Es que dicen que va á ser *diputao*.

—Oye, ¿y qué es *diputao?*

—Un gobierno.

—¿Y será mas bonito por eso?

—Creo que no, pero ella será *gobierna*.

—¿Qué se le dá á Quela ser *gobierna?* Mis narices pongo á que lo mismo se casa con él que yo con el Comandante, que tambien es gobierno y *melitar* que puede gastar casaca. ¡Vea Vd!..... Quela mas bonita que el sol, querer á esa cara de pito tan enteco,

que parece el espíritu de la guita, que no mira siquiera á las muchachas del lugar porque no son *principesas?*

—Y ese usía que se ha fraguado en el banco de herrador, oye, ¿dónde tendrá los pergaminos?

—Dice Ramon Perez que en el pellejo de su burra.

—¿Y las armas?

—En las uñas como los gatos.

—Búrlense cuanto quieran, dijo Paula, pero yo que lo sé, os hago saber, que no le parece el espanta pájaros á Quela, costal de paja.

—¡El pecado sea sordo!

—¿Qué quereis? cada uno tiene su gusto, bueno ó malo, segun Dios se lo ha dado.

—¡Por *via* de Chápiro! exclamó una alegre morena, que si ese gusto tuviese pescuezo, se lo torcía. Casar á Quela con ese mostrenco *leio y escribio*, es como si me casaran á mí con el maestro de escuela que está el pobre *torcio, esprimio y lleno de flato.*

—Ea, callarse, dijo Paula, que ahí viene Quela; no darle calma, que si lo llega á entender su madre la tia Belen, que está con ese casamiento mas ancha que una alcachofa, y cree con eso tener al Rey cogido por un bigote, nos echa de su casa á cajas destempladas.

Cuando las demás muchachas se hubieron ido, y quedaron solas las dos amigas, le dijo Paula á Quela:

—Pues ¿no te has *encalabrinado* de ese Tiburcio, mal encarado, que parece un alma en pena?

—No me he *encalabrinado*, Paula, respondió Quela; pero le quiero.

—Buen provecho te haga: le quieres, ¿y por qué le quieres, mujer, si no tiene el diablo por donde desecharlo?

—¿Sabes acaso tú, Paula, el por qué del querer? Los Padres nos dijeron desde muchachos que nos casaríamos, y le tomé voluntad.

—Pues si se la tomaste, devuélvesela.

—No haré tal. ¿Y por qué habia de hacerlo?

—¿Pues no estás viendo, mujer, que él no te quiere á tí, y que estás echando margaritas á puercos?

—No me digas que no me quiere, dijo la suave jóven bajando por sus mejillas lágrimas que no pudieron retener sus pardos ojos, ¿por qué no me querría?

—Te digo como ántes me dijiste, ¿se sabe el por qué del no querer?

—Si eso fuese, Paula, me moriria de pena y de vergüenza.

—A fé que buena tonta serias; yo que tú, le daria las gracias encima. Te digo que desde que ha estudiado está ese fantasmon con mas vientos que un fuelle; nos mira por encima del hombro á todas, y le ha echado el ojo á alguna usía. Mas le valiera á ese compadre fachenda estar errando como su

padre, que no haberse quedado como el murciélago que ni es pájaro ni es raton.

Acercóse en este instante la madre de Quela, y poniendo la mano sobre el hombro de su hija, dijo con satisfaccion.

—Pues señor, ¿quién sabe si ese trigo que escogeis es para el pan de la boda de Quela?

La cara se le encendió á esta con la prontitud y ardor de un fósforo, y echó á su amiga una mirada dulce y radiante como lo es una esperanza realizada.

—¿Tan pronto? preguntó Paula.

—Andandito, respondió la tia Belen con satisfaccion y alisando los cabellos de su hija que levantaba su cara rosada hácia su madre; para hablar de eso vino señá Tiburcia mi comadre, ha poco.

—Ahora me decia Paula que no lo quisiera, dijo Quela en su gozo.

—Pues está bueno el consejo, exclamó la madre; ¡volverse atrás de una boda tratada! ¡Pues qué! ¿Una palabra dada es cosa de juego? Y qué, ¿querias que anduviésemos en boca como gente de poca vergüenza? Basta eso para que tuviese *nota* mi hija. ¡Vaya con el consejo! A fé, Paula, que si tales consejos das á mi hija, que te envie yo á tu madre y con un recadito, diciéndole que en lugar de acá, te mande por otro poco tiempo en casa de señá Rosita, para que te inculque que las muchachas honestas y recogidas, juiciosas y sumisas, no se

vuelven atrás de una palabra dada, ni andan probando novios como salsas de guisos.

Paula calló, pero echó una mirada de reconvencion á Quela, y se fué encapotada.

La tia Belen salió, y Quela se fué al corral á echar de comer á las gallinas. Habíase colocado entre la oreja y su ancho rodete una rosa y un ramo de nardos: los flores y las gracias de Dios son para el pobre como para el rico. Así con su cara animada por la inocente alegría de su corazon amante, y su delantal recogido, estaba preciosa; no á manera de figurin de moda, ese ideal de los pseudos de que hicimos mencion; pero á la manera que una mujer es bella, cuando se unen para ello la perfeccion de formas, la juventud, la lozanía y la inocencia que deja reflejarse en el rostro como en un cristal un alma hermosa.

De repente se abrió la puerta y entró Tiburcio. Quedóse parada Quela al verlo despues de lo que acababa su madre de decirle; pero al notarse sola con él en un lugar apartado, brilló en sus ojos una mirada con una espresion de gozo y de cortedad á un tiempo tan encantadora, como lo serian unidos en una ficcion uno de los ángeles del Cielo y una de las gracias del Olimpo.

—Quela, dijo *ex abrupto* Tiburcio, parece que nuestros padres todo lo quieren disponer para nuestras próximas bodas.

Quela no respondió, pero apartó su dulce mira-

da de bienvenida de la fria y repulsiva mirada de Tiburcio, y la llevó al suelo, mientras un rojo vivo causado por la estrañeza que le produjo el tono desabrido de su novio, se estendió sobre su semblante cual un barniz, como para darle mas brillo.

—¿Sois en ello gustosa? prosiguió con sequedad el recien llegado.

—¿Me llamas de usted? preguntó Quela que se habia criado con él, en tono de dulce reconvencion.

—Abomino el tutear, respondió Tiburcio. El *tu* socaba la dignidad en el trato, es costumbre lugareña; no somos parientes para usar de esa exajerada franqueza. Así, respondedme con confianza, que el *usted* no disminuye ni á esta ni al aprecio.

—¡Aprecio! murmuró Quela entre dientes.

—Cariño, si quereis, repuso con impaciencia Tiburcio; pero responded, ¿sois gustosa?

La jóven levantó con despacio sus grandes ojos, cual se levanta el sol en el horizonte, y dió con una mirada tan modesta como amante una elocuente respuesta.

—¿No respondeis? dijo el lechuguino de arrabal rechazando con aspereza todo el amor y apego que le brindaba aquella mirada.

—Sí que soy gustosa, respondió Quela, ¿por qué no habia de serlo ahora como antes?

—Porque, respondió Tiburcio con la crueldad que imprime el orgullo, podíais haber mudado como yo.

Quela, al oir estas acerbas palabras, palideció, pero no respondió nada.

—Así, pues, prosiguió Tiburcio, como no podeis amar á un hombre por el que no es posible tengais ni simpatías ni afinidades, como no tenemos puntos de contacto y somos incompatibles, lo mejor será que digais francamente, y antes y con tiempo, que os negais á este enlace.

—¡Yo! exclamó asombrada la pobre Quela, que habia comprendido la última frase y adivinado las demás que habia usado el ilustrado patan; yo ¡volverme atrás de una palabra que he dado! eso no puede ser, Tiburcio, perderia mi estimacion, mi padre me mataria.

—Pues entónces, dijo este, seré yo el que lo diga.

—¡Tú! exclamó Quela, preñándose sus ojos de lágrimas, ¡Vírgen Santísima! ¿y por qué?

—Porque ya os dije éramos incompatibles, y no podríamos ser felices.

—Pues ¿qué es lo que quieres para ser feliz? preguntó Quela con ahogada voz.

—Amar á la que fuese mi compañera.

—Me volverás á querer, Tiburcio, dijo Quela sonriendo al través de sus lágrimas su mirada, como brilla una luz mas suave bajo su globo de cristal. Me querrás cuando sea tu mujer y el sacerdote haya echado la bendicion de la iglesia sobre nosotros. Seremos felices bajo su santa influencia.

—No, respondió Tiburcio, en cuyo corazon seco y henchido de vanidad no hacian mella tanto amor, tanta candidez y tanta dulzura: no, yo nunca podré serlo con una mujer que no está á mi altura.

Las lágrimas se secaron en los ojos de Quela. Como de una diadema que se hubiese en un momento de abandono dejado arrancar por el amor, y de la que hubiese echado mano y vuelto á colocar en su puesto levantó Quela su frente ceñida de la dignidad mujeril tan instintiva en la mujer española.

—Bien está, dijo, nada digas tú, ni nada hagas, que de mi cuenta queda cortar esto. No porque sintiese que se sonase que me habias plantado: que el bochorno es para aquel que falta, y no para aquel á quien faltan; pero mi padre y mi hermano no habian de dejar la cosa asi, y quiero evitar un lance.

—Es que yo nada temo, exclamó Tiburcio con altanería.

—Pero yo sí, repuso Quela, cuyos lábios blancos temblaban. Adios, Tiburcio, no quiera Dios que pagues una partida tan mala y de la que no es capaz el último de los lugareños que tú tanto desprecias.

Tiburcio, sin cuidarse siquiera de endulzar su cruel comportamiento, se alejó diciendo con ironía.

—Ya que creeis que la bendicion de la Iglesia es un filtro amoroso, lo mismo da que os la echeis con

otro, puesto que lo querreis despues; sobre mí no hacen mella semejantes *fanatismos*. ¡Oh! no, no, no soy árbol yo para echar raices en este suelo.

—Estoy impuesta, y no hablemos mas, le dijo Quela, señalándole la puerta con un ademan lleno de grave decoro.

Apenas se hubo ido Tiburcio, corrió Quela á encerrarse en su cuarto. Allí se dejó ir á una afliccion que no por ser callada y tranquila fué menos destrozadora. Veia perdido y pagado con la mas negra ingratitud el amor que desde la infancia era anexo á su corazon; ese corazon que habia guardado para el hombre que amaba, como una perfumada rosa matizada de amor y de inocencia. Veíase objeto de escarnio ó de censura para el lugar, porque en los lugares, donde no hay ni puede haber corrupcion de costumbres, pues que no hay ni ócio ni dinero, el amor no tiene alas, y sin ser menos bello es mas grave. Pero lo que mas le apuraba era la vehemente indignacion que este suceso habia de causar á su padre y hermano, tan rígidos en punto á honra, tan severos en el cumplimiento de la palabra dada, rasgos anticuados y castizos que se hallan aun en los pueblos de campo, así como se oyen en boca de sus moradores palabras castizas y fuera de uso, rasgos y palabras que solo en sus corazones, en sus lábios y en las crónicas antiguas, se encuentran metidos entre sus pergaminos, como nobles hidalgos que huyen de una república. Postróse

la pobre abandonada, y suplicó á Dios con mil lágrimas le abriese camino para salir de aquella situacion angustiosa, en la que no podia ni callar, ni hablar, ni obrar, ni quedar pasiva. Al cabo de una hora de angustias y agitacion, Quela se habia decidido sobre el partido que debia tomar, cuando su Madre llamó á la puerta. Quela se enjugó sus lágrimas, serenó su rostro y abrió.

Entró la tia Belen cargada de piezas de lienzo que habia ido á buscar, tal era la prisa que las dos madres tenian de apresurar las cosas de la boda. Venia tan llena del asunto que la preocupaba, que no fijó su atencion en el abatido rostro de su hija.

—Vaya, dijo ¿á qué santo echas el cerrojo al aposento? ¿Tienes miedo de ladrones ó del cancon? Aquí tienes, añadió, poniendo sobre la mesa lo que traia, dos piezas de crea para sábanas y una de Bretaña para las almohadas; bien puedes irlas cortando que ya hablé á doña Rosita para que haga las randas.

—¿Qué prisa corre, Madre? dijo Quela.

La Madre soltó la pieza que examinaba, levantó la cabeza, y miró á su hija con sorpresa.

—Digo, exclamó, cuando se ha estado tantos años aguardando á ese Tiburcio, que nunca acababa de estudiar, y que no habia santos que lo sacasen de Sevilla, que tiene veinte y cuatro años cumplidos, y tú veinte y uno, ahora te descuelgas diciendo, qué que prisa hay? No he oido otra. Vaya que son us-

tedes los primeros novios que me haya echado á la cara á los que sea preciso arrear?

—Madre, dijo Quela apoyándose en el hombro de su Madre y bajando la cabeza, yo no quisiera casarme.

—¡Jesus me valga! exclamó la tia Belen, ¿ahora salimos con esa? ¿Qué mosca te pica, muchacha? ¿Qué ventolina es esa? ¿Desde cuando has mudado de parecer?

—No lo he dicho antes, madre... porque... porque tan poco corria prisa decirlo.

—Pero, chiquilla, repuso su Madre, ¿no hay mas entre gentes de vergüenza que volverse atrás de su palabra? y siempre será por un *quitame allá esas pajas*, porque estarás regañada con Tiburcio, y por eso con la frescura del mundo quieres abochornar á tu familia. No, no, de eso no ha de haber nada. ¿Por qué no quieres casarte, cabeza de chorlito, veleta, con mas pareceres que un escribano, ¿por qué no quieres casarte? ¿dí? ¿por qué?

Quela levantó su frente pura y tranquila que coronaba la abnegacion con una de sus coronas de espinas y dijo con voz suave y firme:

—Quiero ser Monja.

La Madre se quedó atónita.

—Muchacha, exclamó al fin, ¿ahora que te vas á tomar los dichos, te entra la vocacion de Monja, de sopeton y como un trabucazo? Vamos, que esa vocacion será como las olas del mar, que se vienen y

se van... No salgas ahora con esa sopa de ensalada que sabes que tu padre no lo ha de consentir...

—Mi Padre no puede oponerse, dijo Quela.

—¡O sí, que está mas abajo!—¡Jesus! ¡Jesus! ¡qué trueno! ¿qué dirá tu Padre?... ¿qué dirá mi comadre? ¿qué dirán las gentes? repetia la tía Belen poniéndose las manos en la cabeza.

Hay demasiada solemnidad en una resolucion que lleva á elegir lo poco, lo pobre, lo oscuro y lo santo, sobre todo en un pueblo católico, ferviente como lo era, á Dios gracias, aquel, para que la que habia tomado Quela sufriese otros obstáculos por parte de sus padres, que los de la oposicion moderada y de los ruegos. Pero todo fué en vano y Quela se sostuvo en su propósito con tanta firmeza como dulzura; hizo mas, y cual el cielo de sus estrellas no se cubria su rostro de lágrimas, sino de noche y en silencio, de dia estaba tranquila y serena; nadie adivinó lo que habia pasado.

La abnegacion, que es el heroismo femenino, lleva su corona como aquel, pero no de laurel sino de espinas... quita á la fama su clarin y le pone en los labios un candado... y cubre su apoteosis de un denso velo.

Algunos dias despues de lo que hemos referido, viendo que Quela permanecia firme y constante en su determinacion, el tio Juan Lopez se encaminó entre afligido y abochornado en casa del alcalde.

—¿Qué tiene Vd. compadre? le dijo al verlo lle-

gar D. Perfecto; ¿qué le trae acá tan mohino? ¿Se le murió á Vd. el rucho?... ¡Me lo temí!...

—¿Qué es esu, compadre? tiene *saudades?* dijo Tiburcia.

Pero apenas hubo el tio Juan Lopez, entre suspiros y recriminaciones contra el mudar de pareceres de las que visten por la cabeza, hecho saber á los futuros consuegros el objeto de su visita, cuando la señá Tiburcia prorumpió en desaforadas exclamaciones, poniendo sus manos en la cabeza y sus gritos en el cielo. Tiburcio con su *bunete* y sus *juantes* habia hecho una brecha demasiado grande en su modesta fortuna, para que no viese su madre con desconsuelo desaparecer la esperanza de verlo bien establecido, y fijada su suerte de manera que no les fuese gravoso en adelante.

—Peru cumpadre, exclamaba la desolada Madre, si non puede entrar munja ni prufesare que lu pruhibe el prugresu, ¿es verdad?

—Cierto, comadre, contestó el tio Lopez, pero quiere entrar aunque sea sin profesar; para eso tengo yo que estarla manteniendo, y tengo con qué, á Dios gracias. ¿Cómo me niego si ya la muchacha tiene veinte y un años, y sabe lo que se hace? ¿Qué le hago?

—Mucho será, dijo la señá Tiburcia cuando se hubo ido su compadre, que aquí non haya *jato* encerradu é que esa sardina sin sal, de mio fillo non haya hechu alguna trastada, es verdad.

Trató la alcaldesa de averiguar lo que sospechaba: con este motivo y las exigencias con las que perseguia á su hijo para que tratase de disuadir á Quela de su propósito, hubo entre Madre é Hijo tan vivos altercados; estos desesperaron tanto al empingorotado botarate, que exigió de su Padre lo enviase á Madrid á *pretender*, porque en este pais, que es el pais del mundo donde mas se clama contra las contribuciones, es el pais del mundo en que hay mas sugetos que quieren vivir de ellas; y esto que se quejan amargamente de no estar pagados, y en cambio siempre expuestos á quedar cesantes. ¡Qué seria, pues, si estuviesen pagados y el destino perdurable! y lo que mas escandaliza, es que hombres acomodados abandonen sus haciendas y negocios por esa ansia de figurar y de meter sus uñas en esa bolsa del público, llena de gotas de sangre y de lágrimas.

El alcalde, convencido por los argumentos que le hizo su Hijo en favor de su viaje, deslumbrado por sus esperanzas, aturdido por su soberbia y arrogancia, vendió para sufragar las costas del viaje sin que lo supiese su mujer, un olivarito de su propiedad, y un dia cuando se levantó la *señá* Tiburcia halló que su hijo, cual el águila, habia tomado su vuelo á altas regiones, perdiéndose á la vista de los humildes moradores de Villamar.

——

CAPITULO X.

JUNIO, 1844.

Formaban estas dos niñas, Lágrimas y Reina, en todo el mas marcado contraste, Reina, hermosa, robusta, llena de vida, era la hija única de la brillante marquesa de Alocaz, la que á los pocos años de casada, habiendo quedado viuda de un hombre que amaba con pasion, concentró en su hija toda la fuerza de amor de su corazon, y crió á su ídolo con los más exagerados mimos.

Aunque separada de ella momentáneamente por su viaje á Madrid, los cuidados y desvelos de la madre rodeaban á su hija. Parientes, amigos, criados antiguos, vigilaban y visitaban de contínuo á la niña, trayéndole en profusion juguetes, golosinas, flores, y en fin, cuanto puede agradar en esa

edad. Anticípábanse los criados en tono chancero á darle tratamiento, y le hablaban de su hermosura, de sus riquezas y de sus pergaminos.

Lágrimas, la niña enferma, que solo debia la vida al cuidado de las monjas, era pequeña y delgada. Nadie, fuera del convento, se habia ocupado de ella, ni nunca habia recibido ni un recuerdo, ni un regalo.

Solo una vez al año, habia ido su padrino Don Jeremías Tembleque á verla al locutorio. La primera vez que fué, le llevó un rosquete comprado á un confitero ambulante, el que estaba salpicado por las moscas de negra gragea. A la niña, que no era golosa, dió asco el rosquete y no lo quiso comer; con ese motivo D. Jeremías, que se picó, escribió á su compadre que las monjas criaban á su hija muy melindrosa, y propuso no volverse á despilfarrar.

Reina sabia que era hermosa, rica, noble y querida. Lágrimas sabia que no era ni bien parecida ni querida, y estaba en la persuasion, así como las monjas, de que era pobre. Cuando la hermosa marquesa de Alocaz decia mirando á su hija: «cómo crece! cómo se desarrolla esa hija de mi alma!» un coro respondia, y sin que en ello entrase adulacion, porque lo que decia era la pura verdad: es hermosa, airosa, tiene un señorío y una gracia innata; es idéntica á su madre. Al contrario de la marquesa, la primera vez que despues de cuatro años vió

D. Roque la Piedra, que sus negocios trajeron á Sevilla, á su hija, dijo á su compadre:

—¡Qué delgada, qué amarilla está y qué pequeña se va quedando la chica! ¡qué encogida, que compunjida y que poquita cosa es! La sangre americana, compadre, que parece melaza. Nada ha sacado á mí, es idéntica á su madre.

—Idéntica á su madre, hasta en los melindres, contestaba D. Jeremías.

Fácil es comprender que el apoyo y la proteccion que halló la niña sola, débil, encogida, en la niña fuerte, animada y llena de vida, hicieron brotar en aquel ser amante y aislado, una profunda y apasionada ternura hácia su amiga. Reina, por su lado, se apegó á aquella niña tímida y asombradiza, y halló un placer perfectamente adecuado á su genio en guiar, gobernar y animar al ser débil que buscaba su sombra, en tener á raya las *polluelas de inmundos corrales*, y dominarlas hasta el punto de obligarlas, cuando podia á escondidas de las madres, á que limpiasen bajo su inmediata inspeccion la jaula del canario que se habian atrevido á amenazar, convirtiendo así, cual una adorable hada para el pajarito, sus enemigas en esclavas. Las *polluelas* á todo callaban y obedecian por dos razones: la una era que Reina tenia unos dedos dotados de una singular aptitud y fuerza para tirar pellizcos, cuyos cardenales no se iban tan pronto como se venian. Esta detestable, soez y denigrante costum-

bre, la habia traido la niña mal criada al convento. La otra razon que ponia sobre los despotismos de Reina un candado en los labios de sus víctimas, era que todos los dias aparecia esta á los ojos de aquellas con un papelon de dulces, bizcochos y tortas en la mano, bella como la fortuna que reparte sus dones, y tirándoselo aunque fuese en el suelo, si no hallaba mesa ó banco á la mano, les decia con dignidad: «Tomad, lambrucias, enguilid y hartaos.»

Con el trato de Reina se habia esparcido algo el tétrico y asombradizo genio de la pobre niña enferma, y aun sobre su salud habia influido benéficamente. Sufria esta siempre alternativas, en las que obraba poderosamente el estado de la atmósfera, así como las impresiones que recibia. Su alma era como el cristal, la empañaba solo un aliento, la traspasaba un rayo de sol, un choque la habria quebrado. Son estos pobres entes desgraciados, sin fuerzas morales ni físicas, como un ténue manantial de agua clara, que sin caudal ni poder para abrirse una senda vuelve á consumir la tierra y á absorber el cielo. Existencia que solo conocen de la parte humana los padeceres y de la espiritual solo la angustia y la tristeza, y son como esas cometas que se lanzan en el espacio, que vagan sin rumbo ni direccion y que están sujetas á la tierra solo por una tosca guita, que por lo regular manejan manos torpes y bruscas; almas de ángeles

que tienen su mayor mérito en ignorar lo que valen, que no lloran sobre sí, sino sobre el dolor que es herencia comun.

—¿No ves, le decia algunas veces á Reina, mirando al cielo, esas nubes que vienen corriendo de la mar? vienen huyendo y llorando de los horrores que habrán visto en ella.

—¿Esas nubes? respondió Reina: te equivocas; no vienen del mar sino del cielo; las manda el Señor para regar los campos, porque ha habido rogativas por el agua.

—¿No oyes, preguntaba otras veces con la cara asombrada la niña, el ruido de la mar muy léjos, muy léjos?

—Vaya, respondia Reina riendo, si es un moscon; ojalá se te plantase en las narices, y verias si es la mar. Siempre estás con la mar, la mar, la mar, qué cansera de mar!

—¿Has visto la mar, Reina?

—Sí, que fuí á las corridas de caballos á Sanlúcar y la ví, porque se mete en el rio. ¿No te acuerdas que volvimos juntas?

—¿Y estaba enfadada, Reina?

—No se lo pregunté, porque nada se me daba de que lo estuviese ó no su merced.

—¡Oh! Reina, ¡si vieras cuán espantosa se pone cuando se enfada! se levanta en ondas como una furiosa serpiente, echa espuma de corage, y brama de rabia; entonces todo lo rompe, todo lo des-

troza, todo lo aniquila, todo lo traga, los vivos para matarlos; los muertos...

Levantábase entonces Reina con viveza y se ponia á bailar tocando las palmas y cantando:

Alegría, alegría, alegría,
Que ha parido la Vírgen María,
Sin dolor ni pena,
A las doce de la noche buena,
Un infante tierno,
En la fuerza y rigor del invierno;
Y los angelitos
Cuando vieron á su Dios chiquito
Metido entre paja,
Le bailaban al son de sonaja.

Al oir la alegre voz de su amiga, y al sentir el profundo y santo gozo que les es propio y que infunden los cantos de noche buena, Lágrimas se serenaba, los lúgubres pensamientos se borraban y sonreia suavemente, como la tristeza al consuelo.

Así pasaron reunidas estas niñas dos años que le fué preciso á la Marquesa permanecer en la capital. Pero á su regreso le faltó tiempo para llevarse consigo á su hija.

El dolor de Lágrimas al separarse de Reina, fué tan acerbo y tan profundo, que á poco recayó en aquellos accesos de triste angustia, de inquietos insomnios que tan perjudiciales eran á su salud. Reina, que lo supo por las monjas, pidió á su madre se empeñase con ellas para que dejasen á Lá-

grimas pasar los dias festivos en su compañía. Las madres pidieron su vénia á D. Jeremías, que la dió, poniendo á esto como á todo lo que concernia á la niña, tan poca importancia, que ni aun se lo dijo ni escribió á su padre.

La pobre niña que tan poco lugar ocupaba en todas partes, que no se oia nunca, que no llamaba la atencion, que parecia un pálido satélite del brillante astro en cuya órbita giraba silencioso, no podia menos de ser querida por los que se ponian en contacto con ella. Así era que la Marquesa la veia con gusto en su casa, pues son contadas (si es que existen), las naturalezas que no tengan un placer en causárselo á otras, sobre todo si no les cuesta nada. Así, pues, sin interrumpir esta amistad, que era todo el encanto de la modesta vida de Lágrimas, pasaron cuatro años, contaba ahora Reina diez y ocho, y Lágrimas diez y seis. Era esta siempre la niña delicada de salud, delgada y pálida. Su debilidad física y su dejadez americana le daban un aire cansado y doliente, que hacia á los que activamente recorrian el camino de la vida, dejarla á un lado, como al cansado caminante, que se ha apartado de él y se ha sentado en un marmolejo sin estorbar á nadie. Sus movimientos eran tímidos y lentos, sin dejar por esto de tener una gracia lánguida y suave, tanto mas simpática, cuanto estaba lejos de toda afectacion. El trato con las monjas habia hecho menos sombrías las miradas de

aquella pobre asombrada niña; el roce con Reina y con la sociedad las habia hecho menos ariscas, pero nada habia podido desprenderlas de aquella tristeza profunda que habia grabado en ellas la terrible catástrofe que le abrió tan niña aun los ojos á los horrores de la tierra; una extremada timidez que se unia á esto, le hacia tener sus ojos siempre bajos; así sucedia que cuando los levantaba, como eran tan estraordinariamente hermosos, causaba su vista casi una sorpresa.

Reina, que habia crecido mucho, era alta y airosa: su cara aguileña tenia el blanco puro y mate de la cera; su nariz, un poco larga, era fina y bien formada; su frente era alta y altiva; su boca de delgados labios, desdeñosa y burlona; sus ojos pardos eran penetrantes como dardos. Tenia una desenvoltura que no era propia de su edad, pero estaba unida á tanto señorío y tanta gracia natural, que la crítica, indulgente con ella, como lo era su Madre, se resignaba á tolerarle ese lunar inherente que no la desgraciaba.

Ya que al bosquejar uno de los tipos que figuran en esta relacion hemos indicado defectos, por desgracia harto comunes entre las jóvenes españolas, nos permitirémos darles un consejo, aunque no sea más que para probar que el espíritu de nacionalidad no nos ciega al punto de tomar defectos por méritos, ni malas tendencias por gracias. Este consejo de amigos es, que al adoptar las cosas ele-

gantes y de buen gusto del estranjero, no se limiten en esta imitacion á las capotas, bertas y cosas semejantes, sino que la estiendan á ciertas reglas de alto buen tono que siguen las jóvenes en la buena sociedad estranjera. Allá las jóvenes no llevan el sello de la elegancia fabricado en casa de sus modistas; lo llevan genuino y no se aja ni pasa de moda como aquel. Consiste en una reserva modesta, que hace hablar bajo, pero nunca de quedo; en un no desmentido respeto para toda persona de edad, fea ó bonita, discreta ó tonta, y entre la rica y la pobre con preferencia á esta última, respeto que es hasta una inocente coquetería, por la suavidad y frescura que imprime á la juventud. Ha de ocuparse mucho mas de las mujeres que de los hombres, lo que procura amigas, y no quita admiradores; y sobre todo, este sello de buen tono *real*, escluye completamente de los labios de la juventud la burla personal como cosa atrevida, chavacana, que debe quedar relegada á las antesalas; á la gracia, así como á un manantial de agua cristalina y brillante, se le dirige su cauce, y corre lo mismo entre flores que entre espinas. Cuando las jóvenes españolas se convenzan de estas verdades, podremos gloriarnos los españoles de tener en nuestro pais las mujeres más cumplidas de Europa.

La marquesa de Alocaz era una mujer hermosa, que aun no contaba cuarenta años. Era tan parecida á su hija, que al verlas juntas parecian la tarde y

la mañana de un hermoso dia. Era la marquesa una de esas mujeres que solo en España se encuentran, las que como las flores deben sus colores y su perume á su propia sávia, y no á pinceles y esencias, es decir, que criada en un convento, sin mas nociones ni educacion que las que se necesitan para formar una mujer virtuosa, una buena madre, y una mujer de su casa, sin jamás haber leido un libro, ignorando del todo las melifluosidades de novelas, ella sola, su instinto, su talento, su tacto, su natural señorío la habian hecho una mujer altamente distinguida, delicadamente culta, que tenia el aplomo y el mundo de una cortesana de la córte de Luis XV. No habia conversacion en la que no alternase con tino y gusto, ni lance que no jugase con acierto y decoro. Orgullosa como ninguna, era tambien como ninguna fina y amable. Era cuando se ofrecia *oportuna* como decian sus amigos; *boquifresca* segun decian aquellos que, como inoportunas mariposas, se acercaban bastante á la luz para que esta quemase sus alas.

La marquesa, aunque habia quedado muy jóven viuda, no se habia vuelto á casar á causa de sus extremos por su hija; porque Reina, desde chica, con ese instinto de egoismo y de celos de los niños consentidos, habia tomado entre ojos á cuantos se habian inclinado á su madre, á punto de obligar á esta estremosa madre á alejarlos, lo que alguna vez llegó á ser un doloroso sacrificio para

ella, sacrificio que su hija no comprendió entónces ni supo despues; pero así son los sacrificios de las madres,—ni ellas le ponen precio, ni creen que se les deba poner. Llamábanla con razon sus amigas: la perfecta viuda.

CAPÍTULO XI.

OCTUBRE, 1846.

Lector de las Batuecas, habrás notado que hemos tomado mucha confianza contigo, lo cual es porque nos eres simpático, y nos interesamos por tí, y queremos instruirte. No es que no sepas acaso más que nosotros, lo que es muy probable, pero de cierto no sabes una porcion de palabras, entradas de contrabando, sin que autoricen su introduccion ni aranceles, ni amnistía, ni indulto. El diccionario no las trae, pero acá te las esplicarémos. El diccionario está un poco anticuado; es un dolor, porque es un escelente sugeto; á nosotros nos gusta muchísimo, un poco testarudo es, pero muy amigo de complacer.

Como pintor de costumbres de la época, tene-

mos que rozarnos con estas palabras, con las que por todas partes nos damos de narices. Te las irémos esplicando é indicando su orígen, para que no creas al leernos que el español tira al griego. No, al griego no, al poliglotismo y á la república de las palabras.

Los introductores de tanta palabra de *último gusto*, en honor á la verdad, no han recibido ningun sofion por eso, y ni el inglés, francés ni aleman, nos han dicho con grosería de rascarnos con nuestras propias uñas; eso no, lo que hacen es abrir sus graneros como Faraon.

Al hablar de la marquesa íbamos á decir, que esta amable señora española, aunque tenia graves cuidados, se la hallaba siempre igual, siempre animada y afable, sin que la melancolía ni el *spleen* viniesen á nublar su frente hermosa y serena.

Te esplicarémos, pues, quién y qué cosa es *spleen*.

El *spleen* es hijo de la saciedad y de las neblinas opacas del Támesis. Fué su padrino el humo de carbon de piedra, y lo crió un lord gotoso al lado de su chimenea en silencio y soledad. Tiene el *spleen* el pelo lácio, los ojos tristes, los estremos de la boca caidos hácia abajo y el entrecejo arrugado; es alto y delgado, y no tiene el pobrecito mio maldita la gracia. No quiere salir de su país, y los demás paises se disputan su dulce posesion. Primero se lo llevaron los franceses por los cabellos á Fran-

cia, en donde ha hecho las mayores fechorías, de que solo te referirémos la primera, que á pesar de ser trágica, es el de menor consideracion de sus lances. Lo primero que hizo, pues, ese cara de pito, fué disponer que en lugar de *bailados* fuesen *andados* los rigodones: (cosas del *spleen)*. Terpsícore se puso furiosa y lo desafió. Fué padrino del spleen un buho, y de Terpsícore la Taglioni. El spleen derribó á Terpsícore con un suspiro, pero ésta, como es tan ligera, se levantó al punto, y con un *entrechat,* (perdona, lector, con una cabriola cruzada en el aire) echó á rodar el *spleen*. Los padrinos declararon el honor satisfecho, y cada uno se fué por su lado. El *spleen* se fué al rio Sena con intencion de tirarse en él de cabeza: Terpsícore á la ópera á divertirse. Te diré para tranquilizarte, lector, que lo han traido aquí tambien, pero que toma al instante las de villadiego. El sol de por acá deslumbra sus tristes ojos; las castañuelas le atacan los nervios, zambomba y panderetas le dan jaqueca, la gracia andaluza lo hace huir, las boleras y fandangos les son mortales.

La marquesa, sin tener spleen, abrigaba en su pecho roedores cuidados. Eran estos tocante á los intereses del caudal de su hija que manejaba.

Es una máxima muy general y muy cierta la de que un alma superior y elevada, mira con desden los intereses pecuniarios, y por más que el siglo de ideas positivas quiera condenarla al ridículo, y re-

legarla al zaquizamí literario con los idilios y las pastorelas, quedará esta máxima una eterna verdad, mientras haya almas superiores y elevadas.

Pero este desden es aplicable al ánsia ávida y al sórdido afan que se tuviese por aumentar su caudal; no al digno y loable deseo de conservar el que nos legaron nuestros padres, y debemos dejar á nuestros hijos. Por eso instituyeron los sábios antepasados los mayorazgos; sello de la época de grandes miras, que abrazaba toda una descendencia como lo fué la que fundó los mayorazgos, como sello de época de pequeñas y egoistas miras, es el haberlos destruido; señal de fuerza y de porvenir fué su institucion: señal de debilidad y de incertidumbre es la de su destruccion.

¡Y cuántos mas, pues, serán estos cuidados, si al cariño de la madre se une la responsabilidad de tutora!

El difunto marqués, que era gastador, habia dejado deudas que, como debia, reconoció tan luego la marquesa en nombre de su hija. Herederos colaterales disputaron á Reina su caudal, pretendiendo que su fundacion escluia hembra. Este era el pleito que habia llevado á la marquesa á Madrid. Ganó el pleito, pero sus crecidas costas vinieron á engruesar la deuda que ya tenia, y últimamente un considerable tributo que gravitaba sobre una de las mejores fincas del mayorazgo, olvidado y desatendido desde infinidad de años, resu-

citaba como una fantasma crecida en grandes dimensiones, por sus caidos plazos y fuerte de su indisputable derecho. Así era que aquella frente serena en el estrado, se cubria de sombras y nubes, cuando, sola en su cuarto, los apuros de su situacion oprimian aquel ánimo de mujer, que no sabe ser fuerte cuando el corazon no le auxilia.

Estaba un dia la marquesa tristemente absorta y ensimismada, cuando entró su anciano é íntimo amigo el maestrante D. Domingo de Osorio.

Era este caballero un hombre bueno, honrado, digno, sincero y recto, de quien no se ocupaba mucho la sociedad, porque tomaba pocas cartas en ella, pero que todo el mundo queria y respetaba. Era un acérrimo carlino, de esos que cual firmes rocas se mantienen debajo del mar, dejando pasar sobre sus cabezas las olas de los eventos, sin oponerles resistencia, pero sin que sus vaivenes los muevan; séres para los que no hay mas inspiraciones ni mas luz que las de su conciencia, en la que descansan como en un lecho de plumas blancas; monólitos morales para los que la voz concesion, equivale á la de traicion; fées robustas porque no tienen su asiento en la cabeza que calcula, sino en el corazon que siente; imposibles de estraviar, y fáciles de engañar; llámalos el siglo *Quijotes*, pero están de tal suerte rodeados de innobles Sanchos, que entre estos descuellan tanto mas elevados y caballeros. Llámalos el progreso *dementes;* si lo

son es á la manera de la reina Doña Juana, sin enterrar jamás el objeto de su culto; hombres de los que algunos se burlan, pero que todos quieren por amigos; correligionarios que son pobres auxiliares á la parte activa y militante de un partido, pero que en cambio lo honran y autorizan.

—Marquesa, dijo con semblante animado D. Domingo, ¿sabe Vd. la noticia? Zaldivar está en Ubrique, su pueblo; tiene ya tres mil hombres armados y diseminados por la Sierra de Ronda, prontos á reunirse á la primera señal.

—¡Zaldivar! esclamó la Marquesa. ¿El infeliz que fué fusilado?

—¿Y Vd. se lo ha creido? no hubo tal, pagó otro infeliz y dijeron era Zaldivar; pero á él no lo han podido jamás coger. ¿Coger? ¿Pues qué, no hay mas que coger á Zaldivar? ¿Pero qué tiene Vd? me parece que está Vd. triste. ¿Tiene Vd. algun disgusto?

—¿Y le parecen á Vd. pocos los que me rodean? ¿el abismo en que me voy hundiendo sin hallar medio de evitarlo?

—Es preciso que gaste Vd. menos y recoja velas.

—Imposible. Bien sabe Vd. el arreglo de mi casa, en la que no hay despilfarro.

—Despida Vd. criados, tiene Vd. un ciento.

—Y todos son pocos y están ocupados en este caseron.

—Múdese Vd. á una casa mas chica.

—¡Dejar la casa solariega! ¿Está Vd. en sí?

—Suprima Vd. la tertulia.

—A buen tiempo, cuando toda mi vida la he tenido, la quitaria ahora que mi hija tiene diez y ocho años, y que la disfruta y brilla en ella? Además, valiente gasto es ese. D. Domingo, me está Vd. pareciendo al Duque aquel que estableció la economía en su casa, suprimiendo algunas rodillas en la cocina. El pleito me ha empeñado hasta los ojos; los deudores anteriores claman. Ahora aparece este censo que resucita cebado de sus propios caidos, todo á la vez. ¡Todo apremiante! ¡qué hacer! ¡qué hacer!

—Acuda Vd. á un capitalista, á un comerciante.

—Hato de judíos, exclamó la marquesa, usureros sin pudor que especulan sobre la ruina agena. Usted se chancea, D. Domingo.

—La necesidad carece de ley, amiga.

—Harto lo sé; pero no me pongo en manos de esos fariseos. Sé por amigas mias con la perfidia, con la que ayudados de sus fieles consejeros los abogados y escribanos, hunden el puñal en las entrañas de sus caidas víctimas.

—A eso os dirán, dijo D. Domingo, que el dinero es una mercancía como otra cualquiera, y que su valor es arbitrario. Estas son de estas claridades nuevas que nos trae el siglo de las luces.

—No manche Vd. su boca, D. Domingo, repi-

tiendo los sofismas de la usura; esa despenadora quiere tambien enseñorearse con capa de terciopelo, así como la irreligiosidad con la de *despreocupacion*: el agiotage con la de *especulacion;* el desenfreno con la de *libertad;* un casamiento de solo interés con la de *casamiento de razon*, y el acabar con la sociedad con la de *socialismo.*

—Acaba de llegar aquí, dijo D. Domingo, de vuelta de un viaje á Madrid, un comerciante de Cádiz millonario; lo sé por un amigo mio á quien le es forzose vender una hacienda á retroventa, y á quien este peruano se la va á comprar. Vd. sabe que en Cádiz viven los comerciantes de fuste en plata como el pez en el agua, y que son por lo tanto generosos, garbosos y caballeros.

—Sé que hay de todo, D. Domingo, sé que hay de todo, y el epíteto de *Peruano* no me infunde confianza en las calidades que Vd. le presta.

—Pues este de que hablo á Vd. es de los más poderosos y encopetados. Ha hecho gran papel en Madrid.

—¿Y qué significa eso hoy dia, D. Domingo?

—Mucho, porque significa que es rico. Le gusta la buena sociedad y figurar en ella, pero figurar tal cual Dios lo crió, sin amoldarse á ella. Con la grosería, sello de ordinariez, se engalanan estos papatachos, como honorífico distintivo de la independencia, y señal de no necesitar á nadie, puesto que en la candidez de sus convicciones, creen

la política y la finura una adulacion solo en uso del que quiere ser favorecido hácia aquel que lo puede favorecer. Estoy seguro de que haria Vd. con él lo que quisiese.

—Nunca habia yo de querer, respondió la Marquesa, sino aquello que sacándome á mí de una situacion tan apurada, tuviese cuenta á los intereses del que me sacase de ella. Pero bajarme yo á suplicar como un favor lo que no lo es, no me seria posible, D. Domingo.

—Pues déjese Vd. embargar; es lo más prudente. Su padre de Vd. que tanto la queria, vendió una soberbia posesion que estaba ruinosa; pero de la que se podia sacar un inmenso partido, en renta vitalicia sobre la cabeza de Vd.; esta es de treinta mil reales; la viudedad del marquesado de su hija, es de veinte mil; con esos cincuenta mil reales, le queda á Vd. para vivir con economía, es cierto, pero con sosiego.

—¿Que me deje embargar? D. Domingo, ¿qué decís? ¡Pasar ese bochorno! esponerme á que hagan paz y guerra del mayorazgo de mi hija? antes morir.

—Pues entonces vea Vd. de hacer un arreglo con ese D. Roque la Piedra, como lo vá á hacer mi amigo....

—¿D. Roque la Piedra ha dicho Vd.

—Sí, así se llama el Creso.

—¡Qué casualidad! ese debe ser el padre de Lá-

grimas, pues así se apellida esa pobre niña amiga de convento de Reina, que tiene tal pasion por mi hija que empeoró de una manera alarmante su delicada salud cuando me traje á Reina del convento. Reina la quiere mucho, y así viene á pasar aquí casi todos los dias de fiesta.

—¿Qué me dice Vd., Marquesa? esa niña tan calladita, tan humilde, tan bien portada, que me hace tanta gracia por lo compuesta; ¡es hija de ese coloso de plata, de ese bambolla! No gasta mucha con respecto á su hija; cuanto tiene se lo ha regalado Reina.

—Eso no es nada, D. Domingo; no lo nombre usted siquiera. Ademas Reina el dia que no tuviese que regalar, me regalaría á mí y se quedaría huérfana.

—Pero en fin, dijo D. Domingo, es natural que con motivo de las bondades demostradas por Vd. á su hija, D. Roque la Piedra venga á darle á V. las gracias, y esto viene bien, puesto que *hablando se entienden las gentes*. Es este un refran antiguo que ha caducado, mi amiga... murió; despues se enterró, y es su panteon el salon de las Córtes. Pero como aquí no son Vds. más que dos, podrá hacerse á mútua satisfaccion un negocio en que D. Roque pueda favorecer á Vd. con utilidad y provecho suyo.

Pocos dias despues, habiendo sabido D. Roque por D. Jeremías la amistad demostrada por Reina y

las atenciones tenidas por la Marquesa hácia su hija, pasó á verla para darle las gracias.

Aunque habian pasado diez años desde su llegada á Cádiz, la persona de D. Roque seca y angulosa como una mala estátua de hierro, habia cambiado poco ó nada. Siempre era la fria y vulgar fisonomía del villano enriquecido—no habia en él más diferencia sino la de vestir mejor y más primorosamente, á lo que le obligaba el alternar en la buena sociedad, así como á gastar un lenguaje algo ménos tosco, si no mas delicado.

—Señora, dijo al presentarse con todo el atrevimiento de la ignorancia y el aplomo de la ganseria: tengo tanto más placer en visitar la casa de usted, cuanto que jamás he necesitado á ninguno de Vds.; y si he podido servir á varios, asi tendré una satisfaccion en que Vd. me ocupe.

La Marquesa estuvo por contestarle que el dia que la sirviese le pagaria, como lo habrian hecho los otros, á tanto por ciento sus favores, pero se contuvo.

D. Domingo corrió á llamar á Lágrimas, que por ser dia de fiesta estaba en casa de la Marquesa.

—¡Ah! ¿ahí está la chica? dijo D. Roque al ver entrar á su hija con Reina. La enseñais mal, Marquesa, con tanta tertulia y diversiones, luego no se va á hallar conmigo en casa, y ahora que tiene diez y seis años me la voy á llevar.

La pobre niña, al oir á su Padre, se estre-

meció y apretó con angustia el brazo de Reina.

—¿Qué, se le va Vd. á llevar? dijo esta á D. Roque; ó no, que está más abajo.

D. Roque se volvió atónito al oir aquella contradiccion despótica que se le plantaba delante; pero al verla brotar de aquella boca tan bella, tan fresca y tan juvenil, se sonrió como se sonreiria un rey al ver posarse en su corona una bella mariposa, y dijo:

—¿Y por qué no, señorita?

—Porque yo no quiero, respondió Reina.

Es muy probable, que con la aspereza del orgullo y la mezquindad del egoismo. D. Roque, sin atender al cariño á su Hija, solo hubiese contestado con su marcial desatencion, á la prosopopeya que encerraban las palabras de Reina, á no haber intervenido la Marquesa, la que con el tono mas fino y con las expresiones más amables, suplicó á D. Roque, dejase pasar á su Hija una temporada en su casa al lado de Reina.

—¿Te quieres quedar, chica? preguntó á su Hija D. Roque, que no deseaba otra cosa, por hallarse muy lisonjeada su vanidad con poder decir por todas partes que su Hija habia quedado á puros ruegos de esta en casa de la Marquesa de Alocaz.

La pobre niña, que temblaba, se apresuró en contestar:

—Yo quiero lo que Vd. mande.

—Bien, bien, dijo D. Roque, como dispensando

un favor; pues que todos se empeñan, no quiero que se diga que no soy condescendiente, ni que usted crea, señora, que le niego lo primero que me pide. No gasto *parola*, pero sepa Vd. que tiene en mí un amigo en *efectivo*, y no en *pagarés*.

—¡Qué feo es tu Padre! le dijo Reina á Lágrimas cuando éste se hubo ido, se me figura que ha de ser idéntico al Hércules de la alameda de Cádiz, que tanto ponderan de feo. En nada te pareces á él, Hija mia, de lo que te felicito.

—Dice mi Padrino, respondió Lágrimas, que me parezco á mi Madre.—¡Pobrecita!

—A tu Padrino, á esa rata de caño sucio, mándale á decir que no venga acá á verte, que se me figura que trae en los bolsillos de su inmundo gaban el cólera, la sarna, y la peste. Nunca te regala ese Padrino miseria?

—Una vez me dió un rosquete.

Reina se puso á reir tanto y tan de corazon, que se dejó caer rendida sobre un sofá.

—Creo que es pobre, dijo disculpándolo Lágrimas.

—Deja que venga, repuso Reina, te aseguro que reuno á los criados con cacerolas y almireces, y lleva una cencerrada por Padrino pelon.

—No vendrá, dijo Lágrimas: solo una vez al año ba á verme al convento.

CAPITULO XII.

OCTUBRE, 1846.

En este tiempo aparece D. Roque la Piedra, subido de categoría, como hemos visto, pues de *bello y escelente* sugeto, ha llegado á *bellísimo y excelentísimo* sugeto segun la nomenclatura de los modernos sinónimos; lo que quiere decir que ha llegado y pasado de millonario, siguiendo al revés de los rios un curso ascendente.

Como es probable que no conozcas al millonario moderno, querido lector de las Batuecas, porque el millonario moderno no se dá en los aires puros que tú allá disfrutas, tendremos que hacerte su fisiología.

Pero distingamos: no tratamos del millonario que por medios honoríficos, ayudado de su buena

cabeza, por su trabajo y por la fortuna, que favorece al que se le antoja, bueno ó malo, al buen tuntun, ha llegado á serlo. Lejos está de nosotros semejante propósito; condenar á un millonario por solo serlo, y confundirlo con el tipo que vamos á delinear, seria faltar á la verdad, á la justicia, á la equidad, y dar márgen á que pensaras tú que mueve nuestra pluma la envidia. No, no, jamás hemos envidiado sino á tí, querido y simpático lector de las Batuecas. Habrás podido notar, puesto que segun se nos asegura, la imparcialidad que ha desaparecido de por acá, se ha ido á tu país; habrás conocido, decimos, que no abrigamos malevolencia, y que aun las cosas que nos son antipáticas las tratamos sin hiel, á pesar que este condimento está á la órden del dia para la confeccion de los escritos, como lo está para la confeccion de los guisados de nuestras cocineras el detestable azafran, sucediéndole á los que escriben como á las que guisan, que sin lograr al servirse de su condimento poner los escritos ni los guisados bonitos, les dan un repugnante paladar. En una sola cosa no transigimos y es en las cosas de Religion, puesto que la eterna verdad dijo: *el que no está conmigo está contra mí;* admirable y concisa regla como todas las que salieron de aquellos divinos labios, pulverizando en su sentido la tolerancia en punto á cosas de Dios, y en su concision todas las fraseologías. Adquiriremos con esto el epíteto de *fanático;* á mu-

cha honra lo tenemos. El que echó ese epíteto com o baldon á los católicos, es mal intencionado ó ignorante. Es lo primero, si sabe el sentido de la voz y sabiéndolo la aplica; y es ignorante si lo dice sin conocer el sentido de la voz que el diccionario define así:

Fanático: el que defiende con tenacidad y furor opiniones erradas en materia de religion.

No siendo erradas las opiniones ni defendidas con furor, no es aplicable la palabra fanatismo al católico ferviente. Lo que á la palabra fanático se puede aplicar á la de *supersticion* de la que dice Balzac: se sabe que en el lenguage de los liberales se llama *supersticion* toda religion, es decir, toda creencia en un poder y de una ley superior.

Necesaria era esta digresion para que mas de cuatro *neutrales* á quien las voces fanatismo y supersticion erizan los cabellos, y que no se toman el trabajo de desentrañar ni su sentido ni su aplicacion, supusiesen lo uno y lo otro. El medio era, puesto que los *neutrales* no leen buenos libros religiosos, hacer aparecer esta verdad en una novela á imitacion de las floristas de París, que al hacer un ramo de flores contrahechas, ponen con un brillante una gota de rocío del cielo sobre una rosa de poco valor.

Cerremos este paréntesis, tamaño como el cuarto creciente y el cuarto menguante de la luna. No vamos, pues, á pintar los millonarios respetables

y honrados, los que hacen un digno uso de sus caudales, como conocemos y veneramos á muchos, á la par que los pobres los bendicen y el público los aplaude. Dejamos á la envidia, que nada puede ver sobresalir, sacudir sus palos de ciego. Apreciamos á todo aquel á quien la suerte favoreció, sin haber tenido que obtener sus favores por infamias. Dios nos libre de echar anatema sobre el que hace suerte: eso seria tan malévolo como injusto y ridículo.

El tipo que vamos á delinear, es aquel que, salido del polvo de malos lugares, sin educacion, sin principios, sin conciencia, sin honor y hasta sin vergüenza (este último lazo por el que pertenece un hombre á la sociedad), sin mas Dios que la codicia, ni mas ambicion que la de atesorar, dando de barato su buen nombre, la dignidad, la opinion agena, sin reparar en medios, llega al apogeo de la riqueza por caminos bajos, ilícitos y criminales. Este ente odioso que amalgama admirablemente los vicios de ambas clases, los del pobre y los del rico, es una plaga que sale de la zupia de las revoluciones, ó bien de la confusiou de ideas y de delitos de las guerras civiles, ó bien del caos de los desórdenes, ó de los misterios de la impunidad vagabunda en todos paises, y que se alza con frente impávida al desprecio, guarecido contra la reprobacion con su escudo de oro.

El millonario de este jaez, por lo regular es feo:

pero por lo regular tambien se le dá un bledo de serlo; comprende la idolatría del becerro de oro, pero no concibe la de Narciso,

El millonario padece (además de otros achaques) unas calenturas intermitentes contra las cuales nada puede la quinina. Cuando le entra el acceso de calor, se desemboza, se estira, bufa, hace sonar el dinero en su bolsillo, y está pronto á pagar seis maravedís á un muchacho para que le escriba con tiza en la espalda: *este señor tiene un millon de duros.* Poco despues le entra la reaccion, el frio: se encoje, se echa á temblar al ruido que él mismo ha metido, se arropa y pone á llorar miserias, dando diente con diente y pronosticando á su mujer é hijos que pedirán limosna. Dá un dia un festin de Heliogábalo: al dia siguiente toma él mismo la cuenla de la plaza, suprimiendo cuanto no sea el cocido, como lujo supérfluo.

El millonario se ofende de que le digan rico y se indigna de que le crean pobre; quiere gozar de un crédito ilimitado, y quiere pasar por no tener un cuarto como la vieja que queria sacar á la lotería sin haber puesto.

El millonario está revestido de negativas como el erizo de puas; cree el *no* su derecho y propiedad exclusiva: el *no* es inherente á sus lábios como el cigarro habano. El *no*, al revés del peso duro, le parece objeto de *esportacion* y no de *introduccion*; género ilícito contra el cual no hay aranceles que

valgan. Así el que se atreve á dar un *no* á un millonario comete un delito de *leso-millon.*

El millonario goza rara vez de su millon: pero como el virtuoso goza con la conciencia de serlo, el millonario goza á su ejemplo con la conciencia de serlo.

Para este millonario los mandamientos se encierran en dos: *tomar y no dar.*

El millonario tiene un problema que nunca acaba de resolver, y es, á cual ha de despreciar mas: si á un artista ó á un noble, á un poeta ó á un militar, á un deudor ó á un facineroso, y entre las acciones de Judas, si la de vender á su Señor, ó la de tirar despues el dinero.

El millonario no comprende la dignidad del hombre, pero sí mucho la del dinero.

El millonario no se incomoda ni sale de su paso ni por la madre que lo parió, pero no quedará en zagas de Diógenes para decirle á un Alejandro que se le quite de delante.

El millonario ha oido hablar de generosidad, y la cree de buena fé *vicio de pobre.*

El millonario considera el orgullo inherente al dinero como su sonido metálico.

El millonario tiene dos ideales á los que compondria versos si supiese, y son su *yo*, y las letras de Rosthchild.

Concluirémos este bosquejo con una última pincelada: para el millonario de este jaez hizo la Ro-

che-Foucauld aquella inconcebible y atroz máxima que hay en nosotros algo, que goza en las desgracias agenas..... pues el millonario goza en la ruina de otros.

Ahora, pues, que hemos colocado á D. Roque en su nueva luz, prosigamos nuestro relato.

Todas las nubes del otoño estaban reasumidas en la feísima cara de D. Jeremías Tembleque, que, sentado delante de su mesa pati-coja, frente á su tintero de peltre, sumaba, restaba, multiplicaba, y cada número añadia una arruga más á su frente.

Llamaron á la puerta:

—Bonifacio, Bonifacio, gritó el amo de la casa á su negro, no abras sin saber ántes á quién.

—Es D. Roque, mi amo, respondió el negro.

Efectivamente, subia el millonario aquella escalera entapizada de lamparones de aceite, y combatia con el humo de su puro aquel ambiente que no lo era.

—Perdido estoy, compadre, exclamó D. Jeremías al verlo entrar, y si Vd. no me saca de este apuro, de este confiicto, no sé que será de mí.

—¡Vd. apuros! repuso D. Roque, ¡por via de los gatos! ¡Vd. que no ha tocado sus réditos caidos en el banco de Francia desde diez años! Pero sea el que fuere su apuro de Vd., yo no puedo sacar á nadie de apuros, porque en estos tiempos cada cual tiene que rascarse con sus propias uñas. ¿Qué hay, pues, compadre Angustias?

D. Jeremías se levantó y fué á cerrar la puerta asegurándose de que no podria oirle su negro; hizo sentar á D. Roque en su sofá de hojas de maiz, se sentó á su lado, y dejando al vejetal el tiempo suficiente para acallar sus murmullos, que á medida que habia envejecido se habian hecho más ásperos y chillones, dijo acercándose al oido de su compadre:

—He recibido los sesenta mil duros que me quedaban por allá y que me han quitado sesenta mil noches de sueño.

—¡Droga! compadre, ¿y este es el apuro?

—No, no es ese, sino que en primer lugar el cambio me cuesta un sentido, y lo otro, compadre!.... ¡Que no sé que hacer con ellos!

—Póngalos Vd. en el banco.

—¡Un demonio! ¡Colgar todo á un clavo! no, no, eso no; no tengo la manía de los bancos como Vd. ¡Quien tiene la experiencia de Nueva-York!... ¡ya, ya sé lo que es!!!

Al decir esto hizo D. Jeremías un movimiento tan brusco y trágico, que las hojas de maiz se pusieron á murmurar en coro de la poca consideracion con que se les trataba.

—Pero en el banco de Francia no le ha ido á Vd. tan mal, compadre, dijo D. Roque; los fondos han subido, el crédito y riqueza de la Francia crece por dias.

—Amigo, lo que no sucede en diez años, suce-

de en un dia; no quiero mas bancos, y se acabó la fiesta. Compadre, ya sé que es Vd. un hijo de la dicha y que apaléa el dinero; así solo, en Vd. tengo confianza, tome Vd. ese dinero.

—¡Yo! ¿pues si no sé que hacer con el mio?

—Compadre, se lo doy á Vd. sin ejemplar, sin hipotecas.

—No lo quiero, no tomo dinero.

—Compadre, á miserables ocho por ciento.

—Ni que Vd. lo piense.

—Compadre, al seis.

—No puede ser.

—Compadre, al cinco y medio.

—Que no.

—Compadre, al cinco.

—Ni de valde.

—Al cinco, compadre, eso es sacar á la lotería.

—¿Hablo griego, mi amigo? ¿No le digo á Vd. que no, no, y no? ¿cómo quiere Vd. que se lo diga, cantado, llorado ó rezado? ¡droga!

—¡Compadre, Vd. quiere mi ruina! exclamó indignado D. Jeremías, que por una de esas manías ó agüeros de los avaros, solo en las manos de su afortunado compadre consideraba su dinero seguguro. Yo, que pensaba dejar á su hija de Vd. en mi testamento seis onzas; ¡ni un cuarto le dejaré! añadió con arrogancia, dejándose caer con el orgullo y aire de taco de una venganza satisfecha sobre uno de los cojines de los lados del sofá.

Un coro subterráneo parecido al de los malignos espíritus en la ópera de Roberto el Diablo sonó en las profundidades del mencionado cojin. D. Jeremías ya exaltado y dispuesto al despotismo, dió sobre él un vigoroso puñetazo; las hojas callaron, como obedeciendo al gran mal espíritu su amo.

D. Roque soltó una carcajada con toda la impertinencia y sonido ágrio metálico de sus millones.

—¿Para qué necesita mi hija, dijo, la gran miseria de las seis onzas de Vd? Cuatro veces más he gastado yo ahora poco en Madrid en obsequiar á las señoras de un amigo mio.

—Cuando Vd. lo hizo, cuenta le tendria; vamos, vamos, compadre, no escupa Vd. tanto por el colmillo que nos conocemos de atrás: Vd. toma mis sesenta mil duros, ó perdemos las amistades, y puede Vd. ir buscando otro para encargarle aquí de sus trapisondas, y servirle de testa-ferro.

—Vamos, vamos, dijo D. Roque que alarmó mas esta amenaza de D. Jeremías, que no la de desheredar á su hija; vamos, no se amostace Vd. que se vá Vd. haciendo mas gruñon que su sofá.

—Pues tome Vd. mis sesenta mil duros, con sesenta mil demonios encima!

—Verémos.

—Nada de verémos, que eso dijo el ciego y nunca vió. Las letras van á cumplir y no tengo donde meter el dinero. No tengo caja de hierro, añadió

angustiándose á medida que iba hablando, abriendo los ojos y arqueando las cejas progresivamente, y echándose á temblar de tal suerte, que las hojas de maiz se echaron á reir ruidosamente. Vivo solo, solo con ese animal que podria robarme, asesinarme; la casa no es segura, el barrio es malo, los vecinos me quieren mal, las paredes tienen oidos, los ladrones son osados. ¡Oh, oh! ¡yo tener dinero en casa! no, no, no.

—Bien, bien, dijo D. Roque á quien el estado casi convulso de su amigo no dió lástima, pero que reflexionó seria para él el tomar ese dinero un excelente negocio: vamos, vengan esas letras, las tomaré para hacer á Vd. ese favor, é impedirle que se muera de miedo: pero compadre, Roque la Piedra no toma dinero á mas de un cuatro, es contra su crédito.

D. Jeremías dando saltos en su sofá puso los gritos en el cielo y con él las hojas de maiz, pero no hubo tu tia; despues del *sí*, volvióse á entronizar y á enseñorear el *no* en los lábios del millonario, con un nuevo cigarro habano que encendió en la elegante copilla de Medina que con sus diez abriles, contradecia el comun adagio de *frágil como barro*. En una hora que tuvieron los dos compadres de discusion á duo de bajo y contrabajo coreado por las hojas de maiz, no se adelantó nada, nada, ni más ni ménos que en una sesion de..... cualesquier cosa. Ni un cuartillo subió D. Roque

de sus 4 por 100, por mas que plagueó D. Jeremías y gimieron las hojas de maiz. Pero la antipatía á los bancos, el pánico á negocios, el horror á fincar, el frenesí que le entraba solo con la idéa de meter el dinero en su casa, la supersticiosa fé en la estrella de su compadre obligaron á D. Jeremías, llorando y murmurando en compañía de su sofá á poner su dinero en manos de D. Roque.

Don Roque, al tomar el dinero de su compadre, habia echado sus cuentas como lo verémos.

Habia seguido este señor visitando con mucha frecuencia la casa de la marquesa, en la que era perfectamente recibido, pues esta, como mujer de mundo, sabia disimular todo el alejamiento que le inspiraba ese hombre soez y vulgar.

Algunos dias antes, habian tenido una entrevista particular, en la que se habia arreglado el asunto que D. Domingo Osorio habia indicado á su amiga para salir de apuros. Pero ni la hermosura, ni la amabilidad, ni la situacion apurada de aquella honrada y noble mujer, ni aun las grandes seguridades que le daba el buen caudal de Reina, bastaron para haber hecho perder de vista á D. Roque por un momento su codicia, ni para hacerle ceder un ápice de sus exigencias. Ni el talento, ni la gracia de la marquesa, pudieron impedir se hiciese el arreglo sobre unas bases muy perjudiciales para ella. Pero al hallarse entre el embargo y las condiciones que le puso D. Roque, tuvo que escojer la

menos cruel de estas alternativas, esto es, la que, defraudando sus intereses, al menos no lastimaba su decoro. D. Roque dió á la marquesa treinta mil duros al *moderado precio de diez por ciento por hacerla favor*. Pero para eso, *no siendo posible al buen padre comprometer los intereses de su hija*, la marquesa como tutora y curadora de la suya, tuvo que hipotecarle un cortijo que valia ochenta mil. Exigió además el prestamista que, para hipotecarlo, constase dicho cortijo en la parte libre del mayorázgo, para lo cual se tuvo que hacer la particion del caudal, gasto inútil no habiendo mas heredera que Reina, gasto que tuvo que sufragar la marquesa. Item mas: quedó hipotecada y embargada la renta de dicho cortijo para el pago de los premios del dinero. Este era el gran favor que dispensando proteccion, habia hecho D. Roque la Piedra á la marquesa de Alocaz. Para completar la satisfaccion de este señor, dejaba en Sevilla á su hija, que queria poco alejándola de Cádiz, en donde siendo conocida su riqueza y el especular cosa mas corriente que tierra adentro, no dejarian de presentarse pretendientes á ella.

Es de advertir que el casamiento de su hija era la nube negra de aquel brillante horizonte; porque Lágrimas no solo habia heredado de su madre los cien mil duros que llevó en dote, sino otros cien mil que le tocaban de los gananciales hechos durante la vida de aquella, en compañía de su suegro; de todo esto llevaba este último estrecha cuenta en

favor de su nieta. Aunque D. Roque habia llegado á ser mas que millonario, doscientos mil duros son un bocado gordo aun para un millonario, cuanto mas para aquel que mira con profundo respeto dos pesetas, considerándolas como la primera piedra (como él decia), sobre la que se labra un caudal de un millon. Como al casar á Lágrimas tenia que entregarlos, era el casamiento de esta la pesadilla que solia turbar sus dorados sueños.

CAPITULO XIII.

OCTUBRE, 1846.

Si alguien hubiera querido pintar un *cuarto* revuelto, así como se pinta *una mesa revuelta*, habria podido servirle de modelo una sala que se hallaba situada en el primer piso de una casa de pupilos de Sevilla, en la calle de San Eloy. Con nada podia compararse mejor, que con el campo de Agramante en que se hubiesen batido á muerte los numerosos soldados de la ciencia, con los no menos numerosos de la moda.

Aquí yacía en el suelo una botella de aceite de Macasar, habiendo perdido hasta la última gota de su sangre. Un diccionario latino mostraba sus mutiladas entrañas, con algunas manchas de negra gangrena. Un frac con el cuello inclinado y los bra-

zos pendientes, estaba desmayado sobre una silla hospitalaria. Algunos libros quizás cobardes ó afiliados en las sociedades de la paz, habian huido y se apiñaban en una rinconera.

Sobre la mesa mostraba un tintero su negra boca, y parecia un mortero cuyos fuegos se hubiesen apagado; á su lado estaban las plumas caidas como estandartes vencidos. El Derecho real de España habia recibido la descarga de un bote de la esquisita agua de lavanda que se fabrica en Sevilla, en la plazuela de San Vicente. La constitucion era oprimida por un pícaro reaccionario tarro de pomada de mil flores, y algunos guantes daban voces por su cuartel de inválidos.

Eran las seis de la tarde, y se ocupaban en ese cuarto tres jóvenes en hacer su tocador.

Era el uno en estremo alto y bastante grueso; tenia hermosas y simétricas facciones, grandes ojos pardos abiertos de par en par, como su corazon que era franco, noble y bondadoso. No se hubiese encontrado otro que tuviese una idea mas alta de sí mismo con la mejor fé del mundo, y sin tener por eso orgullo. Queria á sus amigos con la mas sincera benevolencia, sin por eso dejar de tratarlos con superioridad inaudita; pero era esta tan bonaza é inofensiva, que no heria, porque siempre al través de sus jactancias y de su prosopopeya se traslucía su hermoso corazon, como la luz del sol á través de los nublados. Era aplicado, pero tenia

falta de memoria y un singular don de equivocarse, de lo que resultaba que decia mil disparates, y una vez dichos, los sostenia con una imperturbable y fátua suficiencia, aunque fuese contra las personas mas autorizadas. Tenia en su cabeza un gran mixtíforis de ideas, y no se cuidaba ni de digerirlas ni de clasificarlas. Así es, que solia lanzar, sin pararse á reflexionar, algunas proposiciones *sui generis* que dejaban estupefacto á quienes las oian, sin hacer esto retroceder un paso al que las decia en su decision, ni hacerle perder su constante gravedad é inamovible aplomo. Llamábase Marcial.

El otro era alto, delgado, bien formado y airoso; sus maneras eran medidas y elegantes, porque la elegancia era en él genuina, le era aneja como su corriente al arroyo. Tenia la cara fina y menuda; sus ojos graciosos que siempre interrogaban y nunca respondian, eran sombreados, de espesas y bien dibujadas cejas; una poblada y rizada cabellera rodeaba su frente angosta; su sonrisa tenia todo lo agradable de un delicado agridulce. Era este uno de esos hombres reconcentrados, cuyo interior está herméticamente cerrado, y en los que nada hay espontáneo sino la reserva. Aunque muy jóven, miraba la vida con los espejuelos de la ancianidad, buscando en ella la felicidad, no del modo negativo del filósofo, ni á la manera material del epicúreo, ni del modo espiritual del cristiano,

ni en la auréola del poder, ni en la embriaguez de la gloria; pero la buscaba firme, positiva, duradera y bella bastante para llenar su vida y satisfacer su corazon. Era su entendimiento observador, incisivo, sarcástico, á veces duro, pero siempre penetrante, claro y sereno. Este se llamaba Genaro.

El tercero de estos jóvenes, de mediana estatura, ni era hermoso como el primero, ni bonito como el segundo; pero tenia uno de esos conjuntos simpáticos, de esas figuras que no llaman la atencion, pero que mientras mas se ven mas gustan. Nada en él admiraba y todo agradaba. Veíase en su cara alegre y risueña esa superabundancia de sávia que en la juventud bulle y cria flores, y que mas adelante obra y dá fruto. En su mirada inteligente y á veces distraida, se notaba el sello de los hombres superiores, pero cuya superioridad, de que no se dan cuenta, que no rige la voluntad ni estimula la ambicion, anda vagando como las *willis* sin objeto ni mision, y que sin el estímulo de la ambicion ni del egoismo, brotan y florecen cuando el tiempo las ha madurado y las circunstancias han descorrido el velo á su lugar de accion. Llamábase Fabian, y era en esta época la alegre aurora de un hermoso dia con su aire puro, el canto de sus pájaros y la ausencia del ruido de la vida práctica. Acodado en la mesa leia y escribia alternativamente. Los otros dos estaban frente de sus espejos.

Eran los tres de nobles y distinguidas casas de Estremadura.

—Pues no es, dijo Marcial, apretándose la hebilla de sus pantalones, para darse á todos los diablos el ver con la insolencia que se vá redondeando mi barriga! verán Vds. como me vá á echar á perder mi talle *esbelto*. ¿No es verdad, Genaro, querido Maquiavelo, que tengo el talle *esbelto?* ¿no parezco una palma del Líbano?

—En el Líbano hay cedros, contestó Genaro: las palmas son del desierto, y los alcornoques de tu pueblo.

—Las palmas son del Líbano, afirmó Marcial con su acostumbrado atrevimiento y aplomo. Y eso, prosiguió volviendo á su tema, que no tengo más que veinte y cuatro años, los mismos que tú, y uno más que Fabian. Pero tú, Fabian, *padre Dauro, manso rio*, (así llamaba Marcial á Fabian por su suave carácter, desde que leyó las poesías de Martinez de la Rosa), ¿qué haces ahí? ¿y por qué no vienes á cubrir como nosotros nuestra mísera humanidad con estos atavíos de las bellas artes?

—Objetos de tocador no pertenecen á las bellas artes, dijo Fabian, pero tú, Marcial, adoras la retumbancia.

—Pertenecen á las bellas artes, afirmó Marcial.

Los otros se callaron como tenian de costumbre, cuando Marcial, con voz estentórea, lanzaba

uno de sus axiomas, que ellos dejaban rodar cual proyectil inofensivo.

—¿Qué haces? prosiguió: ¿acaso versos á una Filis que no los sepa leer?

—No. Traduzco la oda de Lamartine, á la lámpara del templo. Oye esta estrofa á ver que te parece:

Y en esa lumbre aérea, me agrada
Suspender mis miradas langorosas,
Y les digo: tal vez sin saber nada,
Vosotras haceis bien, luces piadosas.
De inmensa creacion en el destino
Quizás esa partícula brillante
Imita ante su trono de contino
La adoracion eterna é incesante (1).

—Lo que me parece, manso Dauro, dijo Marcial, es que el traducir es cosa muy fácil.

—¡Fácil traducir poesía! Solo tú eres capaz de sostener semejante despropósito, exclamó Fabian.

—Y de probarlo, prosiguió Marcial; mi padre estuvo prisionero en Francia cuando la guerra de la Independencia, y aprendió allí una cancion que talareaba siempre. La aprendí y la he traducido; y lo que es más, en el mismísimo metro, de suerte que la canto en la misma tonada. ¿Y esa?

—Gratifícanos con esa obra maestra de tu ingenio, dijo Fabian.

(1) Traducido por un amigo del autor.

Marcial se puso á cantar:

Si el Rey me quisiera dar
Madrid su gran villa,
Obligándome á dejar
Por eso á Sevilla
Le diria al rey así:
No quiero vuestro Madrid,
Prefiero á Sevilla, sí,
Prefiero á Sevilla.

Genaro y Fabian se ahogaban de risa.

—¡Envidia! dijo Marcial anudando su corbata; mejor harias, padre Dauro, manso rio, en nutrirte como yo de nuestros buenos poetas españoles. Yo he leido y sé de memoria las mil comedias de Calderon.

—Son trescientas y tantas, observó Fabian.

—Son mil, sostuvo Marcial.

—Ya veo, dijo Fabian, que fundas tu ambicion en ser el primer literato y bibliófilo de España.

—Te engañas, manso rio, si crees que fundo mi ambicion en cosa tan mezquina. No hubiese dicho eso este *Maquiavelo* que tiene penetracion y una facilidad y gracia para anudarse la corbata que le envidio. Yo, hijo mio, no soy un rio tan manso como tú, soy un torrente y quiero meter ruido, mucho ruido: el ruido me es simpático. Toda cosa grande hace ruido. Quiero ser diputado y hacer unos discursos que se pongan en letras de molde

en todos los papeles. El discurso del señor Marcial, dirán, (si es que aun no he heredado título, lo que Dios no permita), que habla con tanta soltura como energía, conmovió al congreso, electrizó á las tribunas, consternó á los exaltados: no envidia ya Madrid á Atenas su Demóstenes. Soy capaz, por adquirir fama, de quemar el Escorial, como quemó Eróstrato el templo de Venus.

—Fué el de Diana, rectificó Fabian.

—El de Vénus, afirmó Marcial. Oye, Genaro, ¿cuál es tu ambicion?

—Yo quiero, respondió este, una posicion honorífica, feliz y estable con ruido ó sin él.

—¡Vegetar! exclamó Marcial, ¡cruzarse de brazos cuando peligra la sociedad! quita allá, verdadero tipo del moderado de provincia que quiere que todo se lo den hecho. Y tú, mi manso Dauro, ¿cuáles son tus miras? ¿qué quieres?

—¿Yo? contestó Fabian, nada.

—Un Lazaroni romano, exclamó Marcial, mira qué carrera para quien no tiene un mayorazgo.

—Los Lazaronis son napolitanos, observó Fabian.

—Romanos, sostuvo Marcial. ¡Ay, amigos! añadió poniéndose el chaleco y observando lo vacío de sus bolsillos: ¿cuál de Vds. me presta algun dinero?

—¿Prestarte á tí? ¿yo? dijo Eabian, ¡yo que tengo un bolsillo que le sucede lo que á tu barriga en

sentido inverso, á tí tan rico! ¿te burlas, Marcial?

—Rico, es decir que mi padre lo es, diez dehesas, á cual mejor, ocho molinos, montes, haciendas, ganados como un patriarca, pesetas como un bolsista; pero ¿qué me sirve á mí, si no quiere ese padré avaro salir de los dos mil reales mensualea que me envia?

—Debian bastarte, dijo Genaro; á mí con la mitad que tengo me alcanza y me luce más que á tí.

—Verdad es, repuso Marcial, pero sepan ustedes, añadió con jactancia, que esta noche pasada he jugado y he perdido hasta el último real, y eso que mi Madre me envió anteayer estrajudicialmente tres mil reales, ciento cincuenta duros que se fueron unos tras otros como otros tantos carneros.

—¡Jugado! exclamaron á un tiempo sus dos amigos con aire de desden.

—Sí, jugado, ¿y bien? en mi borrascosa juventud quiero regalarme de todos los vicios, con la intrepidez de D. Juan. ¿Ignorais acaso que tengo azogue en la cabeza y alquitran en las venas, como se dice en la moderna escuela literaria francesa? Quiero ser el mas pródigo de los hijos, y que despues me reciba mi padre en sus brazos y mate un ternero, ó un cerdo, lo mismo me dá. ¿No os parece esta idea acalaverada, de caballero de buena ley? El caballerismo, como lo entendia el caballero de la Mancha, es cosa de mal gusto y de mal tono. Hacer de una Maritornes una Dulcinea, ¡qué ino-

cente! Es mucho más del dia y más cómodo hacer de una Dulcinea una Maritornes. Esta ancha Castilla que me he propuesto dar á mis fogosas é indomables pasiones (siempre con el propósito de enmendarme), tiene de romántico por ser á lo Byron, y de clásico por lo de la Biblia.

—La escritura santa no pertenece á ningun género de literatura, observó Fabian.

—Es clásica, afirmó Marcial, con las notas más graves de su estentórea voz.

—Yo no juego, dijo Genaro, soy más razonable, más delicado y sibarita en la eleccion de mis placeres y de mis pasatiempos.

—Lo que tú eres, repuso Marcial, es un hipocriton; ademas, ni tienes mis pasiones volcánicas, ni mi fuerza de alma para levantar tu frente serena, apacible y tranquila ante la reprobacion.

—Don Pleonasmo se te olvidó impasible, dijo Fabian.

—Quiero, prosiguió Marcial cada vez más exaltado, seducir á unas cuantas chicas; lo malo es que no se dejan seducir, saben más que las culebras. La inocencia bien hizo Reinoso en llorarla perdida. La candidez bien hizo Melendez en buscarla en Italia.

—En Arcadia, enmendó Fabian.

—¡En Italia! sostuvo Marcial. Tú, padre Dauro, que te nutres de la miel hiblea y bebes de la dulce Hipocrene, eres inofensivo, pero sosito. Mas á pe-

sar de eso os quiero á ambos; somos tres en uno; somos los tres Gracios, los tres Parcos...

—¡Parco tú! exclamó Genaro, tú que tienes la despensa atestada de los chorizos y jamones que te envia tu Madre.

—Por supuesto: os he dicho que me quiero echar á todos los escesos; quiero ser otro D. Miguel de Mañara, solo que cuando me recoja á buen vivir, en vista de que el fundar hospitales como hizo aquel, no tiene actualidad, fundaré en mi pueblo un casino. ¿No os arrastra mi ejemplo?

—No, hijo mio, respondió Genaro, las calaveradas desacreditan; la buena fama es un pedestal.

—Los escesos me repugnan, opinó Fabian, como el olor de una taberna, como la atmósfera de una zahurda, como el vapor de una sentina.

—¡Oh! *padre Dauro manso rio*, exclamó Marcial, ¡que no te pueda yo sacar de Madre! Pero vístete, pesado, que nos estarán echando ménos las muchachas en el Duque. Genaro, me parece inclinas mucho á la perla, como la nombra Fabian. ¿Por qué la nombrás asi, *manso rio*?

—Porque se llama Lágrimas, y estas son las perlas del corazon, y porque es ademas una perla. Dios quiera, Genaro, que la sepas apreciar como lo hubiese hecho yo.

—Estos poetas, exclamó Marcial, siempre lloran por lo que queda. Pues, ¿no eres el más feliz de los mortales con captarte la atencion y recibir pre-

ferencias de Flora, esa rubia Feba, que parece una azucena engarzada en oro? ¡Qué bonito pensamiento! no me lo plagies, manso rio.

—No temas, respondió riéndose Fabian, ni yo, ni ningun platero aprovecharémos tu idea.

—Pero ambas, prosiguió Marcial, Flora, la blanca azucena, y Lágrimas, la humilde violeta, pasan desapercibidas al lado de aquella, que es reina de las flores y reina de cuanto hay. Se me figura que le gustan los calaveras; ¿qué te parece Genaro, tú, qué observas?

—Me parece que sí, respondió éste.

—Sí, sí, prosiguió Marcial, he notado que desde que he tomado los aires de tronera, le hago mas gracia.

—No te ilusiones, Marcial, le dijo Fabian, Reina no te quiere.

—¿Pues á quién quiere? preguntó Marcial volviéndose tan bruscamente que echó una silla al suelo.

—No lo sé, pero no es á tí.

—¿Cómo lo sabes, *Don Oráculo?*

—Como sé que es de dia, porque lo véo; y mira, querido que la desilusion, con el cólera y la demagogia son las plagas de este siglo.

—Pero, ¿quién ha de querer competir conmigo? Vds., además de estar enamorados, nunca les pasaria por la imaginacion el quererme hacer mal tercio, puesto que yo no habia de tener la magnanimidad de Focion.

—De Escipion, observó Genaro.

—De Focion, repitió Marcial. Yo que le he compuesto unos versos. Esos sí que son originales y castizos.

—Otorgo lo primero y pongo en duda lo segundo, dijo Fabian. Pero vamos, recítanos esa composicion que desde hace quince dias te trae á mal traer.

—¿Para que me robes mis conceptos? objetó Marcial.

—Te doy mi palabra que no lo haré.

Marcial, que estaba rabiando por lucir su composicion, la recitó pomposamente:

Reina de los corazones,
Infundes tanta lealtad,
Que tus vasallos se oponen
A que les des libertad.
Esta extraña anomalía
En este siglo de luces,
A tus ojos es debida,
Con que á las luces desluces.

—¿Me querrán Vds. decir por qué se rien tanto? preguntó Marcial á sus amigos cuando hubo concluido la lectura de sus versos.

—Por la gracia que me han hecho, respondió Genaro: son preciosos, conceptuosos, agudos. Quevedo te los envidiaria. ¿Qué oportuno retruécano!

—¿Y á tí, qué te parecen, Fabian, preguntó Marcial, tú que eres el *tu autem* de la lira andaluza.

—Los mas malos entre los muchos malos que has hecho, Marcial; pésimos, ridículos.

—¡Envidia! dijo Marcial; envidia, *manso rio* porque no puedes ser torrente.

—Oye, Marcial, dijo Genaro; ¿quién es ese íntimo nuevo que te has echado que parece un arenque curado?

—¡Oh! un guapo chico.

—Pero ¿quién es?

—¿Quién es? ¡qué sé yo!

—Pero ¿cómo se llama?

—Tiburcio Civico.

—¡Ay, qué nombre! exclamaron los otros.

—El nombre es fatal, no lo niego, contestó Marcial; no he podido hallarle una rima á Tiburcio.

—Mira Marcial, dijo Genaro, que era el mas vano de los tres; te aconsejo que no andes mucho con ese don *Nadie*; parecen Vds. la torre del Oro y una caña de bracero. Rabias por formar relaciones nuevas: acuérdate de aquello de *dime con quien andas te diré quién eres.*

—Amigo, el que quiere ser diputado como yo, tiene que popularizarse. ¡Malditas carnes! añadió abrochándose el frac; mas enemigas aun del cuerpo que del alma! Si aguardase esta barriga á presentarse cuando yo fuese diputado, ¡anda con Dios! en el congreso haria bien. Me daria un aire de Don Mamerto Peel.

—Roberto, dijo Fabian.

—Mamerto, afirmó Marcial.

—¿Pero qué imán tiene para tí ese desconocido enteco? preguntó Genaro.

—El de la controversia; es un socialista y lo quiero convertir.

—Pierdes en eso tu tiempo, dijo Fabian, no perdiendo él poco en los esfuerzos que hacia para ponerse unos guantes la mitad mas chichos que su mano.

Al salir á la calle encontraron á un chiquillo parado en medio del zaguan. Sin desviar la direccion de su marcha, Marcial que iba en medio de les tres, entreabrió sus largas piernas y pasó por encima del chiquillo, sin salir de su aire grave ni decir mas que «¡insecto!»

El *insecto* se quedó estático al ver pasar por encima de su cabeza aquel coloso de Rodas.

CAPÍTULO XIV.

OCTUBRE, 1846.

Aquella misma tarde estaban en el balcon que caia al hermoso jardin de la Marquesa de Alocaz, tres jóvenes que se esforzaban en cubrir con sus flores y ramas, las enredaderas, como si el jardin quisiese ocultar con un velo verde sus mas bellas flores.

Vuelta de espalda, puestas las manos sobre el barandal y apoyada en ella su cintura, descollaba la mas alta de las tres, luciendo en esta posicion toda la gallardía, riqueza y perfeccion de formas de su persona. Caian desde su cintura hasta el suelo los anchos y ricos pliegues que formaba la seda de moiré azul turquí de su vestido. Un camisolin pe encaje cubria su cuello, y estaba sujeto sobre

su pecho por un gran alfiler de oro y esmalte. Su cabello castaño oscuro formaba cortinas ahuecadas, y coronaba su frente una *ferroniere,* que tan bien sienta á las frentes altas, á los perfiles de marcados y severos contornos, y á las caras pálidas.

Frente de ésta, estaba otra jóven de mediana estatura, que si bien apoyaba su hombro en el quicio de la puerta de la sala, cambiaba tan á menudo de postura, que no se la podia señalar ninguna determinada.

Era blanca y rosada, rubia, cosa poco comun en Andalucía, y que por lo tanto tiene en las bonitas toda la delicadeza y distincion de las flores exóticas. Sus ojos azules eran graciosos, vivos, maliciosos y dulces á un tiempo, como lo era su dueña. Su boca, que era semejante á una fresa, siempre risueña, dejaba ver una magnífica sarta de perlas que brillaban constantemente con el reflejo de la luz y de la alegría. Vestia un traje de tafetan verde, y unian su camisolin de gasa sobre su pecho, tres lazos de cinta de color de rosa, teniendo el último, que estaba colocado sobre la punta de la cotilla, dos largos cabos tan movibles á los impulsos del aire, como lo era su dueña á los de su alegre actividad. Pendian á ambos lados de su fina cara los largos tirabuzones casi desrizados que dan tanta dulzura al semblante. A cada lado de su ancho rodete, habia colocado un lazo color de rosa que parecia infundirle al oido con su voz de seda,

ideas de su color. Era esta, Flora de Osorio, sobrina del íntimo amigo de la Marquesa, D. Domingo Osorio, parienta é inseparable compañera de Reina.

Apoyada sobre el barandal del balcon, el codo puesto sobre la meseta, y la cara descansando en su mano, miraba la tercera de estas jóvenes tristemente al cielo. Era pequeña y en estremo delgada. Vestia un traje de linó lila y blanco, de hechura de saco y cruzado por delante. Un grueso cordon le sujetaba al talle, y las borlas que lo terminaban haciendo peso, le daban la forma de punta que ordena la moda sin ayuda de ballenas, cuya dureza, por poca que fuese, no podia soportar aquel cuerpo débil y delicado. Su cabello negro formaba sin pretensiones unas cortinas achatadas que, pasando debajo de la oreja, se unian al magnífico rodete que formaba su cabello, cuya abundancia y fuerza era un vicio orgánico, como suele suceder en naturalezas débiles.

—¡Qué ingrata eres con Marcial! Reina, dijo la de los moños rosa, y eso que es un novio de los pocos, un novio pintiparado, tenlo por seguro, porque mi Madre lo celebra y esto es señal infalible y patente segura de buen novio; y eso, muger insensible, que segun dice Fabian, te está componiendo unos versos.

—Sea por el amor de Dios, dijo Reina, pero Hija mia, si los versos toman por asalto los corazones, muy apurado estará el tuyo, porque Fabian...

—Sí, sí, interrumpió Flora, en punto á versos es Fabian, lo que es el mes de María, en punto á flores, le cuesta poco el producirlas; pero no así el pobre Marcial, que se está devanando los sesos.

—¡Qué persistencia en cultivar un terreno que no ha de producir para él sino calabazas! repuso Reina.

—Marcial quiere enseñarte geografía, sabes?

—¿A mí? Si me hace semejante proposicion le enseñaré yo á tomar á la puerta.

—¡Qué ingratitud, Reina! Fabian me queria enseñar á mí el francés. Como yo no me inclinaba á ello, ni tenia disposicion, no salimos en un mes de *ponchu*, que quiere decir: *buenos dias*. Como que el *ponchu* me salia ya por cima de los cabellos, le dije que para variar me enseñara el latin, que de ese al fin algo sé, como es el *dominus tecum* y el *sursum corda*.

—¿Y te lo enseñó? dijo Reina soltando una carcajada.

—*Por suponido*. Pero verás lo que hizo ese traidor; me enseñó unos versos que aprendí mucho mejor que no el *ponchu*, porque se parece mas el latin al español que no el francés. Me dijo que querian decir: *atended, amad, ángeles bellos, que despues de los siglos sereis atendidos y amados*. Me pareció esto muy bonito, aunque no lo entendia bien; pero como me sucede otro tanto con muchos versos modernos, no me pareció justo negarles mi aproba-

cion, por ese pequeño inconveniente, tanto mas cuanto habia oido una traduccion de Lamartine, hecha por un amigo de mi hermano que sonaba por el mismo estilo.

Lo aprendí, pues, y lo recitaba como una cotorra ó por mejor decir, lo declamaba, que ni Matilde Diez lo hubiese hecho mejor. Un dia me oyó mi Padre, y me preguntó: ¿qué estás ahí diciendo, niña? Yo tan ancha y satisfecha como el cuervo de la fábula á quien le dicen que luzca su voz, abrí mi pico y dije clara y melancólicamente:

Vivite, bevite, colegiales,
Post multa secula pocula nulla.

Pero como al alumbrado de gas que se apaga de repente le sucedió á mi gozo, cuando ví á mi Padre fruncir el entrecejo, y decirme que seguramente habria oido eso á mi hermano; pero que si semejantes vaciedades grotescas eran pasaderas en la hoca de un estudiante, eran ridículas é indecorosas en boca de una señorita.—Pero, Padre, exclamé consternada ¿Me quiere Vd. decir el sentido de esas palabras que yo tenia por sublimes?—Me respondió su merced:

Vivid; bebed, colegiales
Que despues de los siglos ni se come ni se bebe.

Fué tal mi furor contra ese traidor perverso, que á la noche le declaré que no tenia ni antes ni

despues de los siglos que volverme á mirar á la cara; y en cuanto á nuestro trato, le declaraba en bueno y decoroso latin que *ite misa est*. Pero me pidió en prosa y en verso, con manos cruzadas y miradas melancólicas tantos perdones, que al fin le concedí uno, por no oir suspiros que ya me iban atacando los nervios.

—Debias haberte mantenido en no perdonarle, dijo Reina riéndose, y heredarme en vida la posesion del corazon de Marcial, á quien decididamente pesa y estorba, tal es el empeño que tiene de colocarlo.

—No, hija mia, estoy muy bien avenida con Fabian que ahora me vá á enseñar el griego. Pero Lágrimas, añadió Flora volviéndose á la niña apoyada en el balcon, ¿qué estás ahí pensando, un poco mas callada aun que otras veces?

La niña al oir su nombre tuvo un pequeño estremecimiento nervioso y respondió con dulzura:

—Miraba aquella pequeña nube y pensaba que está tan purpurina por echarle el sol una mirada bajo la cual se ruboriza, como lo haria una pastorcita si la mirase un rey.

—Pues lo que á mí se me ocurre, dijo Flora mirando la roja nube, es que si descargase ahora ese nubladito, seria vertiendo una lluvia colorada, y mañana todo amaneceria rojo, empezando por el apacible Bétis que pareceria un *rio de sangre* y acabando por las narices de Marcial que aparecerian erisipeladas.

—Pues á mí, dijo Reina, lo que se me ocurre es, que habrá buen tiempo mañana, que arreboles al Poniente, soles al amaneciente; y tengo mañana que ir á las tiendas y al jubileo que está nada menos que en San Julian.

—Esta Lágrimas, observó Flora, vive siempre entre las nubes como las estrellas, entre los vientos como las veletas, y en el mar como las perlas: mira, hija mia, esto pica en manía, y parece un resto del delirio que tienes cuando te dan las suspensiones en que pierdes el sentido y desbarras.

—Bien podrá ser, respondió Lágrimas.

—No, no, intervino Reina, es el resultado de las fuertes impresiones que ha recibido cuando niña, y es preciso, Flora, distraerla y no combatirla, como dice la Madre Socorro.

—¿Sabes, Lágrimas, dijo Flora, que comprendió la intencion de Reina, que si el asqueroso reptil, nombrado celos, tuviese cabida en mi corazon, que llama Fabian el mas puro y mas inmaculado de los copos de nieve del Monte Parnaso; ¡ah! no, del *Mont Blanc* (me confundo con los muchos montes que trae al retortero) pero, como decia, si tuviese cabida en él esa sabandija revolucionaria, seria debido á tí? porque has de tener entendido que á mi risueño suspirante no le pesaria el ser el paño de esas lágrimas. Su *númen poético* (que así se llama qué se yo qué) simpatiza mucho con tus visiones. El otro dia al oirme decir el efecto que te causaban y

las cosas que dices sobre los vientos y vendavales, te llamó *arpa Eólia*. Como yo no sabia qué especie de instrumento era ese, y si se parecia á la gaita gallega, al bajon ó á los palillos, me explicó lo que era. Han de saber Vds. que los alemanes son tan afectos á la música, á las ideas románticas y cosas fantásticas, que inventaron una cosa que participaba de las tres, y fué un arpa que colocada en las altas torres de los castillos feudales, sonaba armoniosamente al soplo de los vientos. Llamáronla Eólia, por ser Eolo el padre de los vientos (se me olvidó preguntarle quién era su madre). Ya veis vos, que vivís en las mas oscuras tinieblas sobre el orígen y efectos del arpa Eólia, la ventaja que os llevo escuchando á un caballero *estudiante*.

—Lo que nada quiere decir, opinó Reina.

—¡A un poeta!

—Lo que quiere decir *renada*.

—¡A un ilustrado!

—Lo que significa *retenada*, dijo Reina usando ese modismo andaluz poco fino.

—¡Ay Reina! ¡Reina! exclamó Flora: ¡qué modo de echarlo todo por tierra! ¿pues cómo clasificas á Fabian¡?

—Un hombre instruido, hija mia, lo que las otras tres denominaciones no determinan.

—¿Y cómo clasificas á Marcial, severa jueza?

—¿Marcial? De distinguido en la pesadez, sobresaliente en la retumbancia, notable en lo porfiado.

—¿A Genaro?

—Un cena á oscuras.

—¡Vamos allá, todos quedan lucidos! ¡Reina, Reina, muy empingorotada estás! á todos miras de arriba á abajo como el César de la Alameda Vieja. Te lo predigo, torre encumbrada, al primer traspiés, caes aplastada.

Reina echó una carcajada y se puso á cantar. Flora, dijo: ¿no has oido cantar á Lágrimas?

—No, nunca. ¿Canta? no lo extraño, Fabian os llama la perla y el brillante, si tú que eres el brillante, bailas, no es mucho que cante la perla. ¡Vamos, Lágrimas, canta.

—Ni tengo voz, ni sé ninguna cancion, respondió ésta. ¿No es verdad, Reina?

—Si y no..., tienes poquita voz; pero es dulcísima y melodiosa; no sabes canciones pero sabes otras cosas que se cantan. No te hagas de rogar, Lágrimas, que no pega eso á tu genio complaciente: estamos solas, así no tendrás cortedad; canta lo que acostumbras cantar, la tonadilla del cuento la flor del Lililá aunque sea cuento de niños, la melodía de las estrofitas es preciosa. Te haré la segunda voz.

La dócil niña se puso á cantar con una voz muy ténue, pero cuya dulzura era incomparable acompañada de la pura y fuerte voz de Reina, que parecia sostener la suya, las estrofas que acaban así:

Y ten con ellos piedad,
Que les tengo perdonado,
¡Que es tan dulce perdonar!

—¡Con qué espresion canta! dijo Flora cuando hubo concluido.

—Es, dijo Lágrimas, porque de todas las escelencias de Dios, es la que mejor comprendo, el perdon.

—Pues yo, dijo Reina, la justicia.

—Pues yo, añadió Flora, la de no cansarse de dar. Dar, ese es el placer de los placeres, la felicidad de las felicidades.

—¡Eh! dijo Reina, vamos al Duque, que ya es tarde; ven, Lágrimas.

—Yo no quisiera ir, respondió esta.

—¿Y por qué no, criatura?

—Estoy cansada.

—Déjala, Reina, el mejor modo de complacer á las gentes es dejarles hacer lo que desean, grande y soberbia máxima, que no puedo inculcar á mi Madre por más que hago, dijo Flora.

—¿Qué harás aquí sola? preguntó Reina á Lágrimas; las nubes rosadas se han ido.

—Contará las estrellas conforme vayan saliendo, dijo Flora, por ver si falta alguna.

—Vas á oir, prosiguió Reina, el ruido que te parece del mar lejano, y que te acongoja.

—No, Reina, hoy estoy tan tranquila, que oiré música.

—Oirás el viento y pensarás que la naturaleza gime, como te sucede siempre.

—No, Reina, el viento que suspira es débil, callado é inofensivo.

—Como tú, dijo Reina besando la frente de Lágrimas que se habia acercado á ella, la habia abrazado y habia apoyado su cabeza en su hombro.

—Callado, calladito, afirmó Flora, no dice ni *ponchu*, ese chiquitin de Eolo, bien criadito.

Y pasando detrás de las amigas abrazadas, la niña de los lazos rosas se subió en el rodapié del balcon, tomó una de las ramas de la enredadera, y coronando sin soltarla con ella á las otras, *un cuadro vivo*, dijo.

CAPITULO XV.

OCTUBRE, 1846.

Paseaban los amigos estremeños por el Duque, cuando vieron descollar por cima del apiñado gentío una cabeza pequeña, con una cara de filo, dotada de una nariz larga, ojos pequeños, negros, melancólicos y distraidos, aunque de cuando en cuando lanzaban una penetrante, desconfiada y hostil mirada, como el apagado volcan entre su opaco y monotono humo echa á veces una llamarada. Vestia con pésimo gusto chaleco y pantalon de tremendos cuadros y furiosos colores, y un gaban blancuzco que parecia un trage talar. Un sombrero húngaro, republicano ó á la Montalban, de igual color, que cubria su *jefe*, como llaman con razon los franceses á sus cabezas, hacia aparecer más morena su triste

cara. Unos grandes bigotes que parecian colgar de sus narices, acababan de poner un sello de actualidad ridícula á ese personaje.

Era este nuestro amigo Tiburcio, el que despues de un año de residencia en Madrid, se volvia no como se fué, sino con los bolsillos vacíos, habiéndose gastado allá el importe hasta del último olivo, sacrificado en las aras de la *noble ambicion*, y que acababa de comerse en Sevilla un pedazo de vallado, recalcando el modo de pronunciar castellano de la *s*, *ll* y *z*, que habia aprendido en Madrid, con un aire capaz de confundir á los andaluces. Apénas lo vió Marcial, cuando separándose de sus amigos le fué al encuentro.

—¡Oh! invicto demagogo, le gritó; me alegro hallaros, quiero presentaros á mis amigos.

—Me honrais, respondió en voz grave Tiburcio, que á pesar de sus doctrinas se moria por las gentes de fuste.

Pero los amigos, siguiendo su paseo y el objeto que los preocupaba, habian desaparecido entre las gentes.

Siguieron, pues, Marcial y Tiburcio paseando, y á la primera vuelta se hallaron frente á frente con Reina. Marcial la saludó, pero esta hubo de no verlo, porque no le devolvió el saludo.

—Señor, decia Tiburcio, la humanidad necesita regenerarse.

—Las mejoras brotan, respondia Marcial, al vi-

vificante calor del sol, y no á la abrasadora llama del incendio, y así mi amigo... Reina, aunque no quieras estoy á tus pies.

—Agur, Marcial, respondió esta, pero al notar la estraña figura de Tiburcio, clavó en él su mirada firme, y volviéndose hácia Flora, ¡Jesus, qué facha! dijo: ¿de qué baratillo habrá sacado Marcial esa baratija curiosa? y se echó á reir.

—¿Lo veis*h*? dijo Tiburcio furioso, veis si son insolentes y orgullosas vuestras aristócratas.

—¿Porque se ha reido mirándoos? Lo mismo hubiese hecho con el Buti Bamba más encopetado si se presentase con vuestra facha. Mi amigo, Reina, esa prima mia, es la burla increada como vos sois la oposicion idem. No es en ella orgullo, es su corriente, su impulso, su montaña rusa, es la espina de esa rosa; ¡si la hace hasta de mí!..... ¿Quereis conocerla? ¿quereis que os lleve allá? añadió Marcial con marcialidad.

Era esta oferta demasiado grata á Tiburcio, para que no se apresurase á acojerla.

—Solo os advierto, observó Marcial, que no salgais allá con alguna de esas vuestras máximas, cataclismos morales, principios anti-religiosos que levantarian la tertulia en peso. Eso allá no pasa, amigo. Se destierra como los perros en misa. Por lo demas, la Marquesa es mi tia, y lleva en palmas á los que yo presento en su casa.

Los amigos para hacer hora fueron á beber á

la nevería, pero los helados no entibiaron el fuego de sus discusiones políticas.

Entretanto se iban reuniendo los tertulianos en casa de la Marquesa. Aunque ya el otoño enviaba de precursoras sus noches largas y húmedas, el verano habia dejado tan arraigado su calor, que aun se conservaban las puertas y ventanas abiertas de par en par. Lágrimas estaba sentada cerca del balcon, y quedaba en la sombra que proyectaban las puertas. Genaro estaba sentado á su lado.

Frente de ellos, pero fuera de la sombra, y como dorada por la brillante luz de los reverberos, se hallaba Reina, cerca de la cual estaban sentadas Flora y otras muchachas, rodeadas de un grupo de hombres entre los que estaba Fabian. Genaro habia tomado el abanico de Lágrimas y jugaba con él.

Esta costumbre de tomar los pretendientes en sus manos el abanico de sus pretendidas, sea dicho de paso, es la más mal entendida y la que ménos está en sus intereses. Si bien demuestra un deseo afectuoso de poseer, aunque sea momentáneamente, algo que pertenezca á la que se ama, y denota un galante placer en tener en sus manos lo que las suyas tocaron, tiene esto varios fatales resultados. El primero, sobre todo, si son los usurpadores de los que manejan la espada, es que no saben manejar el abanico; y así, ó lo rompen ó le dan mal cierro, y tened entendido que un abanico con mal cierro, es lo que una espada sin puño, ó

una pluma con las puntas abiertas, como un cinco romano. Si bien no dudamos existan heroinas que sacrifiquen noblemente el buen cierro de su abanico á un jóven de mérito y elegante, hay otras hijas de Eva que no llegan á esa altura, y que siguen con tristes ojos y angustiado espíritu las poco hábiles evoluciones de que es mártir su caro compañero, lo que las distrae, apura y despoetiza evidentemente la situacion. Pero hay aun más: arrebatando á sus dueñas su propiedad, les quitan lo que llaman los franceses su *contenance*, esto es, su continente, el manejo, el aire del cuerpo y de la persona, que halla un punto de apoyo en el abanico. Condena, en particular á las tímidas, á la inmovilidad, y sus manos á una inacostumbrada inaccion que las fatiga, dejando á estas caidas é inertes como lo haria la ausencia de la brisa á dos blancas grímpolas. Un pequeño movimiento de impaciencia, tenedlo por seguro, sigue á cada rapto de abanico, si no tan furioso como el de los sabinos contra los romanos, pero que con él tiene cierta analogía. Aconsejámoste, pues, lector, en tus intereses, que si propendes á este acto de vandalismo amoroso, te enmiendes y abstengas de él. Tú conocerás en el curso de tu vida las ventajas, y algun dia dirás: bendito sea Fernan Caballero, á quien no conozco sino para servirlo.

Tenia, pues, Lágrimas cruzadas sus manitas sobre sus rodillas una encima de otra, como en un

jazmin se cruzan dos de sus florecitas. Echaba de menos su abanico, no por otra cosa sino por ocupar sus manos, pues en su dejadez y desprendimiento americano, no la fatigaba el calor, ni se cuidaba de sus alhajas. Callaba la suave niña y miraba al cielo.

—Siempre estais triste, dijo Genaro, y no participais de las bromas de los demás.

—Es verdad, respondió Lágrimas, no sé reir.

—Yo tampoco soy amigo de la risa, es esta un sonido discordante al corazon; lo hace ligero y frio.

—¡Oh, no! dijo Lágrimas, la risa es un bello don de Dios, como lo es un dia de sol, y la envidio, porque vidas hay sin risa y sin sol, y que están envueltas en tristeza cual ahora lo está el cielo de nubes como en una blanca mortaja.

Lágrimas bajó la cabeza y se puso á meditar con esa tristeza que comunica la noche aun á la clara luna.

Siguió un rato de silencio, porque Genaro aplicó su finísimo oido y toda su atencion á lo que en voz baja hablaban Flora y Reina, creyendo, sin equivocarse, haber oido su nombre.

—Genaro está muerto y penado por Lágrimas, eso salta á los ojos, decia Flora.

—Hace bien, respondió Reina, porque ella es una bendita, una paloma sin hiel; un poco pesada es, pero como él lo es un mucho no le chocará lo poco en ella.

—¡Genaro pesado! exclamó Flora, solo á tí que tienes los gustos mas remontados que panderos, se le ocurre eso; no hay uno solo á quien no halles faltas que poner. Vea Vd. ¡Genaro pesado! ¡Pues si tiene la sangre mas ligera que un pájaro!

—Lo disimula.

—No digo que no, porque tiene mas debajo que encima de tierra; pero ¿sabes lo que el rector ha dicho á mi padre? que es el muchacho mas vivo, mas despierto y mas aplicado de la universidad.

—Hija mia, dijo Reina, yo no juzgo por las opiniones de nadie, pero menos aun por las de padres graves.

Este aparte terminó con una carcajada que esta frase de Reina hizo pegar á Flora.

Con las repentinas mutaciones del equinoccio, el cielo habia cambiado de aspecto.

—Ved, dijo Genaro á Lágrimas, el cielo parece resucitar y haber desgarrado su mortaja que vá desapareciendo hecha girones. Debeis imitar al cielo, Lágrimas, y sacar vuestra vida de esa mortaja de tristeza, porque la vida es bella á los diez y seis años.

—No hacen la vida bella el mas ó menos número de años, respondió Lágrimas, sino el mas ó menos contento y alegría. ¿Es alegre la noche aunque empieza ahora?

—Sí lo es; y mirad sus estrellas, cual os sonrien como para animaros.

—Las veo al través de la diáfana blancura de esos celajes, como ojos tristes al través de lágrimas. Todo es triste, Genaro, ora álzese, ora bájese la vista.

—Si amaseis, Lágrimas, no os pareceria triste la vida.

—¿Dá alegría el amor? preguntó la suave niña.

—Dá la felicidad que es aun preferible, contestó Genaro.

—Lo dudo.

—Convenceos de ello.

—¿Y si no me convenzo?

—Volvereis á vuestra indiferencia.

—¿Y si fuese la indiferencia como el paraiso, que no se pudiese volver á él despues de abandonarlo?

—No es un paraiso la indiferencia, Lágrimas, es un desierto.

Atravesaba en este momento Marcial el estrado, seguido de Tiburcio que presentaba á su tia. Marcial se ocupaba tanto de sí, que no habia otro que notase menos lo que pasaba al rededor suyo. Así no observó el efecto que su entrada triunfal causaba en el grupo burlonísimo de las muchachas.

—¿Qué arco iris en pié nos trae Marcial, ese gran primo mio? dijo Reina.

—Oid, Fabian, preguntó Flora; ¿es ese chorizo de Estremadura?

—Puede echar plantas Marcial con sus descubri-

mientos, prosiguió Reina. ¿Si habrá hecho ese en el Gabinete de historia natural?

—¿No, dijo Flora, es una *creacion fantástica*, como dice Fabian que lo es el vampiro: y las demás se pusieron á clasificarlo diciendo:

—Es un habitante de la luna.

—Ese habrá venido entre los palos de Segura.

—Ese ha crecido á la sombra.

—¿No veis que es un *porta bigotes?*

—Es un *facha*.

—Es un cursi.

—¿Pero Fabian, debeis saberlo, quién es ese fenómeno? preguntó Reina.

—Es el inmediato á una alcaldía, respondió este.

—¿Y cómo se llama?

—Tiburcio Cívico.

—¡Jesus qué nombre! dijo Flora, si me lo hubiesen dado, lo devolvia, aunque me quedase sin ninguno.

—El nombre es poco armonioso, asi es, que Marcial que le queria hacer unos versos, como hace á todos sus amigos, se devana los sesos inútilmente, para hallarle un consonante. Reina, os ha dado ya Marcial los que os ha compuesto, ¿lo sabeis?

—Por sabidos.

—Os los diré, que los sé de memoria.

—Ni por pienso.

—Fabian, Fabian, exclamó Flora, eso sería una alta traicion, ¡indigna de un sócio del Liceo! si la

hiciéseis, en mi vida os volvia á decir, ni *ponchu*.

De repente se levantó Genaro, y llamando á Fabian á parte, le dijo:

—Mira, si quieres que nos divertamos, persuádele á Reina, tú que tienes confianza con ella, á que reciba con agrado á ese estafermo, y nos darán un sainete entre Marcial y él.

Genaro se volvió en seguida junto á Lágrimas, y le dijo:

—¡Cuán ligeras y frívolas deben pareceros las personas que no saben sino reir!

—No por cierto, Genaro. Hay actividad y vida en la alegría; es ella la robustez del alma, así como la tristeza es su debilidad; así en mí es debida á males físicos y morales.

—¡Interesa tanto, Lágrimas!

—Oh no, no, fastidia á todos menos á las madres en el convento, á quienes compadece.

—¿Qué os dijo Genaro? preguntaba entretanto Reina á Fabian.

—Que os persuadiese que acogiéseis con agrado al *íntimo* de Marcial para hacer rabiar á su patrocinador.

—Podéisle decir á ese patron araña, que si se quiere divertir que compre una monita.

Acercáronse entonces Marcial y Tiburcio, tan desigualmente dotados en anchuras.

Despues de los primeros cumplidos, dijo Reina á Tiburcio.

—¿Sois madrileño?

—No señora, soy de *Villlamar*.

—¿Y dónde está Villamar?

—Prima, ¿quiéres que te enseñe la geografía? dijo Marcial.

—No quiero aprender nada que acabe en *ia*, respondió Reina.

—No *esh eshtraño*, no *shepais* donde eshtá shituado un pueblo tan deshconocido que lo ha omitido en su diccionario, el sheñor Madozzz (1).

—Lo que será un borron eterno para su obra, opinó Marcial. Si Madoz me hubiese consultado á mí, no hubiese sucedido eso.

—Flora, decia Fabian á la alegre jóven que llevaba los lazos rosa como su divisa; ¿es posible que me tengais desde hace seis meses de rodillas, ofreciéndoos mi corazon, y que cual si fuese un vaso de ajenjo no os podais determinar á tomarlo?

—Vamos, lo tomaré; y sin hacer mohines para que no crieis rodilleras; pero en calidad de reintegro.

—Bien, con tal que deis premios.

—No, nada de premios, ni apremios.

—¿Ni siquiera un suspiro?

—¡Un suspiro! ¡qué horror! En punto á suspiros no me gustan mas que los de Pepe el confitero.

—¡Válgame Dios, Flora, siempre habeis de reir y hacer reir!

(1) Creemos que está de más advertir que esto es una broma, pues que el pueblo Villamar solo existe en la imaginacion del autor.

—Siempre hasta *post multa secula.*

—Trae la vida sus dias nublados, Flora.

—Por eso gocemos del sol mientras dure.

—Reina, decia entretanto Marcial, ¿te gustan los versos?

—Los detesto, respondió esta.

—Es que Cívico los hace muy buenos, á la par que oposicion.

—¡Jesus, Jesus! más vale que se limite á hacer oposicion. Pero ya que tanto te ha dado por la poesía, ¿por qué no le haces unos versos á Lágrimas á ver si le alegran un poco y le hacen reir?

—No hago mal tercio á mis amigos, Reina, eso no.

—¿A qué amigo se la harias?

—Toma, á Genaro, ¿ignoras acaso que la quiere?

—¿Lo ha dicho él? preguntó ansiosa Reina.

—Nó, él no dice en su vida nada; pero está á la vista.

Reina se mordió los lábios de despecho.

Fuera aparte del mérito poco comun y distinguido de Genaro, Reina vana, fria y desdeñosa, se habia prendado del único hombre, que marcadamente no le rendia homenaje, aunque estaba lejos de darse cuenta á sí misma de este sentimiento; al contrario, tomaba el despecho que le causaba la marcada indiferencia que por ella demostraba Genaro, por un sentimiento antipático hácia su persona.

Por su lado, Genaro, como altivo y astuto, habia sabido hábilmente adoptar el medio de hacerse valer y distinguir por aquella á quien debian empalagar los obsequios y rendimientos, siendo esta la mujer que llenaba su alma, conmovia su corazon, lisonjeaba su amor propio, satisfacia su ambicion, colmaba sus planes de felicidad, y en una palabra, realizaba su ideal. Lágrimas era para él lo que decíamos del abanico, una ocupacion, un punto de apoyo, un continente, de la que se ocupaba esteriormente, digamos, mientras toda su atencion la llenaba Reina.

—¿Fué Vd. á Madrid á divertirse? preguntó Reina á Tiburcio que no soltaba el sombrero; lucia una sortija de oro, cuyo orígen no era de California, *por cima* del guante, y estaba más sério y grave que un entierro.

—En parte, respondió éste con fatuidad, en parte llevado por la *noble ambicion* de todo buen patriota de *shervir shu paish*.

—Hizo Vd. bien, que hay allá gran escasez de sugetos disponibles.

—¡Ah! no e*sh*tá ahí el mal, e*sh*tá en que lo*sh* que nada valen se anteponen á lo*sh* que valen.

—¿Y no obtuvo Vd. nada?

—¡Nada!!

Entretanto las otras muchachas decian á Flora:

—Díme, Flora, ¿qué es eso de vampiro que dijistes antes?

—Vampiro, contestó la interrogada, es un hombre alto, seco, pálido, triste, que padece de una sed particular que no estanca como nosotras en las claras fuentes ni en las frescas alcarrazas, sino en los cementerios en donde desentierra los muertos y se bebe su sangre.

No es ponderable el efecto que hizo esa tremenda creacion de las tétricas fantasías del Norte, sobre la florida y alegre imaginacion de las niñas andaluzas.

—¡Qué espanto! exclamó la una, ese es un delirio de calentura maligna.

—Eso lo inventó un loco furioso, dijo otra.

—¡Flora! ¿cómo puedes ni repetir eso? se me ha levantado el estómago, tengo náuseas, opinó la tercera.

—Esas invenciones se debian prohibir, aseguró otra.

—No lo harán, porque acá se lo digamos; así sosegarse, dijo Flora; ¡al órden! como en las córtes se dice. Allá en el Norte no cesan de hablar contra los toros, y mientras mas hablan y escriben, más garrochazos, mas estocadas, mas agonías, sangre y porrazos por acá. Con que asi, no gasteis tanta elocuencia en valde, y convenceos de que el hombre es una fiera concebida por la mujer, como una horrorosa oruga por una mariposa, y de que solo por eso anda en dos piés.

—¡Válgame Dios, Flora! dijo Fabian, ¿y qué serian las mujeres sin los hombres?

—Mejores, contestó esta.

—¿Qué me querrá tu madre, dijo Marcial antes de irse, á Reina, que me ha dicho que me llegue acá mañana á las doce?

—Ha sabido que has jugado, respondió Reina, y está muy escandalizada; puede que sea para echarte una peluca.

Marcial se puso tan ancho como si le hubiesen hecho el mayor cumplido, y dijo:

—¿Qué quieres, Reina? ¡los pocos años!

—Los pocos años no disculpan ciertas cosas, Marcial.

—Las mujeres se mueren por las malas cabezas.

—¿Dónde has sacado semejante absurdo, Marcial? eso podrá suceder con alguna que otra loca, y que tenga tan malas propensiones como ellos; pero en mujeres delicadas, sensatas y de buenos principios, no hallarás jamás sino la repulsa que merecen los escesos y los vicios, los que dejan manchas que no se borran. Si crees otra cosa, te equivocas, Marcial.

—Yo no me equivoco nunca, Reina.

—Ese si que es un privilegio esclusivo, exclamó Reina soltando una carcajada.

—Así tuviese el de agradarte, témpano inderretible.

—Pues ese, amigo, nequaquam.

CAPITULO XVI.

OCTUBRE, 1846.

—Tengo una cita, decia Marcial al dia siguiente á sus amigos al empezar la obra de las Danaides: *el tocador*.

Fabian y Genaro que estudiaban no contestaron.

—Me fatigan tantas citas, prosiguió Marcial, me quitan el tiempo.

El mismo silencio.

—No digo, añadió Marcial despues de haber vuelto la cara para asegurarse de que sus callados amigos no dormian, no digo, ni es decir por eso que no me gustan las aventuras; soy hombre capaz de llevar de frente veinte intrigas, en buenhora lo diga, porque si no con el partido que tengo.....

El mismo silencio.

—Pero la de esta mañana, prosiguió Marcial despues de una pausa, en la que se confirmó en *que el partido que tenia* no hacia desplegar los lábios á sus amigos, se la cederia á cualquiera de vosotros, porque me ha dado ahora por guardarle consecuencia á Reina.

Aumento de silencio.

—Señores, exclamó Marcial, ¿estamos por ventura, en la Trapa?

—¡Ojalá! dijo Genaro.

—No seria malo, repuso Marcial, pues que así no se hubiese pronunciado ese impertinente *ojalá*. *Sépaste*, aprendiz diplomático, que los Maquiavelos pierden un ciento por ciento con ser boqui-frescos. Taillerand que lo entendia, ha dicho que el pensamiento sirve para ocultar la palabra.....

—No ha dicho tal, exclamó Fabian, ha dicho lo contrario que la palabra.....

—Calla, calla, manso rio, y cuájate como el Neva en Enero; te mueres por enmendarme la plana, debo saber mejor que tú lo que ha dicho Taillerand, que no era poeta para que lo sepas tú de memoria. Vamos al caso, ¿á cuál de vosotros cedo una cita?

—Tengo bastante con las de mis libros, dijo Fabian.

—No suplo en citas, ausencias y enfermedades, añadió Genaro.

Se restableció el anterior silencio.

—¿Y no me preguntais, dijo al cabo de un rato Marcial, sacándose con primor una raya la más perfacta en su género, quién es la citadora?

—Apuesto, respondió Genaro, que es la hermana de aquel escribano que tiene la dentadura á la desbandada, la nariz en línea diagonal, tez que nunca pierde y cuerpo que nunca medra.

—Ya sabeis, repuso Marcial con voz grave, que me formalizo, me incomodo, me siento y me pico con esa broma vieja, antigua y caduca; broma que se funda en un principio falso, inexacto é incierto; broma que carece á un tiempo de verdad, de gracia y de actualidad, y que tú, Genaro, zorra sutil, sacaste de tu cabeza, foco de arcanos incoherentes y de utopias anti-platónicas.

—¡Oh! Marcial, esclamó Fabian, ese párrafo te coloca en el apogeo de gran maestro de pleonasmos y retumbancias. Te sopla la musa finchada; brillas como la Via láctea. Pero díme, ¿tiene más actualidad la sospecha que sea esa cita de tu costurera, que te llama D. *Jastial*, y se queja de que arrancas todas las *travillas* más que se *cuesan* con hilo á carreto?

—Viajais por los paises bajos, amigos, mientras la verdad que allí no hallareis, está en las elevadas regiones de cumbresaltas.

—Danos tu norte, dijo Fabian.

—No puede ser.

—Vamos, hombre, si estás rabiando por decirlo.

—Y vosotros por saberlo.

—Lo uno y lo otro.

—¿Lo quereis saber, hé?

—Sí, abre tu corazon y tu boca.

—¿Lo quereis saber?

—Sí, hombre, sí, no seas pesado en tu vida, que la pesadez es el octavo pecado mortal.

—¿Con que lo quereis saber?

—¡Dale, qué toston! Sí, sí.

—Pues no lo sabreis.

Dijo Marcial esto con tal valentía, que hasta la mano que tenia el batidor se resintió, y como electrizada dió un tajo que hizo variar de rumbo á la raya, que vino via recta á topar con la oreja.

—¿A qué esa pretension á misterio, si yo lo sé? dijo Genaro sin dejar de escribir.

—¿Que tú lo sabes? esclamó Marcial, hasta ahí podian llegar tus pretensiones á *sábelo todo*; pues hijo mio, en tus cálculos yerras, te equivocas, te engañas y te alucinas.

—Una persona hay, Marcial, que te celebra siempre, dijo Genaro, inventando cuanto iba diciendo.

—Ya, eso es natural, respondió naturalmente Marcial, estirándose la tirilla ante su espejo.

—Dice, añadió con imperturbable seriedad Genaro, que eres el mejor mozo que pasea las calles de Sevilla.

—Nada precisas ni á nadie descubres con lo que vas diciendo, repuso Marcial, puesto que esas

cosas muchas hay que las pueden haber dicho.

—La que las ha pronunciado, dijo Genaro, es la persona que anoche te dijo á media voz que fueses hoy allá á las doce; la hermosa Marquesa de Alocaz, que por lo visto no es tan insensible como se le supone, porque esta cita, despues de los encomios que hace de tí, me huele á que has conquistado á la par la lechuga y el lechuguino. Feliz mortal que, cual las pirámides, ves pasar ante tí las generaciones rindiéndote homenage. Aun hemos de ver una hija de Reina adorarte.

—Pues mira, Genaro, si fuese así, á fé de hidalgo que lo sentiria, dijo Marcial, que se creia con una candidez asombrosa cuanto lisonjeaba su amor propio.

—¿Por qué, aventajado jóven?

—Porque es de suponer que como la caridad bien ordenada empieza por sí mismo, se opusiese á mis relaciones con su hija. Pero tú tienes oidos de ético y lengua de cotorra, con más, ojos de lince, falaz Genaro, zorra sutil, otra vez oye, ve y calla; impon silencio á tu voz, pon un candado á tus labios y una mordaza á tu boca, y observa prudencia, recato, silencio y decoro. Sírvante los hijos de Noé de norma, de ejemplo, de estímulo y de modelo.

Diciendo esto, salió Marcial magistralmente del cuarto despues de darse el último estiron al chaleco.

—El demonio es ese Genaro, iba pensando al bajar la escalera, todo lo sabe y ha descubierto que tiene mi tia capricho por mí. ¡Quién lo hubiese creido! ¡Una mujer que tiene la fama de una Numancia! ¡Pero al fin qué mortal, qué criatura de carne y hueso está exenta de las debilidades humanas! No se debe ser demasiado severo, rigoroso, rígido y exigente, con esas pobres hijas de Eva. Sobre todo, no debe serlo el agraciado, favorecido, beneficiado y honrado. ¿Cómo salir de este lance de amor y fortuna, puesto que estoy decidido por la hija? ¿Cómo hacer entrar en razon á esta Fedra? No todo es flores en la juventud, por más que lo repitan cantando los poetas y llorando los viejos.

Entró Marcial en casa de la Marquesa, con un aire que se parecia en lo grave y digno al del casto José, en lo arrogante y satisfecho al del hombre que sabe es apreciado y querido.

Cuando se hubo sentado, la Marquesa se levantó y cerró la puerta.

—¡Ciertos son los toros! pensó Marcial estirándose el chaleco.

La Marquesa se sentó en seguida en el sofá y le dijo:

—Acércate, Marcial, que no quiero hablar recio.

—Estas *perfectas viudas*, pensó Marcial, no se andan con aquí la puse.

—Marcial, dijo la Marquesa con tono seco é in-

cisivo; por ventura, ¿te has figurado tú que mi casa es un café ó un casino?

Marcial cayó de las nubes y quedó aplastado en la humilde tierra como una rana; levantó los ojos y miró á su tia, que tenia los suyos clavados en él, amenazantes como dos bocas de pistola.

—Señora, dijo, ¿por qué me dice Vd. eso?

—¿Y lo preguntas? repuso esta encendida de cólera, pues qué, no hay más que introducir en mi casa al primero que se te antoja?

—Señora, contestó Marcial, si lo decís por el que introduje anoche, ese es...

—¿Quién?

—Un escelente muchacho.

—Un pelgar.

—Un doctor.

—Un harapo.

—Un poeta.

—Un arambel.

—Un escritor.

—Un guiñapo.

—Un amigo mio.

—Un pendon.

—Un chico que sabe.

—¿El qué?

—Leyes.

—Pues mira que la recomendacion..... ¿pero quién es?

—El hijo de un alcalde, respondió gravemente Marcial.

—Eres un niño atrevido y aturdido, repuso la Marquesa, que sabes poco de mundo y de sociedad y que tienes que aprender; pues está bien que con una marcialidad ridícula y sin encomendarte á Dios ni al diablo comprometas á tus parientes y amigos. Hazme el favor de aquí en adelante de abstenerte de formarme mi tertulia, que sin tí lo sé yo hacer. No trato, sobrino imberbe, de que se diga que en la tertulia de la Marquesa de Alocaz, alternan bullangueros de mala nota, calaverillas de mala especie, de pésimo concepto en la universidad, lechuguinos de arrabal sin maneras ni educacion, con fama de petardistas, sin otra recomendacion que ser hijo de un herrador.

Marcial se quedó algo sorprendido al oir á su tia, pero en seguida dijo con el imperturbable aplomo con que formaba axiomas:

—Tia, *el herrar forma parte de las nobles artes.*

—No me meto en disputas ni discusiones contigo, repuso la Marquesa, solo te digo que eres dueño de escoger á quien gustes por amigo, así como yo lo soy de elegir mi sociedad.

—¿Es posible, tia, exclamó Marcial, á quien no derrotaba nadie fácilmente; es posible que aun deis importancia á esas antiguallas de mal gusto y proscritas por el buen sentido, que aun penseis en pergaminos y gerarquías? Todos somos iguales

como los corderitos; el hombre no merece por la eventualidad de su nacimiento, sino por su mérito personal, sus prendas, sus virtudes y sus cualidades.

—Haces bien, respondió la Marquesa, en atacar los pergaminos, pues aunque por tu Padre, mi primo, eres muy caballero y de lo más encopetado, por tu Madre... ¿qué sé yo?... siempre oí decir que tu Padre casó mal y descendió de clase.

—¡Señora! exclamó Marcial furioso, poniéndose en pie de un brinco. ¡Señora! ¿qué decís? ¡pues si mi Madre es más señora aun, que mi Padre caballero! ¡pues si mi Madre es de la cepa! ¡pues si mi Madre es prima del Duque de Balbaina, y tiene opcion á ese Ducado y á una Grandeza! ¡mi Madre! ¡vea Vd.!

—Lo sé, lo sé, dijo la Marquesa soltando una alegre y burlona carcajada; queria al decirte esto, solo ver la práctica de tus teorías, hijo mio; anda con Dios, campana hueca, te puedes ir, no te detengo, sé más mirado en lo sucesivo.

Marcial entró furioso en su casa.

—Me vuelvo exaltado, exclamó tirando el sombrero.

—No es para menos, dijo el taimado de Genaro.

—¡Vana, intolerante! aristócrata del año de la enanita, con ideas pergaminosas, máximas rancias y sentencias apolilladas.

—¿Quién, tu apasionada?

—¡Qué apasionada ni qué niño muerto! no he tenido que plagiar al José hijo de Jacob, nieto de Abraham. Tu perspicacia, hijo mio, esta vez falló y te ha dejado deslucido, desairado y *desmaquiavelizado*. Figuraos, si podeis, que hallé una furia, una harpía, una Euménide, una serpiente con siete cabezas: un gato montés con trescientas uñas.

—¿Y por qué estaba furiosa? preguntó Fabian.

—Porque llevé allá á Tiburcio. ¡Vea Vd! ni que fuese el cólera; pero de esto ha resultado que por fin hallé lo que buscaba más que el alquimista la fabricacion del oro, más que se ha buscado la piedra filosofal y las fuentes del Ganges.

—Del Nilo, rectificó Fabian.

—Del Ganges, sostuvo Marcial, pero lo hallé, lo hallé.

—¿El qué?

—Un consonante á Tiburcio.

—Vamos, me alegro, dijo Genaro; es una prueba patente de la existencia de las compensaciones, traes á Cupido alicaido; pero en cambio á Apolo radiante, el corazon humilde, la cabeza gloriosa, el amor humillado, la amistad arrogante.

—Dínos el consonante, añadió Fabian, que estoy curioso de saberlo. Dejarás atrás á Quevedo con su famoso *ego te absolvo*.

—Pues oid, *medias cucharas*.

Lo que por tí batallo, gran Tiburcio
Podria cantarlo solo Quinto Curcio.

Genaro y Fabian se echaron á reir, pero Marcial prosiguió sin atenderles, ni salir de su gravedad: en fin, el resultado es que he tocado un bajon, y me he desprestigiado con la madre, lo que ofrezco en las aras de la amistad. Anda con Dios, tal dia hará un año, con tal que marche mi plan con la hija. Es Reina arisquilla, un tanto desabrida, cuando se le habla de amores; pero eso me gusta, las mujeres se deben hacer valer, no deben nunca decir sí, sino al pie del altar, y eso porque sin este requisito no es válido el casamiento.

—Dices bien, Marcial, opinó Genaro. El *si*, es el suave viento Sur que afloja; el *no*, el tirante viento Norte que entona.

—Tan récio puede ser que hiele, observó Fabian: no estoy por los tónicos.

—¿Sabes Marcial, le dijo Genaro, que tu plan con Reina, como tú dices, estoy para mí que lo has entorpecido?

—¿Cómo? ¿de qué modo? preguntó alarmado Marcial.

—Con haber llevado allá á Tiburcio, respondió Genaro, que me parece haber causado en la hija una impresion muy distinta que en la madre.

—¡Qué! ¡qué tontería! no es posible.

—Si lo es, Marcial. Tú no sabes aun los caprichos de las mujeres.

—No hables disparates. ¡Vea usted, Tiburcio mas feo!

—¿Y qué? si dice Reina que tiene cierto colorido romántico.

—¡Romántico! ¡vaya una idea! ridículo y original; eso sí.

—Dice Reina que le gusta lo original. Dice tambien que su aire sombrío, su estremada delgadez, lo bien que pronuncia el castellano le hacen gracia: lo ha llamado *Antony*.

—¿Qué me dices? exclamó aterrado Marcial. *¡Antony!* ¡dónde fué á dar! ¡si, si podrá ser! es posible, es dable, es factible, y es probable. Las estravagancias de las mujeres, no están escritas, impresas, calificadas ni definidas. El móvil y las fuentes de sus caprichos son desconocidas como las del Ganges. Calla, calla, Fabian, es el Ganges y no el Nilo, por más que te empeñes. Por hacer buenos versos no es uno buen geógrafo, ni orador, ni hombre de estado: y si no ahí tienes á Lamartine, el primer poeta moderno, mírate en ese espejo, y calla, calla por amor de Dios, que me sueles desconcertar en los momentos críticos de desenvolver un pensamiento. Porque te llamo manso Dauro, quieres saber mas de rios que nadie. El que tiene las fuentes desconocidas es el Ganges, el Ganges y tres mas. Ahora, no vuelvas á salir con el Nilo, sino cuando se trate de inundaciones ó de cocodrilos, que es por lo que descuella y no por fuentes desconocidas. Sus fuentes las descubrió Mungo Park en el cabo de Buena Esperanza; de ellas beben los

cafres, los hotentotes, y el rey de los mosquitos.

—¡El rey de los mosquitos que está en América! exclamó Fabian soltando una carcajada, qué batiburrillo, Marcial!

—Lo sé, contestó éste, pero como en todas partes hay mosquitos, no les faltará á los del Cabo ni rey que los mande, ni Papa que los excomulgue, ¿estás, *métome en todo?* pero tú, Genaro, zorra sutil, que sabes más que las culebras, ¿por qué no me quitastes de la cabeza el llevar allá á ese culebron tu abuelo?

—Pero Marcial, ¿acaso me dijistes que lo ibas á llevar? dijo Genaro, ¿acaso tomas tú en tu vida consejo de nadie?

—Segun sean estos. Ahora caigo, en que cuando me acerqué á ellos, estaban en gran conversacion: oí á esa Reina indigna de serlo, decirle que habia escasez de sugetos disponibles, á lo que contestó ese patán de altas miras, que no era ese el mal, sino que estaba en que los que nada valian se anteponian á los que valian, claro está, ya lo veo, que esto aludia á ella, á él y á mí. ¡Pues está bueno! yo les seguiré los pasos; á mí no se me engaña. ¡Pues no podia ir á herrar asnos como él! ¡querer competir conmigo! ¡al diablo no se le ocurre otra! si fuera con uno de vosotros, sería ridículo, pero conmigo es una arrogancia piramidal, un atrevimiento fenomenal, una osadía portentosa, una pifia pasmosa y una torpeza colosal.

CAPITULO XVII.

FEBRERO, 1848.

Habian pasado algunos meses. Disputábanse aun el cielo, el Sur con sus vendavales y sus nubes, y el Norte con su fria serenidad, como se disputan las pasiones y la razon el corazon del hombre.

En este tiempo habia pasado la frialdad que habia existido entre Reina y Genaro, á una constante hostilidad por parte de Reina, que Genaro sufria y rechazaba impávido como una roca la embestida de las olas del mar. Resultaba de este perenne choque entre ambos, un hervidero amargo, una posicion hostil que hacia padecer profundamente á la pobre y suave Lágrimas, tan tiernamente apegada á ambos. Pero hay seres destinados á que cuanto les brinde en su copa la vida, aunque

parezca dulce, se vuelva hiel antes de llegar á sus labios. Esforzábase en vano la pobre niña en persuadir á Genaro á no gastar con esa amiga que tanto queria, el tono frio y á veces hasta desdeñoso con el que contestaba á los ataques y contradicciones que de ella contínuamente recibia. Genaro era uno de aquellos hombres tenazmente voluntariosos, que jamás ceden un ápice en nada, ni por consideraciones, ni por condescendencia ni por cariño, y que sin jamás porfiar, no cejan nunca; hombres que toman la testarudez por carácter, y la falta de corazon por fuerza moral; hombres que se creen de acero y son de palo.

Lo que es Reina, ni comprendia ni tomaba en cuenta lo que padecia Lágrimas.

Esta guerra sorda entre ambos, no llamaba la atencion á nadie, porque simpatías y antipatías son en el mundo cosas tan comunes y tan poco motivadas á veces, que nadie se para á buscarles causa.

Pero no era así con la marquesa, mujer de mundo, vigilante Argos, que veia mas con sus ojos de madre, que aquel con su centenar. Conoció en breve en lo que necesariamente deberia terminar entre dos personas del mérito y valer de Reina y de Genaro, esa constante preocupacion el uno del otro, en un roce diario, y que esa lucha sostenida entre jóvenes de diferentes sexos, los llevarian á no dudarlo, por lo picante de la contrariedad y el gusto del contraste, la gloria que hay en vencer,

y el encanto que hay en subyugar, á sentimientos diametralmente opuestos á los que originaban la pugna.

Genaro habia previsto todo esto, que era su obra, y cual Pigmaleon se iba apasionando de ella; pero por lo mismo, temia perder su anhelada felicidad por una torpeza ó un paso prematuro. Enfrenaba su voluntad como un déspota su corazon, y no descendia de su puesto de adversario frio é impasible. Reina era aun muy jóven y tenia demasiada rectitud y nobleza de corazon para adivinar ni comprender los artificios de un hombre astuto, ni para saber el infalible medio de derrotar tan hábiles planes estratégicos, que es el de los celos, y así rechazaba con redoblado desden todos los homenages de sus apasionados, en particular los del conde de Navia, que su madre recibia con marcado agrado; esto alimentaba las esperanzas de Genaro, y le hacia perseverar en el plan de conducta que se habia trazado.

Aunque era Genaro un jóven de talento, de mérito distinguido y caballero, era pobre y no tenia aun ni posicion ni porvenir seguro, ni rango en la sociedad. Además, hoy dia es el porvenir de un jóven de clase, tan incierto como eventual, á no ser de una casa muy opulenta, y las casas que lo son, así como el porvenir de la nobleza, han sido las víctimas en las guerras, trastornos y revoluciones que ha sufrido la España. Así no podia ser Ge-

naro, con todas sus ventajas, el partido adecuado, ni que eligiese la Madre orgullosa, la tutora equitativa para la hermosa y brillante Reina, esta jóven, pudiente, y vana Marquesita.

A pesar de obsequiar Genaro á las claras á Lágrimas, la Marquesa no paró su pensamiento en que esto podria ser un motivo para que Genaro no aspirase á Reina. Cuando la apasionada Madre pensaba en su Hija, todo lo demás desaparecia á sus ojos, nada merecia tomarse en cuenta, nada podia anteponerse á aquel astro, todo caia en la nulidad mas completa.

Pero la Marquesa se hizo esta reflexion. Antes que Reina y Genaro se den cuenta del peligro que corren, antes que se reconozcan, bueno seria aprovechar la inclinacion que tiene á Lágrimas y casarlos, lo que seria una cosa acertada conviniéndose y trayendo cada cual al matrimonio lo que al otro faltase.

Así es, que pensaba la Marquesa con sensatez, que la buena niña que nada tenia en su favor, sino ser rica, debia mirar como una boda brillante y una suerte feliz, la de unirse á un hombre que tenia todas las ventajas menos esa. Creyó igualmente ventajosa para Genaro la boda que con una excelente compañera que él ya distinguia, aseguraba su suerte. Así fué que todo le pareció llano y suave como rasoliso.

Por este tiempo un desastroso *evento*, digno de

figurar entre los mas *deplorables*, y de hacer gemir la prensa bajo el interesante, el insigne y nunca bien ponderado *séate la tierra ligera*, habia traido á D. Roque la Piedra á Sevilla. Era este el caso:

Un dia, Bonifacio, el negro de D. Jeremías, habia notado que su amo no se ponia el gaban lleno de años y de servicios, pero sin esperanzas aun de obtener el retiro á que le daban derecho las cicatrices que le honraban, y que no iba, como solia hacerlo, á ver á su escribano: mas no hizo caso. Pero llegó la hora de la pitanza y su amo no la pidió. Viendo que en esta demora se habia consumido un carbon mas, y se iba consumiendo otro, Bonifacio, alarmado entró en el cuarto de su amo. Encontró á este sentado en un sofá, muerto, tan muerto como los habitantes de Pompeya bajo la erupcion del volcan. En sus manos tenia el diario que daba la noticia de la revolucion de París del 17 de febrero de 1848.

Bonifacio avisó al escribano; éste que era gran amigo de D. Roque, le dió al momento aviso; de suerte que llegó de Cádiz al siguiente dia. Al otro, acompañaba D. Roque un pobre entierro en que en una mezquina caja, iban los mezquinos restos del mas mezquino de los hombres, D. Jeremías Tembleque, que murió mezquinamente de la mezquina desgracia de haber bajado los fondos en Francia. Su vida, como su muerte, fué una patente prueba de los goces, satisfacciones y bienes que saca el

miserable avaro de su dinero. Murió *ab intestato*, y sus herederos, á quienes se avisó por los diarios, cuando acudieron, solo hallaron las inscripciones del gran libro de París, las que compró D. Roque por poco menos de nada, el famoso baul con tres camisas de algodon, tres pares de calcetines de hilo, dos pañuelos de yerbas, todo calado y bordado; los platos lañados, el sofá de hojas de maiz que ya chocheaban, y una subida cuenta de gastos de entierro, derechos de herencia y *tutti cuanti*; sin olvidar un aviso puesto en un diario concebido en estos términos: «Tenemos que lamentar la muerte del apreciable D. Jeremías Tembleque, que ha fallecido prematuramente de resultas de una congestion cerebral. Se hizo acreedor al aprecio de todos y su muerte es muy sentida: *séale la tierra ligera.*»

El resultado de las referidas combinaciones de la Marquesa, fué el decirle un dia en que estaban solos á D. Roque:

—D. Roque, ¿no piensa Vd. en casar á su hija?

La Marquesa, sin saberlo, habia tocado la cuerda mas destemplada del alma de D. Roque. Ya sabemos que el casamiento de su hija era para este tierno Padre el buitre del Prometeo, la sombra de Nino para Semiramis, la espada de Damocles, el *Mane, Thecel, Phares* del festin de oro en que se arrellenaba en su dorada butaca D. Roque la Piedra; así fué que respondió con desabridez.

—¿Y Vd. porqué no casa la suya que es mayor?

La Marquesa disimuló esta, como otras groserías, que estaba sujeta á sufrir de ese ente vulgar é indelicado, y respondió:

—Afortunadamente el carácter festivo, el gusto difícil y el genio independiente y poco afectuoso de mi hija, le han hecho hasta ahora mirar á todos sus apasionados con igual indiferencia, y considerar las galanterías y obsequios como pasatiempos sin consecuencias, que recibe riendo, como flores sin raices y que se ajan luego. Pero si mi hija amase y fuese amada, y que algun amigo que se interesase por ella y por mí me hablase sobre el asunto, lo discutiria. Como ese caso no ha llegado, dejemos á mi hija á un lado.

—¿Y qué me quiere Vd. decir con eso? preguntó D. Roque con impaciencia, ¿acaso que mi hija tiene novio?

—No digo que lo tenga ni me pasa semejante cosa por la cabeza. Pero caso que lo tuviese, Don Roque, no veo en ello una razon para que Vd. se haya incomodado; las preferencias no se le pueden tachar á las hijas, sino cuando los preferidos no son dignos de ellas ó no convienen á sus padres.

—¡Hola! ¿Con qué Vd. piensa que el novio me conviene?

—Yo no he dicho que tenga novio, D. Roque.

—Pues bien, quítele Vd. *novio*, y ponga *pretendiente*, es eso?

—Podrá tener pretendientes, eso es natural, todas las muchachas los tienen, y...

—¡Viva la Pepa! ¿Con qué todas las muchachas tienen por aquí esa polilla? bueno es saberlo.

—Y más, Lágrimas, que es angelical, y se hace querer de todo el que la trata.

—¡Y Vd. cree me embolsaré por yerno á ese *pretendiente* con la misma facilidad que se embolsa un peso duro! ¿hé?

—¿Y por qué no, si en este fuese todo conveniente y pudiese hacer á su hija de Vd. feliz?

—¿Con qué, dijo D. Roque con una risita rabiosa, tiene ese pretendiente además de prisa en casarse, otras muchas ventajas?

—Por decontado, D. Roque, si no, yo no hubiese tocado este punto. Es el que yo pienso, sin tener de ello una certeza, que es pretendiente de Lágrimas, de ilustre cuna, jóven aprovechado, de buenas prendas, de conducta arreglada: tiene un talento poco comun, una capacidad sobresaliente, segun dice el rector de la universidad.

—Esos méritos los tienen ó se los atribuyen las nueve décimas partes de los estudiantes de Sevilla. Su nombre, señora.

—Genaro E.***

—¡Voto á brios! murmuró entre sus apretados dientes D. Roque poniendose en pié.

—Señor, dijo la Marquesa sorprendida, ¿en qué

puede incomodarle á Vd. mi proposicion? ¿he nombrado acaso algun mal sugeto?

—¡Pss!! silbó con despreciativo corage D. Roque.

—Señor, prosiguió atónita la Marquesa, ¿he propuesto á Vd. acaso un hombre de nada, un indecente? ¿Merece acaso Genaro las señales de menosprecio con que Vd. acoge un nombre respetado desde siglos, y que Genaro honra?

D. Roque prorumpió en una grosera é insultante risa.

—D. Roque, dijo la Marquesa casi alarmada, ¿podrá ser que sepa Vd. acaso algo de infame ó denigrante acerca de ese muchacho? si ello es así, espero que Vd. me hará la justicia de creer que lo he ignorado.

—Usted sabe por lo que me tiene que levantar en peso esa proposicion tan bien como yo, señora; dijo D. Roque bufando.

—No por cierto, repuso la Marquesa; protesto á Vd. que no lo sé, y suplico que me lo diga; mas todavía, lo exijo. Nada de palabras preñadas, Don Roque, explíquese Vd.

—¡Pues no creen, dijo éste, que se mama uno el dedo!

—Digo á Vd., repuso la Marquesa incomodada, que me diga que es lo que de tal manera lo monta é indigna contra un jóven que yo aprecio.

—¡Pues no es nada, señora! ¡Es una friolera! ¡Se atreve á pensar en mi hija y... por vida del

Dios Baco! ¡y no tiene un real en la faltriquera!!!!

La Marquesa se echó á reir.

—Don Roque, dijo al cabo de un rato al amable millonario; es preciso verlo para creer que un hombre como Vd., que apalea el dinero, y para el que por consiguiente, teniendo una hija única, es cosa que no deberia importarle en la eleccion de un yerno, deseche con desprecio á uno que reune todas cuantas ventajas reconocen la razon y la sociedad, que pueden llenar el corazon de su hija y hacerla feliz, solo por esta consideracion que deberia serle indiferente al buscar el bienestar y la posicion social de su hija.

—¡Ah, sí! habrán creido, contestó D. Roque, que yo soy hombre capaz de deslumbrarme por los pergaminos, y que caeria como un burro ciego en la trampa, porque mis nietos tuviesen sangre azul. ¡Por viche de la sangre azul! Hato de perdidos, que piden prestado para comer, y fiado para cenar. ¡Mi hija! ese bocadito quisiera el Genarito para hartarse de reir. ¡Vea Vd! ¡un descamisado, un pobre de solemnidad! añadió con una clase de desprecio triturador, que solo se halla en los labios del millonario al clasificar la pobreza, ¡buen yerno me echaba á cuestas! ¡linda alhaja! ¡Droga!

—Está Vd. muy poco enterado del valor de las personas de un círculo que no es el de Vd., dijo la Marquesa incisivamente. Sepa Vd. que Genaro es todo un caballero, y entre los jóvenes anda de nones.

—Anda viendo donde guisan y á caza de talegones; puede Vd. decirle, que si ha creido que yo he ganado mi caudal con el sudor de mi frente, para pagar las trampas de su casa y reedificar el *palacio* solariego, que será un cascajo ruinoso, para que él lo eche de buche y se cruce de brazos, se lleva chasco.

Al decir estas últimas palabras, salió D. Roque del cuarto sin aguardar la respuesta de la Marquesa, que estaba estupefacta al oir aquel lenguaje tan nuevo como incomprensible para ella.

Estaban Reina y Lágrimas sentadas en una galería cerrada de cristales, que formaba uno de los anchos corredores de la casa, y que servia de costurero.

—Ahí viene tu padre, dijo Reina, al ver por entre los cristales salir á D. Roque de la sala y dirigirse hácia el costurero donde solia ver un momento á su hija; ahí viene ese carromato, me voy que no soy gaditana para gozarme en mirar al Hércules de su alameda.

Diciendo y haciendo se echó á correr.

Lágrimas, que estaba bordando, al oir los pasos de su padre se puso á temblar: tal era el efecto que causaba en aquel ánimo apocado y en aquella constitucion débil y nerviosa, la presencia de su padre.

—Este es el resultado, dijo D. Roque al entrar, de haberte dejado, porque en ello te empeñastes,

en una casa como esta, que parece el jubileo de los chisgaravís, de los barbilampiños y de los polluelos sin cresta. ¿Con que la niña apenas ha salido del convento, y ya tiene novio? ¿Piensa en casarse, y cree tener el oro y el moro?

—Padre, señor, murmuró con trémula voz la pobre Lágrimas, aseguro á Vd. que no.

—¡Embustera ademas! Bien, muy bien. Ya puedes hacer tu baul, que mañana temprano sale el vapor para Cádiz. A casa, bajo mis ojos; yo le enseñaré á la emancipadita á tener novio. Ahora, á fé de Roque, que te vas á aburrir, todo lo que aquí te has divertido; yo haré que se te sienten los cascos, y que se te pasen los conatos á noviajo con novios de tres al cuarto. Cuando tengas edad yo te buscaré el marido que te convenga, y por mi cuenta que no sea ningun *casqui-vano, bolsi-vacío,* con gran frac que deba al sastre.

Reina, que no estaba lejos, al oir las voces destempladas que daba D. Roque, se habia acercado, y al notar el temblor convulso y la cara desencajada de Lágrimas, corrió por un vaso de agua y se lo aplicó á los labios.

—¿Qué es esto? exclamó: ¿qué tienes, Lágrimas?

—¡Mañana me voy! murmuró esta en ahogada voz.

—¿Qué es esto? dijo Reina: ¿qué repente es este?

—A Cádiz, recalcó D. Roque.

—¡Señor, por Dios! exclamó Reina, que veia irse dibujando la herradura de la muerte en la cara pálida de Lágrimas.

—Ni por Dios, ni por los santos, respondió en voz clara y seca, como lo es el castañeteo de una matraca, el suave millonario; á casa y tres mas, á mí no se me lleva con hipíos.

—¡En el vapor! ¡la mar! ¡la mar! gimió la pobre niña, entrechocándose sus dientes y asiéndose con fuerza á Reina.

—Al menos, señor, dijo esta viendo la decision de D. Roque, por Dios, no os la lleveis por mar. Sabeis el profundo horror que le tiene, y que se pone mala solo de pensar en él.

—¡Qué simpleza! respondió este, esos miedos necios y pueriles se quitan como á los potros los asombros, con látigo y espuela.

—Señor, repuso Reina, que sentia estremecerse á la pobre niña que se estrechaba á ella, como á su tabla de salvacion el que se ahoga; este es un horror harto motivado; acordaos.....

—¿De la tempestad de ahora diez años? ¡toma, toma! ¿dónde queda eso? pues si todos los que pasan tempestades en la mar se negasen á volverse á embarcar, ya se podian echar á pique todos los barcos. Melindres, aspavientos, escarceos, espantijos, toda la retahila de lo que más me puede y más me choca.

—Señor, señor, dijo Reina indignada, no es

miedo pueril ni horror inmotivado: traed á la memoria todo lo que significa aquel recuerdo para vuestra hija. Es para ella el mar á la vez un juez sin clemencia, un verdugo sin caridad, y un cementerio sin cruz.

—¡Bah! ¡bah! repuso D. Roque, palabras altisonantes, señorita. No tengas cuidado, medrosa, que no te morirás en el vapor, y si te mueres no te echarémos al mar.

Lágrimas cayó sin sentido y presa de convulsiones en los brazos de Reina.

—¡Oh, qué hombre tan atroz! exclamó esta; llamad á mi Madre, llamad á mi Madre.

A la noche volvió D. Roque para saber de su hija; la Marquesa, profundamente compadecida del estado en que se encontraba esta, hizo secamente presente á su padre que no estaba capaz de viajar, y que los médicos habian recomendado el mas absoluto sosiego. Le hizo presente igualmente que Lágrimas habia demostrado el mayor empeño en volver al convento, y que antes de entregarse al sueño que le habian proporcionado las bebidas narcóticas que le habian sido suministradas, le rogó hiciese presente esta súplica á su padre. D. Roque la negó redondamente y añadió, que si pensaba la niña que habia de estar pagando siempre una pension por ella, pudiéndola tener en su casa sin que le fuése gravosa.

Reina asistió con esmero á su amiga, y no se

separó de su lado un momento; pero á los tres dias apenas convalecia, cuando D. Roque, sordo á todas razones, insensible á todo ruego, se llevó á su infeliz hija, á la que destrozaba el alma el alejarse de Sevilla, y horrorizaba su viaje y estada en Cádiz, sin que hubiese vuelto á ver á Genaro. Ocultaba esta al partir su pálido rostro, sus lágrimas, y el temblor convulsivo de sus labios, bajo un espeso velo negro.

CAPITULO XVIII.

FEBRERO, 1848.

Aquella misma noche en la tertulia, el que hubiese observado con cuidado á Reina, hubiese notado en ella una preocupacion que no era habitual, ni propia de su génio activo y siempre alerta.

Llevaba de contínuo sus miradas hácia la puerta, y un imperceptible movimiento de impaciencia se notaba en ella á cada recien entrado, que no era por lo visto la persona que aguardaba.

Abrióse la puerta con estrépito de par en par, y apareció Marcial en toda su gloria con los pantalones tan estirados, y el talle tan apretado, que parecia hecho de una sola pieza. Un gesto de impaciencia pasó rápido como la sombra de un volante pájaro, por la cara de Reina; y mientras Marcial

iba á saludar á su Madre, llamó á su perrito faldero y lo hizo acostar sobre una silla que estaba á su lado, con la marcada intencion de que Marcial no la ocupase. Pero este era poco obstáculo para el intrépido Marcial, que trajo otra y se sentó lo mas cerca que pudo de su prima. Esta lo recibió con un bostezo que ocultó detrás de su abanico.

—Esta noche no viene Tiburcio Cívico, mi amigo, dijo Marcial con un airecito entre satisfecho y rabioso.

—¿Y á mí que se me dá? respondió Reina: siéntelo tú si gustas.

—Esta noche, prosiguió con sorna Marcial y con un retintin que hacia vibrar su voz como la cuerda mas gruesa de un violon, los *que nada valen* se pueden anteponer á los *que valen* sin que se lo quiten, se lo estorben, se lo impidan ni se lo dificulten.

—¡Machaca y más machaca! ¿Me querrás explicar, Marcial, qué muletilla has tomado ahora con ese *los que valen y los que no valen*, y Tiburcio para arriba y Tiburcio para abajo, que me tienes de Tiburcio y de *los que valen* hasta por cima de los cabellos.

—Nos entendemos, mi amada prima, nos entendemos, pero sábete que los *que valen*, en lugar de venir á hacerse valer, se van á conspirar; así el *que vale* como es socialista, ha ido esta noche á una junta humanitaria, compuesta de un francés, un

lombardo y un polaco, bajo la presidencia de un inglés; por consiguiente no ha venido, no viene, y no vendrá. La humanidad ante las bellas, la sociedad ante la tertulia, Caton ante Luis XIV. ¿Te gustan los socialistas? ¿Te parece que son los *que valen*, prima?

—Los ódio, primo.

—¿Y los exaltados?

—Los detesto.

—¿Y los moderados?

—Los aborrezco.

—¿Y los carlinos?

—No los puedo ver.

—¿No perteneces, pues, á ningun partido, autómata ideal?

—Si por cierto, al mio.

—¿Y ese cuál es?

—El de los callados, Marcial, el de los-callados.

—Ese es un partido ilusorio, prima, fantástico, fantasmagórico, nulo y estúpido, que debe ir á la escuela del abate L'Epée.

—No lo creas, Marcial, porque como dice D. Domingo, desde que todos gritan nadie se entiende.

—Si eres de la escuela de D. Domingo, estarás por las fiestas inmovibles, como lo son todos sus tocayos.

—¿Qué quieres decir con esa frase que es un logogrifo, como los del semanario?

—Que los domingos son fiestas, que estas son

inmovibles, y que las ideas de ese señor lo son tambien; pero te digo, prima, que tu escuela ó doctrina del silencio no meterá ruido, y que es intempestiva en el siglo de las asambleas y discursos.

—Ya comprendo que así te parezca, Marcial, puesto que el dia que tú no puedas *hablar, discutir, perorar y declamar*, (estilo tuyo) te elevarás por los aires como un globo elevado por tus ideas encumbradas, que no hallen salida, como aquel lo es por el gas.

—Pero dejemos esta cuestion, repuso Marcial, que los débiles alcances mugeriles no pueden comprender, graduar, apreciar ni definir. Vds., hijas de su madre Eva, eternamente hermosas, seductoras, instigadoras, y pecadoras como ella, sin haber escarmentado desde tantos siglos, no saben juzgar en punto á partidos, sino los que se presentan para sacarlas del infeliz estado.

—Se engaña Vd., Marcial, dijo la alegre Flora, ¿quiere Vd. que le defina los partidos?

—Lo quiero, lo apetezco, lo deseo, y lo anhelo, respondió Marcial.

—Pues vaya de cuento, dijo Flora, que estamos en Andalucía, el pais de las morenas, de las naranjas, de los cuentos y de los altramuces saladitos y dulces. Reinaba un gallo en su corral. Hízose amigo suyo un pato, que tenia buena pluma, habia navegado por el mar Pacífico, habia zambullido en el pozo de la ciencia, y patullado en la fuente del

saber; su andar no era garboso, pero firme, su voz no era melodiosa, pero grave y sostenida. Este le aconsejó á su amigo, el gallo, que se cortase la cresta, que era chocante, y los espolones que eran inútiles. El gallo condescendió y se fué á dar un paseo con su amigo.

Este que era muy confiado dejó la puerta del corral abierta. Cuando volvieron fué el gallo á su hogar á encender, y vió en el hogar dos luces encendidas. ¡Qué luces tan raras son estas! dijo el gallo, y acercándose vió que eran los ojos de un gato que se le abalanzó. Pusiéronse á pelear.

El pato que esto veia no paraba de repetir, y Flora arremedando el graznar de los patos se puso á decia: *Paz, caballeros, paz, paz, caballeros, paz, paz.*

—Flora, dijo Marcial, con una voz tan honda que parecia salir de debajo de tierra, ese cuento es un libelo de la humanidad varonil.

—Es un cuento precioso, dijo Flora riéndose.

—Es un cuento subversivo, antisocial, inmoral y profanador. Carece de dignidad y de lógica. Cuando vaya á las Córtes, propondré la *censura de los cuentos.*

—Como yo no aspiro á ser diputada como Vd. á ser diputado, Marcial, dijo Flora, que se ahogaba de risa, no estudio ni gravedad ni elocuencia.

—Fabian, dijo Marcial á este que entraba, ven á convencer á esta burlonsísima Flora, que dejando las flores por las espinas, acaba de hacer la mas

sangrienta sátira de todos los hombres: dí que no eres pato, pues de patos nos ha puesto.

—No puede ser, Marcial, dijo Flora, lo mas que hará es convencerme de que en esa familia hay cisnes, como me convencereis vos, si os empeñais en tomarlo á lo trágico, que en esa familia hay gansos.

—Este David me va á dar en la frente, exclamó Marcial; pido cuartel, clamo alafia, imploro merced, me acojo á amnistía y deseo indulto. Siento, prosiguió Marcial, dirigiéndose á Reina mientras Flora satisfacia la curiosidad de Fabian repitiendo su cuento, siento haberte dado un mal rato anunciándote la ausencia *del que vale*, porque por mas que desde algun tiempo te estás haciendo la desentendida, siempre que te hablo *del que vale*, sabes muy bien á quien aludo.

—Pero, Marcial, si absolutamente sé quien es ese *que vale*, ni lo que vale; solo sé tú *dale que dale*.

—El *que vale*, ó cree que *vale*, es ese Tiburcio Cívico, ese antibello socialista, constándome tu parcialidad por él, parcialidad incomprensible, inconcebible, inesplicable é inaveriguable.

—¿Qué estás diciendo, Marcial?

—Que hay gustos, asi como cuentos, que se deberian mandar recoger por órden de buen gobierno, porque preferirme á mí, Marcial, ese pobre chico.....

—Qué preferir, ni qué preferir; te digo franca-

mente, Marcial, qu si me dan á escoger me quedo sin ninguno.

—¿Pues no lo has llamado Antony?

—¿Yo? ¿Dónde sacas semejante disfraz? si jamás le he nombrado sino *cursi abatido y abollado.*

Al oir esto Marcial se levantó de repente.

—Voy, pensó, á decirle esto á Fabian para que vea lo inverídico, embustero, mentiroso y paparruchero que es ese Genaro, zorra sutil si las hay.

Apenas se alejaba Marcial cuando entró Genaro y vino á saludar á Reina.

—Acompaño á Vd. en su sentimiento, le dijo esta con el aire de triunfo que tiene una persona que está en pugna con otra cuando puede mortificarla.

—No lo creo, respondió Genaro.

Reina, que en seguida se habia puesto á hablar con Flora, volvió bruscamente la cabeza, y dijo.

—¿Y por qué?

—Porque no sabeis sentir ni por vuestra cuenta ni por la agena.

—Muchas gracias. Lo que decís, si se clasifica con indulgencia, se llama una fresca.

—Sí, así se suelen apellidar las verdades por aquellos que no quieren oirlas.

—Por cierto, exclamó Reina con altivez, que desearia saber el por qué vivís en la ilusion de poseer las llaves del sacristan.

—Direis esto porque no adulo como lo hacen los que componen vuestra corte, y pueden daros

patente de estar á prueba de empalago, porque no os traigo alborotando el barrio, la música como el magnífico coronel Astorga; no suspiro como el conde de Navia; no enflaquezco haciendo un prodigio, como el camaleon Villamarino que dice no ha *hallado* una herradura *mash* dura que el corazzzon de lash arishtócratas, y no canto con vuestro poeta laureado:

Reina de los corazones,
Infundes tanta lealtad.....

—Calle Vd., calle Vd. ahora mismo, exclamó Reina colorada como una amapola; si volveis á pronunciar una sola sílaba de los tales ridículos versos, á fé de Reina que.....

—¿Qué, qué? dijo con cachaza Genaro sentándose á su lado.

—Que os prohiba la casa.

—Con lo que probareis sois Reina déspota y arbitraria, y hareis mentir los versos de Marcial, porque portándoos asi, no podreis *infundir tanta lealtad que se opongan los vasallos á que les deis libertad.*

—Genaro, que llamo á mi Madre, exclamó Reina furiosa.

—¿Qué es eso? ¿porqué riñen Vds? preguntó Marcial, volviéndose al oir las recias voces de Reina.

—Marcial, esta es la ocasion pintiparada que digais; *paz*, *caballeros*, *paz*, dijo Flora.

—Es, respondió Genaro á Marcial, que Reina desea se impriman los versos que le compusiste, y porque le he dicho que eso prueba un deseo inmoderado de que luzcais los dos, se ha incomodado conmigo.

—Es natural se haya sentido, repuso Marcial, porque no veo en ese deseo ninguna *inmoderacion*.

—Pues ¡no ves, decia en voz baja Reina á Flora enjugándose una lágrima de rábia, no ves como me está provocando, como me trata, con que descoco me está calmeando, con que camastronería me saca de quicio y se queda riendo! ¿Puede esto tolerarse?

—¿Y porqué le haces caso? ¿porqué te ocupas de él? respondió Flora, ¿no hay aquí otros ciento que te están bailando el agua delante?

—Es que viene á buscarme.

—No tal; al saludarte echaste tu perrito de la silla en que dormia, como para que no le faltase á Genaro asiento á tu lado.

—Lo hice distraida; y para enmendar el yerro, ya que se ha sentado, seré yo la que me levante. Vente al piano, cantarás *el mocito del barrio*.

Levantáronse ambas y atravesaron el estrado ligeras y airosas como dos ninfas. Flora se puso al piano.

—Vamos, legionarios de Hebé, dijo Marcial, sigamos la atraccion de la belleza, el imán femenino, la corriente de la elegancia, y el arrastre de la gra-

cia. Donde va la Reina va la córte, donde va Flora van las mariposas.

Mientras Flora cantaba, como á Marcial no le gustaba la música y menos estar callado, le decia á media voz á Genaro:

—Antípoda de la verdad, antítesis de la sinceridad, adversario de la franqueza, hijo predilecto de la mentira, ¿cómo pudistes afirmar con esa seriedad llena de doblez que Reina llama á Tiburcio Cívico *Antony?*

—Calla, Marcial, que se está cantando.

—No quiero callar, zorra sutil, cuando no quiero no callaria ni en el congreso si me tocasen la campanilla, y que fuese esta del calibre de la de Glasgow.

—De Moscow.

—La de Glasgow, afirmó Marcial; ¿si lo sabré yo? ¿crees acaso que estás hablando con el *ángel del silencio*, como llamaba Fabian á Lágrimas? estoy para mí que esa denominacion la ha plagiado en uno de sus poetas franceses.

—Sí, dijo Genaro, la trae Paul de Kock.

—Bien lo decia yo; pero no estaba cierto si era Paul de Kock ó Lamartine. Con que, hijo mio, se fué, llegó el instante fiero, Silvia de mi despedida, como dice Hartzenbusch en sus Amantes de Teruel.

—Lo dice Arriaza en su cancion.

—Hartzenbusch en los Amantes de Teruel, afir-

mó Marcial. Tú, como eres el mismo disimulo, Maquiavelo perfeccionado, no demuestras dolor en tu rostro juvenil.

—Hablas sobre suposiciones falsas y yerras, infalible Marcial.

—¡Yo errar! *herrar*, queda bueno para mi amigo Tiburcio. No, no, me desdigo, un retruécano á costa de la amistad es desleal, innoble, indelicado; por no dicho. No sacrifico la amistad á un chiste, eso es bueno para un francés, y yo soy español por todos cuatro costados como la lonja.

—Marcial, ¿no oyes que se canta? le dijo Reina con sequedad porque parte de su censura caia sobre Genaro; el hablar cuando se canta no solo prueba mal gusto, sino falta de educacion.

Concluia Flora de cantar, y así pudo contestar Marcial.

—Perdona, prima, fué una distraccion; además soy demasiado *positivo* para ser melómano.

—Marcial, exclamó Fabian, temprano empiezas á ser positivo. A mí me choca tanto hasta esa palabra jóven, raquítica, que haria pagar multa al que la pronunciase.

—Ten presente, hombre afecto á lo ideal, que tengo que renunciar á esto, puesto que quiero ser diputado; abandonar los senderos del Parnaso por los caminos vecinales; el cultivar las musas, por el cultivo de las tierras; la inspiracion por la discusion; el cantar por el hablar. Pero vamos á ver: ¿es

posible que á tí, poeta, te guste la música que siempre estropea los versos?

—¿No me ha de gustar, Marcial? respondió Fabian con espansion. La prosa es el lenguaje del entendimiento, la poesía el del alma, y la música el del corazon. Lejos de estropearlos, la música es á los conceptos lo que la expresion es á la fisonomía. La música es á la vez el presentimiento y el recuerdo de todos nnestros goces y de todos nuestros dolores; es la transicion de nuestras sensaciones físicas y morales; la percibe el oido y la siente el alma.

—Pues, hijo mio, la música me choca, dijo Marcial, no tiene sentido comun, lo que se dice cantando ni es conciso ni es claro. Si yo hubiese sido el Cancerbero, seguro que se hubiese llevado Orfeo á su mujer Berenice.

—Euridice, rectificó Fabian.

—Berenice, afirmó Marcial; dále, añadió á media voz, con el maestro ciruela.

—Otra coplita *del mocito del barrio*, decia entretanto Genaro á Flora, que seguia sentada al piano, apoyándose en el respaldar de su silla; cante Vd. las coplas que le ha compuesto Marcial á Reina, que se apropian á la tonada.

—No, no, respondió riéndose Flora, ha abdicado Reina su reinado sin tener en cuenta *la lealtad que infunde*, le escrupuliza *deslucir las luces*, y no quiere ser causa de *estrañas anomalías*. Cantaré mas bien aquella copla

¿Cuál de los dos amantes
Tendrá mas pena,
El que va de viage,
O el que se queda?

—Flora, respondió Genaro, una escritora inglesa (1) ha dicho que los recuerdos de lo pasado no sirven sino para acibarar los goces presentes. Cante Vd.. Flora, cante Vd., pues le es tan apropiado el canto, que parece no deberia Vd. hacer otra cosa; cante Vd. con esa voz que va derecha al corazon como una flecha.

—¿Qué es corazon? ¿acaso lo sabeis? dijo Reina, que aunque en conversacion con otros, no habia perdido una palabra del coloquio de Flora y Genaro.

—Como no son mis vasallos, no podré saber tan bien lo que son, como su Reina, respondió Genaro.

—Marcial, Marcial, exclamó ésta encendida de coraje, si me vuelves á hacer versos, quedamos reñidos para siempre: no quiero que me canten, no quiero que me celebren; aparecer en versos, es peor que aparecer á la pública vergüenza en un pilar.

—Si todas las hermosas, bellas, lindas y bonitas pensasen como tú, repuso Marcial, no sabríamos los poetas donde dar de cabeza, y tendría-

(1) Mistriss Troloppe.

mos que cantar á las ancianas, viejas, caducas y á las senectudes.

—Esto es hablar en razon, decia Genaro á Reina mientras proseguia Marcial su demostracion; las mujeres no deben parecer bellas sino á los que aman.

—Ya, por eso queríais á la pobre Lágrimas, porque la anulábais en vuestro egoismo.

—Por eso, afirmó Genaro.

—Pues su padre, que ha sabido sus relaciones con Vd. está furioso, dijo Reina con triunfante rabia, y para cortarlas se la ha llevado; así, contadla entre los muertos.

—Nunca le conté por mucho tiempo entre los vivos, repuso con calma Genaro; la pobre no tiene un año de vida.

—¡Jesus! ¡y con que impasibilidad decís eso!

—Con la que se dicen las cosas que se saben de atrás.

—Entonces no la amais.

—La quiero como á una hermana.

—Ella creia otra cosa.

—Lo siento.

—Eso es infame.

—¿Y qué quereis que haga? ¿Qué me vaya á buscar por esos mundos como un héroe de cuentos de encantamientos el hada que expende el elíxir de larga vida, que estudie la homeopatía, ó haga una promesa al patriarca Matusalen?

—No tiene respuesta lo que decís; sois un corazon de mármol; un Neron, un hombre atroz.

—No le parecia tal á vuestra amiga.

—Porque no os conocia á fondo como yo.

—Pues mas profundo de lo que creeis fondo, hay cosas que no conoceis.

—¡Buenas serán cuando tanto las ocultais!

—No las oculto por malas, Reina.

—¿Pues entonces, porqué?

—Porque me place ocultarlas.

—No faltará quien os sonsaque para divertirnos con esos *misterios de monte preñado*.

—¿Preguntaréislos vos?

—¡Yo! Soy muy altiva para ser curiosa.

—O muy egoista para interesaros por nada.

—¡Vaya con Genaro, qué solo le está dando á Reina! decia Marcial á Flora y Fabian; apuesto que esa prolongada audiencia tiene aburrida á nuestra soberana.

—No me lo parece, repuso Flora, ni tampoco que sea necesario que vayais á decir ahora: *paz, caballeros, paz*.

—¿Eres celoso, Marcial? preguntó Fabian.

—¡Jesus! como un Petrarca.

—Un Tetrarca, Marcial.

—Un Petrarca, Marisabidillo, bien sé lo que me digo, pero no lo estaria nunca de ese buen muchacho, que no tiene bastante maldad, ni calza bastantes puntos para hacerme á mí mal tercio. No

obstante, el fuego junto la estopa, el diablo sopla. Le voy á recordar á su amado bien, así de una pedrada mato dos pájaros. Interrumpo la conversacion y doy otro curso á las ideas.

—¡Genaro! prosiguió acercándose á este. ¿Dónde estará? ¿qué estará haciendo ahora aquella suave niña, que ha pasado entre nosotros como una flor blanca y sin espinas, dejando al pasar un recuerdo que parece un perfume?

—Vaya, díjo Reina, cuando estaba aquí no le hacias caso, y ahora te remontas en los zancos de la retumbancia para celebrarla.

—Es un interés retrospectivo, respondió Marcial, me interesa..... Siempre parecia decir aquel refran de los indios orientales: mas vale estar sentada que en pié, acostada que sentada, muerta que acostada.

—¡Dulce flor de los trópicos! añadió Fabian con la mirada vaga con que fijaba en su mente de poeta las imágenes que evocaba la fantasía ó el recuerdo; desterrada de su frondoso y caliente suelo! que conserva algo de lo estraño y desconocido de aquellas selvas, que se marchita en suelo estraño por no hallar invernáculo de cristal que la defienda del frio ambiente que la rodea.

—Bien dicho, Fabian, observó Flora, ¡pobrecita! con ese mónstruo de padre que se lleva la flor á una nevera. ¡Tirano, verdugo, asesino!

—¡Hé! dijo Reina á Genaro, ahora falta que le

compongais vos la cuarta estrofa á ese poema laudatorio.

—Se la escribiré, respondió Genaro á media voz.

—Hareis bien. Si no sabeis cómo dirigirle la carta, la incluiré en la mia, dijo Reina afectando ligereza.

—Mañana la traeré, respondió Genaro.

—Es, añadió Reina, que yo le escribiré tambien para decirle el caso que debe hacer de la tal carta.

—Si fuéseis capaz solo de comprender el amor, ya que no lo sois de sentirlo, sabríais que os cansaríais en valde.

—¿Y por qué?

—Porque, Reina, es tan poderosa la voz del hombre para la mujer que lo ama, que ninguna otra oye cuando ella suena.

—¡Qué fatuidad!!

—No es fatuidad, Reina, puesto que esto consiste, no en el mérito del hombre, sino en la fuerza de amor que hay en el corazon de la mujer, cual Dios la crió para la felicidad del hombre. Vos no sabeis nada de eso.

—Ni quiero.

—Sois una amazona.

—No, porque no combato; solo desprecio.

—¡Con eso se gana la gloria! repuso Genaro.

—¿Con qué, don Teólogo? preguntó acercándose Marcial.

—¡Con la paciencia! contestó Genaro.

CAPITULO XIX.

A la noche siguiente trajo Genaro la consabida carta para Lágrimas, que Reina tomó y guardó al entregársela Genaro con la mayor indiferencia, aunque rebosaba su corazon de un sentimiento amargo y airado cuya causa no definia, pero que originaban una infinidad de sentimientos contradictorios.

Vehementemente escitada por ellos, se encerró Reina aquella noche en su cuarto, despues de haber cortado á tajos y reveses las cabezas á las esperanzas de Marcial, que semejantes á las de la hidra, volvian tan luego á nacer, y á imitacion de las plantas brotaban mas lozanas despues de podadas. Sacó Reina la carta de la faltriquera de su vestido, y la tiró con desprecio sobre la mesa. Notó entonces que la carta no estaba cerrada y se paró.

Dice el poeta aleman Müllner en su famosa tragedia, *La culpa:*

«Cuando el mal no es mas que *pensado*, no existe. Si se hace en profundo misterio, sin más testigo que el corazon, aun no existe; y ahí está, ahí está la terrible asechanza del infierno, que es, dar al hombre el poder de ocultar sus maldades *pensadas*, pues con esto le arrastra á cometerlas en secreto, prometiéndole quedará oculto el hecho, así como oculto quedó el pensamiento.»

Y si sacamos un solemne trozo de tragedia en unas circunstancias sencillas y cuotidianas como las que vamos trazando, es porque hay hechos en la vida, que se califican de naturales y no lo son. El acechar, el leer un papel destinado á otras manos, son hechos que no solo carecen de honradez, de nobleza y de dignidad, sino que son una *culpa*, una *infamia*.

No conocen esto bastante los jóvenes, ni se les inculca lo suficiente. Hay reglas de honor que las madres deberian inculcar á sus hijos con mas esmero, que el gérmen saludable que los ha de libertar de una enfermedad mortal: reglas que deberian los niños sacar de las entrañas de sus madres, para nutrir su corazon, como lo hacen con la leche de sus pechos para nutrir su vida. El respeto al secreto ageno es una de ellas, en cuya observancia no cabe ni puritanismo ni exageracion, y que en la juventud, y con colorido de broma, se desatiende,

con una ligereza que no admite el asunto, que es grave, y en el que no hay nada indiferente.

Reina, arrastrada por un desleal impulso, pensó en leer aquella carta que no era dirigida á ella; la nobleza instintiva del carácter español, á falta de principios fijos y fundamentales que le faltaban, le hizo rechazar con dignidad esa innoble tentacion. Pero volvió, porque estaba sola y la noche aleja testigos; volvió porque la carta abierta no se cuidaba de ser leida; volvió porque aquel papel no podia conservar vestigios de sus miradas; volvió porque el mal espíritu le infundió, *quedaria oculto el hecho así como el pensamiento*. Reina, no obstante, no se rindió sino á esta sencilla, pero sofística reflexion: Si Lágrimas estuviese aquí, ella que nada me ocultaba, me la hubiese enseñado; le escribiré que la he leido: no se enfadará por eso.

Una vez decidida, se acercó á la mesa, abrió con mano firme la carta, y leyó:

«Como sé que leereis esta carta, me dirijo á vos, Reina.»

Reina quedó aterrada y confundida.

—¡Insolente! exclamó indignada. ¡Qué osadía! pero ¿qué puede decirme?

«¿Habeis podido creer jamás, Reina, que yo amase ó pudiese amar á otra que á vos? He buscado la sombra del árbol encumbrado, para poder así oculto en ella, medir la altura de sus ramas, calar la profundidad de sus raices; esto he hecho.»

—¡Me ama! exclamó Reina, dándose cuenta de su triunfo, pero no de su profundo goce. Y cual si el papel adivinase sus pensamientos y les contestase, añadia la carta:

«No digo por eso que os amo. Todo en mí, Reina, está sujeto á la voluntad, y sufre su freno. Yo, Reina, como el prudente marino, que no se arriesga en una ensenada hasta saber que no tiene escollos, no os amaré hasta convencerme de que será apreciado y correspondido mi cariño; si lo fuese, entonces, Reina, os amaria como debeis serlo, porque yo solo sé apreciar lo que valeis, y amaros con el amor digno de la que lo inspirase; este sería un amor para el que fuésen pocas todas las facultades de mi ser, todas las fuerzas de mi alma, y corta mi vida entera: porque yo no os quiero por hermosa, como os quiere Marcial; ni por discreta, como os podria querer Fabian; os quiero por difícil de asir como el águila, y difícil de retener como la serpiente; os quiero porque con vos, amar es lograr un triunfo, y perseverar un combate.

»Pero, Reina, con la misma franqueza que os digo esto, añado que no os pido vuestro amor como una gracia, cuando en cambio os ofrezco el mio. No quiero que la mujer que yo ame alce sus ojos para mirarme como Lágrimas, ni que los baje como vos pensais poder hacerlo hácia los que os aman.»

—¡Esto no se puede leer! exclamó Reina tirando la carta. ¡Tal orgullo, tal insolencia, tal osadía!

Reina, cuyas mejillas ardian, cuyos ojos chispeaban de rabia, dió varias vueltas por el cuarto; poniendo su mano blanca y fria sobre su ardorosa frente se soltó su hermoso cabello, que quedó colgando sobre sus hombros como las suaves y brillantes caidas de un manto de terciopelo. Pero al cabo de un rato se volvió á sentar y prosiguió su lectura:

«La mujer que yo ame, Reina, ha de estar á mi nivel y mirarme cara á cara como se miran seres de un mismo valer y de una misma alzada. La mujer que yo ame ha de olvidar el *yo*, ese *yo* que llevais vos por cima de vuestra frente, como lleva su estrella la ninfa que figura la mañana; ese *yo*, Reina, tiene que palidecer ante el *tú*, como palidece aquella ante el sol.»

—Hácese valer con inaudito descaro ese presuntuoso! exclamó Reina; cree merecer más que los otros todos. Pero si es cierto tambien, añadió en lentas y sentidas palabras, apoyando su frente sobre su mano, que vale más. ¿Es orgullo sentir su valer? ¿Es ostentacion reconocer su fuerza? ¡Cuántos quieren imitarlo y solo logran ser ridículos, impertinentes y fátuos! Pelea porque son brillantes y diestras sus armas; más no por eso ha de vencer, puesto que no quiere gracia, sino triunfo. No sabe aun con quién se las aviene. Amainará ó abandonará la empresa.

Al cabo de un rato añadió la jóven tan escitada por diversos sentimientos.

—Sí, sí, él sabrá amar como ninguno, sabrá apreciar, embellecer, saborear y eternizar el amor que Marcial engulle, y que Fabian despilfarra. Es el amor para Genaro un sentimiento, una esencia que concentra, y para los otros es un pebete que disipan en humo.

Reina volvió á coger la carta y leyó:

«No os apresureis en contestarme ni deis ligeramente un fallo que conmigo, Reina, es indefectible causa para no insistir.»

—¿Qué tal? exclamó Reina, volviendo á montarse en su despecho.

«No sea, prosiguió leyendo, esa corta sílaba, el *no* ó el *sí* pronunciado al aire, puesto que no se ha de desvanecer en este como las notas de vuestro piano. Pensadlo bien, no sea que os arrepintais del *si* ó que os pese el *no*.

GENARO.»

—Esta carta es un portento de atrevimiento, una obra maestra de insolencia, dijo Reina casi acongojada, ganas tengo de llevársela á mi Madre. Pero no, no puede ser, le diria que no volviese; más vale hacer como si no la hubiese leido. ¡Jesus! eso no puede ser tampoco, porque de no haberla leido, deberia llegar á manos de Lágrimas, y esto es imposible! ¿Qué perfidia! ¡cómo con esa carta que me dió abierta me ha colocado entre la espada y la pared! ¡Oh! ¡ojalá no la hubiese leido!

En todo este monólogo de Reina, en que luchaban un amor enérgico y un orgullo inmenso, no hubo, tal es el profundo egoismo de estos dos sentimientos, un leve recuerdo, una leve consideracion para aquella pobre ausente é infeliz criatura, la que entretanto guardaba en su corazon como en un tabernáculo, el amor y la amistad más tiernos y consagrados. Y esto lo vemos escrito y nos conmueve, y lo vemos pasar ante nuestros ojos todos los dias y nos deja frios. ¿Se siente más con los dolores que nos pinta la imaginacion, que con los que nos enseña la realidad? es probable, así como en los sueños son las sensaciones más enérgicas.

Reina no durmió aquella noche, y cuando el alba vino suavemente á despertar á los pajaritos que ante su ventana empezaron uno á uno á darse pitando los buenos dias, Reina, pálida y ojerosa, escribia con soberbia y con lágrimas estos renglones al pie de la carta de Genaro.

«Sí, leí la abierta carta, tenia curiosidad de ver el cómo engañaba un falso á una confiada. Teneis muchas cuerdas en vuestra guitarra, pero ninguna al diapason de mi voz.»

A la noche, Reina con la cabeza más erguida que nunca, devolvió la carta á Genaro; este la tomó, se sentó en seguida á una mesa de tresillo, de la que no se levantó sino para retirarse á su hora acostumbrada.

Al llegar á su casa leyó los renglones que habia escrito Reina.

—Primera descarga, dijo, pólvora doble y bala roja; retirémonos, que una retirada á tiempo aprovecha más que un importuno ataque. Tomemos cuarteles de invierno; mutis.

Genaro dejó de ir á casa de la Marquesa, pasando, á pesar de su aparente flema, los dias desesperados y rabiando; mientras Reina pasaba las noches llorando y renegando de sus lágrimas.

Algun tiempo despues recibió esta una carta de Cádiz, era este su contenido:

»Reina mia de mi corazon. No te he escrito antes, porque al llegar aquí tuve uno de mis ataques que me ha tenido á las puertas de la muerte. Aunque he salido de la gravedad, no acabo de restablecerme, porque dice el médico que este pueblo me sienta muy mal; pero es tambien, á mi parecer, porque no puedo sobrellevar vuestra ausencia.

»¿Qué te diré de mi viage? solo el acordarlo me horroriza. Cuando al salir del rio el barco empezó su pugna con las olas; cuando estas vinieron á asaltar sus costados como para medir su altura; cuando me consideré en medio de esas pérfidas, sin más punto de apoyo que el equilibrio, pensé morirme de angustia, y esto que no estaban soberbias; eran cortas y pequeñas, aunque espumosas, y parecian huir del viento que venia de tierra, como una manada de carneros huye del lobo. Con

sideraba, Reina, cuán sin mision desafía el hombre á los elementos, y temblé, porque no es la temeridad una virtud, es un esceso. El peligro no se hizo para buscarlo, sino para precaverlo.

»Me decias para animarme, Reina mia, que Cádiz era bonito; tú no lo has visto: figúrate, muchas piedras, mucho hierro, casas altas y apiñadas en líneas rectas como filas de soldados, sombrías murallas que miran á los que se acercan, con sus cañones que parecen ojos amenazadores, esto es Cádiz, una cárcel grande rodeada de mar. Como apénas he salido, no he visto aun una suave hoja verde que me recuerde que la tierra cria flores. Solo en un balcon de la casa de enfrente abre un árbol de Pascua deshojado sus rojas flores, que parecen sangrientas heridas en un cuerpo exhausto. Me han dicho que ese arbusto cuando se le hiere se desangra y muere; yo creo que perderá tambien mi corazon toda la suya, por la herida que le ha hecho vuestra ausencia.

»De dia me distraigo con mirar á las nubes, aunque se ria esa alegre Flora, á la que envidio su alegría y aun más el estar á tu lado; me embelesan esas surcadoras del cielo, que en él dibujan tan fantásticos cuadros. He observado que entre ellas las hay buenas y malas; las buenas las llama el sol para sí, y se elevan hasta perderlas de vista; las otras las castiga desterrándolas á la tierra, en la que caen llorando.

»Pero de noche, Reina, en que no puedo dormir, que la debilidad me ha quitado el poco sueño que disfrutaba, me oprime la angustia el pecho, cual si me faltase el ambiente. Tú, Reina, no sabes lo que es angustia. ¡Ojalá nunca lo sepas! La angustia, Reina, es una agonía del alma, con la que no se cabe en el mundo, y solo se ansía por el cielo; todo la causa, pero sobre todo la noche y la mar, y aquí toda la noche oigo su horroroso bramido. Es este tan terrífico, que á veces creo que se rebela la mar contra el poder de Dios que le puso límites, porque solo blasfemias pueden sonar tan espantosas. Otras veces, cuando no está tan brava, suena tan triste que me figuro debe padecer y que se queja, porque abrigue en lo profundo de su seno algun gran dolor, y eso será la causa de que se agite tanto y sean tan amargas sus aguas. ¡Mi pobre Madre lo sabrá, pues en su seno yace! ¡Madre mia! ¡Madre mia! único ser que me ha querido; puesto que tú, Reina, ni *él* tampoco, me quereis como yo os quiero, y no os reconvengo por eso; el querer, como la tristeza y la alegría, son cosas que el sentirlas no pende de la voluntad, y asi serian en mí vanos los esfuerzos que hiciese para quereros menos, por tal de aliviar el dolor de la ausencia. El no me ha escrito, Reina, y ha hecho bien, pues no debo recibir cartas sin autorizacion de mi Padre, y si se la pidiese, no me la daria. Pero tú, Reina mia, ¿por qué no me

has escrito? ¿No sabes que aunque me estuviese muriendo, volveria la vida á mi corazon una carta tuya?

»Reina, una cosa te pido, no me la niegues! no estés tan amarga con *él*, y quiérelo por amor mio: díle de mi parte, que pondremos el porvenir en manos de Dios, y que mientras me quede una esperanza, habrá un punto claro en mi vida, como se vé entre nubes una estrella recordar que hay cielo.

»Ambos están Vds. en mi corazon como dos ángeles que lo sostienen en sus sufrimientos.

»Perdona mi triste carta, ¿pero acaso concibes, que se pueda no estarlo en la ausencia?

LAGRIMAS.»

Despues de unos dias contestó Reina á su amiga.

«Mucho siento, hija mia, que hayas vuelto á tener uno de tus ataques: me hubiese alegrado estar á tu lado para asistirte. Espero que seguirás aliviándote y que te vaya gustando mas Cádiz, y algun gaditanito con muy buenos patacones, que será por eso, y no por agradarte á tí, del gusto de tu padre, ya que tan mal le parecen los *bolsi-vacíos* de por acá.

»No te he escrito aguardando lo hicieses tú, como suelen hacerlo antes los que se van.

»No me hablas casi sino de la mar, y sabes que no debes parar tu imaginacion en esas cosas que te impresionan mal. La mar no es mas que mucha agua, muy estúpida, que va donde el viento la lleva, y que á nadie puede ni mojar la punta del pié si no la va á buscar. Mas valiera que me dijeses, si has visto al Hércules de la Alameda, tan famoso por lo feo, y si es como me lo he figurado idéntico á tu padre. Cierto sugeto ha sabido, que ese señor ha hablado de él en términos groseros y ofensivos. Como es tan orgulloso, no le habrá hecho gracia, pero como tambien es muy disimulado, no le ha hecho una arruga la frente.

»La ausencia labra de distinto modo en cada cual. En Marcial ha sido entusiasmándolo tanto por tí, que te llama flor suave, blanca y sin espinas. Si lo deseas, ó sin que lo desees, te hará un ciento de versos, y hasta diputada, cuando él lo sea. Por mí te lo cedo sin que tengas que darme las gracias: mi querido primo bien podrá llegar á ser *diputado*, pero jamás llegará á ser *disputado*. Fabian acaba de llevar un réspice del rector, porque no estudia leyes; se ha consolado con componerle una meditacion á la pereza. No olvida la *perla*, ni Flora tampoco, y dejan de reir para hablar de tu ausencia.

»Mi Madre, D. Domingo, y sobre todo yo, nos acordamos de tí con mucho cariño. Adios, cuidate mucho, y no dés memorias á tu Padre.

REINA.»

¡Qué lectura para la pobre niña para la cual era esta carta el único lazo que unia su corazon á la vida! ¿No existen, se decia despues de haberla leido, son ilusiones el amor y la amistad? No, no no son ilusiones, puesto que los siento en mi corazon. Pero si existen en ellos, ¿se expresan acaso así? No dice que han sentido mi ausencia, ni *él* ni ella..... ¡No dice que desean verme! su tono burlon y chancero de siempre; lo veo, mi ida no ha dejado allá vacío, ni mi presencia huellas. ¿Por qué no me querrá nadie á mí?—¿es culpa mia?—¿es culpa de ellos?—¿es que no lo merezco?—¿es mi suerte?—¿es una maldicion? ¡es una herencia! añadió estremeciéndose al oir en el patio la voz de su padre, que despedia con aspereza á un pordiosero.

Lágrimas se asomó al barandal del patio y vió á la pobre negra estúpida que la habia criado, que su padre le habia dicho habia vuelto á América, pero que en realidad por vieja é inútil habia echado á la calle, la que apoyaba una mano en su muleta y estendia la otra hácia su amo, pidiéndole con angustia socorro.

—¡Francisca, Francisca! ¡Pobre Francisca! gritó Lágrimas, aguarda, aguarda.

Pero en aquel momento cerró su padre con estrépito el porton.

Era tal la timidez de Lágrimas, y el terror que tenia á su padre, que no se atrevió á insistir en ver

la negra, y huyó á su cuarto en el que le dió una fuerte congoja.

Cuando se hubo serenado, llamó á un galleguito que hacia los mandados, y como no tenia dinero, porque jamás se lo pedia á su padre y que este no era hombre de dar espontáneamente, le entregó unos zarcillos de oro que habian sido de su madre, para que se los diese á la negra, con el fin de que los vendiese y se socorriese con su importe. Como apenas comia la pobre niña, guardó y envióle su almuerzo con el muchacho á la infeliz negra.

—La señorita almuerza mejor, decia la criada á D. Roque, me parece que se vá reponiendo; con lo que vivia tranquilo el tierno padre, y así, aunque la pobre niña que rara vez podia acostarse, pasaba sus noches sentada en una butaca, aunque estaba tan delgada que sus huesos parecian querer traspasar el fino y blanco cutis que los cubria con un olan, aunque el médico repetia era urgente sacarla de Cádiz, D. Roque respondia: veremos.

CAPITULO XX.

JUNIO, 1848.

—¿Una carta? decia Genaro á Marcial, al verlo esconder lo más visiblemente que pudo un papel. Feliz mortal, si una esperanza se te marchita, otra florece; apenas tu entusiasmo amistoso te ha arrebatado una conquista á medio cuajar, cuando van saliendo otras del cascaron como pollos piando; ¡qué estrella tienes! es una gallina sobre huevos.

—Esto daria materia á Azais para añadir un capítulo mas á su obra sobre las compensaciones, opinó Fabian.

—Ya salió lo francés, dijo Marcial: manso Dauro, estoy para mí que le envidias su posicion al Bidasoa. Y ya que hablamos geográficamente ¿sabeis que estoy componiendo una geografía poética para enseñarle esta ciencia á Reina, que no la sabe, ni la conoce, ni la aprecia, ni la admira?

—¿Y será acaso medio en prosa, medio en verso, como Dumoustier enseñó la mitología á Emilia? preguntó Fabian.

—No, no plagio yo á nadie, soy original, á punto de merecer como escritor, este distintivo esclusivo, como lo lleva el pecado de Adan. Queda bueno para tí, Dauro de afrancesadas aguas, el plagiar á Paul de Kock su *ángel del silencio*.

—¿Qué estás diciendo, Marcial? exclamó Fabian soltando una carcajada.

—Nada, nada, padre Dauro, sino que no se me dá gato por liebre.

—Vamos, Marcial, danos una muestra de tu geografía poética, dijo Genaro, si la imprimes cuenta con mi suscricion. Empieza por España nuestra patria.

—Pues oid, escuchad, atended y enteraos. La España es una ninfa.

—¡Hola! dijo Genaro.

—La pintarás en las astas del toro Señorito, como la otra ninfa Europa en las astas del toro Júpiter, añadió Fabian.

—Calla, manso Dauro, cántale la nana á tus aguas, y no me distraigas. Esta ninfa morena y garvosa tiene por cabeza á Cádiz, por corazon á Sevilla, y por estómago á Madrid.

—Muy bien, muy bien, dijo Genaro, ¿y dónde fijas tu residencia?

—¿Quereis callar, ó callo yo? repuso impaciente

Marcial. Cataluña es su mano derecha, Galicia la izquierda, que es menos diestra. La Sierra-Morena es un cinturon del que pende Granada, que es un hermoso alfange moruno cubierto de pedrerías. Valencia es un ramo de flores y cintas con que se adorna su lado derecho. Toledo la escarcela sobre la que está estampado en oro su escudo de armas. Los Pirineos la verde guirnalda que guarnece su túnica. ¿Es esto ó no, darle un colorido poético aun á las ciencias mas positivas? Esto es la mnemónica que sacaron los alemanes á bailar (pero que por lo visto no ha bailado mas que una alemanda), afianzar en la memoria las ideas por signos: se apellida así por derivar el nombre de Mecnosine, diosa de la memoria, madre de las musas y.....

—Toma aliento, Marcial, que peligran tus pulmones, dijo Genaro: sigue tu curso de geografía y deja á los alemanes que por lo presente están reñidos con las musas, las ciencias y la cordura, y dinos qué es Gibraltar de la ninfa?

—Un cáustico en la cabeza.

—¿Y Portugal? preguntó Fabian.

—Portugal, Portugal, dijo Marcial, no me habia acordado de Portugal. Portugal es su joroba. Basta de geografía, añadió, que tengo que salir y se me va pasando la hora. Caspitina, cerca de las doce; con el curso de geografía se me ha ido el tiempo, y media cara que me queda que afeitar.

Marcial cogió con denuedo la navaja de afeitar,

dándose tajos y reveses en su soplado carrillo.

—Pero, vamos, le dijo Fabian, ¿á qué andas con tapujos? ¿de quién es esa carta?

—Mia.

—Lo infiero, pero ¿quién la escribió?

—No ignoras, puro y manso rio, que el honor obliga á veces á ser reservados á los hombres, aun con sus más íntimos.

—Sí, pero tú lo has dicho, tú, Genaro, y yo, somos tres unos que formamos un solo tres. como en la cartilla.

—No puede ser, no me dejo arrastrar por tu suave corriente, Dauro. Punto, pues, si sois mis amigos.

Acabóse de vestir Marcial; se puso un frac y dejó el gaban, con el que habia entrado por la mañana, rodando sobre una silla segun su loable costumbre; se estiró el chaleco, encasquetó el sombrero y salió.

Apenas habia vuelto la espalda, cuando Genaro, que habia observado cuanto habia hecho, y notado que habia dejado olvidada la carta en el gaban, se levantó, corrió á la silla en que estaba, sacó la carta y leyó:

«Querío *Massial*:—La pejiguera de mi tia, no me *eja* ni á sol ni á sombra; pero mañana por la *mañaita*, como que es *sábao* se vá su mercé á *jofifar* la escalera en *ca D. Luardo el meico. Asina poé* verte á las *oce* en la plazuela de los Trapos; tráete algo

que meter bajo los dientes, más que sea un bizcocho de Mallorca, que si tú tienes capricho como *ices* por mí, yo lo tengo por ellos. Abú, real moso. Dios te dé lo que te falta.

SALÚ.»

Apénas concluia Genaro de leer la esquela, cuando se oyeron en la escalera las zancajadas apresuradas de Marcial, que venia subiendo. Volvió Genaro á guardar la esquela en el bolsillo de que la habia sacado, y se sentó gravemente en la mesa, en la que siguió escribiendo.

Entró Marcial con estrépito, acelerada la respiracion, y fijó en sus amigos una mirada escudriñadora.

Viendo á Genaro, que tenia de cara, impasible, se serenó y se dirigió hácia la silla en que estaba su gaban.

Mientras sacaba de la faltriquera la carta cuyo olvido lo habia hecho volver con tanta precipitacion, murmuraba:

—¡Las doce y media! entre estas y las otras he perdido media hora. ¡Inexacto á una cita! es esto poco galante, poco delicado, poco caballeresco y poco juvenil.

Entretanto, Genaro habia hecho una seña á Fabian, ambos se habian salido silenciosamente del cuarto y habian cerrado la puerta por fuera.

—Vamos, jóvenes, abrid, dijo Marcial, no es sazon de bromas, que tengo prisa.

—Si no necesitas *salud*, hombre, que te sobra, dijo Genaro desde el lado de afuera.

—Vamos, vamos, Genaro, zorra sutil, taimada, astuta y socarrona, abre, que me haces mal tercio y comprometes mi formalidad, exactitud, puntualidad y galantería.

—Ya es tarde, Marcial, dijo Fabian, y para poca *salud*, más vale ninguna.

—Fabian, Fabian, traidora y profunda agua mansa, abre, abrid, que me incomodo de veras; no seais los perros del hortelano.

—No hay perros del hortelano; Genaro ha ido á avisar á tu Ariadna que no viene Teseo, pero que no le faltará un Baco.

Al oir esto Marcial, furioso se puso á patear y á dar voces y golpes en la puerta.

Fabian se esquivó, y cuando la patrona acudió al oir el estrépito, y mandó abrir la puerta, por de prisa que corrió Marcial á la plazuela de los Trapos, halló muchos de estos; pero en cuanto á prendas de mas valor, no habia ninguna.

Aquella misma noche decia la alegre Flora á Reina:

—Te contaré una cosa muy graciosa que me ha contado mi hermano, que la sabe por Fabian. Hoy á las doce parece que tu fidelísimo y consecuente apasionado Marcial, tenia una cita amorosa con

una locuela de medio pelo. Lo supieron Genaro y Fabian, lo encerraron, y la linda alhaja de Genaro fué á consolar á la citadora *cursi* de la ausencia de Marcial.

Reina sintió al oir esto tan punzante dolor, y tal movimiento de ira, que se le llenaron los ojos de lágrimas. ¡Qué infamia! exclamó.

—No, mujer, dijo Flora, no seas tan acerva; calaveradas, falta de buenas costumbres, inmoralidad, chavacanerías, pero no exajeres, infamia no.

—¡Ah! y tú no crees infame, vil, criminal y bajo, revolcarse en tales inmundicias, tales lodazales, y luego venir á decirnos que nos quieren? Atreverse á pretender que los amemos, brindarnos un corazon en el que tiene parte una rabanera, es infame, te digo.

—Mujer, repuso Flora con estrañeza, ¿quién habia de haber pensado que te interesases tanto por Marcial, á quien de contínuo estás haciendo burla? Vamos, que no se puede uno fiar de las apariencias masculinas ni femeninas. Si lo hubiese sabido no te lo habria dicho.

—¡Corazon perverso, y costumbres disolutas! es completo, murmuraba Reina.

—¡Quién habia de haber pensado que te interesaba Marcial, Reina!

—Flora por Dios. ¿Quiéres callar?

—¿Prefieres al coronel Astorga que tan enamorado está de tí? es por cierto un buen mozo

—Calla, Flora, es un uniforme metido en un uniforme; cuando me habla, siempre oigo tambores.

—¡Vaya con la delicadita de gusto! vamos, que el predilecto será el marqués de Navia que tu madre recibe tan bien.

—Es un tonto forrado en fátuo.

—Espero que no recaerá la preferencia en Fabian, pues en ese caso preciso seria recurriésemos al verdugo de Salomon.

—No, no, Fabian te quiere á tí, es decir, te quiere todo lo que puede querer un poeta.

—¡Oh! no hay cuidado, hija mia, dijo riéndose Flora, que nos engañamos mútuamente. Si él me prefiere la musa, yo le prefiero un buen novio, como te lo probaré el dia que se presente. ¿Y Genaro?

—Es un mónstruo que abomino, esclamó Reina.

—Vamos, amiga, que el que habla mal de la pera...

—Si esa pera hubiese sido la manzana del paraiso, y yo, Eva, es cierto, Flora, que habria perdido su tiempo la serpiente.

En este momento se acercaron Marcial y Fabian.

—Dígame Vd., le dijo Flora ¿qué se ha hecho de Genaro, que tantos dias ha que no vemos?

—Genaro es un arcano, respondió Marcial; se mete en sí mismo, es decir, está ensimismado. A veces creo que posee el sombrero de Merlin, así como posee su saber y sus picardías.

—Siempre que vamos á casa lo hallamos estudiando, añadió Fabian. Ademas padece, y está de mal humor; le están saliendo las muelas del juicio.

—¿Te han salido á tí, primo? preguntó Reina con mal humor á Marcial.

—Si me saliesen me las arrancaria, contestó éste, que seguia en la ilusion que á las bellas les hacian gracia los calaveras, y perseveraba en tomar por modelo á D. Miguel de Mañara.

—Apuesto, dijo Flora, que Genaro no viene, porque tendrá la cara hinchada y estará feo.

—¡Feo Genaro! exclamó Marcial, ¡oh, qué suposicion! ¡Genaro feo! Genaro, el Antinoo estremeño, el Narciso que se mira en las aguas de la fuente del Abanico! ¡qué suposicion! ¡qué suposicion! Flora, en su vida se la perdona á Vd. el Adonis maquiavelesco. Genaro, como la luna en su menguante, no perderia nada de sus encantos por tener una megilla más abultada que la otra. Predigo á Vd., Flora, que al saber la estraña suposicion de Vd. dejará sus recuerdos amorosos, y pasatiempos estudiosos, para venir á probar á Vd. que su bien parecer, hermosura, bonitura y belleza, están á prueba de bomba y de hinchazones.

—¿A qué dices todo eso, Marcial, dijo Fabian, si las mejillas de Genaro están sin novedad como las patrullas, y sin las menguantes y crecientes de la luna?

—No lo creo, dijo Flora.

—¿Aunque yo lo asegure? preguntó Fabian.

—Aunque lo asegure el obispo. Mientras no me desengañe por mis ojos, he de creer que está hecho, Genaro, un Quijote á la derecha, y un Sancho á la izquierda.

Toda esta disparada conversacion, en la que Flora procuraba evidentemente que volviese Genaro á la tertulia, le fué repetida por sus amigos; él, que no deseaba sino un pretesto para volver en casa de la Marquesa, fué á la noche siguiente. Pero siguiendo la táctica que se habia propuesto, solo saludó á Reina, y se alejó despues de haber trocado algunas bromas con Flora, sobre la dolencia, con la que lo gratificaba.

—No se apresuraria tanto ese presumido de Genaro, dijo Marcial, en vindicarse de algunas de sus muchas picardías, como se apresura en probar que su carita sigue sin novedad en su importante hermosura. Pero, Reina, ¡qué distraida estás! ¡no hay quien te saque una palabra!

—Tengo un humor de ministro de Hacienda.

—¡Ya! ¡como que todos te piden audiencia!

—Y que á nadie quiero darla.

—Ven, Genaro, decia Fabian, ven para que Reina se convenza que no dejabas de venir por desfigurado, como opinaba Flora.

—¿Con que tambien Reina creia que yo no venia por esa causa? Eso es atribuirme un escesivo deseo de parecer bien que no tengo, dijo Genaro.

—Es una suerte, respondió Reina, no abrigar deseos que no siempre son realizables.

Por una de esas casualidades siempre propicias á los amantes, un amigo suyo llamó en ese instante á Marcial, y Genaro ocupó su asiento al lado de Reina.

Ambos hacian heróicos esfuerzos para parecer serenos.

—¿Habeis pensado vuestra respuesta? preguntó Genaro tan bajo, que apenas Reina lo oyó.

—¿Pues qué, contestó esta, acaso no la he dado?

—Aquello no era respuesta, Reina, era un brote de coraje, al ver que habia adivinado que leeríais mi carta. Os decia, que tomáseis tiempo para decidiros, por consiguiente, no podia tomar aquella *tremenda* por una respuesta.

—Pues la *tremenda* era respuesta, ó la respuesta era *tremenda*. No hay otra, que á mí no se me impone tiempo para nada, pero menos que nada, para contestar; una respuesta me ahoga.

—Reina, Reina, por soberbia, por orgullo nos vais á hacer á ambos desgraciados. Pues qué, ¿os placen solo aduladores? ¿No quereis sino rendidos á vuestro desden, y no sabeis apreciar al hombre que se rendirá al amor sí, á la altanería no?

—Pero si no os quiero, contestó Reina en voz trémula.

—¿Y por qué no, Reina?

—Porque no *quiero* quereros, y que yo tambien obedezco á mi voluntad.

—¿Con que es solo porque no quereis, que no me amais?

—Aunque fuese *solo* por eso, ¿os parece poco?

—Me parece mucho, porque la terquedad es un enemigo inatacable.

—¿Con que es terquedad?..... ¡Pues está bien!

—¡En vos, sí, Reina, así como en mí, no es sino la prudencia que está como el ángel, ante la puerta del paraiso, hasta que me abrais.

—Hariais un infierno del paraiso.

—No pensais lo que decís, Reina: cual la frondosa y lozana vid que no se podó jamás, necesitais un sostén, pero de tal fuerza que no lo quebreis: este, vos sola le podeis elegir y graduar su resistencia.

Y despues de un rato de silencio añadió, mientras sus manos temblaban y el pecho de Reina se agitaba:

—Reina, Reina, ¿á qué batallar contra la corriente que nos arrastra, si nos conduce á la felicidad?

Reina calló.

—Decidid nuestra suerte, Reina; en breve seré graduado: parto en seguida para Madrid, y me veis por última vez esta noche si me rechazais.

En este momento se acercó Marcial.

—¿A que me estabas guardando el asiento? le

dijo á Genaro; porque si bien eres un Maquiavelo en capullo, eres tambien un Pílades en flor.

—¿Vuelvo mañana? preguntó Genaro á Reina levantándose.

—No, respondió Reina con vehemencia como despertada por un funesto recuerdo, y olvidando toda delicadeza y recato, añadió con indignacion, ¡no! que mejor emplearéis vuestro tiempo en ir á consolar ausencias de Marcial.

¿Por qué una miserable intriga causaba mas celos á Reina que el suave y puro recuerdo de Lágrimas? Dícese en teoría que no es así, y que los celos son profundos y punzantes, cuando son causados por entes superiores capaces de inspirar sentimientos ideales. No hay tal. Los celos, como todo lo que es *pasion*, tienen su esfera terrestre en que se debaten con otras pasiones cual ellos agitadas y pasajeras. En el cielo, que es la mansion del amor ideal y perfecto, hay gerarquías y ángeles mas cercanos á Dios que otros, y no hay celos.

Genaro al oir á Reina, se habia levantado con aire radiante, y volvia trayendo del brazo á Don Domingo de Osorio.

Cierto es que formaban un bello contraste el elegante y airoso jóven, con su negra y ensortijada cabellera, su porte garboso y suelto, con el despacioso anciano que llevaba sus años y sus canas honrándolas, como el militar sus cicatrices, como el vino su calidad, como la encina sus coposas ramas.

—Don Domingo, le dijo Genaro, ¿no es verdad que ayer tuvo Vd. la bondad de llevarme á las doce y media, segun me tenia ofrecido, en casa de su amigo el señor canónigo C.*** para ver su hermosa coleccion de cuadros? Reina no quiere creerlo.

—Si, por cierto, respondió D. Domingo, ¿y por qué no quiere Reina creerlo?

—Porque afirma que no tengo suficiente paciencia para estar dos horas viendo cuadros.

—Pues se equivoca mi niña, repuso D. Domingo; por cierto que sois muy inteligente. Mucho tiempo estuvo parado delante de una Judit que decia se parecia á tí, Reina.

Reina durante esta conversacion, habia sentido tan intensa alegría, que su cara, habitualmente pálida, se habia puesto rosada como la vida.

—¿Vuelvo mañana? dijo Genaro al entregarle el pañuelo que se le habia caido, con una mirada de ansioso deseo.

Reina afectó no oir.

—Pero por más que Vd. diga, prosiguió D. Domingo, no es de Villavicencio esa Judit.

—Será de Morales, respondió Genaro, y volviéndose á Reina, ¿le gustan á Vd. las pinturas? preguntó, añadiendo solo con el movimiento de los labios y la espresion de los ojos, ¿vuelvo mañana?

—Me gustan, respondió distraida y fatigada Reina.

—¿Desde cuándo acá, niña mia? preguntó D. Domingo, ¿no decias que las odiabas y que te parecian almas en pena?

—Es que á Reina le gustan las almas en pena, observó Genaro.

—¿De dónde sacais eso? preguntó esta.

—De que no me sacais de este purgatorio, Reina, respondió á media voz Genaro, ¿vuelvo mañana?

—Esa Judit es de Alonso Cano á no dudarlo, Genaro, decia D. Domingo.

—Es de la escuela de Murillo evidentemente, D. Domingo, es su colorido; volveré á verla, ¿y acá vuelvo, Reina?

—Decididlo vos.

—No entro en parte alguna donde hallo la puerta cerrada, Reina.

—Pues yo no abro á nadie.

—¿Sabe Vd., Genaro, cuánto daba un inglés por ese cuadro? dijo D. Domingo.

—¿Por qué cuadro? preguntó Marcial.

—Por una Judit que tiene C.*** que se parece á Reina. Daba mil libras.

—Si se parece á Reina vale mil arrobas, repuso Marcial. Si esa Judit fiera, añadió acercándose á Reina, eres tú, la cabeza que lleva del hombre que asesina, será la mia.

—¡La cabeza de Holofernes! exclamó Flora que lo habia oido, soltando una alegre carcajada: ¡qué extraña pretension, Marcial!

—¿Y quién le dice á Vd. que el general de los Asirios no fuése buen mozo? ¿Habia acaso entonces daguerreotipos para que se conserve un tipo exacto, perfecto, auténtico, idéntico y genuino de su físico?

—¿Vuelvo mañana? decia entretanto Genaro á Reina.

—¡Qué terco! contestó esta.

—Terco no, precavido sí.

—¿Te vienes, Genaro? dijo Marcial, que há rato dieron las doce campanadas que marcan el fin de la vuelta del cuadrante.

—Siempre teneis el reloj en la mano como el feísimo viejo que figura el tiempo, dijo Flora.

—En la mano no, repuso Marcial, en la cabeza como la Giralda. Buenas noches, Flora, séaos la noche ligera como os lo son vuestros dias: que descanses, Reina, ¡dichoso el mosquito que te quite el sueño!

—Tengo mosquitero, primo.

—No basta, Reina, murmuró Genaro, es preciso un mosqueador para este enjambre. ¿Cómo estará la puerta mañana?

—Entornada, dijo Flora, nada hay mas pesado en este mundo que una terca, á no ser un porfiado.

Reina puso su pañuelo ante su boca para disimular una sonrisa, la que brilló en sus ojos y no se ocultó á Genaro, que al verla pensó con júbilo: victoria.

CAPITULO XXI.

Fácil es el colegir que con razon cantaba Genaro victoria. Reina se rindió al sentimiento que la dominaba, con toda la postracion del que ha perdido todas sus fuerzas en una larga y sostenida lucha. Este amor vehemente en esa Reina, tan altiva, que tenia á menos todo disimulo, tan intenso en Genaro que se gloriaba de él, no fué en breve secreto para nadie.

La Marquesa antes que todos lo conoció y vió confirmadas sus sospechas. Llamó á su hija, y le hizo sérias reflexiones; le hizo ver las ventajas del enlace que para ella tenia proyectado con el marqués de Navia; le habló de Marcial, de su brillante porvenir y buen carácter; pero nada de cuanto le dijo su madre pudo, ni por un momento, conmover la firmeza de Reina. La Marquesa exasperada

le prohibió el hablar á Genaro, lo que despertando en éste todo su orgullo, movido tanto por este, como por cálculo, al primer desaire que recibió, dejó de ir á la casa.

Pero todo esto pasaba desapercibido de Marcial, el que aunque pretendia ser celoso como un *Petrarca*, se ocupaba tanto de sí, y tenia tan buena fé, que bien podian pasar ante sus ojos carros y carretas sin que en ellos fijase su atencion; así seguia impasible en sus pretensiones con su prima. Fabian, que queria mucho á Marcial, y padecia al ver su obcecacion, determinó disuadirlo de persistir en ella y abrirle los ojos acerca de los amores de Reina y Genaro que nadie ignoraba. Pero si habia una empresa difícil en este mundo era esta, la de persuadir á Marcial que su prima pudiese preferir á otro. Ya hemos dicho que su amor propio lo cegaba en punto á no ser querido de Reina, y su buena fé en punto á que Genaro fuése capaz de hacerle mal tercio.

Una mañana en que habia salido Genaro, y que estaban Marcial y Fabian reunidos en el comedor para almorzar, fué la ocasion qne aprovechó Fabian para su difícil empresa.

—¿Qué quiere Vd. almorzar, señorito? preguntó la criada, que era una lugareña sin desbastar, con sus naguas de bayeta y su castaña.

—No quiero mas que chocolate, respondió Fabian.

—¿Y Vd., señoríto *Parcial?*

—Tráeme dos ó tres posturas del ave doméstica, con otras tantas lonjas de jamon, respondió Marcial.

La criada no se movió, y miró á Marcial con la boca abierta.

—Mira, le dijo éste viendo que no se movia: un predicador muy elocuente que predicaba por primera vez, se le fué el santo al cielo, y se quedó en la misma garbosa facha que tú ostentas. Su padre, que era genovés, se hallaba entre los concurrentes frente al púlpito; viendo á su hijo tan cuajado y tan ojiabierto, como yo te estoy viendo ahora á ti, le dijo á voces: *¿é purqué te paras?* aplica el cuento.

—Señorito, repuso la criada, es que no entiendo á Vd.

—Pues ven acá, fregona no ilustre, ¿no sabes lo que es ave?

—Jesus, si señor, ¿pues no he de saber? y qué es *gracia plena.*

—Ave, en la lengua y sentido en que hablo, quiere decir gallina, ¿estás?

—¡Gallina!!! exclamó la mujer.

—Sí. ¿Sabes tú, desdoro del bello sexo, lo que es postura?

—¡Vaya! pues no he de saber, si era yo la que amasaba en *ca* mi amo.

—Postura es, ¡oh tú! mínimum de los alcances

humanos, lo que se pone. La gallina pone un huevo, ¿no es así?

—Si señor, cuando no están cluecas.

—Pues bien, una postura de gallina que no está clueca como tú, será un huevo, ¿no es así? No te detengas pues *asina* perpendicular, pon en movimiento acelerado tus dos lanchas cañoneras pedestres, que mi estómago no gusta sentirse hueco como tu mollera, ni vacío como tu cráneo.

La criada, que medio entendió, se fué diciendo:

—¿De qué tierra será el señorito Parcial que tiene el habla tan atravesada?

—Oye, Marcial, le dijo Fabian cuando estuvieron solos, yo te quiero sinceramente, porque con todos tus defectos eres honrado, bueno, y tienes un corazon sano y leal.

—Puedes lisongearte, manso Dauro, que te pago, te aprecio, distingo, estimo y protejo. Esto que digo no es caudal de voces, sino riqueza de sentimientos; pero á mí pega el decir que te quiero á pesar de tus defectos: tú podrás decirme á mí, me quieres á pesar de..... mis vicios. Por tí, futuro Melendez, y por Genaro, ese Maquiavelo en ciernes, pasaria por el fuego como una salamandra, y por el agua como una balandra.

—Pues atiende, Marcial, como tu verdadero amigo que soy, me intereso en que no hagas un papel ridículo.

—¿Qué quiere decir que yo no haga un papel ridículo? exclamó Marcial, ¿gradúas tú, inocente, la cosa posible?

—Todos en este mundo podemos alguna vez hacer un papel ridículo: tú como yo, yo como tú.

—¿Yo? vamos, manso rio, tus cristales é ideas están hoy turbios. Hablemos de otra cosa si no quieres que crea que tus aguas quieren tomar hoy una mala direccion, y no seguir su curso apacible. He recibido dinero. ¿Quieres mil reales en calidad de no reintegro? entre amigos.....

—Gracias, hijo mio, no se trata de eso, sino de abrirte los ojos, Marcial, y decirte que estás haciendo un triste papel, y no quiero que lo hagas.

—Padre Dauro, no puede ser por menos, de que hoy en lugar de agua clara murmulle en tu cauce el jugo de la cepa. Y ahora que me acuerdo, Mari Tornes, Mari Tornes!

Viendo que la criada no parecia, Marcial á estilo de fonda se puso á dar golpes con un cuchillo en el vaso.

—Emula del caracol, que cruzas tus brazos y te pones al sol, en lugar de servir á la mesa y copiar á Ganimedes, ¿por qué no vienes cuando se te llama? ¿no tienes esas orejas mayúsculas sino para ponerte en ellas zarcillos cínicamente falsos? ¿no me oias, linterna de malhechor?

—Ya se ve que oia, ¿quién no habia de oir la voz de Vd., señorito, que parece el bombo de la

tropa? pero como no me llamo Mari Tornes, pensé que *asina* se llamaria la vecinita de enfrente, y que la estaria Vd. llamando para saber de las flores que me mandó llevarle su mercé.

—Calla, imprudente Mercurio, más te valiera ser muda que no sorda; anda, fámula inactiva, y tráeme el precioso don de Baco, pero que no sea del de por aquí, sino del de Sanlúcar, manzanilla.

La criada se quedó de nuevo parada.

—¿Qué haces, poste inamovible, *statu quo* humano? ¿por qué no me traes el néctar de Baco?

—Señorito, por amor de María Santísima, hable su mercé claro.

—¿Pues qué, no sabes quién es Baco, incivilizada cortijana?

—No, señor; ¿á la fuerza he de conocer á todo hijo de Cristo?

—Pide vino, le dijo Fabian á la criada.

—¡Acabáramos! murmuró esta al salir.

—¡No saber mitología! dijo Marcial; ¡la cosa más vulgar, más conocida, sabida y manoseada! Bien dice Tiburcio, ese flaco, delgado, demagrado y enteco amigo, que estamos atrasados.

—Marcial, dijo Fabian, te lo he de decir aunque no quieras oirlo. Reina y Genaro se quieren y están de acuerdo; todo el mundo lo ve, lo sabe, estraña tu ceguedad en no conocerlo, y censuran tu pertinacia en persistir en tus pretensiones visiblemente rechazadas.

Marcial se echó á reir.

—Tambien, dijo, me quisieron Vds. hacer creer que se inclinaba Reina á Tiburcio, y que lo llamaba *Antony*, y ella me ha dado despues las más completas satisfacciones, llamándolo *cursi*, *abatido* y *abollado*. Siento que así clasifique á mi amigo; pero su culpa es ¿por qué se metió á competir conmigo?

—Y ¿quieres comparar á Genaro, que es la flor y la nata de la *legion de Hebe*, como tú dices, con ese feo, ordinario, grotesto y necio Tiburcio?

—Es verdad que uno tiene tanto debajo de tierra como el otro encima; pero sin compararlos, te digo que ni el uno ni el otro, ni tú, el más manso de los rios, ni San Quintin, que dió su nombre á una sangrienta batalla, como un rio te lo ha dado á tí, hacen mal tercio á Marcial, ni hay quien usurpe su puesto al hijo de mi Padre.

—Pero ¿Reina, acaso te ha dicho que te quiere? preguntó Fabian.

—No precisamente; pero vamos á ver, Fabian, ¿á tí te puede caber duda que pueda no quererme?

—¿Acaso eres doblon de á ocho, Marcial?

—Soy doblon de á ochenta, padre Dauro.

—Pues hijo mio, Genaro lo será de ciento, porque lo cierto es, que él es el preferido.

—¿Preferido? Vamos, Dauro, hoy en lugar de reflejar tus cristales el cielo sereno, reflejan nubarrones confusos; párate, obcecado, compara; Genaro, es guapo chico, no digo que no, pero su

cara de ochavo segoviano, ¿puédese comparar á la mia de estátua ecuestre?

—Estátua colosal querrás decir.

—Calla, manso rio, hiélate como el Elba, mientras hablo yo... sigamos; Genaro no es tonto, eso no; pero no lucirá como yo en el Senado y en el Congreso, le falta verbosidad y elocuencia, voz y aplomo. Es de buenos pañales, eso sí, pero de casa pobre, y segundon, yo...

—Adelante, Marcial, que sé de memoria tu alcurnia y el estado del caudal que has de heredar; te compondré un drama que se titulará: Marcial con tierra y sin novia.

—Quieres, prosiguió Marcial enfuncionado, comparar su cuerpo *frelo* (1) como tú dices, empeñándote en españolizar voces francesas, con mi estatura, musculatura, mis anchuras, que son las del bello tipo del gladiador, las de un Alcibiades como se ven en el Circo?

—Alcides, rectificó Fabian.

—Alcibiades, afirmó Marcial, el brillante y hermoso discípulo de Sócrates, que es el tipo y modelo que me he propuesto imitar. Lo primero que haré cuando vaya á mi pueblo será cortarle la cola á mi perro; era él, voluptuoso, filósofo y guerrero; haré una variante, seré voluptuoso, filósofo y po-

(1) *Fréle* quiere decir delgado, frágil, quebradizo. Aplícase á los niños delicados y débiles.

lítico; era él galan en Atenas, sóbrio en Esparta, yo seré galan en Sevilla, sóbrio en Badajoz.

—Vamos, Marcial, no te entusiasmes por Alcibiades y contráete. Dando por de contado todas tus ventajas sobre Genaro, nada probará esto, sino que Reina tiene mal gusto, peor eleccion, reflexiona poco y no es interesada; pero no por eso es menos cierto que tienes que cantar con Espronceda:

Lás ilusiones perdidas
Son las hojas desprendidas
Del árbol del corazon.

—No lloro, ni con Espronceda, ni con Jeremías; tú y los demas veis visiones. Tú, manso rio, ostentas á imitacion del golfo de Nápoles una *Fata morgana*, en la que todo se ve al revés: que me prefieran á mí, á Genarilllo, no lo creeria aunque me lo dijese la misma Reina.

—Bien sabia yo, dijo Fabian, que seria difícil el convencerte, y por eso no he querido intentarlo hasta tener una prueba auténtica; pero ya que lo que dijera Reina no pudiese convencerte, ¿tampoco lo logrará lo que la propia Reina escribiese de su puño y letra?

—¿Cómo de su puño y letra? preguntó Marcial bajando el tono.

—Con esta esquela que ha dejado Genaro en un libro que leia.

Marcial arrebató de las manos de Fabian la esquela que habia sacado y leyó:

«¡Genaro, Genaro! no persistas en no venir, si no quieres que me desespere. Ven, de rodillas te lo pido, sufre por amor de mí, el mal gesto de mi Madre; pronto cederá, conoces mi ascendiente sobre ella. Pero si no cediese, no desconfies como me lo dices, que decidida estoy á que me saques por la Iglesia, y á ser tu mujer y tu esclava. Ven esta noche con Marcialote, y mientras este saluda á mi Madre, podrás meter tu respuesta entre los papeles de música.»

—¡Hola! ¡hola! ¡hola! dijo Marcial al terminar la lectura sin dejar de fijar la vista en la esquela, haciendo con la copa que tenia en la mano una libacion á las Euménides; ¡hola! con que mientras yo saludo á la Madre, ¿eh? que la salude el demonio. ¡Pérfido amigo! ¡zorra sutil si las hay! ¡maligna, dañina, traicionera! ¡falsa mujer, ágria y desabrida media naranja! ¡Vaya, vaya! ¡por eso recalcaba tanto el *primo* cuando me nombraba! esto es una traicion, una villanía, una alevosía, una usurpacion en él: en ella un pésimo gusto. ¡Y qué carta! ¡qué carta! ¡es un tapiz, una alfombra, un tapete, un felpudo! ¡esta es la desdeñosa, la vana, la orgullosa y altiva! ¿lo concibes, Fabian?

—Si, dijo Fabian, porque esta es la suerte de todas las altivas; regla general, Marcial, ninguna más sumisa que las altivas en las que un orgullo

personal embota la dignidad mujeril. No hubiese escrito la suave y modesta Lágrimas una carta así; no, la mujer suave y amante, sufre, calla y muere, pero no se degrada, y esa carta es degradante, Marcial, escrita por una mujer como Reina.

—Por supuesto que lo es, exclamó ese; si hubiese sido dirigida á mí, anda con Dios; pero á ese cazurro, á ese trucha; es una pifia, un rasgo de locura humilde, y así conmigo se ha desprestigiado; esa Reina ha bajado de su trono, esa diosa de su Olimpo y esa santa de su altar.

—¿Por fin te has convencido? preguntó Fabian, te lo avisé con tiempo, Marcial, que no te queria, ¿no te acuerdas?

—¿Y lo habia de creer porque tú lo dijeses? ¿tienes patente de infalible, ó diploma de *sábelo todo*?

—Debias haber recordado el dicho francés de que lo cierto puede á veces no ser verosímil.

—No necesito tus testos gavachos para comprender las cosas que pasan por acá; bástame haberme puesto á considerar lo que son las mujeres, sacos de embustes, abismos de caprichos, tipos de estravagancias, conjunto de anomalías, caos de contradicciones, coleccion completa de falsedades, que engañan sin querer, y mienten sin poderlo remediar; culebras, escorpiones, camaleones y basiliscos.

—Pero, vamos á ver, Marcial, cálmate; ¿qué

derecho tienes de culpar á Reina? ¿te ha dado acaso alguna vez esperanzas?

—¿Pues qué, crees, exclamó Marcial, que he vivido sin esperanza como los condenados del Dante?

—Las habrás abrigado de tu propia cosecha, pero no porque ella te las haya dado; es preciso ser justo. ¿Te ha escrito acaso una carta como esta?

—No, pero no era necesaia, porque jamás me ha puesto mi tia mala cara sino el dia que llevé allá á Tiburcio.

—¡Y qué, tu aguardabas otra cosa!

—Aunque asi hubiese sido, de menos nos hizo Dios. Falsos, refalsos, mancomunados en mi daño ¡oh! pero yo me vengaré; la venganza es el placer de los Dioses, como dice San Agustin.

—¡Jesus! ¡Jesus! Marcial, esta cita escede á todas las pifias; si hubiese Santo Oficio te tomarian cuenta.

—Bien, bien, lo dice Hipócrates en sus aforismos; lo mismo tiene, dígalo uno ú otro le daré razon, gozando en vengarme.

—¿Y qué harás, Marcial? sosiégate. ¿Qué puedes hacer? ¿qué harás?

—Retirarla á ella mi amor, á él mi amistad y á ambos mi aprecio. Pero díme, Fabian, ¿no queria ese Heliogábalo amoroso á Lágrimas?

—Sí, pero dice que no hipoteca su corazon.

—¡Linda alhaja! ¿qué filtro, qué talisman, qué

hechizo tiene ese *frelo*, el más *frelo* de los *frelos* despues de Cívico, para hacerse querer de tal suerte? Otelo se hizo querer de Desdemona contándole sus proezas; este solo puede haberlo logrado contándole sus picardías.

—Genaro, dijo Fabian, tiene mérito, talento, saber y gracia; es picante y sobre todo tiene el *no sé qué* que define Balzac asi: un compuesto de talento, buen gusto y deseo de agradar.

—Su *no sé qué*, bien sé yo lo que es, son sus tretas, sus camándulas, sus conchas, sus triquiñuelas, sus trazas, sus amaños, y sobre todo su gramática parda.

—Ahora, Marcial, dijo Fabian, lo que te pido es que no me vayas á comprometer. Lo que he hecho por amistad por tí es lo que debia hacer un verdadero amigo con otro; pero sentiria que Genaro creyese otra cosa, ni que pensára que me quiero entremeter en sus asuntos, cuando mi solo objeto ha sido impedir que se rian de tí.

En ese momento entró Genaro.

—Oye, Genaro, exclamó Marcial apenas lo percibió, ¿tú crees que voy esta noche en casa de mi tia?

—Lo supongo, respondió Genaro.

—Pues te llevas chasco, un gran chasco, un tremendo chasco.

Marcial se echó á reir con unas fingidas risotadas.

—¿Eso es para mí un chasco? preguntó Genaro sin salir de su calma; no entiendo, no comprendo, no me entero y no me impongo (estilo Marcial).

—Tú que todo lo quieres saber, entender, comprender, oler y adivinar, (ambicion *Genarística*); no sabes una cosa que te importa saber.

—¿Y qué cosa? preguntó Genaro.

—Que yo, Marcial, yo, donde aquí me ves, yo el *Marcialote* ex-amigo del *Genarillo*, no he nacido para pantalla.

—¿No? dijo con camastronería Genaro.

—No..... ni para biombo.

—Sea en buen hora. Doy el parabien al viento.

—Ni para cortina, ni para tapadera, ni menos que nada para saludar mamás.

—Pero, ¿á qué me dices eso? con un énfasis, prosopopeya y dignidad, dignas de mejor causa, preguntó Genaro.

—Para que lo sepas, respondió Marcial con las notas mas graves de su voz, saliendo en seguida del cuarto con pasos recios y aire magestuoso.

—¿Qué manía le ha dado? preguntó Genaro á Fabian.

—Por lo visto la de ser trasparente, respondió este.

—¿Habla formal? ¿qué mosca le pica? volvió á preguntar Genaro.

—Paréceme que es la del desengaño.

—¡Ay, ay! repuso Genaro rascándose la oreja, esos picotazos duelen.

—Genaro, Genaro, no has jugado limpio: ¿por qué mantenerlo en su error?

—¿Quién se ha mantenido en el error, sino él mismo? repuso Genaro, él mismo, con el aplomo que Ratel sobre el cuello de su botella; quien se forja engaños tiene que ver desengaños. Además, hijo mio, en este mundo cada uno debe atender á su juego, como Anton Perulero.

—¿Y la pobre Lágrimas, Genaro, esa perla que no has sabido apreciar?

—Es fruta vedada, Fabian, la guarda un Cancerbero, porque representa un capital.

CAPITULO XXII.

AGOSTO, 1848.

A pesar del brusco arranque con que se habia separado Marcial de sus amigos aquella mañana, el que hacia sospechar que su desengaño amoroso lo llevase á colgar las armas de Cupido, y á retirarse al menos por el pronto bajo su tienda como Aquiles, cuando llegó la hora en que solian reunirse para ir á la tertulia, lo vieron llegar sus amigos con un aire que participaba de desdeñoso y de satisfecho.

Se pusieron en camino, precediendo Marcial por la acera á sus dos amigos, talareando la cancion que él mismo habia traducido:

Si el rey me quisiera dar
Madrid su gran villa,

Obligándome á dejar
Por eso á Sevilla.

—La montaña está preñada, dijo Genaro á Fabian.

—Sí, sí, respondió este, el volcan humea. De aquí á dos mil años desenterrarán debajo de su erupcion á Reina y á Genaro, cual á Herculano y Pompeya; os prometo ser vuestro Plinio.

Llegado que hubieron, Marcial se paró á la puerta de la sala, y en lugar de pasar el primero, como tenia de costumbre, se hizo á un lado, y con la finura y etiqueta del mejor tono, con mil atentas cortesías, obligó á sus amigos á pasar por delante. Mientras estos iban á saludar á la Marquesa, Marcial, valido de la franqueza que le daba en la casa su calidad de pariente, se acercó al piano, cargó con todo el rimero de papeles de música, y los puso sobre una silla desocupada que se hallaba en el hueco de la puerta de una ventana no lejos del grupo en que estaba sentada Reina con sus amigas.

—¿Qué es esto, Marcial? dijo ésta. ¿Dónde vas cargado con toda la música? ¿Vas á cantar un solo?

Marcial no respondió, y despues de haber puesto á recaudo los papeles de música, encubridores de la traicion que se le hacia, se dirigió á saludar á su tia.

Aprovechó Reina este instante para llamar á

un criado y mandarle poner los papeles en su lugar; pero Marcial que volvia á su puesto, se abalanzó á ellos como una leona á sus hijuelos, los volvió á colocar en la silla y se sentó encima; de lo que resultó que con su gran estatura parecia un predicador en el púlpito.

Tres cosas se unieron para que al cabo de un rato le fuera faltando la paciencia á Marcial. La primera fué, que estando apartado de los demás no podia alternar en las conversaciones. La segunda era, porque se deshacia en impacientes deseos por tener una esplicacion con su prima, y cerciorarse de una cosa á la que aun no podia resolverse á dar crédito, y si se confirmaba confundir á su prima bajo sus justos cargos, concluyentes argumentos, sensatas reflexiones y merecidas reconvenciones. En fin, la tercera razon era, el hallarse cansado en una posicion muy incómoda; pero tampoco queria de modo alguno, dejar la importante custodia de los papeles de música.

—Oye, *enjuaga vasos*, le dijo á un criado que pasaba llevando unos candeleros á una mesa de tresillo, llama de mi parte al señorito D. Fabian.

Fabian acudió á la cita.

—¿Eres mi amigo? le preguntó Marcial solemnemente.

—Hombre, ¿puedes dudarlo? respondió Fabian.

—¿Me quieres dar una prueba de ello en una de las circunstancias mas apuradas de mi vida?

—Te daré todas las que me pidas, Marcial.

—Sabes, amigo perfecto, reverso de la medalla de otros, lo que ha pasado esta mañana, el cúmulo de perfidias negras, que han salido á mi vista de su antro, cueva, gruta y caverna.

—Marcial, te he dicho ya que te ofuscas, y que no tienes derecho á quejarte.

—Tengo derecho, repuso cada vez mas grave Marcial, á desbaratar sus planes como ellos han desbaratado los mios. ¿Quieren guerra? pues guerra habrá.

Si quereis sangre,
Sangre tendremos,
La verterémos
Y sangre habrá;
Pero mezclada
Con sangre nuestra,
Vereis la vuestra
Cual correrá.

—¡Marcial! ¡Marcial! por Dios, deja esos recuerdos de los tiempos bárbaros de la poesía y pasiones políticas; me horripila oirte.

—Tienes razon, ¡oh! manso y poético Dauro: ¡oh! tú, que eres una de las plumas del Fénix español resucitante; pero esto no quita que tenga derecho á desbaratar planes usurpatorios de mis derechos anteriores, incontestables, indisputables y fundamentales.

—¿Y qué intentas, Marcial? preguntó Fabian con alguna inquietud, ¿me quieres comprometer en tus intentos que no apruebo?

—No, no hay compromiso.

—¿Pues qué exijes de mí? ¿qué quieres que haga?

—Exijo, respondió Marcial con su voz mas campanuda, que te sientes aquí.

Fabian entre rabia y risa le volvió la espalda.

—¡Ingrato rio! le gritó Marcial, al que en su impaciencia se le olvidó el *manso* y el *Dauro*; yo me hubiese sentado por tí, aunque hubiese sido en las astas de una res vacuna.

Por suerte de Marcial acertó á abrirse en este instante la puerta de la sala y apareció la larga, angosta y triste figura de Tiburcio.

—¡Cívico! exclamó regocijado Marcial.

Tiburcio despues de saludar, se acercó á Marcial.

—¿Es Vd. mi amigo?

—La *amishtad* avanza en mi *corazzzon* como *lash ideash* en mi *cabezzza*, respondió el Villamarino.

—¿Me quiere Vd. dar una prueba de ello?

—*Sherá* un *desheo realizzzado*.

—¿No me lo negará Vd. como lo ha hecho Fabian, ese manso Leteo que olvida sus promesas?

—Nada debe negar el hombre al hombre.

—Apruebo la idea ampliándola á la mujer; ¿con que estás dispuesto?

—A todo.

—Pues siéntese Vd. aquí, dijo Marcial encaramando á Cívico sobre los papeles de música, el que quedó en su puesto aislado formando un cuadro vivo y masculino de Dido abandonada.

—Parece que has cedido la presidencia, *primo,* dijo Reina á Marcial, al verlo plantarse delante de ella con los brazos cruzados.

—No recalques tanto el *primo*, Reina, arbitraria é ingrata, que no lo soy tanto como á tí te parece.

—Quisiera que lo fueras aun menos, para que no te atrevieses á tomar esos aires importantes tan ridículos como chocantes.

—¡No lo hubiese creido!.... exclamó Marcial.

—¿El qué?

—No lo hubiese pensado.

—¿Qué cosa?

—¡No lo hubiese imaginado!

—¿Qué maravilla? ¿qué fenómeno? ¿qué asombro?

—Que no me quieras, cuando veinte mil veces te he dicho que te quiero.

—Pues mira, Marcial, las diez y nueve mil novecientas noventa y nueve estaban de mas, desde que la primera te dije qne te fueses con la música á otra parte; lo que no has hecho hasta esta noche.

—¿Y por qué tal dijistes? ¿por qué no me quieres, prima ingrata y de mal gusto?

—Mira, Marcial:

El por qué no te quiero,
Eso no lo sé:
Pero que no te quiero,
Eso sí lo sé.

—¿Sabes, mujer hermosa, pero poco reflexiva (como dice la zorra al busto) que tu madre me hubiese llamado yerno á boca llena?

—¡Fátuo! la gloria hubiese sido la tuya al llamar á mi hermosa madre suegra.

—No digo que no; lo uno no quita lo otro. ¿Pero de veras, Reina caprichosa, y sin mas consejeros de la *corona* que esa Flora (que no puede ser consejera sino de la *guirnalda*) amas á ese taimadísimo de Genaro, á ese mal amante y peor amigo?

—¿Quién te ha dicho eso? preguntó Reina mortificada.

—Yo que lo sé.

—Pues sabes mal eso, como otras muchas cosas.

—Sé, y *muy bien,* y de *buena tinta*, repuso Marcial con retintin, que el *primo*, el *Marcialote*, debia servir esta noche de pantalla para esconder cierta esquelita entre los papeles de música; pero... pero no engaña el que quiere á *Marcialote.* Ya ves como he sabido desbaratar vuestros planes. Los papeles de música bien guardados están si no bajo de llave, bajo de peso. Arias, duos, coros, todos están bajo la inspeccion de la policía y sujetos á una activa vigilancia.

—Ya sabíamos que os preciábais de poco filar-

mónico, dijo Flora, pero no sabíamos á qué punto habíais declarado la guerra á la música. Al principio pensábamos la poníais asi en prensa, con el fin de sacar aceite de música para dar suavidad y gusto al oido; pero vemos que pasa la pobre de la opresion de Herodes á la de Pilatos sin razon, y sin mas resultado que salir del aprieto que sufren los alegros tornados en plegarias, los coros en misereres, y los walses de Strauss en lamentaciones. Santa Cecilia va á dejar de cantar, y se va á poner á llorar, Marcial.

—La música es poco callada para servir de confidenta y hacer buenos oficios, contestó éste; pégale esto mejor á *la diosa de las flores;* pero no de aquellas que tienen la suave miel en su seno, sino de las que bajo su bella apariencia, encierran sutil veneno, como la *belladona* y comparsa.

—Marcial, os advierto que Cívico va á absorber tanta armonía, que va á prorumpir en un furibundo recitado en honor á *monchu* Cabet, como dice Fabian.

—Pues esta noche no se va á Icaria, ni se mueve de ahí por mas que Vd. lo procure y otros lo deseen. Nada; esta noche no hay *estafeta*, contentarse han con *telégrafo*. La venganza es el placer de los dioses, como dice Hipócrates ó Sócrates, lo mismo dá.

—Marcial, dijo Flora con toda la zumba y la chuscada andaluza; publicad indulto, proclamad

amnistía, librad de fiera opresion á las arias, duos, walses, injustamente acusados de complicidad en una traicion, y arbitrariamente puestos en un estado de sitio de nueva invencion. Ved, añadió alzando una esquina bordada de su pañuelo y enseñándole el pico de una esquela, y convenceos de que ese pobre Cívico pierde ahora sus esfuerzos en mantener su equilibrio personal, como lo pierde en otras ocasiones en querer destruir el social, segun dice Fabian.

—Flora, Flora, exclamó furioso Marcial, sabed que un imprudente amigo es peor que un enemigo. Te pierdo, añadió volviéndose á Reina, lo veo, lo noto, lo percibo y lo conozco; pero en cambio, tú me pierdes á mí, así en el pecado llevas la penitencia. ¡Perder, rechazar, desapreciar y rehusar un partido como yo!

—Si *partido* abultas tanto, ¿qué seria entero? Marcial.

—Ya, ya, por eso me nombras indecorosamente Marcialote. Ya, ya, como te gustan los *frelos*. Prima, sépaste que nunca por mucho trigo hubo mal año. ¿Te has parado, prima, en considerar lo que pierdes? ¡Un partido como yo, tan ilustre!

—Mas es el obispo que es ilustrísimo.

—¡Inmediato á una grandeza!

—Que yo para mí no deseo.

—¡Con derechos á un ducado!

—Y ningunos á mí, así no seas pesado. ¿Será

preciso inocularte el no como la vacuna con bisturí?

—¡Con tan pingüe caudal!!!

—Y otro mejor de voces.

—¡Con tantos molinos!

—Y todas sus moliendas.

—¡Con tantas dehesas!

—Y todos sus pelos.

—Te retiro mi amor, mi afecto, mi cariño, mi admiracion y mis simpatías.

—No se me conocerá en la cara.

—Adios, pues, tú, que has llevado la ingratitud y sequedad hasta lo fabuloso, portentoso y fenomenal. ¡Adios, hasta nunca!

—¡Jamás amen! dijo Reina; anda, releva á Tiburcio, al menos que el estar ahí, como lo has puesto, no sea un nuevo método de enseñar música de tu invencion. Cívico, añadió, mientras iba Marcial con pasos ajigantados á coger su sombrero para irse, ¿le gusta á Vd. la *música*?

—¡Oh! *Shi Sheñora*; pero solo la española; en Francia es nula.

—Pues y Auber, Adam, Halevy, Harold, Berlioz, F. David, dijo Fabian.

—¡Ah! ¡bah! ¡fárrago! respondió Tiburcio con un desprecio de pseudo ilustrado; primo hermano del que brilla en el millonario soez.

—Pues, ¿y la italiana? dijo Reina.

—Esh sholo *cantábile*.

—¿Y la alemana? exclamó Flora que era muy música.

—*Sh*olo *she* puede oir en los wal*shes* de *Straush*. No hay ma*sh* mú*shica* que la *esh*pañola. Mi amigo el maestro Arpegio ha compu*eshto* una ópera, que reune todosh los *dhotes* del genio univershal.

—Nunca he oido nombrar á semejante maestro, dijo Reina.

—¡Ya! ¡qué quiere *ush*ted! ¡como *esh esh*pañol! Es su ópera una obra ma*eshtra*, y puede *ushted* creerme, pu*eshto*, añadió poniendo gravemente su largo dedo sobre una oreja de iguales dimensiones, que *losh* dem*ash* tienen ore*jash*, pero yo..... tengo oido.

En este momento Marcial llamó á Tiburcio.

—Venga Vd., le dijo, ya no es necesaria la vigilancia, lo que se quiere evitar es un hecho consumado. Vamos á la plaza del Duque, á gozar de la naturaleza y á hablar de política, que es lo que importa: las mujeres son indignas, indignísimas de ocupar nuestra atencion varonil. Si no fuéra porque quiero ser diputado, me iba ahora mismo á la Trapa para no ver ninguna en toda mi vida. Si hacen presidenta del Congreso á una mujer (que todo podrá suceder si triunfa la mujer emancipada como usted quiere), dimitiré mi cargo de diputado. Ojalá reinase en España un Faraon que dispusiese para las recien nacidas hembras lo que el de Egipto dispuso para los recien nacidos varones. ¡Qué compuesto de gato, serpiente y urraca maligna! ¡qué

inclinacion, instinto, querencia y simpatía tienen por todo lo malo, todo lo peor! ¿Hay que escoger entre dos cosas, ó hombres? De fijo escogen al peor, ¿Hay que hacer mal tercio á alguno? Ahí están ellas mas listas que una sabandija. ¿Hay que mentir, engañar, disimular? Ahí están ellas. ¿Hay que hacer burla ó escarnio? Ahí están ellas. Se equivoca la Escritura; semejantes bichos perversos no salieron de la honrada costilla de un hombre; esa costilla la cambió con disimulo Lucifer por una de las suyas. ¡Qué cuentos contra la dignidad de los hombres políticos inventan! ¡aturde! ¡Qué traiciones fraguan en un santiamen, contra un hombre honrado! ¡pasma! y nosotros siempre como papanatas con la boca abierta delante de ellas, y bailándoles el agua delante. ¿Habrá zoquetes como los que vestimos por los pies? Basta ya por mi parte; es preciso poner coto á su ilimitada tiranía, locos caprichos, y tercas voluntariedades. Desde ahora hago un proyecto de ley para presentar á las Córtes contra los derechos.....

—¿Los derechos de qué? exclamó Tiburcio horripilado, horrorizado, indignado, parándose é irguiéndose enmedio de la plaza, en que apareció á la luz de la luna como el mas derecho de los derechos.

—Contra los derechos de las mujeres, contestó á gritos Marcial. Quiero que se les suprima el de rehusar á un hombre por cónyuge, cuando este

traiga al matrimonio todas las condiciones materiales, corporales y espirituales que constituyen un marido perfecto; es decir, clase y dinero, salud y buen parecer, cualidades y capacidad.

Despues que largo rato aun hubo desfogado Marcial con estos y semejantes discursos su incomodidad, le dijo Tiburcio.

—*Esh*toy muy apurado, amigo Marcial, porque mi Madre, *esha shan*ta varona, me *esh*cribe que me vuelva al *deteshtable* vi*lllor*ro de Vi*lll*amar donde ví la luzzz del dia, y me*shi*tia por hambre para forzzarme á *she*pultarme en vida como una *vestal.*

—¿Y no os quedais por falta de peculio? dijo Marcial, pues venid mañana á casa, lo tengo fresco, os prestaré seis onzas.

—Agrade*shc*o esa prueba de am*ish*tad, *osh* daré recibo.

—Yo no tomo papeles de mis amigos, respondió Marcial.

Efectivamente, Tiburcio habia recibido pocos dias antes la siguiente epístola:

Carta de Tiburcia á Tiburcio.

«¿Te piensas tú, rapaz, que mi tiu Bartulumé me dejó buenos cuartos para que lus jastes tú, viviendo con la fantesía de un marqués, mientras nusotrus trabajamus tudus comu mulus? Es verdad. Non

es esu razon; asin pues, fillo do demu, me alejaré que recibas esta con prefeuta salud, y que cun la misma te muntes en el mulu del tio Blas el arrieru y ti plantes aquí en un decir Jesus; pues si asin no lu haces á fe de Tiburcia que me plante yu en Sevilla y ante justicia, y saque de tus *jarras* y de las de tu padre; los cuartus que me dejú mi tiu Bartulumé, es verdad.»

No habiendo surtido esa carta el deseado efecto mediante la marea alta que el préstamo de Marcial causó en la bolsa de Tiburcio, la alcaldesa que sabia cumplir lo que prometia, se puso en marcha, sin atender á los ruegos y representaciones del alcalde, que de corage tiró la vara.

Vióse, pues, al tercer dia una brillante cabalgata, atravesar las calles de Sevilla. Sobre un mulo que se habia desarrollado en colosales proporciones, como planta criada en un invernáculo, estaba sujeta con buenas cinchas una albarda de una tercia de espesor, sobre la cual se abrian y cruzaban los brazos robustos de unas jamugas para recibir el abultado torso de la señora alcaldesa de Villamar, empingorotada aun por algunas almohadas. Estas, abrumadas por un peso inusitado, erizaban y abrian sus faralares furiosamente almidonados, como abre el pavo su cola cuando se le inquieta. El mulo levantaba de cuando en cuando una oreja, y luego la otra, y luego las dos á la par, como si quisiera demostrar, que una y una hacen dos. Algunos arrie-

ros montados sobre mulos pequeños ó burros, figuraban á lo vivo los satélites de aquel astro proeminente, y lo rodeaban con toda clase de atenciones y de obsequiosos: *¡arre mula, so! animal, maldito sea tu pelo.* Ni una reina en su trono se hallaba mas satisfecha que lo estaba la seña Tiburcia en el suyo con la córte que la rodeaba.

Vestia nuestra heroina con añejas reminiscencias de su pais, trayendo un pañuelo encarnado liado al rededor de su cabeza, cuyos dos picos anudados formaban un tremendo roseton sobre su sien izquierda.

Tenia puestos unos grandes y toscos zarcillos de filigrana de plata gallega. Una cinta de terciopelo negra, de la que pendia una cruz, rodeaba su cuello, que no hubiera podido un poeta moderno entusiasta de lo *esbelto,* de lo largo y angosto, comparar no diremos á un cuello de cisne, pero ni de pato. Pendian desde su cintura en compuestos y adecuados pliegues unas enaguas cuyos colorines parecian una cáfila de muchachos saliendo de la escuela, en lo vivos, chillones y contrapuestos, pero no cubrian los magnos pies que solo besaban; estos con la mayor despreocupacion se empingorotaban en competencia de las orejas del mulo, y parecian preguntar con arrogancia al que se acercaba demasiado, si deseaba conocer á lo que sabia un puntapié gallego. Las dos manos de la alcaldesa que como recordará el lector, era una enemiga acérrima de

los guantes, se apoyaban en su inocente desnudez primitiva, sobre los remates de los palos de sus jamugas, como la garra de un leon sobre un globo. De esta manera, fuerte con su valor y con su mulo, atravesó la señá Tiburcia las calles de Triana y de Sevilla, preguntó si los Humeros eran el Alcázar, el café de la Campana la Lonja, y San Andrés la Catedral, y llegó cerca de la plazuela de la Pava, donde vivia su hijo.

Al oir el tropel de las bestias asomó Tiburcio por la reja del cuartucho bajo y húmedo en que vivia sus largas narices, y dejamos á la consideracion del lector su estupefaccion cuando se dió con las de su madre.

—Aquí me entru aunque no llueva, dijo entrando en la casa marcialmente la señá Tiburcia. Soy la madre de ese rapaz, para servir á Dios y á Vd., y le vengu á ponere las peras á cuartu.

La buena alcaldesa venia tan de mano armada, tan decidida á acudir á los tribunales, si su hijo no accedia á volverse con ella á Villamar, que este atolondrado por las ruidosas amenazas de su madre, y obligado por las circunstancias, partió con ella al dia siguiente, renegando de la que era basta autora de sus dias, y cruel autora de sus conflictos.

CAPITULO XXIII.

AGOSTO, 1848.

A poco Lágrimas escribió á Reina esta carta.

«No te he escrito antes, Reina mia, por dos razones; la una, porque estoy tan débil, que la pluma pesa en mis manos como una espada en la mano de un niño, y se retrae de servirme, como si hasta ella se negase á proporcionarme un consuelo. La segunda causa es, el que no me estimula á escribir el convencimiento de causarte un placer. No te doy quejas, Reina; las quejas son exijencias disimuladas; quiéreme á tu manera, yo te querré á la mia. ¿Consistirá esta diferencia en el querer nuestro, en que la tristeza es mas tierna que la alegría? ¿en qué el sufrir ablanda el corazon y el gozar lo enfria?

»Esto es natural y sencillo; tambien puede que consista en que cada uno es querido segun merece serlo. Sea lo que fuere, doy cuanto puedo y me contento con lo que recibo.

»Decia Fabian:

»Puédese estender á mas,
Que no hablo de temor,
Porque no tengas dolor
Del mismo que tú me das (1).

»Voy escribiéndote esta carta á ratos; así será incoherente, pero siempre triste, porque todos mis ratos y momentos lo son... No me culpes por eso; no sé fingir, pero menos que nada la alegría que no conozco. Ojalá hubiese podido aprenderla de esa Flora á quien Dios se la ha dado como los padres dan premios á sus hijos cuando son buenos.

»Poco tengo que decirte; no veo, ni puedo ver á nadie porque no salgo de mi cuarto. El otro dia, viendo la criada, que es muy desabrida, que apenas podia respirar y que me estaba ahogando, creo le dí lástima y se empeñó en que subiésemos á la torre para ver si el aire puro me hacia bien, y la hermosa vista me esparcia.

»No puede subir hasta lo alto, porque las casas de Cádiz, que están labradas á todo coste, tienen hermosas y elevadísimas torres, pero subí lo bas-

(1) Gregorio Silvestre.

tante para disfrutar de la vista. Es esta hermosa, ¡pero qué triste! mar, y siempre mar, Reina, la cual es tan monótona como una pena que no tuviese ni remedio ni olvido. Los barcos anclados en la bahía, me parecian todos féretros que llevan su cruz para ponerla sobre la tierra luego que fuesen enterrados. Veíase en lontananza muchos pueblecitos al borde del mar, tan blancos que parecian de lejos rebaños que bajaban á beber á un lago.

»La mar aquel dia estaba en calma, como dicen, el sol le daba brillo, como en pequeño una luz á un brillante. Pero, Reina, no creas que cuando está en calma la mar es por serenidad; es porque duerme; y aun entonces no está sosegada, porque ni el sueño tiene tranquilo, y su respiracion se agita incesantemente. ¡Qué árida deja la tierra que pisa! ¡qué muerta! cubiertos de sal, como la maldicion de la Biblia, deja los lugares por que pasa!

»Una cosa hermosa hay en Cádiz, Reina, y es su faro. El faro lo inventó alguno que pasó una tempestad en la mar, como la que nosotros sufrimos. Los faros son, Reina, una estrella del cielo que la caridad trajo á la tierra. Cuando lo miro, Reina, y lo veo tan grave y tan triste, pienso, que es por los naufragios que habrá visto, sin poder remediarlos, puesto que no puede hacer otra cosa que vigilar y avisar el peligro; porque él, así como todo socorro humano, tiene un poder limitado: solo el de Dios es infinito y todopoderoso.

»Si yo fuese rica, y pudiese disponer de lo mio, dejaria mi caudal para la creacion de un faro. En su interior habria una capilla en que orasen fieles al Señor por los infelices que están en la mar, para que tuviesen á la vez ambos auxilios.

»¿Te cansa tanto el leer esta carta como á mí el escribirla, Reina mia? Bien veo cuan opuesta y cuan hostil sigues con *él*, puesto que apenas me le nombras, sabiendo el inmenso placer que en ello me hubieses dado, y debiendo estar persuadida que es mi único consuelo en una ausencia que hace de mi vida un suplicio. Si él me quisiese, como yo creia que se debia querer, se deberia haber bajado á tí para suplicarte me dijeses en su nombre siquiera que no me olvidaba. ¡Cuánto me habeis hecho sufrir con vuestra contraposicion, sin que la amistad en la una, ni el amor en el otro hiciesen por mí el leve sacrificio de haceros ceder en nada, ni en mi presencia entonces, ni en mi ausencia ahora!

»El médico dice que me aliviaria el salir de Cádiz; pero por mas que se lo repite á mi Padre, éste no dice que sí, ni que no. A mí me es indiferente; deseo tanto una sola cosa que no me quedan fuerzas para desear otra alguna; esa cosa, Reina mia, es veros.

»Ha pasado el Equinoccio bramando y dando á Cádiz el espectáculo de una lucha de fieras entre el mar y el huracan. ¡Qué mala estuve entonces, Rei-

na mia! Estamos ahora en la canícula, y tú estarás sentada en el patio entre flores como su Reina. Me parece verte y *cuanto te rodea*, y muchas veces cierro los ojos para que nada me distraiga de esta contemplacion, como hago cuando rezo. Aquí lo que hay son unos furiosos levantes que me hacen mucho mal. Los levantes aquí son las tempestades de verano, que en lugar de aguaceros, espenden arena y polvo abrasador con el que agostan la tierra. Esto prueba, Reina mia, que para la naturaleza como para el corazon, no hay estacion bonancible. Cual si quisiesen firmar por mí, ya ves, como han caido aquí mis

LÁGRIMAS.»

Esta pobre carta, escrita con tanta ternura y melancolía, no le fué agradable á Reina que la guardó y no se la enseñó á nadie. No obstante, algun tiempo despues contestó á su amiga en estos términos:

»Si allá tienes levantes, aquí tenemos solanos y recalmones, mi querida Lágrimas; así no te hagas ilusiones de que en parte alguna esté el paraiso. La esperanza dora el porvenir, la memoria poetiza lo pasado, solo lo presente no tiene abogado; así la razon debe poner las cosas en su verdadera luz para vivir tranquila, la razon en un carácter dócil y suave como el tuyo debe ser todopoderosa; no ansies, mi querida Lágrimas, por lo que la suerte

te niega, lo que contribuye á que no se restablezca tu salud. Acuérdate del refran de Flora: *olvidar es lo mejor;* y ten presente que *el olvido es un bálsamo y el recuerdo un corrosivo.*

»Quisiera distraerte con mi carta, y que no reanimase ella ideas que tu Padre reprueba, así nada tocaré, hija mia, que con ellas se roce, porque deseo con ánsia saber que estás buena de salud y tranquila de espíritu.

»¿Es posible que no puedas ni quieras dejarte de ocupar tan angustiosamente de esa mar que otros hallan tan bella? Rodea á Cádiz como una amiga, que la hace rica y le comunica su actividad; le acaricia con sus brisas la frente, le arrulla el sueño con el murmullo de sus olas, y le brinda su sabrosa pesca. Descarga la mar á los rios de sus crecientes, que si no nos inundarian, mece á los barcos como una madre á sus hijos entre sus brazos, les abre sendas, y si hay algun escollo, lo azota como para quitárselo de delante. Si en sus lides con el huracan se halla un barco, ella lo sostiene cuando aquel quiere derribarlo: así no lo mires solo por su pavorosa faz. ¿Sabes el secreto que crees tú guarda la mar en su seno? Flora lo sabe y me encarga que te lo diga; son perlas como tú, corales como ella y ámbar como yo.

»Te daré algunos pormenores de lo que aquí pasa para distraerte. Marcial y yo hemos reñido de fuerte y feo. Se ha retirado de casa como por allá

dicen que se retira el mar en la baja de las mareas vivas; solo, hija mia, que no ha dejado para memoria, como ella hace, un solo grano de sal. Me amenazó con desterrar de su cabeza toda ilusion y simpatía por mí; como me es perfectamente igual que tenga en su cabeza ilusiones por mí ó garbanzos tostados, no me aterró la amenaza. Se ha recibido de abogado y ha marchado á su pueblo en el que dicen se van á repicar las campanas á su llegada, y habrá funcion de novillos de un año. Flora y Fabian pasan su vida como aquellos pajaritos moscas de América de los que se dice son tan ligeros que los sostiene el aire, por lo que no tienen piececitos para posarse y pasan su vida cerniéndose en la fragancia de las flores.

»En cuanto á Cívico, ha desaparecido de entre los vivos; pasó ese triste *cursi* como un meteoro sin luz, un trueno sin ruido. Marcial es regular lo haya sentido y llorado como un hormigon á su raton Perez. Dicen que vino la alcaldesa de Villamar á buscar á su hijo prófugo. Fabian que la vió, asegura que parecia la mujer del coloso de Rodas montada en el caballo Troyano. Se llevó esta respetable autoridad maternal y municipal á su hijo metido en un canuto de caña; llevaba éste de bagaje (todas noticias de Fabian) la noble ambicion alicaida; las ilusiones marchitas y secas como flores cordiales; el panal que destila la miel poética, exprimido y hecho un cerillo, la independencia en la frente, el

desden en los ojos, el socialismo en la nariz. ¡Cuanta tontería, hija mia! pero Flora me va dictando, y mi fin es distraerte un rato.

»D. Domingo siempre te está recordando con un cariño tan verdadero, que ni que fueses Carlota Quinta. Flora te abraza como tu más verdadera amiga, mi Madre como una Madre, y yo como una hermana.

»REINA.

»P. D.—A tu Padre que lo pase mal.»

Antes de marchar Marcial, habia recibido la siguiente interesante epístola de Tiburcio.

Tiburcio á Marcial.

»Querido amigo:

»Solo la filosofía, puede dar conformidad á la persona que no sea un autómata para vegetar como yo lo hago en este detestable villorio. El hombre que siente su *valer* y está condenado como yo á la inaccion, es un torrente que se quiere sujetar y que al fin rompe sus diques abriéndose paso por donde puede, un leon que destrozará sus redes, un águila que despedazará su jaula. Soy como otros muchos una víctima del viciado órden social que nos oprime. Pero ú ocuparé en mi pais el lugar que

me corresponde, ó no ocuparé ninguno; no degrado mis facultades ni transijo sobre el puesto que la conciencia de mi valer me asigna. O César, ó cesar, esta es la divisa del hombre que siente su dignidad y su fuerza. Mediante la propagacion de las luces del siglo, se ha aumentado considerablemente el número de los *hombres superiores*. Déles el Gobierno su puesto, ó sino no se meta á legislador. Esto lo digo por si fuese Vd., como es natural, elegido diputado, haga esto presente en las córtes. Para los mandos se deben elegir hombres de conciencia y de cabeza. Hablando de cabeza, agradeceria me mandase un sombrero republicano; son los más *fashionables* y los únicos que gasta este su más amigo y más desterrado que muere de *spleen* (splin).

T. Civico de Muñeira.»

Lector de las Batuecas, mi amigo, por razon natural tú no sabes qué es fashionable, (que se pronuncia *fachenable*). Consuélate con saber que conocemos á más de cuatro *pseudos* que usan muchísimo esta intrusa voz y no lo saben tampoco, así es que la suelen aplicar á la manera que guisó un amigo nuestro de tierra adentro unas ostras que le mandaron de un puerto de mar; y fué con las conchas, y en arroz como las almejas. Te lo vamos á esplicar, no sea que te suceda como á otro amigo

nuestro que estuvo tres dias buscando en el Diccionario de la Academia la palabra *pot pourri*.

La *fashion* es una palabra inglesa que equivale al *bon ton* francés que tambien nos hemos apropiado españolizándola y diciendo *buen tono*. En nuestra lengua, no hay, que sepamos, palabra que equivalga á estas. De esto deducen los *pseudos*, que la cosa no existe ni ha existido en España; (cosas de los *pseudos*), y que la lengua española es anterior con mucho á la creacion de las lenguas de la torre de Babel.

Tú y nosotros que no somos ilustrados, que ayunamos á mucha honra y rezamos la oracion sin cuidarnos que nos digan hipócritas, juzgamos que si no se inventaron esas palabras fué porque no se necesitaron; y es porque aquí al decir con Lope y Calderon *señora y caballero*, se decia todo lo que se puede decir, se ensalzaba cuanto es dable, lo fino, lo noble, lo elegante y distinguido, por ser tan anejo á aquellas denominaciones, que hubiese sido un pleonasmo decir *señora fina y elegante*, *caballero noble y distinguido*. Hoy dia la cosa ha mudado. Cada cuál se dice á sí mismo caballero, aunque no siempre lo prueba; y eso de caballero, más vale probarlo que no decirlo. Es verdad tambien que por lo visto basta hoy dia ser honrado, valiente, y vestir frac para tenerse por *caballero*. En cuanto á *señora*, es ya voz genérica del sexo femenino.

Ahora, pues, lector, figúrate unas magníficas

ruinas, las del Partenon, por ejemplo, y que sobre ellas labrasen los modernos atenienses y con sus fragmentos un *cottage* inglés, un Kiosque, un Belvedere, pues así nosotros sobre las ruinas del señorío y caballerismo labramos el *cottage fashion*, el Kiosque *bon ton*, el Belvedere *elegancia*. Ahí tienes.

Comprenderás que conservarán estos su aire estranjero. ¿Por qué, pues, no reedificar el edificio ya que tenemos los materiales y el modelo?

Lo fashionable, como lo entiende su padre que le dió el ser, Albion, es la finura, delicadeza y distincion en las personas y cosas; no tiene más regla que el buen gusto, y es su severidad é intolerancia su única fuerza. Se emancipa de todo poder como reina arbitraria, aun al de la brillante y preponderante aristocracia inglesa, y así declaró ser de los suyos el Rey George IV, y espulsó al Rey Guillermo IV, su sucesor, porque la fashion no es un vestido de tisú, es un vestido de olan con la blancura de la reciente nieve que una arruga desluce, que una mancha, aunque sea de agua, desdora.

Admiramos su fashion en los ingleses, como admiramos todo lo que es delicado y distinguido, por que al fin tiende á elevar la naturaleza humana. Pero debemos reconocer es hija, y por lo tanto adecuada á su carácter. La índole de los ingleses es naturalmente áspera; su finura, que está muy lejos de ser espontánea, necesita un severo dictador, y ellos se lo han sabido dar con las reglas de

la fashion, cuya minuciosidad y trivialidad son á veces altamente ridículas en una sociedad que se precia de grave, y en hombres tan superiores.

Cada cosa en su lugar propio y adecuado.

Eso de un rasero para todos, es un contrasentido, querido lector. ¿A quién le cabe en las mientes de vestir á John Bull, á Mayeux, que es jorobado (1), y á D. Quijote con el mismo gaban?

Ahora bien, aplicar la voz fashion, ese suave perfume, ese soplo inasible, esa guirnalda de rosas que oprime más que una de hierro, ese Fénix de quien todos hablan y pocos han visto, á un horroroso sombrero republicano, ¿no es (tal como lo pusimos en un ejemplo materialote), no saber sacar la delicada ostra de su concha, y guisarla como la tosca almeja?

Otra: el spleen, que es mal de ricos y felices (á la manera que se entiende en el mundo la felicidad), es el hastío de la abundancia, la inercia del que no sabe que apetecer, y ansía por desear, como otros por ver cumplidos sus deseos, aplicar esto á una superabundancia de deseos, á un berrenchin causado por la envidia, la soberbia unida á la incapacidad, la impotencia y la ignorancia; ¿qué te parece? ¿confundir los efectos del hambre canina y del empalago? cosas de pseudos.

(1) Mayeux, es un feísimo jorobado con el que personifican ellos mismos el pueblo francés.

CAPITULO XXIV.

SETIEMBRE, 1848.

Una tarde á fines del mes de setiembre, se veian en la playa del pueblo olvidado en el Diccionario del Señor Madoz, grupos numerosos compuestos de todos los vecinos que se hallaban á la sazon en el lugar, los que, con la boca abierta, miraban el fenómeno portentoso que aparecia en el mar. Vamos á detallar estos grupos antes de indicar el fenómeno.

En el lugar preferente, es decir, sobre un trecho de dorada arena, libre del cieno que engulle el pie y de las rocas que lo rechazan, estaba el alcalde y á su lado su cara mitad. Jamás se aplicó mejor este epíteto al matrimonio en lo físico, por-

que se habian nutrido tanto de sanas ideas y alimentos de la misma calidad de las ideas, que habian engordado así como vivido en amor y compaña, de modo que puestos de espaldas formaban exactamente un gran globo terrestre descansando sobre cuatro columnas. La alcaldesa vestia, como ya sabe el lector que asistió á la entrada triunfal que hizo en Sevilla en el descendiente del caballo Troyano, solo que los picos del pañuelo que llevaba atado á la cabeza y colgaban por detrás, estaban hoy de mal talante, y azuzados por la brisa, formaban á espaldas de la alcaldesa, una irreverente contienda volando airosos con la fantasía de grímpolas.

Al lado del alcalde estaba el médico D. Juan de Dios, dándole noticias esplicativas sobre el fenómeno en cuestion; al lado de la autoridad local femenina, siempre derecho, pero cada vez mas flaco, estaba nuestro antiguo amigo D. Modesto Guerrero. tan absorto en la contemplacion del fenómeno que veia, que no atendia á otra cosa. Advertimos de paso, que aquellos tres vigilantes de la defensa, de la salud y de la tranquilidad pública de ese feliz Villamar, nada tenian que hacer y no desatendian la mas mínima obligacion, disfrutando del dulce farniente y gozando de su admiracion.

No en vano aseguraba la difunta escelente tia María, que Villamar era lo que era, porque estaba

labrado cabal y perpendicularmente debajo del trono de la Santísima Trinidad (1).

Detrás de este grupo, que se ventilaba á su sabor, se paseaba, dando descomunales zancadas, Tiburcio, con las cejas fruncidas á lo Manfredo, y los lábios sarcásticos á la Mefistófeles, ente desconocido y despreciado, *¡infeliz desterrado en su pueblo!!!*

Mas arriba de este grupo principal y respetable, sobre unas rocas que sacaban sus calvas cervices entre la arena y las olas, unas cuantas muchachas saltaban de unas en otras, como procurando acercarse lo mas posible al objeto que causaba el asombro general.

—Alabados sean los Santos, el sol de Dios, y el pan blanco, exclamó la mas ligera, que saltando como un sarapico de roca en roca, se habia adelantado á las demás. ¡Vírgen de los Milagros, este es uno! acudid vosotras, y ved; no tiene patas, ni tiene alas, ni le silgan, ni lo empujan, y anda.

—¿Oye Paula, te trae esa arca de Noé una herencia de Indias que tan al encuentro le sales? dijo la que la seguia, que habiendo dado un resbalon se puso á chillar desaforadamente. ¡Ay! ¡ay! que me ha mordido un cangrejo con unas tenazas como dos

(1) Tienen esta religiosa pretension varios pueblos de Andalucía, entre ellos Bornos. Las gentes que *saben*, llaman esto una estúpida necedad; habrá necios que lo llamen fanatismo y supersticion. Las gentes que *sienten* ven en esto un poético brote de amor patrio y religioso lleno de candidez.

espadas; maldto espantajo ese, añadió volviéndose á la orilla que parece una boya y echa mas humo que un horno de cal.

—¿Oye, dijo otra, te metias tú en ese faluchon?

—Ni para ir á la gloria.

—Pues yo sí, dijo Paula, con tal que me llevara á los toros del Puerto. ¿Quién dijo miedo?

Algo mas distante, cerca de la embocadura del pequeño rio, habia otro grupo numeroso de hombres y mujeres, entre los que descollaba por su fealdad nuestro antiguo conocido Momo. Algunos *de la mar*, así les llaman á los que componen las tripulaciones de los faluchos, estaban recostados en las peñas con marcada indiferencia por el objeto que llamaba la atencion general.

—¡Jesus del Socorro me valga! decia una mujer, ¿pues no corre sin velas ni remos mas súbito que una exhalacion?

—¿Pues y aquella bandera negra que trae y se va desvaneciendo, no parece grímpola del infierno? dijo otra.

—Oye, Juan José, preguntó una vieja á uno *de la mar*, ¿cómo dices tú que esa nao se llama?

—*Vapó.*

—¿Y para qué han hecho ese ponton que anda solo como china cuesta abajo?

—Para dar un chasco al viento y quitar el pan á los veleros.

—¿Has visto muchos, Juan José, por esos mares?

—¡Jesus! mas de diez mil.

—Pero hombre, ¿me querrás decir cómo anda y se mueve hácia dónde quiere, como si tuviese poder y voluntad de por sí propio, siendo de tablas como los demás barcos?

—Eso, dijo la mujer que primero habló, no puede ser sino por milagro de Dios, ó arte del diablo.

—Ni lo uno ni lo otro, repuso el marinero, anda..... anda..... anda por máquina.

—¿Que anda por máquina? dijo la vieja, oye, Juan José: si porque has corrido mundo, y vas á Cádiz á llevar las calabazas y los melones, te has figurado que nos puedes acá comulgar con ruedas de carreta, te engañaste, que acá, hijo mio, no nos chupamos los dedos.

—Pues entónces ¿á que pregunta Vd., tia *Diente y medio*, si no me ha de creer? Dígole á Vd., créalo ó no, que anda por máquina.

—¿Y tú sabes, dijo el carpintero de basto á quien el alcalde habia empleado en hacer una máquina complicada para dar de comer á las gallinas, y que entre el director y el ejecutor jamás habian podido poner en planta, tú no sabes *culi embreado* que el mismo nombre lo está diciendo, maqui *nà? (maquinada*, pronunciado al estilo del pueblo andaluz).

—Momo, dijo una mujer, tú que has estado allá donde está la Reina, y el Real palacio, y la Vírgen de Atocha, ¿has visto tú otro vapó?

—¿Pues acaso para ir á Madrid, respondió Momo con su acostumbrado buen humor é innata afabilidad, se pasa la mar como para ir á Cádiz?

—Es que me han asegurado, dijo el de la mar, que hay por tierra *vapó* tambien.

—¿Un barco que anda por tierra? exclamó Momo soltando una carcajada que parecia un trueno.

—No digo eso, palurdo, son coches que andan sin caballos ni mulas.

—Por via del Dios Baco, dijo Momo, tú te quieres divertir con nosotros porque has salido á la mar, como Berlinga que lo echa de buche porque ha estado en Sevilla. Pues yo he estado en Madrid, ea, y así, aunque soy palurdo no me la cuelas, *compae Sardinas*.

—Pues por mí, dijo la mujer, ¿por qué no lo he de creer? media hora ha no hubiese creido anduviese un barco sin remo ni vela; lo estoy viendo y tengo que creer ó reventar; pues lo mismo que por mar podrá suceder por tierra.

—Si así fuese, opinó un labriego, quisiera que le diesen esa virtud de andar solo á mi arado, porque un buey se me ha muerto y no tengo para mercar otro.

—Es precisu lu ver para lu creer, decia entre tanto la señora Tiburcia. Perfeuto, Perfeuto, ¿qué demuniu es esu?

—El progreso, muger, el progreso, respondió el alcalde, que no sabia como denominar el fenómeno.

—Pensára mas bien que fuera Ferruleñu, es verdad; hé, ha, ha, comu corre ese prugresu que non le alcanza ó demo.

—Bendito Dios que tales maravillas hace por mano del hombre, dijo el comandante. Despues del de la pólvora, paréceme este el mayor invento que se ha hecho jamás.

—Y lo his*oh* un *esh*pañol, dijo Cívico *junior,* con todo lo campanudo de su voz y la pureza de su acento madrileño.

—Bueno será, observó la alcaldesa, peru por mí aunque me diesen cien duriños non entraba en ese caldeiru. Tiburciño ¿qué dirán el francés y el inglés cuando vean ese prugresu?

—Sheñora, contestó este de mal talante, eshe invento es antiguo, los vapores zzzurcaban lash mares antes que yo naciese.

—¿Qué me dices? é nunca vi ninguno. Preciso es confesare, D. Modestu, que estamus atrasadus, es verdad, los gobiernos non valen ó demo.

—No estoy con Vd., señora, contestó el comandante. Nada hay que decir contra ninguno de los gobiernos que nos han regido: todos han querido el bien del pais, lo único y solo que se les puede echar en cara á todos, es el dejar arruinar sus fuertes.

En este momento se oyó un ruido infernal; no parecia sino que á la par rugian tigres, silbaban boas, soplaban dragones en un coro infernal.

—¡Vírgen del Chanteiro! gritó la señá Tiburcia, ese prugresu revienta como un triquitraque.

—No es nada, señora, dijo D. Juan de Dios, es que se para la máquina y el barco va á anclar.

Efectivamente, el vapor, conducido por un hábil práctico habia entrado en la pequeña ensenada, alcanzado un buen fondo arenisco y echaba el ancla. En seguida saltaron en la lancha para venir á tierra el capitan y algunos caballeros.

Eran estos un rico comerciante de Cádiz, dueño del gran convento que se hallaba inmediato al pueblo, que venia con algunos amigos proyectistas y hábiles en la materia, á ver el modo de sacar partido de ese soberbio y grandioso edificio, el que cual una noble y hermosa vírgen georgiana esclavizada, iba á ser pasado en revista por un tosco chalan para graduar el destino que habia de darle y el precio que habia de ponerle. Habia fletado para este viaje uno de los muchos vapores que surcaban la bahía de Cádiz.

Este caballero, que compraba conventos de tal magnitud, que su posesion parecia no caber en el mezquino *mio* y que no se labraron para ser propiedad de ningun individuo, sino para dedicarlos á Dios, honrar la nacion, y realzar el pais; ese Nabab, que fletaba vapores; ese personaje, á quien rodeaba una córte y que llevaba erguida la cabeza y derecho el cuerpo, como si fuesen sus talegas un justillo, este señor por no decir caballero, era...

D. Roque la Piedra para no servir ni á Dios ni á usted.

El alcalde, que era cortés, se apresuró á ir al encuentro de tan inesperados huéspedes; y ponerse á su disposicion. No habiendo en ese bien afortunado Villamar, ni posadas, ni cafées, ni casino, ni liceo, ni fonda, ni casa de huéspedes, ni bodegon, ni aun meson, el alcalde, que además de Perfecto Cívico era perfecto urbano, se empeñó en hospedar á los señores en su casa, cuando volviesen de su escursion al convento, y llamó á Momo para que les sirviese de guia. Acompañólos un rato, apresurándose en seguida á volver á su casa para preparar la recepcion. Pero apenas comunicó sus planes á su consorte, cuando se puso esta en tal estado de rebelion, que el alcalde temió fuése su autoridad desatendida. Así tomando el tono con el que se promulgan las leyes, intimó á su mujer, que en punto á pollos imitase á Herodes, y en punto á huevos á Cacaseno, y que de no hacerlo así, le aseguraba á fé de Perfecto Cívico, que enviaba á Tiburcio otra vez á Madrid. Al oir esta amenaza, la intrépida oposicion de la alcaldesa se apagó como una hoguera sobre la que se echa un cubo de agua. Se volvió apresuradamente, cogió un tremendo cuchillo de cocina, y con aire resuelto se encaminó al corral, haciendo la mas exacta parodia de la intrépida Judit.—No obstante, las cenizas de la hoguera murmuraban, ¿á qué habrá venidu aquí ese

malditu *progresu* que hacia la misma falta que los canes en la misa?

Tiburcio, que se habia tendido á lo largo en su cama y fumaba, decia con alto desprecio:

—¿Qué van á pensar esos señores de este incivilizado villorro, del patan de mi padre, de la gansa de mi madre? es para morirse de vergüenza.

No fué la visita que hicieron estos hombres de especulacion y dinero al convento, como la que le habia hecho Stein el cirujano aleman con el hermano Gabriel; ¡no, no! Solo miraban estos la cubierta de aquel magnífico libro, sin atender á que le faltaban las hojas y el contenido de ellas; porque este no lo comprendian, solo miraban el palo de rosa, la talla, los bronces de aquel soberbio piano, sin notar le faltaban las cuerdas, y por consiguiente el sonido y la armonía. Ellos no la hubiesen sentido, y así no la echaban menos.

Sentados sobre la suntuosa gradería del altar mayor, discutian sobre el modo de degradar mas pronto esa portentosa obra de la piedad de los antepasados, y arrancarle lo solo que le quedaba: la austera magestad de la soledad, la profunda melancolía del abandono.....

¡Oh, Dios mio!..... si hay quien nos pueda culpar, por levantar nuestra débil voz gritando tus propias palabras: *dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César*, cúlpesenos enhorabuena. ¿Qué significa el elogio ó la crítica á un ente oscu-

ro y desconocido, para atajar en sus labios las palabras de la verdad, los brotes de su corazon? ¿Qué derecho teneis á destruir lo que otros labraron? ¿Creeis poder, como Dios á las olas del mar, decir á los sentimientos de los fervientes, hasta aquí llegareis? Si la generacion presente condena en sus obras á la generacion que labró, dia llegará en que la generacion venidera condene con harta mas razon sobre ruinas, á la generacion que destruyó. Cortad la gangrena antes que haga mas estragos, y dígase que si es de sábios errar, es de nobles reconocer el error y enmendarlo.

Proponia el uno destinar el convento á una fábrica de papel, la falta de agua hacia abandonar el proyecto. Otro hablaba de una de curtidos; Momo que fué consultado, contestó con destempladas razones, que tendrian que traerse las pieles de Cádiz, puesto que por allá no se mataba sino machos cabrunos en el verano, y cerdos en invierno. Al fin opinó D. Roque, que lo mas lucrativo sería echar el edificio abajo, y vender los materiales como se habia hecho con tantos otros; pero Momo dijo que allí no habia quien comprase tan ricos materiales, aunque los malbaratase, porque no habia modo de emplearlos.

Regresaron, pues, los señores al lugar, despues de dar D. Roque magestuosamente dos reales á Momo, al que poco le faltó para tirárselos á los piés.

—¡El demonio del tio Bambolla! murmuró, con esa fachada de casa grande y *ná!* Parece que no cabe el fantasmon en el mundo y se descuelga con dos reales! vaya! si lo sé, ni el tio Urdax, ni el alcalde, ni san alcalde, me acarrean á mí aquí de cabestro. ¡Agarrado! ¡estítico! ¡no se morirá de *riarrea*, no! ¡caramba con él!

Por el camino siguieron discutiendo los especuladores, y despues de muchos debates decidióse por fin el destino que se le habia de dar al convento.

Pasaron delante de la capilla del Señor del Socorro y delante del cementerio, y ni la imágen de Dios ni la de la muerte, distrajeron un momento la atencion de estos hombres de su negocio; y tan muertas, tan secas, tan vacías estaban esas almas á todo santo respeto, que ni una de esas cabezas cartillas se descubrió, ante cuanto grave y sagrado existe en el mundo. Eran hombres *positivos*.

¿No se sabe allá el moderno significado de esta palabra, lector? pues te la diré. Esta denominacion es un cinismo que indigna; es la divisa de Sancho Panza; es la bandera que enarbola descaradamente lo material sobre lo espiritual; es el sombrero de un Gersler importante y vulgar, al que se quiere forzar á los hijos de la montaña á saludar con respeto; es en fin, la quijada de burro con la que el siglo XIX cae sobre los restos de las cosas y sentimientos grandes y elevados de los tiempos de fé, de entusiasmo y de caballerismo.

El alcalde, que no solo era Perfecto Cívico, sino Perfecto Urbano, como hemos dicho, salió al encuentro de los señores, suplicándoles cortesmente que pasasen á desayunarse á su casa. D. Roque no se hizo de rogar, no por el almuerzo, puesto que estaba preparado el suyo en el vapor, pero porque deseaba adquirir algunas noticias locales del alcalde que le eran necesarias, y sobre todo por aquello que ya anotamos, de que el rico solo por serlo, se cree con derecho á todo, y que en sus relaciones con los demas hombres, los favorece siempre, aunque sea admitiendo un favor:

Que acepta el don, y burla del intento,
El ídolo á quienes haces sacrificios.

RIOJA.

CAPITULO XXV.

Habiendo hecho D. Roque varias preguntas al alcalde durante el almuerzo, habia venido á sacar en claro que era D. Perfecto su primo hermano. El padre de este, que habia venido á establecerse en calidad de herrero á Villamar, era montañés y del mismo pueblo que D. Roque. Todo esto lo habia preguntado este al alcalde, movido á curiosidad por el apellido de Cívico, que era el de su madre. Por lo que toca á D. Perfecto, ignoraba absolutamente con quiénes habian podido casar las hermanas de su padre, y la parentela que tenia en el pueblo del nacimiento de este.

D. Roque, que era prudentísimo en todo, no se fijaba á la lijera en ninguna resolucion, y sin haber examinado antes la que iba á tomar, por todas

sus fases; así fué que calló al pronto, hasta calcular si le convendria ó nó darse á conocer como cercano pariente.

Si bien en su vanidad y egoismo hallaba razones para callar, habia otrás que lo llevaban á darse á conocer. Las cabezas bien organizadas y avezadas á los negocios, forman en poco tiempo combinaciones que admiran, por notarse en ellas la vista de lince que posee el egoismo, y la profundidad de cálculo de que puede vanagloriarse la codicia.

Cuando hubieron acabado de almorzar, y como el tiempo urgía, llamó D. Roque al Alcalde y le propuso un paseo á la playa.

—¿Sabe Vd., le dijo, cuando estuvieron á bastante distancia para que nadie pudiese oirlos, que somos Vd. y yo nada ménos que primos hermanos?

—Mucho lo celebro, respondió agradablemente sorprendido el alcalde, y ¿cómo?...

—Mi Madre, dijo D. Roque, era tan *Cívica* como Vd. *Cívico*, sino tan perfecta, pues se llamaba Petrola. ¿Nunca se la oyó Vd. nombrar á su Padre?

—En *defecto*, recuerdo..... respondió el alcalde tengo una idea... Petrola... si, si. Vaya, veo que está nuestra familia en camino de progreso: ya ve Vd. que yo he adelantado mas que mi Padre, saliendo á servir, perfeccionando *mi arte*, casándome con una muger de *casa distinguida* y bastante pudiente, y mi hijo, que tan bien ha hablado en la mesa, ha adelantado mas que yo, haciendo *brillan-*

tes estudios en Sevilla. Ha estado despues en Madrid, en donde se lució y dejó á todos admirados con los artículos que escribió en el periódico la *Víspera del dia del juicio*, con general aplauso. Ha visitado en Sevilla las casas mas encopetadas: era su tertulia la de la Marquesa de Alocaz, y eran uña y carne, mi hijo y D. Marcial*** heredero de una de las casas mas nobles y poderosas de Estremadura.

—Todo me lo habeis contado ya, dijo D. Roque, y recontado vuestro hijo, y todo eso y nada es una misma cosa. ¿Se ha metido con todo eso un real en la faltriquera?

—No, pero...

—¿No? pues amigo, entonces ha perdido su tiempo como un pillastre. Vd. con no haber estudiado mas que la veterinaria, ha sabido mas que su hijo, pues ha sabido ganar dinero, que es lo que hay que saber en este mundo: lo demás es cháchara, nada mas que cháchara; y ha mostrado Vd. mas juicio en casarse con esa gallegota , que le trajo dote, y es una buena mujer, sana y robusta, que sabe cuidar de su casa y de sus hijos. Yo, amigo, no tuve esa suerte, me casé allá en la Habana, con una doña *mirame y no me toques*, qne no tuvo mas de bueno que el dinero que trajo, y que no hizo mas en su vida que quejumbrar y mimar á su hija. Ahora, pues, ¿qué va Vd. á hacer con ese gaznápiro de su hijo, que no sirve por lo visto, ni para un barrido ni para un fregado?

—Un defensor de la libertad.

—Un defensor de las musarañas.

—Un tribuno.

—¿Un tribuno? ¿y qué es un tribuno?

—El que defiende á capa y espada los derechos del pueblo.

—Por vida de sanes, primo, que me dan ganas de volverle á Vd. las espaldas é irme. ¿No hay ya bastante de esa polilla sin ese zanguango más? Abra Vd. esos ojos, hombre de Dios, y mire si el pueblo quiere para nada semejantes tribunos. Mientras mas *tribunos* mas tiene que sudar, mire Vd. la gracia que le harán; que vaya á ver si ninguno del pueblo le dá un maravedí para que vaya á *tribunear* por su cuenta. Farsa, primo, pura farsa; ¿qué ha sacado con eso?

—Le han prometido...

—Sí, sí, el oro y el moro, cuando lleguen al poder; por vida de los tontos!!! Vamos, ya veo que vive Vd. aquí en Villamar como si viviese en la luna, y no sabe nada de lo que pasa por allá. Déjese Vd. de pamplinas y vengamos al caso, que el tiempo urge y tengo que volverme á Cádiz en ese vapor que pago por horas y me cuesta un sentido; además los negocios se deben discutir en breves y claras palabras. Déjese Vd. para su hijo de tribunas, diputaciones y de artículos políticos que solo sirven á los almaceneros para cartuchos; hato de vaciedades y de patrañas que maldito si llenan los

bolsillos, y sí las cabezas de viento. Le voy á ofrecer á Vd. para ese desgavilado paseante en córte de su hijo, una regencia que podrá valerle mas que la que puedan haberle ofrecido de alguna audiencia territorial, y es la de la fábrica que voy á establecer en el convento.

D. Perfecto, en quien no habian dejado de hacer fuerza las razones de su Primo, como tienen la suerte de hacerlo todas las razones que salen de la boca de un millonario, aunque sean menos sensatas de las que en su tosco lenguaje habia vertido D. Roque, se mostró muy satisfecho de la oferta, y tanto mas, cuanto que no sabia que hacer con ese hijo que ya habia medio arruinado á sus padres. Pero lo que mas contribuyó á la satisfaccion del alcalde, fué la dulce perspectiva de reducir á silencio á su mujer, y estinguir para siempre una frase pesada, inoportuna, destemplada, con la que esta *santa varona*, como decia su hijo, golpeaba los oidos del alcalde como un martillo cuarenta veces al dia, veinte á la noche, y diez y media entre sueños, y era esta: «Haber gastadu mis cuartus en facere de ese fillu miu un hulgazan! non me lo dejú para esu mi tiu Bartulumé; es verdad.»

—Hay mas, prosiguió D. Roque. Tengo gusto en que mi dinero no salga de mi familia, ni vaya á parar á manos de algunos de los mequetrefes de Cádiz ó de los casqui-vanos de Sevilla, que le tienen echado el ojo; no se mirarán en ese espejo.

por mi cuenta. Codiciosos, que andan lampando por un cuarto; mozalvetes sin mas ocupacion que andar tras el peso duro sin saber ganarlo.

D. Roque se fué él solo montando de tal manera contra los imaginarios novios de su hija, que siguió en denuestos progresivos hasta terminar en, *hato de pillastres.*

—Ya se vé que no se debe Vd. dejar robar, dijo cándidamente el alcalde, que creyó habia intentado despojar á D. Roque una banda de ladrones.

Este prosiguió:

—Tengo una hija única, y si se porta bien ese triste varal de su hijo, casarémos á los muchachos.

D. Perfecto abrió los ojos tamaños é hizo una exclamacion de júbilo: no porque fuese interesado, le halagaba mas el papelonear que el dinero: pero al fin una suerte como se le brindaba á su hijo, era, si no un sueño dorado, una realidad plateada, que podria en los tiempos que corren realizar el sueño.

—Pian, piano, prosiguió D. Roque, que no he concluido, tengo que poner mis condiciones, que sin ellas no hay nada de lo dicho.

—Sean cuales fuesen, respondió el alcalde, por admitidas.

—Sabrá Vd., prosiguió D. Roque, que mi mujer me trajo en dote cien mil duros.

—¡Cáspita! exclamó el alcalde estupefacto.

—Corresponden además á mi hija otros cien mil

de gananciales, dijo D. Roque precipitadamente como haciendo un esfuerzo penoso.

—¡Pues no es nada! murmuraba absorto el alcalde.

—Si quiere casarse con mi hija ese pobre vergonzante de su hijo de Vd., siguió diciendo el fino millonario, ha de cobrarse su dote con el convento y sus posesiones, recibiendo y atestiguando en la carta de dote, como dinero metálico, la suma que en papel he desembolsado por él.

—Por decontado, contestó el alcalde, que seducido por la suerte que se le venia á las manos á su hijo, no se paraba en la infame estafa que D. Roque intentaba hacerle.

—Oblígome, prosiguió el buen Padre, á ponerle en planta la fábrica, para que saque utilidad de esa ridícula y desproporcionada mole, por decontado á cuenta del dote.

—Como Vd. disponga, contestó enagenado el alcalde.

—Despues de esto, y de sacar los gastos de la boda, que no serán muchos, pero que siempre pesarian á Vd., porque me parece que no está muy abundante de dinero, si alguno queda, se obligará ese paseante en córte á dejarlo en mi poder sin opcion á sacarlo, al tres por ciento; esto lo hago por prudencia, para que no lo malgaste.

—Conforme, contestó D. Perfecto.

—No será mucho, porque el convento y sus po-

sesiones me cuestan mas de tres millones en papel.

—¡Es dado, señor, exclamó el alcalde, es quemado!...

—Mejor para Vds., respondió el Nabab, yo no quiero ganar en él, quiero el bien de mi hija, y mirar por sus intereses. Su hijo de Vd. firmará la carta de dote, recibos, cuentas de tutela, etc., segun hemos convenido.

—Mi hijo firmará como en un barbecho lo que Vd. le ponga delante.

—Todo esto, primo Perfecto, queda por ahora en el mayor secreto entre Vd. y yo, dijo Don Roque.

—¡Jesus! ¿y por qué? exclamó el alcalde que se estaba deshaciendo por participarle todo lo ocurrido á su regañona mitad, y hacerle palpar triunfantemente dos cosas: la una, que si no hubiese sido por su obsequiosa hospitalidad, no hubiese reconocido el obsequiado en el obsequioso, su legítimo y auténtico primo hermano: la segunda, que si los cuartus del tiu Bartulumé no se hubiesen invertido en dar una brillante educacion á su primogénito, no hubiese D. Roque, seducido por sus méritos esteriores y morales, pensado en elegirlo por yerno: ¿porqué quiere Vd. que calle? tornó á preguntar al futuro consuegro.

—Porque así lo exijo, contestó este, y si Vd. no me promete el mayor sigilo hasta que yo disponga, no hay nada de lo dicho.

—Bien, bien, se hará como Vd. quiera.

—Mi chica está un poco mala, más de quejumbres y manías que de otra cosa; una de ellas es que le sienta mal Cádiz, y quisiera estar en Sevilla; pero es porque tiene allá un hijo de Job, un perdulario con buenas agallas, que queria meter sus uñas en mi caja: ¡ja, ja, ja, ja! buen chasco se lleva el danzante. Dicen los médicos que la saque de Cádiz; la traeré, pues, aquí á casa de Vd. para que se mejore, que eso será tan luego como se le quite ese sinfundo de la cabeza. Si algo se dijese ahora de casorio, y dando tambien la maldita casualidad que su hijo de Vd. es más feo que un voto á Dios, tendríamos soponcios, convulsiones, desmayos, en fin, todos los melindres y achaques que heredó de su madre. Aquí se esparcirá y se mejorará, y al fin se encariñará con ese redicho é inflado hijo de Vd.; horroroso es, pero en fin, á falta de pan buenas son tortas, y aquí no hay otro. Las mujeres son de los que tienen al lado, al revés de los hombres. Que la asista ese D. Juan de Dios ó el diablo que almorzó ahí. Tanto sabrá, por poco que sepa, como los otros. Un sentido llevo gastado, primo, en sus visitas y en la botica; maldito si la mejoran. Es verdad tambien, que para curarse es preciso *querer* curarse, y hay mujeres que no *quieren* curarse, y gozan en jaropearse y en tener la cara más larga que la noche de Navidad. Pero en fin, aquí le irá bien, siempre que no la contem-

plen Vds. demasiado, le gusta el campo. Por decontado pagaré el pupilaje.

—¡Qué disparate! exclamó D. Perfecto, que como hemos dicho, no era interesado, con esa espontánea cortesía y garbosidad tan indígena en el pueblo de España.

—Cuentas son cuentas, señor primo, y no se trata de que tú que no puedes me lleves á cuestas, respondió el amable ricacho. No será suma crecida porque la chica apenas come; pero de valvidia no... y si no, no hay nada de lo dicho. Señor alcalde, Roque la Piedra no recibe favores de nadie; sépalo Vd. Dígale Vd. á ese *mata sanos* que si cuida bien á la chica le pagaré á peseta las visitas.

—D. Juan de Dios, afirmó el alcalde, no repara en el más ó ménos precio de las visitas para asistir bien á sus enfermos.

—Vaya, preciso es venir á este rincon, exclamó D. Roque, para encontrar esa ave Fénix médica.

Entre las gentes ordinarias y groseras es un rasgo característico el tirarle rudas coces á los médicos, sea dicho de paso.

—Descuide Vd., dijo el alcalde, que desde ahora la miro como á mi hija, y nada la faltará ni echará de menos.

—Desde ahora tambien, añadió D. Roque, puede usted comprar é ir renovando para ellos alguna casa que vendan barata, y sacar para esto los materiales del convento. Póngale Vd. las losas de la

iglesia en el patio. Hágale Vd. á la cocina el fogon y fregaderos con los azulejos de los claustros; á las mujeres les gustan esas menudencias y aseos. ¡Ah! se me olvidaba, que tenga la casa su pedacillo de jardin. Le gustan las flores á la chica.

—¡Jesus! más que sea un huerto, contestó el alcalde alborozado; aquí vale poco el terreno. Es usted un buen padre, primo, en todo piensa!

Los primos se separaron contentisimos el uno del otro.

D. Roque estaba muy satisfecho y vanaglorioso con la fama que habia adquirido de buen pariente y buen padre, que se ocupaba hasta minuciosamente de lo que podia ser ventajoso y agradable á su hija, y muy persuadido él mismo de merecer ese elogio; y no es él solo; hay muchos en este mundo que son perversamente malos, sin tener la conciencia de serlo.

Háblase mucho de la conciencia, sin tener presente que la conciencia supone un conocimiento ó un instinto de lo bueno, y por desgracia hay seres tales, en quienes falta lo primero y no existe lo segundo. La religion enseña lo uno é inspira lo otro; cuando se desoye su voz, se pierde la conciencia, esa última áncora de salvacion, ese último reflejo del sol de justicia.

Los primos volvieron de su paseo radiantes de alegría, como dos hogueras de sarmientos; ¡ya se ve! ambos á dos acababan de plantear el mejor ne-

gocio de su vida, uno en provecho de su hijo, otro en provecho de su bolsillo.

En un acceso de franqueza, D. Roque divulgó el destino que pensaba dar al convento, y se dió á conocer á Tiburcia como su cercano pariente; pero D. Perfecto quedó grandemente chasqueado al notar que esta gloriosa nueva no pareció causar el más mínimo placer á su consorte. La gallega que, como sabemos, veia harto más allá de sus narices, y á la que se le daba un bledo del oropel, conoció desde luego, que en esta clase de relaciones, suele costarle caro el honor al que lo recibe, y no le sirve de provecho ninguno; de suerte que solo vió por consecuencia de estos estrechos lazos, una contribucion estraordinaria de hospedage sobre su corral y despensa, que la inclinó algun tanto á las ideas de su hijo sobre la disolucion de las familias, por lo cual dijo á su marido cuando D. Roque se hubo ido.

—Primu, primu, el primu lu serás tú, si te metes á llenarles la barrija cada vez que vengan á ver su conventu. Non me dejú lus cuartus mi tiu Bartulumé para les dar de cumer á tus primus; es verdad

La noticia del destino que pensaba dar su propietario al convento, se divulgó pronto por el lugar, y llegó á los oidos del comandante del fuerte de San Cristóbal, D. Modesto, el que entró aterrado por ella en casa de su patrona la maestra de amiga, conocida en el lugar con el sobrenombre

de Rosa Mística. Yacía esta en cama con una leve indisposicion.

Al ver su patrona la cara descomunalmente larga de D. Modesto, su mechoncito de pelo caido y lácio, sus ojos más amortiguados que nunca, se incorporó en la cama apoyándose sobre su codo, y sujetando con la otra mano sus primorosas ropas de cama contra su garganta, cuidando no estropear los faralaes de su almilla: «y bien, le dijo, ¿qué va á hacer ese usurpador profano? ¿Va á rehabilitar la iglesia y traer un capellan?»

—No, Rosita, no, contestó suspirando el comandante.

—¿Pues qué van á hacer? D. Modesto, responda Vd. por Dios, que estoy sobre ascuas. ¿Qué van á hacer de ese santo palacio?

—Una fábrica, Rosita, contestó en voz casi ininteligible D. Modesto.

—¡Jesus me valga! exclamó Rosita, ¡una fábrica del templo del Señor! ¿Y de qué?

—De fósforos, respondió D. Modesto con apagada voz.

Rosita lanzó un grito lastimero, se dejó caer sobre sus almohadas, y su indisposicion se agravó instantáneamente malignándose su calentura.

CAPITULO XXVI.

Despues que D. Roque trajo su hija á Villamar y la dejó instalada en casa de su pariente, con la agradable perspectiva de que mejoraría de salud, se estableceria allá casándose con su primo el interesante Tiburcio, y que seria muy feliz, cosas todas que le parecian sencillas y seguras consecuencias unas de otras, quiso darse la satisfaccion el sibarita de disfrutar por su cuenta. Libre ya de todo cuidado en punto á su hija, esa *poquita cosa* como él la llamaba, á la que habia hallado una colocacion proporcionada al aprecio en que la tenia: dueño único y absoluto de millon y medio de duros, encumbrado por estos entre las *notabilidades de la aristocracia financiera*, satisfechos sus afanes pensó en satisfacer sus deseos.

Mas antes de pasar adelante, tenemos acá que

satisfacer tu curiosidad, lector de las Batuecas, que se ha despertado con las palabras de que nos hemos valido. Lector, tú eres muy pregunton; te advertimos que preguntar es de mal tono.

¿No sabes, lector de las mas remotas Batuecas, que en el siglo de las luces todos nacen sabiendo, que en su vida preguntan los hijos del diez y nueve, sino *en qué dia estamos hoy?* Van á creer que tienes mas de cincuenta años y que nacistes en el siglo pasado.

Otra cosa vamos á hacerte presente, amigo lector.

Un autor francés ha dicho: «Las preguntas demuestran los alcances ó estension del entendimiento, y las respuestas su agudeza.» Ten, pues, presente que las tuyas no demuestran la mas mínima estension, y no quieras comprometernos á que se diga lo propio de nuestras respuestas en punto á agudeza.

La primera pregunta fué ¿qué era notabilidad? y ya te lo hemos esplicado una vez; pero es preciso, ya lo vemos, cuchara de bayeta.

Es notabilidad una palabra con muchas letras y poco sentido; equivale á un título honorífico sin emolumentos ni obligaciones. Es la categoría del *ad libitum*, puesto que para obtener ese dictado basta que tu vecino diga: *hágote notabilidad*, á la manera que otro decia á lo que comia: *hágote pichones*. La notabilidad tiene tamaños muy variados, las

hay tamañas como panderetas y tamañas como plazas de toros. Es una distincion que indica una importancia incalificada, á la manera que indican una persona las voces fulano, mengano, ó zetano.

En cuanto á la otra pregunta sobre lo que queria decir *aristocracia financiera,* estos son otros cantares. Tú creias que la aristocracia era la nobleza, y que esa andaba como las lechuzas, huyendo de las *luces del siglo* que la quieren mal, en las altas torres y ruinas de sus castillos. Lector, si tal crees, abusas de los privilegios de tus Batuecas. La nobleza hoy dia no tiene nada de lechuza, se muere por las luces, no le bastan las bugías, quiere las del gas, como en las calles, como en los cafées.

Diréte, pues, lo que es hoy aristocracia, y no contesto á mas preguntas. Aunque el preferido, no eres nuestro solo lector: hay algunos otros, y al fin se van á impacientar con tanta leccion que te damos, nos van á llamar maestro ciruela, y esto es denigrante para un autor. La aristocracia tiene la vida dura. Por mas que la han derribado, la han herido y sacado su mejor sangre sus enemigos, no murió. Vinieron varias *notabilidades* á las que no pareció mal, y la cortaron á pedazos llevándose cada uno su parte. La aristocracia como el pólipo, vivió en cada una de sus partes. El talento cargó con la cabeza. La política con las manos. El dinero con los pies: á sus primitivos poseedores les quedó el tronco. Hay, pues (ve contando lector y no mires

asi con la boca abierta como si te estuviese contando un cuento fantástico de Hoffman) una, la existencia de la nobleza llamada sangre azul (ya ha tomado varios tintes); como es solo el tronco del cuerpo, ni piensa, ni obra, ni anda, pero conserva el corazon y *siente.*

Hay la del talento, (dos), la cabeza , pensadora, desdeñosa, vana y..... calva.

Hay la de la política (y van tres), las manos, activas en guerra la derecha con la izquierda empuñando la espada y la pluma, tocando el compás al cual ha de bailar el mundo que quiera que no.

Hay la del dinero (y son cuatro) los pies, firmes y pesados, pisando recio, tratando las cosas con la punta ó con el talon, al que ciñe espuela de oro.

Las cuatro se saludan profundamente, se dan la mano, y no se pueden ver, se odian, envidian y desprecian.

¿Te hemos desilusionado de las aristocracias? Pues vamos á ver si te reconciliamos con ella hablándote de otra, de la verdadera, sin la cual todas las otras no son nada. Esta es la del alma. Esta la tienen ó no los que forman parte de las otras aristocracias, y la tienen tambien los que no pertenecen á ellas, puesto que es una gracia de Dios en la naturaleza humana, como lo son las flores en la física. Se halla cual ellas en los campos y en los palacios; cual ellas, tiene en estos mas bellos colores y mas brillo, en los campos aun mas perfume

y mas sencillez. Esta aristocracia se ignora á sí misma como la inocencia. Pasa con su blanca túnica de amianto entre el fuego de bajas y malas pasiones, ilesa. Es pura como los aires de altas sierras, acoge á los simples de espíritu, como el caudaloso rio á los arroyuelos de aguas puras y cristalinas. El entendimiento la comprende, admira é imita, pero genuina solo existe en el alma. Tiene cuatro cualidades que forman con ella una misma esencia, y son la delicadeza, la generosidad, la franqueza y el aprecio: le son por tanto lo mas opuesto, la grosería, la avaricia, la falsía y el desprecio.

Es pues, como has visto, lector, la aristocracia hoy dia, un aderezo con que se engalana la sociedad, compuesto de perlas, que no todas son de número y de brillantes pulidos y por pulir.

A D. Roque, pues, le pareció bien dignarse hacer participar al blason, de sus talegas y á los pergaminos, de sus letras de cambio. Esta acendrada satisfaccion se la concedia á sí mismo en su refinado egoismo, cuando lo habia sacado de quicio solo la idea de que su pobre hija, pudiese desear para su felicidad una cosa análoga.

No habia podido D. Roque tratar tanto y de tan cerca á aquella hermosa mujer, la Marquesa, sin que sintiese despertar en él..... ¿qué diremos? seria profanar la palabra amor si la aplicásemos á los sentimientos que semejante hombre pudiese abri-

gar. Era una especie de seduccion profunda que ejercia la belleza sobre las sensaciones de un hombre poco gastado, puesto que D. Roque nunca habia mirado con buenos ojos sino á los pesos duros; era una seduccion no menos poderosa la que arrastraba á su amor propio y vanidad, que eran escesivos, la idea de poder decir de aquella noble, elegante y distinguida señora *mi muger*, con lo que se habria llenado la boca, lo mismo que cuando hablando de su caudal, decia *mis millones*, y era por último la influencia magnética, el iman irresistible que tiene lo superior sobre lo inferior, al que es inútil combatir; superioridad que se niega de boca y se confiesa de hecho, rio que arrastra sin valerse de mas medios que de su propia corriente.

A pesar del alto aprecio y reverendo culto que tenia al dinero y parecerle al inflado Nabab, que el hombre que se presentaba poseedor de millon y medio de duros, debia necesariamente ser un César para toda mujer nacida y por nacer, habia algo que no definia, que zumbaba indistintamente como una mosca importuna alrededor de su acostumbrada osadía, y le infundia algo parecido á desconfianza. No era esto por cierto hijo de la delicadeza inseparable del verdadero amor, la cual hace tímido á un rey cerca de una pastora; era la conciencia, que por cima de su prosopopeya y sin que pudiese ahogar su grave voz el sonoro sonido de sus talegas, le murmuraba que habia una inmensa

distancia entre la mas alta superioridad moral y la mas baja inferioridad, la que no deja de existir, aunque el mundo y las circunstancias las aproximen. Ello es, que D. Roque, como hombre prudente que era, habia reforzado su plan de ataque, con alguna artillería de reserva que debia abrir brecha en la sitiada plaza, si no se apresuraba á recibir en palmas al que queria hacerse su dueño. Se habia dicho allá en sus adentros: «¿y si no quisiese? ¡las mujeres son tan raras, tan caprichosas! si se hace la remilgada, le haremos la forzosa.» Débese advertir que D. Roque habia estipulado en su infame contrato, al prestar el dinero á la Marquesa, que cada año cumplido, ambos contrayentes quedaban en libertad de rescindir ó renovar el contrato segun les conviniese, diciendo con aparente consideracion á la Marquesa, que ponia esa cláusula en favor de ella, porque pudiéndose casar su hija de un dia á otro podia convenir á su marido libertar el caudal cuanto antes. El primer año habia trascurrido y el plazo primero iba á cumplir en breve.

—Bien venido, D. Roque, dijo la Marquesa al millonario al verlo entrar una mañana en su cuarto, ocultando hábilmente la repulsa que le inspiraba su grosero y vulgar acreedor, ¿desde cuando ha llegado Vd? ¿y Lágrimas? ¿cómo está la pobre niña?

—¡Oh! mucho mejor. Efectivamente, Cádiz no le sentaba, la he llevado al campo y le va á las mil

maravillas, está muy contenta, muy distraida; tiene allá un primo, y creo no tardaremos en comer dulces de bodas.

—¡Cuánto lo celebro, y cuánto se vá á alegrar Reina si es cosa del gusto de ella y del de Vd! es un angelito esa niña, pero muy delicada, la debeis cuidar mucho D. Roque.

—Es claro, asi se hace, *madama*. ¿Pero Vd. cómo está? cada dia mas hermosa; es Vd. obra de romanos.

La Marquesa se sonrió al oir este grosero y chabacano cumplido, y notar el airecito jaque de D. Roque al hacerlo. La sonrisa de burla y de supremo desden de la Marquesa fué interpretada en otro sentido por D. Roque, que creyó equivalia á un atento *pase Vd. adelante* al primer golpecito dado á la puerta.

D. Roque nunca habia hablado el elevado y delicado lenguage del amor culto y apasionado, es claro que tampoco habia *enamorado*, voz perfectamente adecuada para los que miran al amor como una *cosa*, un *pasatiempo*, un *oficio*. ¡Han hecho de un verbo recíproco, un verbo activo! ¿qué es enamorar? antes el leal *obsequiaba*, el vil *seducia*, parece que el *enamorar* es el *justo medio;* ¡progresos! ¡adelantos!

D. Roque, pues, no habia ni paseado por ese jardin, ni andado por ese huerto de Cupido, y unia en estas materias lo infecundo á lo inesperto;

así era que la Marquesa se hallaba frente de un especie de mónstruo, insensible, torpe, sin gracia y material. Si se hubiese podido dar cuenta de su situacion, situacion que no sospechaba siquiera, la hubiese hallado análoga á la de Andrómeda, amenazada por la Chîmera.

—Acabo de hacer mi balance por ciertas circunstancias que me obligaron á ello antes de venir aquí, dijo D. Roque, echando mano á este argumento como para poner la cuestion que se iba á tratar bajo su exacto punto de vista. ¿Sabe Vd. lo que tengo?

—¿Cómo quiere Vd. que lo sepa, D. Roque?

—Treinta milloncitos á toca teja.

La Marquesa, que no entendia una palabra de negocios, al oir hablar de balances se habia estremecido, pues debiendo en esos dias cumplir el año del contrato, habia temido viniese D. Roque, como lo habia hecho otras veces, á hablarle de apuros y de falta de metálico, cosa que hubiese podido llevarlo á necesitar del dinero que le tenia dado; así fué que al oir á D. Roque respiró, y dijo complacida y con un aire de satisfaccion que clavó mas á D. Roque en lo hábil de su estrategia.

—Sea muy enhorabuena.

—¿No le parezco á Vd. un buen novio? preguntó el Nabab, que pensó que el mejor modo y el mas corto de entrar, no era el de llamar á la puerta, sino el echarla abajo.

—¡De los pocos! contestó la Marquesa chancera, por creer que la pregunta lo era.

—¿Encontraria yo media naranja? siguió preguntando con risita satisfecha el Nabab.

—Jesus, respondió riéndose de la pregunta la Marquesa, cuantas Vd. quisiera.

—No quiero mas que una; pero esa una ha de ser tal que valga por muchas; *bocato di cardinale.* Roque la Piedra, señora mia, puede y quiere picar alto. Si tiene buena suerte, tiene tambien buen gusto, y sintiéndose como remozado por su empresa amorosa, y como traspuesto á sus tiempos buenos de gastador, añadió con ojos saltoncitos: la prenda que á mí me conchave, ha de tener tres pares de tacones, la sal por castigo y la gracia de sobra; ha de ser entre lo bueno lo mejor, y de lo fino la flor y la nata, asi como Vd., Marquesa, Vd. que vale su peso en oro.

Fué tal la sorpresa de la Marquesa al oir estas palabras, que mejor se denominaria asombro, que se quedó inerte con los ojos desmesuradamente abiertos, y aquella mujer de réplica tan pronta y aguda, no halló qué contestar bajo el peso del tédio, del asco, del desvío y de la indignacion.

—¡Hé! ¿qué le parece á Vd.? añadió D. Roque satisfecho del efecto que producia, y acercando su silla; esto no estaba escrito en sus libros.

Cuantos sentimientos de dignidad y de orgullo, de decoro y vanidad, de delicadeza y soberbia se

encerraban en el alma de la Marquesa, hicieron erupcion como un volcan, y sus rojas llamas subieron á su rostro, que se puso encendido como una hoguera.

—¡A esto me he espuesto! murmuró con amargura entre sus apretados dientes.

D. Roque, ni era bastante delicado para atribuir el carmin que cubria el rostro de la Marquesa al pudor mujeril que puede producirlo, el recibir inesperadamente y á quema ropa semejante declaracion, ni menos podia comprender ni sospechar lo causase la indignacion de un ser elevado, al sentirse rebajar por un ser despreciable á su nivel; así fué que, con toda la ceguera de la presuncion, atribuyó este visible arrebato al efecto de una agradable sorpresa, y añadió envalentonado:

—Eso y mucho más se merece esa persona.

A la púrpura que habia cubierto el rostro de la Marquesa, sucedió instantáneamente una palidez, que con la blancura y frialdad del alabastro la hizo semejante á la estátua de un sepulcro.

—¡Qué callada está Vd! dijo D. Roque al ver á la Marquesa erguirse y enmudecer; ¡esquiva! ¡esquiva!..... tiene Vd. fama. Pero hay ocasiones en que se desplegan esos labiecitos, y para tener contento á un enganchado se dice siquiera: *si*.

—O se dice *no*, repuso la Marquesa con calma, vuelta en sí de su primera sacudida.

—¿Que nó? dijo D. Roque inclinando la cabeza

hácia delante, y frunciendo las cejas sobre sus ojos estáticos.

La Marquesa no contestó.

Viendo este silencio, exclamó indignado el Creso:

—¡Que nó!!! ¿y por qué?

—Basta el nó, no es necesario el por qué, respondió la Marquesa.

—Es que lo exijo, dijo con necia y grosera exigencia D. Roque.

—Exigid vuestro dinero, respondió altiva la Marquesa, que es á lo que teneis derecho.

—Es lo que haré, contestó con concentrada ira el ricacho.

—Está bien, dijo la Marquesa con calma, haciendo con la cabeza una señal de asentimiento.

D. Roque cogió el sombrero, pero apenas estuvo cerca de la puerta, cuando el interés del hombre de negocios un momento eclipsado por el despecho del pretendiente, volvió con todo el poder de la naturaleza y de la costumbre. D. Roque, se volvió el hombre viejo. Consideró que lo que solo habia tenido por un espantajo para la Marquesa, el disolver su contrato, podria en efecto verificarse si en ello se empeñaba su deudora, que podria hallar dinero con las mismas condiciones que él lo habia dado, lo que caso de verificarse sería para él el mayor de los chascos.

No solo tenia perfectamente colocado en este negocio D. Roque su dinero, sino que por motivos

largos é inútiles de detallar, y ligados con la muerte *ab intestato* de su compadre, no deseaba D. Roque que sonasen para nada esos treinta mil duros. Por consiguiente, mas vivamente interesado en cosas de dinero que no en cosas de amor propio y de sentimientos, D. Roque retrocedió en obras, palabras y pensamientos; se volvió á sentar y dijo con aire proteccional á la Marquesa.

—Vamos, señora, por eso no hemos de reñir; yo quiero ser generoso y pagar bien por mal. Al fin ha tenido Vd. aquí á mi chica, que no era mala plepa, quiero mostrarme agradecido y pagarle el favor, quédese Vd. con el dinero que en ello tengo gusto.

—Le agradezco á Vd. el favor sin admitirlo, respondió en tono grave y decidido la Marquesa.

—¿Y por qué, señora? preguntó D. Roque, en cuyos ojos volvieron á chispear la cólera y el despecho.

—Señor D. Roque, contestó la Marquesa con altivez, no estoy acostumbrada á dar cuenta del por qué de mis acciones.

—Le suplico á Vd., Marquesa, no me desaire, dijo el avaro inclinándose, no ante la noble y bella figura de aquella imponente señora, pero ante el temor del perjuicio de sus intereses.

—Basta, señor D. Roque, repuso la Marquesa. Siento decirle á Vd. que tengo una cita á la que no puedo faltar.

D. Roque que comprendió que nada adelantaría, salió furioso.

CAPITULO XXVII.

Carta de Lágrimas á Reina.

VILLAMAR, 15 SETIEMBRE 1848.

«Aquí me ha traido mi padre, mi querida Reina, por ver si mejora mi salud, puesto que en Cádiz me he empeorado por dias. Algo me he aliviado, y así podré escribirte aunque sea cada dia cuatro renglones. De esta suerte mi carta será un mosáico, pero te probaré que todos los dias pienso en tí. Empezaré por decirte que, si tú escribes tus cartas con la buena intencion de hacerme reir, yo sin tener la misma, pues solo quisiera hacerte llorar mi ausencia como yo lloro la vuestra, lo voy á lograr con la mia, diciéndote que Tiburcio Cívico, ese Tiburcio de que tanto te reias, es mi primo.

»Estoy, pues, aquí en casa de mi tio, que es el alcalde y albéitar de Villamar, y aunque son como puedes pensar, tanto él como su muger, que es una basta gallega, gentes muy ordinarias, son tan buenísimos, tan honrados, me cuidan tanto, que desde que salí del convento y me ausenté de tu lado, no he estado mejor. Quisieran alegrarme y distraerme: pero ¿cómo es posible alegrarse ni distraerse en la ausencia de cuanto se ama? A eso me dirás, Reina mia, como en tu carta, que el olvido es un bálsamo, y el recuerdo un corrosivo; tambien la salud es un bálsamo y la enfermedad un corrosivo, y no está en nuestro poder ni darnos la salud, ni darnos el olvido. Pregúntaselo á *él*, y verás como dice eso mismo; tú hablas así, Reina mia, porque no sabes aun lo que es el querer.....

»Ayer he dado un largo paseo en borrico porque todos se empeñaron en ello. Me llevaron á una altura donde está una capilla en la que está un Señor muy hermoso, que caido y con su cruz sobre el hombro tan sublime ejemplo nos dá. ¡Con qué fervor, Reina mia, recé postrada á sus pies por mi Madre, por tí y por *él*!

»Fué tanto, que cuando me levantaron, noté que no habia rezado por mí. Lo sentí, porque queria haberle pedido á ese Señor, que tan milagroso es, que me diese, segun fuese su voluntad, la muerte ó la vida, puesto que como estoy, ni vivo ni muero, que no es vivir padecer tanto, en mi

cuerpo con mis males y en mi alma con la ausencia. Pero, Reina, la muerte dá horror, digan lo que quieran en su favor los que no la han visto de cerca. *Haber muerto* es dulce, pero el morir terrible. ¡Pensar que yaceremos frios é inertes! ¡qué todo cuanto vive huirá de nosotros, todo menos la horrorosa corrupcion que nos devorará poco á poco! El cementerio que está ahí cerca, es bonito y tan tranquilo y risueño, como si en él descansasen solo justos. Cubre allí la tierra sus muertos como un tapete de flores. Simpatiza conmigo la idea de que la naturaleza las produzca sobre los sepulcros: pero me choca que las planten los hombres. No es la voluntad de un mortal la que debe cubrir una tumba de flores, como no debe profanar ciertos dolores con consuelos; uno y otro debe de ser obra de Dios por medio de la naturaleza y del tiempo: las flores sobre los sepulcros y el consuelo en los corazones...

»Mi primo Tiburcio me dá lástima; está desesperado aquí; llama este pueblo, que es tan bonito, un detestable villorro; lo ha acabado de exasperar el que sus padres miren como una suerte para él é insistan en que se ponga á la cabeza de una gran fábrica de fósforos que mi Padre va á establecer aquí; pero Tiburcio dice, que no es ese un puesto adecuado para él, y que le degrada, ¡cómo si el trabajo degradara á nadie! El orgullo y la vanidad tienen trastornada la cabeza á mi pobre primo,

que por lo demás me parece un buen muchacho...

Hay aquí un excelente médico que me cuida con esmero, tambien un comandante tan bueno y complaciente que me acompaña siempre que salgo. Ayer fué el paseo á un fuerte que mandaba; pero que se ha caido. Me gustan las ruinas, cuando no las profanan y las respetan, dejándolas á ellas buscar su mejor posicion para descansar, y escribirse con yedra su epitafio; aunque repruebes los recuerdos, Reina, ellos son la yedra de una felicidad arruinada. A la vuelta vimos ponerse el sol en la mar. D. Juan de Dios, el médico, me hizo observar el magnífico espectáculo que ofrecia. Por mi parte, siempre la puesta del sol me ha dado tristeza; me parece al desaparecer, el grano de arena que cae en el gran reloj que tiene en su mano el tiempo; pero verlo ponerse en la mar me horroriza porque me parece un gran naufragio, y sus últimos pálidos rayos, un agonizante clamor por socorro...

»Te he dicho que este pueblo es bonito sin tener pretensiones de serlo; es un grupo de casas bajas rodeadas á la iglesia que descuella grave, y parece con su paz y su silencio un rebaño de fieles arrodillados al rededor de una cruz. Cerca hay un soberbio convento que ha comprado mi Padre. ¿No te suena estraño al oido eso de *comprar un convento* como una vara de paño? No he querido ir á verlo porque me daria mucha tristeza entrar en él. ¡Silencio hosco en las bóvedas en que sonaban him-

nos y preces al Señor! ¡Qué dolor ver el tabernáculo en donde se entronó la Magestad, llenando de respeto, de amor y de consuelo los corazones, vacío y frio, esparcir desconsuelo y asombro! Prefiero ir al convento de Santa Ana; allí los cantos de las monjas, las flores, el incienso, las luces, los rezos de los fieles, todo consuela al corazon y redobla nuestro fervor, como en coro y acompañada se levanta la voz mas firme y confiada. ¿Quiéres creer que Tiburcio me hace burla por eso, y dice que solo se va á la iglesia por curiosidad ó *fanatismo?* Al ver mi asombro me dijo me lo enseñaria impreso. Alguna vez creo que ese muchacho que siempre está ocioso y no hace sino rabiar, vá á volverse loco.

»Hemos ido algunos dias há, á la playa donde tan ásperamente vienen las aguas del mar á amargar la arena. Hay sitios en que se agolpan rocas como soldados que opusiese la tierra á la invasion del mar. Compadécenme estas rocas oscuras; mústias y taciturnas, por verlas destinadas al incesante combate con las olas, que Dios les ha impuesto. Unas se alzan erguidas y las desafian; otras se acuestan indolentes ó cansadas, dejándolas pasar sobre ellas, arrancándolas algun giron de sus pliegues, que queda en sus concavidades, trasparente, manso, tranquilo como si no fuese parte de aquel furioso elemento. Trajéronme las niñas de mi tia conchitas y caracolitos de varios colores, y tam-

bien estrellitas de la mar. Son muy bonitas, ¿las has visto? Mi tio dice que es una planta, y D. Juan de Dios, que es un pólipo; pero los niños dicen son estrellas del cielo que caen en el mar y se apagan.

»Cantan:

»La estrellita de la mar,
Apagadita en la arena,
Se cayó del cielo
Y murió de pena.

»Y yo por mí creo que tienen razon.

»Hallé un hueso; lo habia arrojado la mar á la playa como un despojo. Me figuré que podria ser un hueso de mi Madre, y me puso esta idea tan mala que me tuvieron que traer á casa, y he estado mala mas aun de lo acostumbrado estos últimos dias. Pero hice que se enterrase en tierra santa ese pobre hueso que la mar arroja y la tierra rehusa; y fué en la playa que se enterró; la Iglesia ha hecho tierra santa para los ahogados, las playas á las que los pobres cadáveres vienen á pedir sepultura. ¡A dónde no estiende esta Santa Madre su mano para amparo y consuelo de sus hijos!

»Desde esta última salida sigo peor, Reina mia, y no puedo salir. Mi pobre tia me acompaña cuanto se lo permiten sus quehaceres; me cuenta las pesadumbres que le ha dado su hijo Tiburcio. No ha sido la menor el haber abandonado á una linda

y excelente muchacha de aquí con quien estaba tratado de casarse; se querian desde niños y la dejó. ¿Comprendes tú eso, Reina? ¿comprendes que el corazon se desprenda de un cariño como un árbol de una fruta pasada? yo creí que era el cariño el árbol mismo que echaba cada dia mas profundas raices en el corazon. Ella ha entrado de pupila en el convento de aquí; y si vieras con qué desprecio habla Tiburcio de las monjas y de los conventos; voy creyendo que además de mala cabeza y malas ideas, tiene malas entrañas.

»Como nada puedo ni me dejan hacer, me siento á la ventana á mirar las nubes, que son tan bonitas, que pasan sobre nosotros tan calladas, y que los hombres no notan por tanto mirar al suelo. Algunas veces cuando están altas y diáfanas, me parecen ángeles que estienden sus alas de plata sobre el azul del cielo. Otras veces, cuando las veo llegar ligeras, pararse sobre mi cabeza y echar á correr, se me figura que me dicen como tú me decias cuando niña: *Ven ¿á que no me coges?* Todo recuerda las personas que se aman, Reina. El corazon en la ausencia es un reloj de repeticion, al que nunca falta cuerda. Cuando vuelan las nubes rápidas y ligeras hácia Sevilla como el humo de un pebetero, quisiera poder rellenarlas de flores para que lloviesen sobre tí, y cada una te besara por mí tu frente y tus manos.

»....Ya, Reina mia, han empezado á venir las

nubes negras como presentimientos que tuviese el cielo de tempestad. Estas primeras nubes se me figuran bandadas de calladas grullas que van lejos, lejos, á buscar otro cielo. Pero van tristes porque se ausentan. ¡La ausencia, Reina! la ausencia que parece un mal tan pequeño y es un dolor tan grande, tan profundo y que creó la palabra *A Dios*, que es la mas triste de cuantas existen, y que mas que en los labios de los vivos tiene su lugar sobre los mármoles de los sepulcros.....

»....Ya hemos tenido temporales, Reina, ya el viento levantó su poderosa voz; esa voz que ahulla y amenaza, ya yo me deshago en mi angustia y agito en mi calentura. ¿Qué querrá el viento, Reina? ¿Qué le ha hecho la tierra que tanto la castiga? ¿Qué dice su pavorosa voz? ¡Pues algo dice! ¿Es acaso el alma de algun otro globo terrestre que ha muerto y le pide preces á éste? ¿Es el despecho de lo que no es nada y quiere ser algo? ¿En qué estriba su fuerza, y con qué boca brama? ¿Por qué prefiere la triste noche, y por qué persigue á las pobres nubes que destroza y hace llorar? Cuando lo oigo, Reina, ¡cómo va subiendo mi agitacion y mi angustia! Es mi alma entonces como el barco que hace el temporal agonizar sobre las olas del mar. ¡Pobres, pobres de los que en la mar se hallan! ¿Y es acaso un consuelo hallarse uno en seguridad? no, no. Es parecida entonces la tranquilidad á un crímen contra la humanidad; si durmiese sentiria

remordimientos. Todos deberian en esos casos reunirse, velar y levantar á Dios su corazon y sus manos para implorarlo en favor de los que peligran, y Dios diria; todos son mis hijos, puesto que todos son hermanos. ¡Oh: Dios mio! ¡Dios mio! ¡envia el rocío á las plantas y la caridad á los corazones! Dános el pan de cada dia, y perdona como perdonamos.

»....Al volver á leer lo que te escribí ayer bajo la impresion del temporal, conozco que doy lugar á que tú me riñas y la alegre Flora me embrome. Me parece oirla asegurar como otras veces hacia, que el vibrar tristemente al soplo del viento, solo pegaba á las harpas eolias y no á las niñas bonitas, y que lo místico solo en la letanía pega á la rosa, que en el siglo no se puede vestir de monja, llevar la espina en la frente como Santa Rita, sino en el corazon y cubierta con un moño. Díle á esa alegre y festiva Flora, qne en el corazon llevo una espina, y ojalá fuese la de Santa Rita y que hago porque lo sea. Como estoy tan sola, desde que me aparté de todos Vds. y no me dejan ocuparme en nada, no puedo hacer otra cosa que pensar y sentir.

»Mucho ha llovido estos dias. Ha sido á consecuencia de las rogativas que se hicieron. ¡Qué misericordia de Dios! ¡Oh Reina! ¡qué fervor y qué gratitud rebosaba en todos los corazones!.... Solo el de ese desgraciado Tiburcio quedó frio y seco como lo estaba el suelo. ¿No es portentoso, Reina,

cómo en nuestra época en que escasean los milagros, porque escasea la fé, se ve de continuo repetido el de enviar Dios el agua cuando se hacen rogativas? y eso es, Reina, porque en ella pedimos, lo que Dios nos enseñó á pedirle, el pan nuestro de cada dia.

»Ya el tiempo ha sentado, las nubes se han levantado y pasan tranquilas y calladas sobre la tierra sin rozarse con ella; ¡quién pudiera imitarlas! pues hoy, Reina, me oprime una angustia terrible; habia notado que las niñas de mi tia, que recien llegada aquí siempre estaban á mi lado, no venian ahora jamás á mi cuarto, porque lo creí hijo de la inconstancia natural de su edad. Pero ayer que era viernes me trajo la mas pequeña un ramo de romero, y me dijo: «Toma, Lágrimas, estas matas de romero que florece todos los viernes (1), te la traigo porque sé que te gusta, y sin que lo vea mi madre, que nos ha prohibido que nos acerquemos á tí!» Diciendo esto echó á correr.

»¿Será por ventura contagioso mi mal, Reina? ¿Empezará acaso la muerte á separarme en vida de los vivos? ¿Será perjudicial mi cercanía? ¡Oh! Reina, eso seria terrible! Sí, sí, cierto será. Largo rato estuve llorando; pude hacerlo sin que nadie me preguntase por qué; mis pobres tios tienen que aten-

(1) Otra de esas poéticas religiosas, perfumadas é inocentes creencias del pueblo con todo su sello genuino. No inventa el poeta, por mas que lo sea, cosas tan cándidas.

der á sus quehaceres y no pueden estar á mi lado. ¡Oh, Reina, cuán triste es la vida y cuán terrible la muerte!.... siento tantos dolores en el pecho.... en la cabeza..... pero siempre repito como hacia mi madre.

»Abrázome con los clavos
Y me reclino en la cruz
Para que siempre me ampares
Dulce Redentor Jesus!...

LÁGRIMAS.»

Flora á Lágrimas.

«Mi amada Lágrimas:

»Reina está un poco indispuesta y me encarga escribirte en su nombre. Pero es el caso que yo quiero hacerlo en el mio porque te quiero mucho. y porque soy comunicativa con las personas que amo: además tengo muchas cosas que decirte. Creo que de lo que te diga podrás sacar algun fruto, y por eso he tomado la pluma, instrumento que odio. Todas cuantas existen daria por una aguja, así como todas las espadas, inclusa la famosa de Francisco I por un abanico. Así tuviese una varita de virtud para hacer ese trueque general; ¡qué paz no gozaríamos!

»Vengamos al caso. Fabian se fué; entró en la

vida *activa* como dice Genaro; en la *positiva* como diria Marcial. Pasó ese hijo de Apolo al servicio de Temis, como él decia, asegurando le parecia muy vulgar despues del de Flora. Soltó las coronas de laurel por el bonete de doctor, y la lira por las pesas de la justicia como el cajero de un refino. Nos dijimos adios como dos buenos niños que han jugado juntos las horas de asueto, y que dejan los juegos sin llorar ni rabiar para ir á la clase. Por consiguiente, no creas que voy á obsequiarte con una elegía: no, no. La elegía es un sauce lloron que me gusta mucho á la orilla del rio, pero que es estraña á mi pluma, que no sabe trazar un punto de admiracion, ese estandarte de las declamaciones; recuso las lagrimas aunque las llame Fabian perlas del corazon, porque en este no quiero yo sino brillantes y esmeraldas. No me gustan mas *lágrimas* que tú. En corto tiempo se siguieron tres graves eventos. Se fué Fabian, ese ruiseñor de mi primavera, cumplí diez y ocho carnavales, y llegó aquí un primo mio tercero ó cuarto, á quien ese parentesco pareció lejano, y deseó estrechásemos mas sus lazos. Si bien al pronto no correspondí á sus deseos, mi madre lo hizo por mí muy tiernamente, diciéndome de un modo espantosamente prosáico, que teniendo docena y media de años, número respetable, era tiempo de pensar, en *marido* y no en versos. Como mi proveedor ya no podia proveerme sino de sentencias, no hallé muy descabellada la de

mi madre. Desengáñate, Lágrimas, la sabiduría está en los lábios de las gentes de edad, como el buen vino en las uvas maduras; no hay mas acá ni mas allá: las uvitas verdes no dan sino agraz para refrescar en las tardes de verano. No debemos nosotras, niñas bonitas, considerar al amor como á un guia, y seguirlo á la manera de las corridas de caballos que decia Fabian llaman los frances *carrera al campanario*, proponiéndose en ellas llegar á un término en línea recta, saltando barreras, atravesando arroyos, atropellando obstáculos; eso descompone, desfigura, quita la gracia, suave y femenina, la frescura á la juventud, y dá talante de marimacho.

»El corazon de una jóven debe ser, esclavo no, dócil sí. Un marido confia mas en un corazon dócil qne en uno emancipado, porque la mujer que sacudió el primer freno, bien podria sacudir el segundo. Lo que agradeció el amante, cúlpalo en su fuero interno el marido; lo pasado no es garantía para el porvenir, lo que hace perder á la mujer gran parte de su prestigio, y no poca de sus derechos al respeto y confianza de su marido, y sobre todo tiene que renunciar al santo lauro de que este la presente de modelo á sus hijas, y la madre que no pueda presentarse de modelo á sus hijas deberia desear el no tenerlas. Todo esto te lo digo, mi suave y triste niña, porque nuestras posiciones tienen cierta analogía, y quiero participarte mis reflexio-

nes y recomendarte mi ejemplo, no porque dude hagas como buena hija lo que he hecho yo; sino porque quiero que lo hagas alegremente y de corazon. Si un sacrificio se hace con el aire de una deplorada víctima, pierde su mérito moral como un regalo que se hace de mala gana, así es, que desde el dia que dije á mi primo que consentia en ser su compañera, me he apegado á él como á un deber, como á una esperanza, como á una felicidad, y dicen que lo merece.

»Coronan los padres la penosa tarea de la crianza de sus hijas, llevada al cabo á costa de tantos sacrificios, estableciéndolas dignamente y asegurando su suerte ¿no es la mas negra ingratitud arrebatarles esa corona, que ha de acabar y premiar su obra, y disponer en tan corta edad de nosotras mismas, denegando á nuestros padres y despreciando la autoridad que Dios, la naturaleza la razon, la gratitud y nuestro propio corazon le dan sobre nosotras? Además, Lágrimas, cree que Dios premia toda buena accion; la senda árida la siembra de flores. Si vieras cuanto gozo al ver la íntima satisfaccion de mis padres, nacida de su cariño hácia mí! porque hija mia, su presunto yerno, no solo es un escelente sugeto, no solo me ama con ternura. pero es tambien un brillante partido. De esta hecha, San Antonio, á quien mi madre pedia para mí un buen marido, desbanca en su corazon á todos los demás santos. Quiero que tú estés con-

tenta y feliz como yo, y por eso te he escrito esta epístola, que en honor de la verdad merecia imprimirse. Abomino el egoismo, esa atroz alcancía que si pudiese habia de recoger en su seno cerrado, todos los rayos del sol y todas las flores de la tierra.

»Fabian me aplicaba una frase de un autor francés, diciendo que cada uno de mis pensamientos tenia una sonrisa; imítame, queridísima niña mia, y no des lugar á que nos aflija la idea de que cada uno de los tuyos tenga cual tu nombre Lágrimas.

»Tuya de corazon,

FLORA.»

Respuesta de Lágrimas.

«Queridísima Flora.

»He recibido tu carta como recibe la humilde flor del valle el rocío que Dios la envía. ¡Qué buena eres en quererme y en acordarte de mí, tú, que tienes tantos que te rodean, á quienes querer y de quienes ocuparte!

»¡Dichosa tú mil veces, á quien manos amantes trazan su senda y hacen dulce su deber! Tú, cual las nubes de primavera, tuviste una suave brisa para guiarlas en el azulado éter, pero nubes hay

abandonadas y solas que vagan á la ventura, y que no están bastante altas para preguntar á las estrellas cuál es la senda que las lleva á su destino, ni bastante pegadas á la tierra para recibir de ella consejos. Me dirás quizás que la razon es un guia que no está tan alta como la inspiracion, ni tan baja como la esperiencia; Flora, la razon quiere ser guiada, y si no, su poder es muy limitado.

»Me dices que te imite en tener pensamientos risueños.—Flora, dile á la mar que brille cuando el sol no se refleja en ella!

»Tus dias, Flora, pasan sin sufrimientos y tus noches son tranquilos. Mis dias, sin esceptuar uno, son un contínuo padecer; mis noches, si velo, las amarga la angustia, y si duermo, la pesadilla. ¡Oh, Flora! ¡Cuán amarga es la pesadilla! Y en tanto que discurren los hombres, ¿no han podido hallar un remedio para esa espantosa congoja del espíritu? ¿Te acuerdas que Fabian nos dijo de la manera que la definia un poeta inglés? (1). No lo he olvidado: «Tuve un sueño, dice, que no está en las facultades del hombre decir lo que era este sueño; no vieron jamás los ojos de los hombres, los oidos de los hombres jamás oyeron, sus manos jamás tocaron, sus sentidos no pueden concebir, ni sus palabras espresar lo que fué ese sueño!» Así, la pesadilla, cuando es horrible como las que me acon-

(1) Shakspeare.

gojan, debe de ser el presentimiento ó el terror anticipado de las angustias y horror de los condenados. Ahora bien, Flora mia, díme ¿qué puede la razon contra los poderosos latidos del corazon, el sudor que baña la frente, la agitacion y el asombro del que despierta de la pesadilla? ¿Cálmala el silencio de la noche? ¿Sosiégala la tranquilidad de esas horas muertas? ¿El convencimiento de que la causa es ilusoria?... No. Pues si nada puede la razon sobre las impresiones de las imágenes que crea la fantasía ¿qué poder ha de tener sobre las impresiones de la realidad? Flora mia, cada cual siente segun el poderoso instinto que Dios puso en su corazon: en vano quisieran resistir á sus corrientes las aguas, la luz y los corazones; para unos fué su corriente una sonrisa, para otros la tristeza. A unos dijo Dios *sufrid*, y á otros *alegraos;* y á todos, venid á mí.

»¡Sé feliz, Flora mia, sé feliz cual debe serlo aquella que fué criada por el Todopoderoso para probar á los mortales cuán fáciles son las virtudes, y cuánto embellecen y hacen amables á los que las practican, que así hacen felices, cual las flores perfuman, á cuantos le rodean, pues solo á tí entre las mujeres, como al naranjo entre los árboles, fué dado ostentar á un tiempo sus puros y embalsamados azahares, y sus dulces y dorados frutos!

LÁGRIMAS.»

CAPITULO XXVIII.

SETIEMBRE, 1848.

En los dias que siguieron á la escena que hemos referido y tuvo lugar entre la Marquesa y el millonario, notó Reina á su madre muy preocupada. Vió entrar y salir en su gabinete muchos hombres que le eran desconocidos, corredores, abogados y escribanos, pero la Marquesa guardaba silencio sobre esto, y Reina, triste es decirlo, contra el decoro virginal de una jóven, contra los dulces sentimientos de amor y gratitud filial, solo se ocupaba de su pasion. En su egoismo de niña mimada, todo lo posponia á su ídolo por ser suyo. Dios puso un fuerte iman en el corazon de la vírgen á fin de darle fuerza para abandonar el techo paterno y el regazo de su madre. Pero si la atrac-

cion de este iman traspasa sus límites, si hace á las vírgenes frias para sus mas santos sentimientos, ingratas, disipadas, desatinadas, vergüenza sobre él, pues salió de sus límites como un agudo y discordante chillido en la armonía universal. Créanlo, persuádanse las jóvenes, que aun mirando las cosas de tejas abajo, un freno en los sentimientos y un velo sobre la cara, son un iman, un encanto que á lo fino y delicado reune lo picante y seductor.

Asi fué que Reina nada traslució, ni nada preguntó á su madre, contentándose con decirse á sí misma: «Cuando nada me dice, es que querrá que yo ignore lo que le apura; si hace misterio dejarla, que preguntar seria incomodarla.» ¡Cuántas transigen asi con sus más íntimos deberes, teniendo aun la insolencia de hacer pasar sus faltas como méritos!

La víspera del dia en que cumplia el contrato, la Marquesa habia citado á su amigo D. Domingo de Osorio para una entrevista reservada.

Cuando éste entró, halló á la Marquesa sentada delante de su mesa escribiendo.

—Marquesa, dijo acercándose, la república se la llevó su padre; los que estaban rojos están muy amarillos. Enrique V está en Marsella, y cuanta campana hay en Francia, repicando, cuanto cañon existe, haciendo salva. Ya, si eso no podia dejar de suceder; tras el caos la luz; tras el desórden el

órden; las calenturas, mientras mas violentas mas cortas. En Vigo, dijo acercándose y bajando la voz, ha entrado un barco ruso con veinte mil fusiles y cien mil rublos.

—D. Domingo, dijo la Marquesa, sin atender á sus noticias políticas, he deseado hablar á Vd. para participarle dos cosas: la una es el casamiento de mi hija.

—¿De Reina? y con quién, ¿con el marqués de Navia?

—No, se casa con Genaro.

—¡Con Genaro!

—Sí. Este casamiento destruye todas mis esperanzas; pero está apasionada á lo sumo de Genaro, y decidida tarde ó temprano á unirse á él. He hecho cuanto en mi mano ha estado para impedir este enlace, como corresponde á una buena madre, que en el casamiento de una hija no ve un capricho amoroso que satisfacer, sino su felicidad, su colocacion en el mundo y el lugar que debe ocupar, el puesto y bienestar de los hijos que tenga; he hecho cuanto he podido como tutora que mira el casamiento de su hija con toda la gravedad que se debe mirar, cosa de que penden los destinos de sus descendientes, deseando equitativamente, que puesto que su pupila lleva ventajas, las hubiese hallado proporcionadas. Todo cuanto he hecho para disuadirla ha sido inútil; persuasion, autoridad, dulzura, rigor, todo se ha estrellado

contra su constante argumento, que sobre nada podia yo fundar una oposicion justa, puesto que Genaro era completo; tiene en parte razon. Genaro es todo un caballero por su clase y su comportamiento; es brillante, fino, distinguido, tiene una capacidad poco comun, una conducta ejemplar; será un buen marido y un escelente y entendido administrador de los bienes de su mujer. Así sacrifico el mayor lustre á la mayor felicidad de mi hija, á quien por desgracia mia no enseñé á ceder desde niña, primera leccion que deben dar las madres á sus hijas, ahogando asi la rebeldía en su gérmen.

—Acuérdese Vd. cuántas veces se lo aconsejé, dijo D. Domingo, que habia quedado dolorosamente sorprendido del casamiento de la niña, que tanto queria, Vaya, vaya, añadió, vaya con Reina si es absoluta!....

—Así será, dijo sonriendo la Marquesa, *Reina*, á su gusto de Vd. y en sus ideas.

—No me gusta, Marquesa, lo absoluto en la *voluntad* sino en el *poder;* y ese poder debe existir, no en la mano muerta de una ley escrita, si no en una mano viva y fuerte, que es la que puede hacerla cumplir, pues yace inerte en sus infolios.

—Vengamos al otro punto que anuncié á usted, prosiguió la Marquesa. Mañana cumple el año vencido del contrato que hice con D. Roque.

—Sí, sí, repuso D. Domingo, y como Reina no

se ha casado, y con el casamiento que hace no hay probabilidad alguna que lo quiera rescindir su marido, lo habrán Vds. renovado.

—No pienso hacerlo, D. Domingo.

—¿Qué no? exclamó este señor: pues ¿qué piensa Vd. hacer?

—Pagar.

—¡Pagar! dijo D. Domingo estupefacto, ¡Dios mio! añadió inquieto, ¿va á quedarse D. Roque con el cortijo?

—Eso quisiera ese soplado patan; pero no se mirará en ese espejo, no.

—¿Pues cómo va Vd. á pagar, Marquesa? preguntó su anciano amigo, ¿dónde va Vd. á encontrar con tanta premura ese dinero?

—Aquí está, dijo la Marquesa, sacando dos letras á la vista, de su gaveta.

D. Domingo las tomó atónito y las pasó por la vista.

—Esta es de cuatrocientos mil reales y del rico fabricante F***, este es el que paga á Vd. la renta vitalicia, ¿y cómo?...

—La he enagenado, respondió la Marquesa.

—¡Jesus! ¡Jesus! qué disparate, qué locura! esclamó D. Domingo poniéndose en ademan desesperado las manos en la cabeza; una renta de treinta mil reales; una mujer que no tiene cuarenta años ¡Jesus! ¡se ha arruinado Vd. como una ciega, como una niña! Esas deudas que eran del caudal de su

hija ¿qué responsabilidad tenia Vd. á ellas? ¿á qué sacrificarse así sin necesidad?

—D. Domingo, ¿no es uno mismo lo mio y lo de mi hija?

—Se puede casar y no pensar así su marido, y no reconocerle á Vd. ni el sacrificio ni la deuda.

—Genaro no es capaz de eso, D. Domingo: pero aun dado caso que eso sucediese, me queda mi viudedad con la que me sobra para mi vejez.

D. Domingo tomó la letra y leyó: doscientos mil reales á B*** joyero.

—¡Señora! ¡señora! exclamó desesperado, ¿ha ido Vd. á vender sus magníficas alhajas, joyas de familia que trajo de Lima su bisabuelo evaluadas en mas de un millon? ¡Y eso en tristes doscientos mil reales!

—Ya he reservado un aderezo completo para Reina, contestó la Marquesa.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! decia D. Domingo, dando vueltas por el cuarto fuera de sí, ¡qué destrozo! ¡qué ruina! ¿Por qué no me habló Vd? Si es que D. Roque exigia ese dinero no habria faltado quien con tan ventajosas condiciones, como las que para sí estipuló ese tirano, hubiese dado la suma.

—¡No mas! ¡no mas! exclamó con espansion la Marquesa casi extremecida. ¡Oh! ¡no mas! Las deudas carcomen como un fuego la paz de la vida; rebajan la mas alta superioridad á la esfera de la mas baja inferioridad; ponen en la boca del vulgo el des-

den y en la del rico el ultraje; y llevan razon en su soberbia, porque el noble que se endeuda pierde el derecho á levantar la cabeza; es el galeote que arrastra al pié su cadena. El primer noble que se endeudó, á no ser para servir á su rey y á su patria, fué el que derrumbó la primera almena del alto castillo que edificó la nobleza como su emblema, la cual para conservar su gloria debe dar á manos llenas y no saber lo que es tomar. El que puede pagar y no paga aun á costa de sacrificios, transige con la honradez, dejando á su descendencia voluntariamente un mal mortal que se hereda como la hetiquez. El que toma prestado con intencion de pagar, es como el que peca con intencion de enmendarse. Son las deudas la polilla de las nobles casas y el desdoro de sus blasones; es la esclavitud de un alma elevada é independiente!... es el azote del que á falta de dignidad tiene orgullo como se tiene á falta de oro, cobre dorado. Todo esto, D. Domingo, son lecciones de la esperiencia; las deudas han amargado toda mi existencia, me han hecho cometer bajezas poniendo buena cara á quien no debí ni recibir en mi presencia, y me han valido el primer insulto que he recibido en toda mi vida!... ¡Oh! yo dejaré á la hija de mi alma su caudal desempeñado! No, no pasará ella lo que ha pasado su Madre.

—Marquesa, dijo D. Domingo, al notar la exaltacion y vehemencia con que ésta se expresaba; ha-

blais bajo la influencia de un noble sentimiento, subido de punto quizás por algun reciente disgusto que me ocultais; y aunque en el fondo de cuanto decís llevais razon, exagerais... Considerad que puede á veces ser el préstamo un favor en quien lo hace, y un beneficio para quien lo recibe.

—Niego el hecho, prosiguió la Marquesa con creciente calor, niego el hecho con alguna rara excepcion. Hágase, D. Domingo, un código de honor que aprendan nuestros hijos y en el que sea ignominiosa la deuda, y se califique al usurero de infame vampiro cuyo contacto horrorice como el del verdugo, y que enseñe á honrar al noble pobre que *no pide* á la par que al rico plebeyo *que dá*!... Nivelados así por sus virtudes se conseguirá esa igualdad decantada por la que claman inútilmente la soberbia y el orgullo, pues rico es el que no pide y noble es el que dá. Así, D. Domingo, habrá progreso; progreso en la senda que le trazó el Evangelio, fuente primera y única de todo progreso moral.

CAPÍTULO XXIX.

OCTUBRE, 1848.

Mientras D. Roque hacia su viaje, y llevaba adelante sus planes, con poco éxito como hemos visto; mientras Reina y Genaro se entregaban á su pasion, ella ciega con las dos cegueras de la confianza y de la obstinacion, él alerta y exigente como la desconfianza; mientras la Marquesa cansada y abatida por sus agitaciones, buscaba tranquilidad sacrificando sus intereses materiales y sus planes de engrandecimiento y lustre de familia, al bienestar y deseos de su hija, Lágrimas sola, padeciendo, sin comunicacion con las personas que amaba, puesto que Reina no habia contestado á la larga carta que á ratos le habia ido escribiendo, decaia por dias; mas nunca se quejaba y siempre se la

hallaba suave y callada como la flor que se aja, inclina su cabeza y muere, regada por las amargas aguas de la mar, sin perder su fragancia.

Entretanto sus padres se esforzaban en vano en convencer á Tiburcio que se pusiese á la cabeza de la fábrica que establecia D. Roque en el convento. Tiburcio se negaba con obstinacion, repitiendo por todo argumento *que no habia nacido para fabricante*, y pronunciando la palabra *fabricante* con desprecio tal, que ni puede describirse ni imitarse; esa palabra que indica una clase de hombres tan estimada y bien acogida en todas partes, tan honrada con el aprecio público, la consideracion de los gobiernos, y el respeto de tantos pobres á quienes dan el pan: hombres que son las grandes arterias del cuerpo social, que distribuyen la sangre á los vasos y cuyo dominio y círculo de accion, cuando cae en justas y benéficas manos, recuerda algo, en este siglo egoista y vertiginoso de independencia, el paternal predominio de los patriarcas en sus tribus.

No pudiendo de manera alguna D. Perfecto convencer á su hijo, desesperado y sin saber qué hacer, determinó, como último recurso y medio infalible participarle á Tiburcio las miras de su tio sobre su casamiento con su prima, á pesar del secreto prometido. Pero ¡cuál seria el asombro y la desesperacion del pobre Padre, cuando al pintar á su hijo el bello porvenir, del que la fábrica era solo la aurora, vió á éste recibir esta declaracion con el

mismo desprecio que la anterior, asegurando á su Padre con su acostumbrada decision y aire de superioridad que no se casaria con una niña fanática, enferma, y medio maniática, ni aun sin la condicion que se le ponia de ser *fabricante*, y *vejetar* en un despreciable villorro! El padre quiso insistir, pero su hijo le contestó de una manera tan acerba y despreciativa, con tal ironía insultante, que el pobre alcalde, aunque tarde, empezó á conocer el disparate que habia hecho en haber desoido las buenas, aunque toscamente expresadas razones de su mujer; al ver que por fruto de todos sus sacrificios y desvelos, lo que habia logrado era haber hecho á su hijo desgraciado, rebelde, altivo y sin mas ciencia que la de despreciar.

El desprecio, como se vé hoy dia, no se ha conocido jamás. Era una cosa grave reservada á vilipendiar con ella cosas infames y bajas; hoy dia se ha generalizado como el uso del azúcar. Conocióse en otros tiempos descollar el orgullo en los grandes y magnates, que autorizaba (si bien no disculpaba) la fuerza y el poder en enérgicas manos: época personificada en el Góetz de Berchlingen de Gothe, ese héroe de la edad media llamado *el de la mano de hierro*, , porque habiendo perdido la una se servia de otra de este metal con la misma facilidad que con la suya.

Se ha visto en siglos mas cultos el desden que motivaba (si bien no disculpaba) el lustre, la ele-

gancia, la encumbrada nobleza y señorío, y se vió al embajador de España, duque de Osuna, en la córte de Isabel de Inglaterra, *desdeñar* el recoger las perlas que se iban todas desprendiendo de su magnífico vestido que estaba cubierto de ellas.

Se vió al marqués de Villena *desdeñar* el volver á habitar su palacio en el que se habia hospedado un traidor á su patria, el condestable de Borbon, y pegarle fuego; y se vió un Tous de Mansalve *desdeñar* en presencia de la ideal reina Isabel la Católica, la sangre real, si era bastarda. Pero la era en que debia brillar el *desprecio* con todo su grosero insulto, era en la de la igualdad y de las luces. El orgullo para entronizarse necesitaba fuerza, el desden lustre, el desprecio no necesita de nada; ni apoyo, ni base; al contrario, mientras mas de abajo parte, mas arrogante se alza, mas crece y mas frondoso está; es planta que medra bien en suelo bajo, no necesita ese descendiente bastardo del orgullo y del desden, ni base, ni fuerza, ni apoyo, ni lustre, se basta á sí mismo. Se halla este compuesto de envidia é insolencia, en las gentes soeces de primera calidad; sale de los colegios antijesuíticos en todo su auge. Lo primero que hace es poner en la boca de sus secuaces la crítica. ¡Oh! la crítica, esa, esa es su fuerza y lustre. ¡Oh! la crítica es su sello genuino, su ciencia infusa; asi es, que en tiempos de oscurantismo nacian los niños torpes é ignorantes; al despuntar las luces *na-*

cieron sabiendo como es de pública notoriedad por un conocido adagio; pero al llegar las luces á su apogeo, ¡oh maravilla! *¡nacen los niños criticando!* ¡Oh santo respeto! ¡Angel de la guarda de la inocencia! égida de todo lo noble y santo, hermano gemelo de la modestia, freno de la licencia, encanto de la juventud, ¿dónde te has ido que no se te encuentra ya en el mundo? Te han echado de todas partes, hasta de tus mas sagrados é inviolables asilos, las manos impías del desprecio. El triunfa, él influye, él manda en las destrozadas entrañas de la que se llamó la culta Europa.

La pobre Lágrimas, viendo que no recibia contestacion, escribió poco despues á Reina.

Lágrimas á Reina.

«¡No me escribes, Reina mia! Nada sé de tí ni de *nadie*. ¡Cuán sola estoy! pero cuanto mas sola estoy mas cerca siéntome de Dios, y ahora comprendo los solitarios de la Tebaida. Si hay soledad para el corazon, no la hay para el alma; elevar el corazon hasta el alma, esto han hecho los santos; los poetas solo han elevado los instintos materiales á los sentimientos del corazon. Algunos sucesos tristes y terribles me hacen tomar la pluma para

participarlos. Está visto, Reina mia, que he de agotar el cáliz de la amargura hasta las heces.

»No sé ni cómo te podré escribir, pues ya conocerás por los renglones escritos lo trémulo de mi pulso. Separa mi cuarto, que da á la calle, del de mis tios, un tabique provisional de tablas, puesto ante el hueco por el que se comunican las dos habitaciones; esta mañana oí que disputaban y que alternaba en la disputa Tiburcio. Sea que me creyesen ausente y en el gran corral donde suelo ir cuando puedo á cojer unas matas, sea que mi oido se haya afinado mucho, oia cuanto hablaban. Me quise levantar para ausentarme, cuando oí estas terribles palabras, dichas por Tiburcio: «No señor, ni que Vd. se empeñe, ni que se empeñe el papelon de su primo D. Roque, me caso con mi prima. El hombre debe tener miras mas elevadas que las de ser rico; no quiero riquezas puesto que con ellas me condenan á vivir en este villorio, me rebajan á ser un vulgar y oscuro fabricante, me avasallan á casarme con una imbécil fanática, (calla, le gritaban sus padres con angustia; pero Tiburcio prosiguió sin atenderles), una muchacha enferma, hética pasada, y medio tocada.»

»Diciendo esto salió á pasos precipitados de la habitacion y de la casa. ¡Reina! ¡Reina! ¡hética, tocada! ¡Oh, Dios mio!...

»No pude seguir escribiéndote el otro dia. Me encontraron desmayada en mi silla y me traslada-

ron á la cama, en la que he permanecido algunos dias. En ellos ha ocurrido una terrible desgracia á esta pobre familia. Habiendo su padre enviado á Tiburcio á Cádiz á tratar con el mio sobre pormenores de las obras que se están haciendo en el convento, y para traer fondos, Tiburcio los ha cobrado y ha desaparecido con ellos.

»No puedo pintarte la afliccion de este honrado matrimonio que quieren pagar á mi padre, pero á las que este último sacrificio á que les obliga su hijo acaba de arruinar. Parte el corazon el verlos y oirlos. ¡Quién fuera mi padre para no permitirles sacrificarse asi para cubrir el desfalco de su hijo! Pero mi padre no se lo impedirá. ¡Qué ideas tan raras tiene sobre el dinero mi padre! Le parece el *cobrar* cosa tan de conciencia, tan precisa y grave, como el *pagar*. La madre de Tiburcio, cree que se ha ido á California; su padre que á Icaria con ese M. Cabet de que siempre hablaba y de que se reian tanto Flora y Fabian. Pero D. Juan de Dios, que cree conocer mejor á Tiburcio que sus padres, piensa qus se habrá ido á reunir á los revolucionarios de París. ¡Oh Reina, eso seria terrible!

»Voy á escribir á ese padre que pensó en casarme con este Tiburcio que me desprecia y tiene por tocada, para pedirle no arruine á estos desgraciados que al fin son sus primos. Dios sabe cómo llevará mi carta, y es seguro no la atenderá, pero debo hacerlo. La compasion inactiva es un cuerpo

sin alma. Es un deber gastar todas nuestras facultades en ver el modo de proporcionar alivio á los que padecen aunque no lo logremos. Es un tributo debido á la desgracia, es darle un bálsamo á nuestro corazon y es complacer al ángel de nuestra guarda, que como decia la madre Socorro cuenta nuestros pasos y nuestras

LAGRIMAS.»

Carta de Lágrimas á D. Roque.

«Padre y Señor:

»Nunca he pedido á Vd. ningun favor, porque la bondad de Vd. no me ha dado ocasion á ello, cuidando de mí como un buen padre; asi abrigo la esperanza que no me negará el primero que le pido. Por Dios, señor, no permita Vd. que mis pobres tios se arruinen para pagarle á Vd. el dinero que se ha llevado mi primo, y que estoy en mí satisfacerá á Vd. en su dia. Tenga Vd. compasion de esta pobre familia, cuyo dolor me tiene partido el corazon. ¿Podrá nunca proporcionarle á Vd. el dinero un placer mayor que el de hacer bien?

»Me han dicho, no sé si será verdad, que algo

heredé de mi madre; tome Vd. la cantidad esa de lo mio, si es que algo tengo, y toda mi vida le agradeceré ese favor mas que ningun otro que pudiese hacer á esta su amante y sumisa hija, que al poner esta súplica de su corazon en sus manos, se las besa con respeto y cariño.

LAGRIMAS.»

Respuesta de D. Roque á Lágrimas.

«Cuando las mocosas y las mujeres en general, se meten á hablar de negocios es á lo sentimental y desbarran ¿Con que porque ese animal finchado ha hecho de su hijo un pillo lo pagaria yo? ¿yo me quedaria sin mis dos talegas, y él riendo? ¡vaya! Sepas tú, que nada sabes, que ningun deudor paga de buena gana; si eso fuese un motivo para no cobrar, estábamos frescos. ¿Me paga á mí ese alcalde de monterilla las medicinas y médico que necesitas? ¿á qué le pagaria yo los robos de su pillastre de hijo?

»¿Con que te han dicho que has heredado de tu madre, y la niña cree poder disponer de lo suyo? Sepas, cuellisacada, que hasta los veinte y un años no puedes disponer de un cuarto, cuanto menos de

talegas. El cuidado será mio de impedirte hagas desatinos semejantes al que has intentado, lo que será efecto de alguno de esos delirios, ciertos ó fingidos, con los que á todos nos tienes cansada la paciencia. Ves de mejorarte, pues en breves dias irá por tí tu padre

ROQUE LA PIEDRA.»

CAPÍTULO XXX.

OCTUBRE, 20.

El mismo dia en que Lágrimas enviaba su última carta á Reina, recibió la siguiente:

Reina á Lágrimas.

«Mi querida Lágrimas: como te quiero tanto, no puedo dejar de escribirte, aunque mi madre ha reñido con tu padre; este deberá haberse portado muy mal con ella para que tan airada esté con él, y no quiera ni aun recibirlo. Creo, aunque no lo sé, que el orígen de esto ha sido cosa de intereses,

porque aunque tu padre toma todas las apariencias y prosopopeya de un Alejandro el Grande, me parece le pega mejor por lo avaricioso y estítico la de un Alejandro en puño.

»Efectivamente me he reido al ver el gran premio de lotería que has sacado con el parentesco del bello Tiburcio Cívico. Ni pintipirada le venia mejor la colocacion de elaborador de fósforos, á él que es su modelo en hechura y cualidades; él que es el fósforo hecho hombre, estaba predestinado á propagar la especie; pero díle á su madre que le ponga una chichonera por precaucion.

»Pongo en tu noticia que Marcial ha sido elegido diputado. Verémos si regala al congreso con algun axioma de su cuño. Pero hablando formal, muchos diputados como él deberia haber, pues lleva á las córtes el exacto conocimiento de su provincia, buenas ideas y los mejores deseos, independencia sin espíritu de oposicion á cosas ni hombres; no lleva ahijados, y una sola ambicion..... la de pronunciar un discurso. Escribió á Fabian una elegía y este dijo:

Y patos y conejos,
Escuchaban su pena desde lejos (1).

»Fabian ha sido destinado á un mal pueblo; está aburrido y quiere abandonar la carrera, vol-

(1) Tomé de Burguillos.

verse á Madrid y escribir; pero Genaro, que sabe cuanto vale, y el brillante porvenir que le está destinado, lo anima á perseverar y á no abandonar una senda firme, honrosa y segura por una resbaladiza y eventual.

»Flora está pedida por un primo suyo, de un pueblo, el conde de Villafria, excelente sugeto, de muy buena presencia y riquísimo. Fabian que lo ha sabido ha escrito á Genaro, que apellidó á Flora y á él dos colibríes, que el uno ha hallado el cáliz de un lirio en que posar, pero que el otro, prisionero en una jaula, triste, solo, está destinado como muchos canarios á subir con el pico que solo quisiera cantar, el cubito en que tiene que beber.

»Mucho te sorprenderá el que te diga que me caso; pero como tu padre ha dicho que pronto comerémos los dulces de tu boda, no quiero que me digan Vds., y ahora con mas razon que antes, pues que predican con el ejemplo, que no sé ni querer ni decidirme, pero lo que mas te sorprenderá, es que sea el preferido y querido, Genaro, con el que tan mal me llevaba.

»Esto es para él una compensacion cuando te pierde, y para mí una leccion, contenida en el antiguo refran que prohibe se asegure que de esta agua no beberé. Mi madre ha consentido, porque no todos pueden tener tan altas miras para sus hijos como D. Roque el millonario. Mucho deseo por

lo tanto saber quién es ese novio de que ha hablado tu padre, y espero me lo escribirás cuanto antes.

»Genaro siempre te aprecia, así como lo hago yo sinceramente y como á una hermana, y esperamos que cuando puedas disponer de tí, nos vendrás á hacer una visita, segura que en ello tendremos ambos el mayor placer.

»Adios, cuídate mucho y sé todo lo feliz que desea lo seas tu mejor amiga

REINA.»

Cuando Lágrimas hubo leido esta carta, dió un suspiro, cerró los ojos y cayó en uno de los profundos desmayos, que le solian acometer ahora con mas frecuencia.

Cuando volvió en sí, se halló en cama rodeada por D. Juan de Dios, el alcalde y su mujer; parecian los tres muy conmovidos. La pobre niña dió un débil ay, al sentir ardorosos dolores en las piernas y brazos, causados por la accion de fuertes sinapismos.

—¿Otro tormento mas, D. Juan de Dios? preguntó esforzándose por sonreir.

—Es para tu bien, hija mia, respondió la alcaldesa, que le habia tomado mucho cariño.

—Lo sé, dijo la niña, gracias, y volvió á cerrar los ojos.

La alcaldesa tomó su mano y la halló fria.

—¡D. Juan de Dios, exclamó alarmada, se nos vá!

—Y mas pronto de lo que yo pensé, respondió este; yo aguardaba la caida de la hoja, pero esta flor caerá antes que las hojas. Es preciso administrarla.

—¡Jesus! ¡Jesus! exclamó la alcaldesa poniéndose las manos en la cabeza y dando vueltas por el cuarto, ¡pobre niña mia! ¡pobre niña mia!

—¿Qué dice Vd., señor? exclamó el pobre alcalde que miraba á Lágrimas como el ángel intercesor para precaver su ruina.

—No hay que perder tiempo, prosiguió D. Juan de Dios, la debilidad es tal que podrá entrar en el delirio al que propende.

La alcaldesa salió azorada para mandar á avisar al cura; el alcalde consternado para despachar un propio á D. Roque.

Cuando la alcaldesa volvió, le dijo el médico:

—Es preciso anunciarle la visita del cura para que no la sorprenda, y con muchas precauciones, pues en el estado que está, todo la conmueve mucho

—Bien, bien, respondió la buena mujer, descanse Vd., D. Juan de Dios.

Este salió, prometiendo volver en breve.

De allí á poco hizo Lágrimas un movimiento.

—¿Duermes? le preguntó la alcaldesa.

—Unas veces creo que si, y otras creo que no,

respondió la niña con débil voz, pues hay realidades que me parecen sueños, y sueños que me parecen realidades; no defino bien los unos de los otros.

—Esto es el delirio que empieza, dijo para sí azorada la alcaldesa, bien decia D. Juan de Dios. Hija mia, añadió en voz alta, todos somos mortales.

—Es verdad, respondió amodorrada por la calentura la enferma, el *haber muerto* es dulce, el morir terrible.

—La muerte es preciso preveerla, prosiguió la alcaldesa, para que no nos coja desprevenidos como herejes, sino preparados como cristianos.

—Sí, sí, verla venir.... en el desierto del mar... viene con el viento que aulla.... con el mar que brama y pide su presa; ¡es espantoso! ¡los elementos no tienen piedad! son enemigos del hombre que nada puede contra ellos, sino implorar la misericordia de Dios que los enfrena.

—Estar prevenido, prosiguió la buena mujer, es prepararse, que eso hace la buena muerte.

—Una buena muerte, murmuraba en entrecortadas frases la enferma, es el mayor favor de Dios.

—Pues para eso, hija mia, es preciso ponerse en gracia y confesar.

—A bordo, no habia confesor, decia la niña, pero en esos casos Dios es el confesor. ¡Bendito sea!

—Cuando no se está á bordo, hay el consuelo de poderlo llamar. ¿Quiéres que mande por el cu-

ra? preguntó con su buena intencion y tosca nanera la buena mujer.

—¿Pues qué, voy á morir? exclamó saliendo bruscamente de su letargo y abriendo de par en par sus negros ojos la niña, mientras un temblor nervioso, apoderándose de ella, agitaba su exhausto cuerpo debajo de las ropas de la cama.

—No, no, puede que no, dijo apurada la alcaldesa; pero como te dije antes, todos somos mortales.

—Señor cura ¿voy á morir? preguntó con ávida angustia la niña al verlo entrar. ¡Jesus! ¿y fatiga mucho el morir, señor cura? ¿no se me puede aliviar? ¿y D. Juan de Dios?

La alcaldesa salió del cuarto hecha un mar de lágrimas.

¡Qué palabras, qué sentimientos mediaron entre el cura y la agitada moribunda, y sobre todo, qué poder sobrehumano influyó! Todo católico lo sabe y lo adora; pero cuando el cura salió del cuarto, la alcaldesa halló á Lágrimas tan suave como siempre, mas tranquila que nunca, y espansiva, como si la vida que se iba retirando de las estremidades de su cuerpo refluyese toda á su corazon. Dióles las gracias á todos por lo que la habian cuidado; pidióles perdon por si acaso les habia ofendido, y le dió á su tia una cadena de oro que siempre llevaba al cuello con el retrato de su madre. Pidió una cajita con alhajas que tenia, sacó de ella un collar con un medallon de perlas en

que estaba su propio retrato cuando niña, lo sacó del medallon, hizo lo mismo con el de su madre, los miró ambos mucho tiempo mientras sus labios recitaban una oracion, y por sus mejillas caian dos gruesas lágrimas, y pidiendo un paño húmedo lo pasó por ellos hasta dejar el marfil en blanco, sin decir una sola palabra, porque en aquel corazon tan amante y abandonado de cuantos habia amado, y de cuantos debieron amarlo, no habia hiel. Ningun rencor sentia contra Reina y Genaro, y solo deseaba su felicidad.

Asi ese ángel dulce acariciaba la flecha que partia su corazon, al contrario de otros, que proclaman envenenadas saetas volantes que apenas han rasguñado su epidermis.

Pidió un tintero, y pudo, escribiendo en turbios caractéres, trazar estos renglones:

«He recibido tu carta, Reina mia, y te escribo estas cuatro letras antes de morir para desearos á ambos muchas felicidades. Fabian llamaba á las perlas lágrimas del corazon. Ahí te envio ese collar para que alguna vez ellas te recuerden de mí. ¡Adios! En el lecho de muerte es cuando pega y es dulce esa palabra adios.

LAGRIMAS.»

—Decid á mi Padre, dijo cuando hubo acabado, que deseo se le envie esa memoria á mi amiga Reina Alocaz.

—Tu padre vendrá pronto, repuso el alcalde.

—Mi padre no vendrá, objetó la niña con naturalidad, tiene mucho que hacer, y está muy lejos.

A la tarde fué administrada, acudiendo todo el devoto pueblo, y asistiendo postrado y llorando á la union de un ángel y su Dios en la tierra.

Quedó en seguida tan sosegada, que la noche fué mas tranquila que otras. Algunas veces hablaba palabras sueltas como en sueños, pero no encerraban sentido, y se le oyó muchas veces decir: *¡voy, Madre, voy.* Cuando algun golpe de tos ó un agudo dolor en el pecho la hacia estremecerse oíasele repetir:

Abrázome con los clavos,
Y me reclino en la Cruz,
Para que siempre me ampares,
Dulce Redentor Jesus!

Al siguiente dia llegó D. Roque en un vapor.

—¡Hija mia! exclamó al entrar bruscamente en el cuarto. ¿qué es esto? qué ¿tan mala estás? yo no quiero que te mueras; no, no, no morirás; y aunque fuese preciso traer al proto-medicato, y hacerle para que venga un puente de oro. No morirás, no.

—Déjeme Vd. morir, padre, y no lo sienta, dijo su hija con esa tranquila y dulce conformidad, no de valiente, sino de cristiano. Dios que es tan bue-

no lo ha dispuesto asi para quitarme de padecimientos. *Estoy cansada*, y la muerte es el descanso.

—¡Qué no lo sienta! pues no lo he de sentir aunque te herede! soy buen padre, quiero á mi hija, no tengo á nadie sino á tí. ¿No ves lo solo que me quedo, y dices que no lo sienta?

—Padre, yo poco os acompañaba, y así creí no sentiriais mi muerte; pero ahora que veo os aflije siento morirme.

—Mira, hija mia, dijo D. Roque, que por primera vez en su vida sentia una pena de corazon, cuanto podia sentir aquel corazon en su existencia de pólipo: mira, hija mia, ponte mejor, y se hará cuanto desees; te llevaré á Sevilla, que te sienta tan bien.

—Ya es tarde, padre.

—¿Y no he hecho cuanto he podido para aliviarte? dijo el buen padre, ¿no te traje aquí? ¿no te he dado gusto en dejarte? ¿no tenias confianza en ese D. Juan de Dios?

—Sí, padre, sí, respondió la suave criatura, se ha hecho cuanto se ha podido; pero nací débil, y siempre viví padeciendo, sobre todo, desde la catástrofe de la muerte de mi Madre.

—Es verdad, es verdad, pero eso de verte morir, tú mi sangre, tú tan jóven, tú que habias de heredar tanto dinero! ¡esto es un dolor! preciso es que me la cureis, D. Juan de Dios, preciso! y si nó ¿para qué sirven vuestra ciencia y vuestros libros?

No repare Vd. en medios ni en costos, aquí estoy yo para salir á todo.

—Padre, dijo en queda voz la niña, ¿qué puede el dinero contra la voluntad de Dios?

—El dinero sirve para todo, hija mia; pues qué ¿te habia yo de dejar morir así? no; D. Juan de Dios, disponed, discurrid, vamos, vamos, ¿qué se hace?

—Consolad su espíritu y no lo agiteis, dijo á media voz el facultativo á D. Roque; señor, ya no hay remedio, y le quedan pocas horas de vida; no me habeis querido creer.

—¡Y cómo consolar su espíritu! exclamó agitado D. Roque, ¿qué quieres, hija mia? preguntó acercándose á la moribunda, ¿deseas algo? pide cuanto quieras; si necesario fuese iria el vapor por ello á Cádiz.

—Sí, señor, murmuró la pobre niña, os pediria un favor.

—Dí, hija mia, dí, dijo D. Roque con un dolor real, pero seco y despechado.

—Quisiera enviar el collar de perlas y el medallon por memoria á Reina que se casa.

D. Roque hizo un movimiento de impaciencia causado á la vez por su avaricia y su encono contra la Marquesa.

—Si no quereis... dijo con débil voz la pobre niña.

—Sí, hija, sí, quiero lo que tú quieras.

—Dios se lo pague á Vd., padre. Quisiera, pro-

siguió despues de tomar aliento la pobre niña, que vendiese Vd. los zarcillos de brillantes de mi madre y le diese su importe á la pobre Francisca para que no pida limosna.

—Se hará, dijo D. Roque disimulando mal un movimiento de impaciencia.

—Si os contraría.... murmuró Lágrimas.

—No, no adelante.

—Vended la sortija que dísteis á mi madre cuando os casásteis, y mandad con su importe á clérigos pobres, decir misas por vuestra hija.

—Eso no, dijo D. Roque, que sostenia á duras penas el papel de dadivoso, esa sortija se la dí yo y debe volver á su dueño; pero pierde cuidado que se te hará un funeral que sonado sea.

—Eso no quiero yo, padre, dijo la niña agitándose, ni que se me vista de baile... ni que pongan colorete.... ni flores en las manos.... ¡quiero bajar á la tierra pálida y triste.... como viví.... y como pone la muerte.... y cruzadas mis manos.... rogando á Dios.... como lo hago al morir.... por ellos.... por Vd.... y por mí....

La moribunda estaba tan agitada, que el facultativo se apresuró á administrarle un calmante.

—Otorgadle lo que desea, murmuró éste al oido de D. Roque, que no sabia donde dar de cabeza.

—Cuanto has dispuesto se hará, dijo á su hija.

—Acercaos, padre, suplicó ésta con desfallecienete voz.

El padre acercó su oido á los descolorides labios de su hija.

—Mi última súplica, murmuró ésta, ¡padre, padre, no la desecheis! perdonad su deuda á Tiburcio.

—Bien, respondió el Padre con el firme propósito de no hacerlo, porque para ese hombre no habia nada sagrado, ni la última voluntad de un difunto.

La niña entonces se quedó aletargada. Reinó en el cuarto un hondo silencio, digno precursor de la muerte. D. Roque, con los codos sobre las rodillas, ocultaba su rostro entre sus manos, y solo se movian sus labios para pronunciar de quedo alguna imprecacion. La alcaldesa lloraba, el alcalde estaba anonadado, el cura oraba y el médico observaba la aletargada niña.

De repente una queda y débil voz interrumpió el silencio, cantando suavemente como un arpa Eoliana al soplo de la muerte:

Que les tengo perdonado,
Que es tan dulce perdonar!

Despedazaba el alma este infantil canto de cisne en aquella boca que iba á quedar muda para siempre.

—¡Mi hija canta! exclamó D. Roque.

—Vuestra hija delira, respondió el médico; acercaos, señor cura.

El cura se acercó y se puso á auxiliar á la moribunda.

—¡Hija mia! exclamó D. Roque precipitándose hácia la cama.

Solo oyó estas quedas palabras, con las que ese ángel mártir dió su alma á Dios, cual lo hizo su madre.

Abrázome con los clavos,
Y me reclino en la Cruz,
Para que siempre me ampares,
Dulce Redentor Jesus!

A los ocho dias se celebraron en Sevilla las lucidas bodas de las dos primas, la brillante y hermosa Reina Alocaz y la linda y alegre Flora de Osorio.

A los ocho dias, D. Roque bullia mas que nunca en un caos de negocios, y deploraba el perjuicio que algunos dias de ausencia le habian acarreado. El mismo dia se veia en la playa de Villamar, agitada y avivada por la recia brisa de la mar, una gran hoguera, en la que la prudente alcaldesa, con previa autorizacion de D. Roque, quemaba la cama, los muebles, las ropas de la pobre niña que murió hética. ¡Nada quedó de ella, ni aun la memoria!

FIN.

BOSTON PUBLIC LIBRARY.

CENTRAL LIBRARY.

ABBREVIATED REGULATIONS.

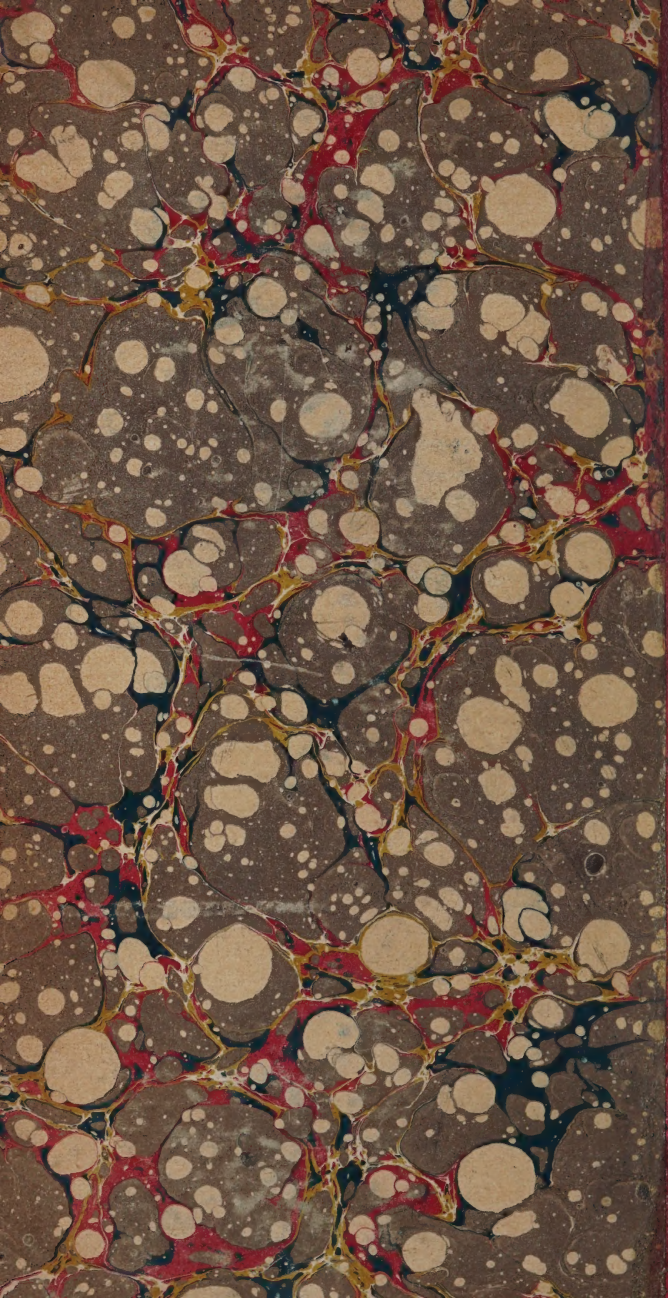
One volume can be had at a time, in home use, from the Lower Hall, and one from the Bates Hall, and this volume must always be returned with the applicant's library card, within such hours as the rules prescribe. No book can be taken from the Lower Hall of this Library, while the applicant has one from any Branch.

Books can be kept out 14 days, but may be renewed *within* that time, by presenting a new slip with the card; after 14 days a fine of *two* cents for *each* day is incurred, and after 21 days the book will be sent for at the borrower's cost, who cannot take another book until all charges are paid.

No book is to be lent out of the household of the borrower; nor is it to be kept by transfers in one household more than one month, and it must remain in the Library one week before it can be again drawn in the same household.

The Library hours for the delivery and return of books are from 9 o'clock, A. M., to 8 o'clock, P. M., in the *Lower Hall;* and from 9 o'clock, A. M., until 6 o'clock, P. M., from October to March, and until 7 o'clock, from April to September, in the *Bates Hall.*

Borrowers finding this book mutilated or unwarrantably defaced, are expected to report it; and also any undue delay in the delivery of books.

***No claim can be established because of the failure of any Library notice to reach, through the mail, the person addressed.

[50,000, Nov., 1870.]